JORDI SIERRA I FABRA

CINCO DÍAS DE OCTUBRE

NOVELA

1948. Un año después de abandonar el Valle de los Caídos tras su indulto, Miquel Mascarell, el último policía de la Barcelona republicana, ha rehecho su vida al lado de Patro, la joven a quien ya ha salvado dos veces. La visita de un hombre temible y su extraño encargo, buscar la tumba de su sobrino muerto el 18 de julio del 36, volverá a poner al viejo inspector en el disparadero, enfrentado a sus fantasmas, su supervivencia y moviéndose por una ciudad extraña que vive la posguerra en busca de un nuevo futuro. En esos mismos días, en Madrid, un consejo de guerra juzga al grupo de los 80, los maquis que siguen la lucha contra la dictadura. ¿Qué secreto esconde el cadáver de aquel joven cuya tumba busca Mascarell, en un cara y cruz con la vida y la muerte, doce años después y sin testigos vivos de aquel incidente?

Jordi Sierra i Fabra

Cinco días de octubre

Título original: *Cinco días de octubre*
Jordi Sierra i Fabra, 2011.
Diseño/retoque portada: Random House Mondadori, S.A.

A Miguel Conti, Fernando Celaya,
Antonio Santaeugenia y «Pepo»,
compañeros de «aventis» y
héroes de fines de los cincuenta
y comienzos de los sesenta.

Día 1

Lunes, 11 de octubre de 1948

1

El silencio en una habitación de matrimonio, cuando uno de los dos ocupantes duerme y el otro le contempla, está lleno de sonidos.

Voces.

A veces todavía escuchaba la de Quimeta.

—Quién te lo iba a decir a ti, a tus años, que tendrías una segunda oportunidad.

Quimeta siempre había sido socarrona, irónica.

Feliz.

Feliz hasta la guerra, el cáncer…

—No somos más que dos mitades que se necesitan. —Miró la forma joven y suave de Patro.

—No seas tonto. Ya sabes que me alegro.

—Sí, lo sé.

Pero a veces, en la cama, antes de abrir los ojos, pese a todo, deseaba volver atrás, encontrarse en su piso de la calle Córcega, con su esposa a su lado, cuando la vida era simple y él se iba a trabajar, a perseguir chorizos en una Barcelona todavía luminosa y libre.

Chorizos y algún que otro verdadero asesino.

La ciudad estaba ahora llena de ellos, caminando impunemente por las calles, vistiendo los uniformes de la victoria mientras ellos, los derrotados, se desvanecían con el tiempo, unos muertos, otros exiliados, los más callados.

Siguió mirando a Patro.

Su insultante juventud, su belleza pura, la curva de su cuerpo bajo la manta otoñal.

Dormía con la cabeza vuelta hacia él, sobre el lado derecho,

con una mano bajo la almohada y la otra, la izquierda, extendida y con la palma abierta. Parecía pedir algo. Parecía pedir una limosna.

A veces también despertaba creyendo que seguía en el Valle de los Caídos. Lo hacía de golpe, envuelto en sudor, agarrotado, con el miedo fluyendo por todo su ser. Si era de noche, la oscuridad lo golpeaba. Entonces extendía el brazo y rozaba a Patro, sentía su calor, acariciaba su piel desnuda. Se tranquilizaba, atemperaba los latidos de su corazón y volvía a dormirse en paz.

En paz.

Extraña palabra.

Por eso, al clarear el día, la contemplaba en la penumbra, blanca, espectral, absorbiendo su imagen, preguntándose qué clase de suerte era la suya o qué milagro había merecido para vivir la última parte de su vida al lado de alguien como ella.

Porque sin Patro estaría muerto.

Le pasó una mano por el pelo, apartándolo de su rostro, dejando libre la rotundidad de sus facciones llenas de dulce pureza, las cejas espesas, las pestañas largas, la nariz recta, los labios carnosos, el mentón…

Dormía desnuda.

Siempre.

Podía abrazarla, olvidar, sumergirse en aquel oasis y creer que la vida, después de todo, no estaba tan mal.

Mentiras piadosas.

Patro entreabrió los ojos de pronto.

Sonrió.

—Buenos días… —farfulló tragándose la mitad de las letras de forma que más bien dijo «ens ías…».

—Hola —susurró él.

Sostuvieron sus respectivas miradas unos segundos. Dos, tres.

Hasta que ella movió su mano izquierda y le acarició la mejilla.

No era la primera vez que le sorprendía así.

—¿Qué pasa? —preguntó apacible.

—Nada.

—Cuando me miras así…

—¿Qué?

—Me asustas.

—¿Por qué?

—No sé lo que piensas. Estás tan serio…

—La belleza duele.

—Siempre dices eso.

—Es la verdad.

Patro se movió hacia él y se arrebujó a su lado, haciendo que le pasara un brazo por detrás de la cabeza. Pegó su cuerpo desnudo contra el suyo, subió la rodilla por encima de sus piernas y depositó su mano sobre el pecho. No sólo era cálida por amanecer bajo una ligera manta. Lo era por ternura, aquella extraña y temeraria forma de quererle y necesitarle.

El fiel de la balanza.

La frontera de su antes y el presente.

Miquel Mascarell la estrechó contra sí.

La extraña pareja. El padre-amante, la mujer-sueño, el hombre vencido, la joven renacida, el ex policía olvidado, la prostituta redimida…

Islas.

Le besó la frente y la apretó un poco más, como solía hacer en momentos de rabia o desesperación.

—Patro…

—¿Qué?

—Ya sabes.

—No, no sé. —Alzó un poco la cabeza para mirarle.

—Deberías buscarte a alguien más joven, con esperanzas.

—¿Otra vez con eso? —suspiró desalentada.

—Sí.

—Cállate, ¿quieres?

—No puedo.

—Pues no quiero oírte.

—Si tuvieras un hijo…

—¿Estás loco?

—Yo no viviré mucho.

—¿Y tú qué sabes? —protestó dolida—. ¿Quieres que tenga un hijo soltera?

—Me refiero a que te cases con alguien.

—Cualquier día lo haré, sólo para fastidiarte. —Se apretó todavía más contra él—. Además, ¿quién iba a quererme?

—Eres preciosa y estás en lo mejor. Todavía te falta un año para los treinta, la plenitud…

—Para lo que me sirvió ser guapa…

Volvió a besarla al sentir su estremecimiento.

Entonces escuchó de nuevo a Quimeta.

—Miquel, a veces eres tonto.

—¿Qué quieres que haga?

—Ni siquiera te das cuenta, ¿verdad?

—Claro que me doy cuenta, mujer.

—Pues vive. La vida te ha dado un regalo. Aprovéchalo. Sin ti seguiría en la calle.

—Y yo en aquella pensión de las Ramblas.

—No, tú estarías muerto.

—Coño, Quimeta…

La voz de Patro reemplazó a la de su difunta esposa.

—Miquel.

—¿Sí?

No le respondió de inmediato. Se incorporó de la cama pero no la abandonó. Lo único que hizo fue arrodillarse frente a él, inclinada hacia delante. Las dos blancas bolsas de sus senos brillaron en la penumbra tanto o más que sus ojos, ya despiertos. Con las dos manos le atrapó las mejillas mientras le sonreía con aquella ternura tan suya.

Tan de niña.

—¿Por qué no entiendes que estoy contigo, feliz, y que me siento segura, y a salvo, en paz, y lo más importante: que te quiero? ¿Por qué?

—Soy un viejo.

—Eres un hombre mayor.

—Ya.

—Y me gustas.

—No seas…

Patro le tapó la boca con sus labios.

Fue un hermoso beso.

El despertar.

En todos los sentidos.

Cuando quiso retenerla, sujetándola para que no se le escapara, ella saltó hacia atrás con agilidad, disparando su flexible cuerpo, levantando sus piernas e impulsándose más allá de la cama.

Quedó de pie, turbadora, provocativa.

—Ven.

—No. —Agitó su cabello de lado a lado—. Perdiste tu oportunidad.

—Un minuto.

—Ya no. Se me hace tarde.

—¿Adónde vas?

—Le dije a la señora Ana que la ayudaría en la tienda.

La mercería. Como si el tiempo no hubiera transcurrido. Y pronto haría diez años desde la primera vez que la había visto allí, aquel día de enero de 1939, fugazmente, antes de que echara a correr.

Diez años.

Aunque ocho y medio los hubiera pasado en aquella monstruosidad llamada Valle de los Caídos.

—¿Y a la señora Ana por qué no la ayuda un poco más su hija?

—¿Te recuerdo que va a la escuela, y luego tiene deberes y esas cosas?

La hija de la señora Ana también había crecido. Era una adolescente llena de vida y desparpajo.

Miquel Mascarell se abandonó sobre la cama y cerró los ojos.

—¿Por qué no escribes un rato?

—No siempre tengo las ideas claras o los recuerdos frescos.

—Eso son excusas.

—¿Quién va a leerlo?

—Yo. —Hubo una pausa antes de que ella agregara—: ¿Y qué importa quién vaya a leerlo? ¡Tú hazlo! ¿O prefieres ir a dar un paseo por el parque, como los demás?

No agregó «viejos».

Cuando Miquel abrió de nuevo los ojos Patro ya no estaba allí.

Se pasó las dos manos por detrás de la cabeza.

Le había dado por escribir, sí.

¿A quién iban a interesarle sus recuerdos?

Las memorias de un rojo perdedor en la España de Franco.

Quizá algún día, veinte, treinta o cincuenta años después, sí valieran algo.

Un testimonio.

La historia secreta en oposición a la que estaban ya escribiendo los vencedores, con sus mentiras.

Claro que eso representaba que en veinte, treinta o cincuenta años, habría vuelto la esperanza.

Hermosa palabra.

La Segunda Guerra Mundial había terminado hacía tres años y todo seguía igual. Las potencias le daban la espalda a España, el culo de Europa. Bastante tenían ellas con su propia reconstrucción. El último baluarte del fascismo no contaba ni alarmaba. Después de todo, Franco había permanecido neutral salvo por lo de la División Azul. Mientras el perro no ladrara…

Franco era anticomunista y el comunismo era el nuevo enemigo.

Sí, la palabra «esperanza» era muy hermosa, pero lejana.

La política hacía extraños compañeros de cama.

La política y la vida, como Patro y él.

No tenía ganas de levantarse. Lo aplastaba una especie de losa muy pesada. No era más que otro lunes vacío en medio de un otoño discreto. Si se quedaba en cama nadie lo notaría, nadie le echaría de menos. La única persona para la que existía era Patro, su Patro, su niña-mujer, su milagro, y ella pasaría la mañana fuera, en la mercería de la señora Ana, calle Gerona abajo, pasada la calle Aragón con sus profundas vías de tren.

Y entonces escuchó el timbre de la puerta.

El timbre de la puerta.

La mañana había empezado a rodar hacía rato. No era precisamente temprano. Sin un trabajo fijo que les reclamara, viviendo de lo que habían sacado de casa de Rodrigo Casamajor en julio del año anterior, podían disfrutar casi como nuevos ricos aunque con discreción y sin alardes. Las únicas personas que podían llamar al timbre a aquellas horas eran las vecinas, o la portera.

Iba a levantarse.

Pero escuchó la voz de Patro.

—¡Voy!

Luego la puerta.

Y una voz de hombre.

Una voz recia, profunda, grave.

Cuando Patro reapareció en la habitación su rostro estaba aún más pálido.

Una máscara casi espectral.

—Miquel…

—¿Quién es? —Se incorporó.

—Un hombre… quiere verte.

—¿A mí?

—Sí.

Nadie sabía ni siquiera que existía, y menos que estaba allí, viviendo con ella.

¿Nadie?

—Dice que se llama Benigno Sáez —susurró Patro con un hilo de voz.

Lo golpeó el silencio.

Luego un tren de mercancías con ecos del pasado lo arrolló.

Patro seguía en la puerta, enfundada en una bata añeja y discreta que ella misma sujetaba con ambas manos por arriba, fuertemente, como si fuera a desvanecerse de pronto dejándola otra vez desnuda. Las zapatillas también eran viejas.

Ya no era la niña-mujer feliz y tierna de unos minutos antes.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Nada.

—Estás… ¿temblando?

—Por favor, luego te lo cuento. Sal, ¿quieres?

Se levantó de la cama y logró alcanzarla antes de que ella se apartara del quicio. Vio su mirada perdida, interior, y volvió a

percibir aquel miedo, el temblor de su cuerpo. Se le disparó el corazón. Notó su propia ansiedad.

—Patro…

—No le hagas esperar y haz que se vaya cuanto antes, por favor, por favor, por favor…

Eso fue todo.

Ya no consiguió retenerla.

Ella se metió en el lavadero, en silencio, y él miró el pasillo al final del cual se encontraba la sala y su visitante.

Benigno Sáez de Heredia.

2

La última vez que le había visto, y la tercera en total, fue en el año 35, cuando le interrogó por el caso de una mujer asesinada que trabajaba en su empresa. Por entonces, Benigno Sáez ya era una persona influyente, un industrial respetable y un hombre mayor, de unos sesenta años, perteneciente a la clase alta de la sociedad catalana. La burguesía más ferozmente anclada en el pasado. El tiempo había dado un salto grotesco pero las cosas, en ciertos aspectos, no habían cambiado demasiado. Trece años después, la influencia se le notaba todavía más, la respetabilidad denotaba poder y la edad hacía que su expresión fuera la de un depredador, rostro hierático, grave, bigote recto, con su único ojo tan frío y duro como el parche que le cubría el otro, el izquierdo, muy en la línea del loco Millán-Astray. No llevaba uniforme, pero daba lo mismo. Los galones se le intuían a distancia. Formaban una pátina invisible que lo envolvía y distinguía. En el 35 imponía respeto, marcaba distancias, obligaba a la cautela, como muchos industriales de la Gran Barcelona pre-bélica y ya fascistas. Ahora lo que provocaba era miedo.

Y recelo.

Tres pasos.

Tres preguntas.

¿Qué estaba haciendo en el piso de Patro? ¿Cómo le había encontrado? ¿Y qué diablos quería?

Tres preguntas y nada, nada bueno derivado de ellas.

—Inspector Mascarell. —Le tendió la mano.

Tuvo que estrechársela.

Una mano muy fría.

—Ya no —le dijo.

—Las circunstancias pueden cambiar, pero uno no deja de ser necesariamente lo que era a causa de ellas.

Separaron sus manos.

Benigno Sáez llevaba ya abrigo pese al buen tiempo. Un excelente corte y una envidiable tela. Y debajo un traje de entretiempo igualmente elegante. Él se había vestido a toda prisa, pero se le notaba el desarreglo. Iba sin afeitar, el cabello aplastado con las manos y poco más. Por las ventanas irrumpía un tibio sol mediterráneo en un cielo sin apenas nubes, como si el verano se resistiese a marcharse del todo.

—¿No quiere sentarse?

Su visitante se quitó el abrigo. No se lo entregó a él. Lo dejó sobre otra de las sillas. Luego ocupó la butaca, de espaldas a la luz, y quedó parcialmente hundido en ella. Ni se inmutó. Todo asiento es un trono dependiendo de la persona que lo ocupa. Cabalgó una pierna sobre la otra y cruzó los dedos de las manos sobre el vientre. Miquel observó su parche. No se adivinaba cicatriz alguna por debajo de su aparatosidad. Tampoco una deformación del rostro. Pero el parche, negro, de satén brillante, más que nada parecía una bandera.

Tomó asiento frente a su visitante.

La pregunta esencial, la que se refería a los motivos de aquel hombre para estar allí, quedó oculta, de momento, por la primera y más elemental: —¿Cómo me ha encontrado?

—Bueno —hizo un gesto vago—, no ha sido fácil, pero tampoco difícil. Hace aproximadamente un mes le vi por la calle y le reconocí. Le creía muerto. Me llevé una sorpresa. Luego, y es el motivo de mi visita, cuando me he visto en la necesidad de ayuda, hice averiguaciones y supe que el antiguo inspector Mascarell había sobrevivido a la cruzada, había estado preso, condenado a muerte, indultado, sometido a trabajos en el Valle de los Caídos

durante ocho años y medio y, finalmente, por la generosidad del Caudillo, libre y de vuelta a casa.

—Veo que tiene contactos.

—Sí —asintió con naturalidad—. Y usted una mujer muy guapa.

Patro tal vez estuviera oyéndoles.

O quizá no.

Encerrada en el lavadero o en cualquier otra parte.

Miró con más atención a Benigno Sáez.

—Se preguntará qué estoy haciendo aquí, ¿verdad?

—Más bien sí. Acaba de decirme que… necesita ayuda.

—Así es.

Guardó silencio. Era como si le doliese hablar.

Algo oscuro estaba a punto de aparecer.

—Puedo emplear la palabra «contratarle» si lo prefiere —dijo el tuerto.

—¿En calidad de qué?

—¿Va al cine? —No esperó una respuesta por su parte—. ¿Ve películas americanas de detectives? A mí me encantan. No son reales, ni es nuestro mundo, naturalmente. Pero me encantan. Y ahora necesito un detective, señor Mascarell. Uno bueno, ya ve.

—Yo no soy detective.

—No, cierto, pero fue un buen policía antes del alzamiento, y quien tuvo, retuvo, no tengo la menor duda.

Un momento antes había dicho «cruzada», ahora «alzamiento».

Todo menos guerra.

Todo menos guerra civil o rebelión militar o pronunciamiento…

Mantuvo su rostro hermético.

—Señor Sáez, han pasado casi diez años.

—¿Recuerda la última vez que nos vimos?

—Sí.

—Fue en el 35, en el desgraciado caso de aquella muchacha.

—Juanita Sardá.

—Un feo asunto que usted, y sólo usted, resolvió en un abrir y cerrar de ojos, ahorrándonos muchos problemas, sobre todo a mí y al personal de mi fábrica. Una vez aclarado, todo volvió a la normalidad. Todavía recuerdo la buena impresión que me causó su forma de proceder, su calma, su minuciosidad, y también su instinto.

—Tuve suerte.

—No sea modesto, inspector. Es bueno conocer a las personas, y en los negocios, lo es aún más. De la misma forma que he averiguado qué fue de usted en estos años, averigüé entonces quién era aquel policía, por si acaso. Era un excelente investigador, de los de antes, de los de siempre, de los de toda la vida. Y es justo lo que yo necesito ahora.

—Sigo sin entenderle.

—¿Tanto le extraña que quiera contratarle para un trabajo?

—Yo no soy nadie, y menos policía, llevo casi diez años apartado del servicio, todo ha cambiado, las cosas son diferentes. Ni siquiera puedo meterme en problemas o acabaré de nuevo en la cárcel. Eso sin olvidar que ya soy mayor para según qué.

Benigno Sáez le escuchó sin alterar su rostro. Incluso cuando hablaba, apenas si variaba su expresión. Movía los labios, nada más. El ojo vivo era penetrante, una daga fija. El parche no hacía sino conferir un aire más siniestro al conjunto. Le quedaba algo de cabello en la cabeza y él lo peinaba con meticulosidad, hacia el lado derecho. La mandíbula era cuadrada. No parecía un abuelo venerable precisamente.

—Tengo poder, Mascarell —habló despacio, más que midiendo cada palabra, procurando que le penetraran como

cuchillas afiladas—. Poder e influencias, puede imaginarlo. Pese a todo, hay cosas que no pueden hacerse… digamos por las vías normales. Y no le hablo de ninguna ilegalidad, descuide. Se trata de las circunstancias. A veces ellas obligan, como es el caso. Yo no puedo pedirle ni encargarle a la policía, ni a casi nadie más, y menos sin existir un delito aparente, que me busque el rastro de un rojo, un comunista, perdido hace más de doce años. —Llenó sus pulmones de aire antes de continuar hablando—: Ya no quedan leales a la República en España, ni anarquistas ni rojos, afortunadamente, salvo los cuatro locos que aún combaten en las montañas, los escasos resentidos que todavía piensan en el pasado y poco, muy poco más. Y no me importa que usted pueda ser uno de ellos, un nostálgico. Se lo juro, no me importa. Cumplió una condena y ahora está aquí, libre. Por lo tanto, alabado sea Dios. Lo quiera o no, forma parte de la nueva España. Yo le hablo de realismo, ¿entiende? Ha llovido mucho desde el 39, pero más desde el 36 y aquellos lamentables días llenos de muertos y barbarie. ¿Quién mejor que un ex policía republicano para investigar algo que sucedió en la Barcelona del 18 y el 19 de julio del 36? Lo poco que pueda quedar es más fácil que lo encuentre usted que alguien adicto al régimen. Las pocas personas capaces de recordar algo es más fácil que se lo digan a usted que a un policía de hoy o a mí mismo. Ésa es la clave. Por eso pensé en usted cuando…

—¿Cuando qué, señor Sáez? —le instó a seguir.

Por primera vez, su visitante parpadeó y se llevó una mano al ojo sano.

Un pequeño momento de humanidad.

O tal vez no.

El parche negro y el bigote recto seguían allí, desarmando al ojo súbitamente emotivo.

Dos a uno.

—No tengo hijos —su tono de voz se hizo crepuscular—. La vida me lo ha dado todo menos algo tan importante como eso. Y le confieso que es duro.

—Es más duro perderlos en una guerra —dijo él.

Benigno Sáez no se movió.

—Entonces nos parecemos. —Suspiró obviando el tono del comentario—. A mis años ya no me queda nada salvo una buena salud. Una de mis hermanas era monja y murió en el 36. Otra lo hizo en Madrid, en el 37, en un bombardeo, con su marido y su hija. La tercera ha fallecido hace muy pocos días tras una larga enfermedad. Y es por ella, por respetar su última voluntad, aquello que me pidió en su lecho de muerte, por lo que estoy en su casa, Mascarell. Por ella y porque su único hijo, mi sobrino, murió la noche del 18 al 19 de julio del 36 y fue enterrado en alguna parte de la que nunca tuvimos noticias. Nunca. Una tumba perdida en algún lugar de Barcelona en la que está enterrado el último Sáez.

—El último Sáez es usted.

—No, el último Sáez, el que hubiera heredado todo cuanto construimos en vida mi abuelo y mi padre, mi propio pequeño imperio, fue Pau Cabestany Sáez, mi sobrino, el hijo que nunca tuve, y yo le prometí a mi hermana buscar esa tumba y enterrarle junto a ella. Se lo prometí. Y una promesa hecha a una moribunda es sagrada, Mascarell. Sagrada. Por eso le necesito, para que me ayude a encontrar el cuerpo de un muchacho muerto hace poco más de doce años, ¿comprende?

3

La sorpresa le cortó el aliento por espacio de unos segundos.

Tardó en reaccionar, enfrentado a aquel ojo que lo miraba desde una distancia angustiosa.

—¿Quiere que busque… un cadáver?

—Sí.

—¿Se da cuenta de lo que me está…?

—Me doy cuenta de todo —asintió su visitante—. ¿Cree que acudiría a usted, un extraño, un viejo enemigo, si no fuera porque es mi única posibilidad y siento la desesperación de la impotencia?

Miquel Mascarell tragó saliva.

El día ya no era hermoso. El día acababa de convertirse en una pesadilla. Un ramalazo de angustia le recorrió la espina dorsal. El desprecio que sentía por todo lo que simbolizaba Benigno Sáez acababa de petrificarse en su mente. El odio congelado y convertido en una fría cuña. Su pequeña fuerza, su resistencia final, era barrida por un viento gélido que surgía de alguna parte de sus pasados, ahora convergentes por un azar del destino.

—¿Cómo murió su sobrino?

—¿Recuerda aquellas primeras horas del alzamiento?

Otra vez.

El «alzamiento», la «cruzada».

Su orgullo y su dignidad habían muerto hacía demasiado, en algún lugar del Valle de los Caídos.

—Sí.

—Confusión, venganzas personales, odio, inquietud… —La voz del hombre pareció quebrarse por un momento—. A un lado los partidarios de la República, al otro los de la nueva legalidad. Usted estuvo con los primeros. Yo con los segundos. Y créame, ya no

importa.

—Porque ustedes ganaron.

—No, no. —Barrió el frente con su mano derecha—. Yo soy un anciano. Usted casi. El futuro decidirá. Hace diez años era distinto, el momento, las circunstancias… Distinto a como es hoy, y más después de la Segunda Guerra Mundial. De no haber sido por Franco, Alemania nos habría metido en la guerra y a lo peor hoy teníamos la bandera inglesa o la francesa en nuestras barbas. A la historia la juzga el tiempo. Nosotros somos instrumentos, o meros peones de ella. Cuando España se rompió en dos el 18 de julio todas sus ciudades vivieron con el filo de la navaja en sus gargantas hasta que, una a una, se decantaron por un lado o por el otro.

—Y Barcelona fue republicana.

—Como Madrid, sí. Una pena, aunque usted no lo crea así. Nos habríamos ahorrado mucho sufrimiento, mucho dolor, tres años de luchas, hambre, frío…

Apretó su puño derecho.

—Miquel. —Escuchó de nuevo la voz de Quimeta.

—¿Por qué no le echo a patadas? —dijo su mente.

—Porque no has llegado hasta aquí por tonto, sino por listo. Piensa en Patro.

—¿Sabes en qué lío voy a meterme?

—Espera.

—Quimeta…

—Sigues siendo un superviviente. Siempre has sabido caer de pie.

—¿Mascarell?

Reaccionó.

—Vete, Quimeta. —La apartó de su cabeza.

—Sí, perdone —le dijo a Benigno Sáez.

—Escuche, no quiero discutir con usted, ni ser su enemigo, ni que vuelva a serlo de mí cuando las razones son ya obsoletas. Lo que le pido es que trabaje en algo diferente, que vuelva a ser y a sentirse policía por unas horas, unos días. Ni siquiera le irá mal, en todos los sentidos, porque en estos tiempos tener amigos es muy importante, sean del color que sean. Usted es inteligente. Sabe de qué le hablo.

—Me pide un imposible.

—Tal vez sí, tal vez no. Yo creo que usted lo conseguirá. Me lo dice mi instinto. Y mi instinto nunca se ha basado en las esperanzas, sino en lo que yo sé de la naturaleza humana. Cosas de la edad, y de haber vivido lo suficiente. Mi sobrino murió asesinado al amanecer del 19 de julio. Le mató un anarquista llamado Bernat Juncosa. No es mucho, lo sé, pero es cuanto hemos conseguido averiguar. ¿Tiene un vaso de agua, por favor? Mi garganta se ha secado de golpe.

Se levantó y caminó hasta la cocina. Patro estaba allí, en el pasillo, apoyada en la pared y abrazada a sí misma, con la cabeza gacha y los ojos hundidos en el suelo. Los nudillos de sus manos estaban blanqueados de tanto apretarse la bata y hacer fuerzas, envuelta en el paroxismo de su furia. Se miraron una sola vez, al cruzarse, y otra al salir él de la cocina con el vaso de agua en la mano. No hablaron. Por precaución, por si su visitante alcanzaba a oírles, y porque tampoco había mucho que decir estando él en su sala. Pero bastó el ramalazo final para que uno y otra se rindieran, cayendo hacia la oscuridad. El rostro de Patro reflejaba pavor. El de Miquel, desconcierto.

Volvió a entrar en la sala y le tendió el vaso a Benigno Sáez.

—Gracias.

Apuró dos terceras partes mediante un largo sorbo, como si fuera una esponja. Luego lo dejó en la mesita, alargando el brazo,

junto a las fotografías de las dos hermanas de Patro, una viva, la otra muerta.

En todas las casas había fotos así.

Y allí estaba uno de ellos, uno de los que hablaban de «alzamiento» y «cruzada».

Pidiéndole… ¿ayuda?

—Todo sucedió al final de la avenida de la República Argentina, más allá de las últimas casas de Barcelona, al pie del Tibidabo —retomó sus explicaciones el hombre—. Un grupo de milicianos que se dirigía por el paseo del Valle de Hebrón en dirección a la carretera de la Rabassada escuchó un disparo y uno de ellos, Pere Collado, se apartó para ver qué sucedía. Se encontró con la escena ya consumada. Por un lado, de pie, Bernat Juncosa, con un pañuelo de la CNT identificándolo y una escopeta en las manos. Por el otro, a sus pies, muerto, mi sobrino. Juncosa le dijo a Collado que acababa de matar a un «maldito fascista» que se hacía pasar por uno de ellos. Collado entonces le dijo a Juncosa que se uniera a su grupo, y Juncosa le respondió que lo haría después, porque primero quería enterrarle.

—¿Para qué perder el tiempo haciendo algo así? —inquirió Miquel.

—Es lo mismo que le preguntó el miliciano. Bernat Juncosa le dijo: «Es un Sáez, ¿los conoces?». Collado respondió que no y el asesino de mi sobrino le vino a decir: «Son gente importante. No quiero dejar rastros por si vienen mal dadas. Si vais a la Rabassada no tardo más de una hora en daros alcance. No quiero estar solo».

—¿Eso fue todo?

—Pere Collado se marchó tras los suyos. Una o dos horas después Bernat Juncosa se les unió.

—Pero ¿por qué enterrarle? —insistió él—. No tiene sentido. Había cadáveres por todas partes. Uno más o menos, por

importante que fuese…

—No lo sé, Mascarell. —Benigno Sáez le mostró las palmas de sus manos, desnudas—. Yo también me he hecho esa misma pregunta, y la única lógica es la razón que Juncosa le dio a Collado. Precaución, miedo…

—¿Y si no le enterró?

—Cuando Juncosa se unió a Collado y a su grupo de milicianos, tenía las manos sucias de tierra. Le confirmó a Collado que ya estaba, que mejor no dejar rastros ni pistas.

—¿Qué fue de Bernat Juncosa?

—Unos días después se fue a luchar al frente de Aragón, con Durruti, y murió al poco.

Miquel Mascarell se dejó caer hacia atrás.

No sólo le pedía un imposible. Le pedía un absurdo.

—¿Y el tal Collado?

—Cuando acabó la guerra —era la primera vez que empleaba esa palabra casi prohibida, aunque lo hubiera hecho de forma instintiva—, fue hecho prisionero y en el interrogatorio narró ese incidente con esperanza de merecer alguna gracia. Sus palabras constan en la declaración que formuló y que alguien nos hizo llegar oportunamente. Por desgracia no le sirvió de nada y fue fusilado.

—¿Familia?

—Mujer y un hijo. Nos dijeron que no sabían nada, que él ni siquiera les había hablado del hecho.

No era la primera vez que hablaba en plural.

«Alguien nos hizo llegar…», «Nos dijeron que no sabían nada…».

—Tiene sentido, Mascarell —insistió el hombre del parche negro—. Bernat Juncosa sabía muy bien quién era mi sobrino Pau. No quiso dejar pruebas de su asesinato. Ni siquiera cabe la duda

de que esté en una fosa común. Estaba en la montaña, al pie del Tibidabo. Le bastó con la culata de su escopeta y sus manos, o quizá se ayudó con un cuchillo.

—¿Y le enterró en mitad de ninguna parte, a la vista de cualquiera que en estos años…?

—Tuvo que hacerlo bien.

—Entonces, ¿se da cuenta de que me pide que busque una aguja en un pajar?

—Juncosa tuvo que decirle algo a alguien, no sé, las cosas son casi siempre impredecibles. Pero él era un anarquista. Por eso pensé en usted, con sus viejos contactos, su experiencia, su reputación pese al paso del tiempo. Vivimos en otra España pero en alguna parte ha de haber algo, y si lo hay, sé que dará con ello. Es mi última esperanza. Por supuesto que no le pido que haga nada gratis. No sé de qué viven usted y esa joven, ni cuál es su relación, porque casados no están, ni me importa, se lo aseguro. Entiendo que por poco que haga, será mucho, y se acercará más a la verdad de lo que yo pueda acercarme. Sin embargo, se lo repito, mi instinto me dice que va a conseguirlo. Yo le pagaré generosamente, puede creerme. De entrada, para sus primeros gastos, aquí hay dos mil pesetas. Y no soy generoso: soy realista.

Sacó un sobre de uno de los bolsillos interiores de su chaqueta. Era blanco y estaba doblado por la mitad. Lo dejó en la mesita.

Abultaba un poco.

Dos mil pesetas.

Una pequeña fortuna.

Luego alcanzó el vaso de agua y lo apuró de una vez.

Miquel Mascarell continuó inmóvil.

Con mil alarmas disparadas en su mente.

Un fascista le pedía ayuda. Una súplica envuelta en la amenaza del miedo.

«No sé de qué viven usted y esa joven, ni cuál es su relación…»

—Ahí están mis señas y mis teléfonos, de mi casa y mi despacho —Benigno Sáez señaló el sobre—, para que me localice a cualquier hora. Entienda que si acudo a usted es por desesperación. No me queda mucho más por hacer. No hay pistas, y si las hay, los que conocieron a Juncosa y a Collado callan, por miedo o por la razón que sea. Sin embargo, sé que los muertos no desaparecen, Mascarell. Nadie se va de este mundo sin dejar rastro. En alguna parte ha de haber algo. Me aferro a ello y a mi última esperanza: usted. Si fracasa… —Movió la cabeza de lado a lado y repitió su suspiro—. Yo le juré a mi hermana que su hijo descansaría en paz a su lado y quiero cumplir con mi palabra. Si usted da con esa tumba, le aseguro, le juro que su vida y la de esa joven serán mucho mejor. Tanto que hasta puede que consiga devolverle a un puesto…

—Ya estaría jubilado —le advirtió.

—¿Va a ayudarme?

Estaba acorralado.

De la misma forma que «su vida sería mucho mejor», también podía acabar siendo «mucho peor».

Y los dos lo sabían.

—Amén de lo que gaste, le daré diez mil pesetas si culmina con éxito su misión. Sepa que soy una persona agradecida —insistió Benigno Sáez—. Tampoco le pido caerle simpático, ni que piense que lo hace por un viejo enemigo o se está vendiendo. Además de una buena acción para con una madre, es un trabajo. Véalo así. Un trabajo que le devolverá la posibilidad de sentirse de nuevo policía por unos días.

En julio de 1947 habían utilizado el mismo argumento para meterle en aquel lío a su vuelta a Barcelona.

Aunque gracias a ello se reencontró con Patro.

Y económicamente no les había ido mal.

Sí, estaba acorralado.

Si le decía que no, adiós a su paz, su isla de felicidad con Patro. Irían a por él. Una ex prostituta y un rojo indultado de las cárceles franquistas que vivían juntos «en pecado». Demasiado.

—¿Quiere más agua?

—No.

Miquel Mascarell intentaba pensar deprisa.

Imposible.

No tenía ni un minuto.

No tenía nada.

—Cuénteme lo que sepa, al detalle —se oyó decir a sí mismo casi de golpe.

Benigno Sáez pareció relajarse.

Desapareció su última duda.

—Aquel día, cuando la noticia del pronunciamiento ya era del dominio público y la gente se echaba a la calle en mitad de tantas noticias confusas que llegaban de todas partes, Pau salió de su casa para ir a la de su novia, Leonor Miralles. Ella y sus padres habían decidido previamente irse unos días a su villa del Masnou. Cuando Pau llegó ya no estaban allí, se habían marchado. Entonces fue a reunirse con dos amigos suyos, Manel Molins y Ricard Capdevànol. Una vez juntos discutieron qué hacer y regresó a su casa, inquieto, muy alterado. Mi hermana quería encerrarse a cal y canto y aguardar acontecimientos, pero Pau… Supongo que todos hemos sido jóvenes. —Plegó los labios con dolor—. Romanticismo, la épica de la lucha a una edad temprana… Vaya usted a saber. A media tarde, cuando la situación se complicó más y las noticias se hicieron todavía más confusas, salió de nuevo y ésa fue la última vez que su madre le vio con vida. No regresó aquella noche, ni las siguientes. Barcelona se hizo republicana y

ella tuvo vagas esperanzas de que Pau hubiera ido a luchar o… bueno, no sé. Todo menos aceptar la posibilidad de que estuviera ya muerto. Por desgracia yo también me encontraba fuera de Barcelona y…

—¿Oculto?

—Fuera de Barcelona. —Intentó dominar su irritación—. No tenía por qué ocultarme. Tardamos semanas en averiguar qué había sucedido y conocer el nombre de Bernat Juncosa, que para entonces también estaba muerto.

—¿Qué sabe de él?

—No mucho. Era un bala perdida, anarquista, solitario, peligroso… Por lo visto Pau y él se habían conocido poco antes. No sé las circunstancias. La hipótesis lógica y razonable es que cogió a mi sobrino en medio de aquella locura y le mató por el simple hecho de ser un Sáez, miembro de una familia declaradamente monárquica, católica, antirrepublicana, antiseparatista y anticomunista. No hay más justificación.

—Con el asesino muerto, la pista sigue siendo débil.

—Cuando Juncosa mató a Pau estaban solos, pero antes les vieron en compañía de otros jóvenes, ya armados, a la caza de posibles víctimas. Difícil saber quién iba con quién o contra quién. En un mismo grupo podía haber disensiones. O han muerto o nadie dice nada por ese miedo del que le he hablado antes. Un miedo que posiblemente usted evite o no infrinja.

—¿Y las señas de todos ellos, la novia de Pau, Manel Molins, Ricard Capdevànol…?

—Todo está en el sobre. —Apuntó de nuevo al dinero que había dejado en la mesita, al lado de las fotografías y el vaso de agua ya vacío—. Nombres, direcciones, quién vive, quién no…

Miquel Mascarell alargó la mano.

Pasó del dinero. Billetes de cincuenta pesetas.

Examinó la lista, hecha con máquina de escribir, sin ninguna tachadura.

—Falta una dirección.

—¿Cuál?

—La de su hermana.

—Ahí ya no vive nadie. La casa está cerrada.

—Da igual.

—Bien. ¿Toma nota?

—Tengo buena memoria.

Benigno Sáez se la dijo. No era complicada. Ni siquiera le hacía falta apuntarla. Cuando acabó de hablar los dos se quedaron súbitamente silenciosos, como si todo estuviese ya dicho.

Quizá era así.

Patro debía de seguir en el pasillo.

Muerta de miedo.

¿Por qué?

—De acuerdo, señor Sáez. —Se puso en pie para que se marchara cuanto antes.

Su visitante le secundó, a duras penas, porque no le resultó sencillo levantarse de la butaca en la que se había hundido. Una vez resuelto el problema, estiró su chaqueta y tomó el suave abrigo de entretiempo.

Tan gris como su rostro.

—No se arrepentirá, inspector —lo aduló empleando su viejo cargo.

Ya se estaba arrepintiendo, pero no se lo dijo.

—Entienda lo difícil de su encargo —insistió casi con un deje de desesperación.

—Me consta.

—Si no lo consigo…

—Sé que lo conseguirá. —Benigno Sáez puso una mano en su

brazo.

Aquella presión…

—Tengo dos preguntas más.

—Diga.

—¿Qué edad tenía su sobrino?

—Veinticuatro años.

—¿Y por qué su hermana ha esperado a morirse para pedirle esto?

La respuesta se demoró unos segundos.

El único ojo de su visitante se empequeñeció ligeramente.

—No lo sé. —Fingió una sinceridad que no sentía—. Supongo que en el lecho de muerte uno revisa su existencia, se da cuenta de muchas cosas, descubre que el tiempo se ha acabado… ¿Cómo saberlo? Mi hermana vivió todos esos años hundida, amargada, responsabilizándose por haber dejado salir de casa a Pau aquella tarde. Cuando me pidió ser enterrada junto a su hijo… Lo único que podía hacer yo era jurárselo, porque me hizo jurárselo. En apenas unos días me he dado cuenta de la realidad, del recelo que causan unas preguntas inesperadas tantos años después de aquello. El día que le vi a usted por la calle y le recordé, renació en mí la esperanza. Un viejo policía para un viejo caso olvidado pero no cerrado. ¿Qué más puedo decirle?

—Supongo que nada.

—Bien. —Benigno Sáez inició el camino de salida.

Patro ya no se encontraba en el pasillo.

El piso estaba silencioso.

Sólo al cerrar la puerta, tras el nuevo y poco grato apretón de manos, se dispuso Miquel Mascarell a enfrentarse a la tormenta.

4

Patro estaba en la habitación, sentada en la cama, llorando.

No quiso romper su desconsuelo. No había impaciencia que superara el quebranto emocional de aquellas lágrimas. Su compañera no era de las que se vencían sin más o por cada contratiempo de mayor o menor calado. Era una persona risueña, inocente, feliz, sobre todo en aquel año y medio, desde que vivían juntos después de que ella se lo pidiese. Risueña porque siempre reía y estaba contenta. Inocente porque desconocía el mal a pesar de la dureza de su vida. Feliz por dar y recibir, por compartir, por haber conformado finalmente una vida estable y equilibrada. Si lloraba siempre era por algo vivo, candente, algo doloroso o emotivo. Las suyas eran las lágrimas del desconsuelo.

Al borde de la desesperación.

Se sentó a su lado, le pasó un brazo por los hombros y esperó a que ella se venciese junto a él, dulcemente, igual que un girasol amante del sol que lo guiaba.

—Ya se ha ido —le susurró al oído.

Ella negó con la cabeza.

—No, no se ha ido —gimió—. Ellos nunca se van, siempre están ahí, vuelven…

Sorbió sus lágrimas y su mano se aferró a él.

Se deshizo en llanto más y más.

—¿Qué te pasa? —Se asustó.

El gemido se hizo fuego, la abrasó. Una baba blanca colgó de sus labios primero y de su barbilla después antes de que tratara de retenerla con su puño cerrado. Tenía la boca abierta, agarrotada por el espasmo de su dolor. Fuera lo que fuese, era incontenible, la arañaba por dentro, le retorcía el alma.

—Chis… —Miquel la acarició, meciéndola.

Otro largo minuto. Tal vez más. El tiempo los aprisionó a los dos en una cápsula sin otra dimensión que la de aquel sentimiento desgarrador. Su mano acariciaba maquinalmente la cabeza de su compañera. Sus labios buscaban la carne cálida, la piel suave de la frente. Su corazón en cambio no encontraba destino. Caminaba perdido en aquella repentina oscuridad.

Hasta que Patro logró la primera serenidad.

Dejó de llorar y acompasó la respiración.

—¿Lo has oído todo? —le preguntó entonces él.

Ella asintió con la cabeza.

—Ese hombre es peligroso —dijo Miquel—. No podía echarle, ni siquiera pensar en decirle que no.

Su compañera repitió el gesto. Jugueteaba con sus dedos de forma nerviosa, con los ojos atrapados en ese movimiento impreciso. Temía hacerle la pregunta que más importaba.

—Le conocías, ¿verdad?

Patro se quedó inmóvil, como paralizada. Luego tembló de manera espasmódica. Un ramalazo frío que la hizo cobijarse aún más bajo su amparo.

Sí, le conocía.

Y para que una mujer como ella hubiera conocido a un hombre como Benigno Sáez la única explicación posible era la más evidente.

—Lo siento —dijo él.

Patro sorbió sus lágrimas.

—¿Te ha reconocido?

Movió la cabeza de lado a lado.

—Sin arreglar… no creo —logró articular sus primeras palabras.

—Vamos, cálmate. Ya se ha ido.

—No, no se ha ido. Te ha pedido una locura y ahora ya está aquí, en nuestras vidas.

—Puede que esté desesperado.

—No es un hombre que se desespere fácilmente.

—Entonces tranquila. —Intentó transmitirle confianza y seguridad, pero, por encima de todo, serenidad—. Investigaré un poco, haré lo que pueda y ya está. No creo que consiga demasiado.

—No se contentará con eso.

Toda la paz de la habitación, el silencio que los envolvía cada noche, cada amanecer, se había difuminado. De pronto era como si Benigno Sáez estuviera allí, entre los dos, esperando.

Amenazador.

Miquel Mascarell sintió lo peor del mundo, la misma carga que soportaba sobre sus hombros desde hacía una docena de años: impotencia.

¿Cuántas veces habrían de perder la guerra todavía?

—Miquel —Patro volvió la cabeza hacia él—, tenemos el dinero que le quitaste a aquel hombre el año pasado, y es suficiente para vivir unos años más, sin alardes, de manera discreta. ¿Por qué no nos vamos?

—Nos encontrarían y sería peor.

—Desde enero de este año ya no hay salvoconductos para viajar por España. Y la frontera con Francia se abrió en febrero, recuerda. Podríamos ir a cualquier parte…

—Sabes que no es posible, y menos ahora.

Los ojos de Patro se llenaron de dolor.

—Cuéntame qué pasó —le pidió Miquel.

—No.

—Hay cosas que no pueden guardarse dentro, cariño. ¿Por qué no confías en mí?

—Porque siento asco y… —Tragó saliva y cerró los ojos un momento antes de volver a fijarlos en él.

—Era un cliente, de acuerdo. ¿Y qué?

—No era sólo un cliente.

—Entonces suéltalo. No saber nada de ese hombre lo hace aún más peligroso para mí, para los dos. Por favor, Patro. ¿Crees que es morbo o curiosidad o… qué sé yo? Se trata de nosotros. Lo que hiciste antes de vivir juntos no cuenta, pero ahora una parte de ese pasado ha estado aquí. Necesito saber contra lo que tal vez deba luchar.

Patro entreabrió los labios y él la besó.

Con la mayor de las ternuras.

Hasta que notó su primer atisbo de paz.

—Estaba loco —musitó ella al separarse—. Y si lo estaba antes a la fuerza ha de estarlo ahora.

—¿Frecuentaba El Parador del Hidalgo?

—Ese y otros lugares. Nunca se acostaba con la misma chica, nunca. Al final todas le conocíamos y nos advertíamos unas a otras, sobre todo a las nuevas. Pero cuando hay hambre… ¿qué más da una aberración o una excentricidad? Pagaba, y pagaba bien, así que ninguna le decía que no.

—¿De qué… excentricidades hablas? —Ignoró el término «aberración».

—Era un cerdo, Miquel. —Reapareció el síncope y el desaliento previos a un nuevo ataque de lágrimas—. Un cerdo asqueroso, enfermo y… ¡Hacía que las chicas se vistieran con ropa de milicianos, o se envolvieran con la bandera republicana! ¡Quería que le atacáramos con un cuchillo de plástico o una pistolita de juguete y él entonces nos vencía y dominaba, nos pegaba y azotaba, nos arrancaba la ropa! ¡No era sexo, era prácticamente una violación, porque necesitaba la oposición para

excitarse y…! —Llenó los pulmones de aire—. Cuando nos hacía prisioneras nos pedía cosas, nos exigía que fingiéramos amor, que le idolatráramos y le llamáramos «excelencia» o incluso «general». Él se sentaba en la cama y la chica que le sirviera se postraba a sus pies, le adoraba, y todo sin dejar de tocarle, hacerle… —Se estremeció una vez más.

Miquel atrapó sus manos, que volvían a moverse desquiciadas.

—Ya pasó —susurró en su oído.

—No, no ha pasado. Por fuerza debe de seguir haciéndolo. Siempre habrá chicas nuevas. Siempre. Era constante, una o dos veces cada semana. Un hombre así no cambia.

—¿Cuándo le conociste tú?

—Hace tres años.

—¿Te obligó a hacer algo de todo eso?

—Por favor…

—Dímelo.

—¡No!

—He de saber quién es o acabará matándome.

Ahora los ojos de Patro titilaron por el miedo.

—Es imposible que encuentre esa tumba, y si está loco como dices, lo hará. Tal vez no quiera dejar cabos sueltos, ni que se sepa que trató con un ex comisario de la República. Un rojo. Si no conoces a tu enemigo estás perdido.

—¿Y cómo no puede dolerte saber que yo…?

—Me duelen muchas cosas, cariño. Demasiadas. Pero desde que me pediste que viniera a vivir aquí contigo y yo acepté, la vida ha sido hermosa, para los dos. Las cicatrices del pasado forman parte del presente y eso es inevitable. Lo absurdo es negarlas. Ahora una parte de ese pasado ha vuelto y hemos de hacerle frente.

—Me… —Se mordió el labio inferior buscando las palabras

adecuadas mientras se rendía—. A mí me hizo desnudar y envolver con la bandera republicana. La llevaba en un maletín de color café, doblada, lavada y planchada. Tuve que subirme a la cama y pegarle, no muy fuerte, pero pegarle, con la mano, con una varilla, y luego desnudarle, por completo. Entonces él se rebelaba, renacía, conseguía dominarme y me poseía sobre la misma bandera. Cuando… cuando se corría yo tenía que gritar «¡Viva España! ¡Viva España! ¡Viva España!».

Miquel Mascarell sintió la arcada.

La dominó.

Las dos nuevas lágrimas que saltaron de los ojos de Patro salpicaron sus manos.

—En el maletín también llevaba medallas y cosas así, cintas, lazos… —musitó sin apenas voz ella—. Al acabar se vestía y se las ponía todas. Luego rezaba. Me hizo rezar con él, arrodillados los dos, pidiendo perdón por nuestros pecados frente a la cama, en la que puso una imagen de la Virgen. Lo último que me dijo a mí antes de irse fue que me perdonaba.

No quedaba mucho por decir.

Sólo superar el repentino peso que les aplastaba.

—Lo siento.

—Ha estado aquí, en nuestra casa… —gimió Patro.

—Confía en mí.

—¿Qué vas a hacer? —Le miró una vez más, asustada.

—Moverme.

—¿Moverte?

—Puede que esté abajo, esperando, oculto, para comprobar si hago algo o no. Estaba impaciente. Esa tumba se ha convertido en una obsesión y de pronto soy su única esperanza. Debe de ser hombre de ideas fijas. Varias veces ha hablado en plural. Eso significa que no está solo, que alguien empezó a investigar por él y

probablemente tropezó con un muro de silencio. Fachas de hoy buscando a rojos de ayer. Su teoría, absurda o no, no es mala. Fui policía, un buen policía, y sigo siendo el que era a pesar de mi condena y los años en el Valle de los Caídos. Sabe que no mataron lo único que me queda, que nos queda todavía a muchos: el orgullo. Dignidad no sé. Orgullo sí. Bajamos la cabeza, sobrevivimos, pero el orgullo forma parte de una integridad pisoteada aunque no vencida. Es el último aliento.

—Déjame ir contigo.

—No —fue categórico.

—Por favor. No hagas esto solo.

—Siempre he trabajado solo. Es lo que hice toda mi vida hasta enero del 39. Además, si te vistes y te arreglas… ¿quién te dice que no vaya a recordarte?

—Es imposible que…

—Patro.

Su tono fue conminante.

—Está bien —se rindió ella—. Pero prométeme que tendrás cuidado.

—Siempre lo tuve, por eso sigo vivo.

—Esto es diferente. Vas a trabajar para el diablo.

—Pero en casa me espera un ángel.

Patro se levantó de la cama, pero no para echar a andar. Se arrodilló frente a él, le rodeó con sus brazos y depositó la cabeza sobre sus muslos, de lado. Miquel volvió a apartarle el pelo, dejando libre el rostro, la tersura de su mejilla, el contorno suave de su piel inmaculada.

Ni siquiera tenía los treinta, le faltaba uno.

Y estaba con él.

Un viejo de sesenta y cinco años.

¿Qué había hecho para merecer el cielo en el infierno de aquel

ocaso?

¿Era por seguridad o se trataba de… amor?

Seguridad, necesidad…

Al diablo con todo.

¿Qué más daba?

Le acarició la cabeza, rozó sus labios con los dedos de la mano, dejó que ella se los besara.

—¿Y si todo esto de su sobrino muerto no es más que una excusa para meterte en líos?

—No lo creo.

—Cuando te dejaron libre y llegaste a Barcelona fue una trampa.

—Sucedió una vez. Esto es distinto, tranquila.

Era hora de levantarse, vestirse, recoger los datos dejados por Benigno Sáez en la sala, junto con el dinero. Hora de marcharse a investigar un eco, un grito procedente del pasado.

Hora de empezar un día inusitado.

Tal vez más que eso.

Cerró los ojos y esperó un minuto. Y otro. Y otro más.

5

Al llegar al vestíbulo pasó junto a la garita acristalada de la portería sin ver a su ocupante y salió a la calle. No buscó nada, no miró al otro lado del cruce, bajó la cabeza y se concentró en el suelo que pisaban sus pies. Enfiló por la calle Valencia en dirección al centro, dejando la de Gerona a su espalda, y no se detuvo hasta alcanzar el escaparate de la panadería. Fingió examinar los distintos tipos de pan exhibidos en él, pero en realidad lo que hizo fue atisbar arriba y abajo en el reflejo del cristal. No vio nada sospechoso, ningún hombre o mujer pendiente de sus movimientos, tampoco un coche parado con alguien dentro.

¿Era un paranoico?

¿Le había encargado realmente Benigno Sáez aquella estrambótica misión para luego dejarlo solo a su aire, a la espera de resultados?

Tenía sentido.

Un hombre con poder conoce los límites de los que no lo tienen.

Dejó el escaparate, caminó dos docenas de pasos más y entró en el bar de Ramón. Patro y él tomaban a veces una cervecita, como cualquier pareja. En verano se sentaban en una mesa y charlaban, sobre todo al salir del cine, antes de llegar a casa. Porque sí, le gustaba el cine, y las películas americanas de detectives, como Humphrey Bogart, o las de gángsteres, como James Cagney. Era la única evasión permitida. Durante tres o cuatro horas, en aquellas sesiones dobles, sus cabezas dejaban de pensar y se hacían la ilusión de que el mundo era un lugar agradable. Un lugar en el que los Bogart ganaban siempre la partida a los Cagney, aunque por el camino arriesgaran la vida y

luego tuvieran que lamer sus heridas. Un lugar en el que Fred Astaire y Ginger Rogers bailaban y bailaban con la ensoñación de los milagros. Un lugar en el que Rita Hayworth o Veronica Lake reinaban y convertían las fantasías en lo efímero de una realidad que costaba apenas unas pesetas.

¿Cuántas veces se había sentado sin darse cuenta al lado de los Benigno Sáez de turno?

¿O los Benigno Sáez de turno veían las películas en sus casas, con los proyectores particulares, sin mezclarse con los sudores del pueblo?

Se sentó a una mesa, huyendo de la barra, y examinó las notas dejadas por el hombre que acababa de alterar significativamente su presente de la misma forma que, un día, había alterado el de Patro.

No quería imaginarla.

Ni con él ni con nadie.

De no haber sido por aquel caso, a su regreso a Barcelona en julio de 1947, y de no habérsela encontrado en El Parador del Hidalgo, sus vidas habrían sido muy distintas.

Y ella habría seguido ejerciendo.

—¿Qué va a ser, maestro?

Ramón le llamaba «maestro». Decía que tenía aspecto de profesor de matemáticas jubilado. Incluso le había propuesto que le diera clases particulares a su hijo, que no lograba entender lo del dos más dos. Le llamaba «maestro» y no había forma de hacerle entender que se equivocaba.

Se olvidó de sus pensamientos.

Demasiado daño.

—¿Me das un pedacito de tortilla de patatas y un poco de pan para acompañar? Aún no he desayunado.

—Pues ya va siendo hora. Qué bien viven los jubilados. ¿Y de

beber?

—Un café. Cargado.

—Al momento.

Ramón se marchó tras la barra. No había ya muchos parroquianos, por la hora. Media mañana era uno de esos momentos intermedios. Los últimos desayunos tardíos antes de las primeras comidas tempranas. Se decía que en el resto de los países las personas desayunaban antes, comían antes y cenaban antes. Pero España era España. Siempre diferente. Para lo bueno y para lo malo.

Había habido una guerra.

Perdida.

Y los vencedores actuaban de acuerdo a su conquista.

Ya nadie hablaba del pasado.

En las películas, Bogart y los demás tenían una hora y media para solucionarlo todo.

En la vida real una existencia no bastaba.

La gente moría sin arreglar nada.

Dejando atrás una sensación de vacío e impotencia…

Incluso él, que había sido policía tantos años, sabía que en dos horas nunca se solucionaban los crímenes que en la pantalla eran tan sencillos.

Depositó los papeles encima de la mesa. Había preferido hacerlo allí y no en casa, aunque Patro se marchaba para ayudar a la señora Ana en su mercería. Los papeles olían a Benigno Sáez. Eran igual que retratos de su obsesión. No había mucho, nombres y direcciones. Nada más. Leonor Miralles, Manel Molins, Ricard Capdevànol, Bernat Juncosa, Pere Collado… Leonor Miralles, la novia de Pau Cabestany Sáez, había muerto de tuberculosis en el 38. De los dos amigos, Molins y Capdevànol, sólo quedaba el primero. En cuanto a Juncosa y Collado…

—Maldita sea… —Exhaló un suspiro de derrota.

Bernat Juncosa había matado y enterrado a Pau en solitario.

Sin testigos.

Al pie del Tibidabo.

Era mucho más que buscar una aguja en un pajar.

—Tortillita, pan y café, maestro —le interrumpió la presencia de Ramón.

Le hizo sitio, para que no manchara los papeles. El del bar le puso en la mesa los dos platitos y la taza con el café. No lo dejó solo. Se apoyó en la mesa y le lanzó una de sus conspicuas miradas.

—Bueno, ¿qué le dije?

Miquel se enfrentó a sus ojos chispeantes y felices.

—¿Qué me dijo?

—¡El Barça! ¡Le dije que pasaría por encima del Alcoyano! ¡Menuda tunda les dieron! ¡Y cómo jugó César! ¿No ha leído El Mundo Deportivo de hoy?

—¿No te he dicho que acabo de salir de casa?

—¿Y la radio? ¿No oye la radio?

—Ayer no.

—No oye la radio, no va al campo… —Puso cara de no creérselo—. ¡Pues cuatro! ¡Les metieron cuatro! El Alcoyano salió a destruir pero sólo aguantaron una hora. Somos líderes en solitario, con dos puntos sobre el Valencia. El Español tampoco lo hizo mal, porque ganó en Sevilla. Lástima el Sabadell, que va último sin un solo punto a estas alturas de campeonato. Ya le dije que este año revalidábamos título, que el Barça es muy superior a los demás. Hoy hace justo medio año de la liga pasada.

El 11 de abril Ramón había convertido el bar en una sucursal de Les Corts. Se había vuelto loco. El Barça ganaba por tres a cero al Bilbao y conquistaba el campeonato con tres puntos por encima

del Valencia y cuatro por encima del Atlético de Madrid. El Español había quedado séptimo. El Sabadell y el Real Madrid escaparon por los pelos del descenso a Segunda División, que fue para la Real Sociedad y el Sporting de Gijón.

Cine y fútbol.

Algo era algo.

—Luego le paso El Mundo Deportivo. —Se apartó de su lado radiante.

Se enfrentó a la tortilla de patatas. La hacía de primera. El pan lo había untado con tomate. Dos rebanadas. Antes de ingerir el primer bocado el estómago ya le mandó un aviso con sello de urgencia. Luego sorbió un poco de café, para terminar de despejarse.

Repasó lo poco que sabía de aquel 18 de julio de 1936 vivido por el joven Pau Cabestany Sáez.

Había salido de casa para ver a su novia, Leonor, pero ella y sus padres ya no se encontraban en Barcelona, sino de camino al Masnou para tomarse unos días de descanso, posiblemente ajenos todavía al estallido del conflicto o, quizá, debido a él. Luego Pau se reunió con dos amigos, Manel y Ricard, retornó a su casa y volvió a salir para no regresar ya nunca más. Las preguntas, de entrada, eran múltiples. ¿Pudo ir a fin de cuentas a buscar a su novia al Masnou? ¿Cómo? ¿En coche, en tren? Si lo hizo, reapareció muy rápido en Barcelona. Si no fue así, ¿adónde fue? ¿Por qué acabó con Bernat Juncosa a los pies del Tibidabo? ¿Y por qué se conocían él y su futuro asesino, el hijo de una familia burguesa y adinerada y un joven anarquista capaz de matarle?

Como policía, su instinto le decía que, en primer lugar, a donde debía ir era a casa de la madre de Pau, la recién fallecida hermana de Benigno Sáez, motor tardío de aquella búsqueda. Pero si le seguían eso no sería muy inteligente. No era lo esperado. El

hombre del parche en el ojo le había dado un tanto a regañadientes la dirección de su hermana aduciendo que «el piso estaba vacío». Él no le había dicho que una casa vacía también hablaba, y más su entorno.

Por lo tanto, le quedaba seguir el protocolo.

Investigar, escarbar, esperar…

¿Qué haría Benigno Sáez cuando le confirmara su más que presumible fracaso?

Un viejo fascista desesperado, con problemas sexuales, le pedía «ayuda» a un republicano derrotado.

El mundo al revés.

Terminó la tortilla. Apuró hasta la última miga del pan. Sorbió el café que, al desparramarse por su cuerpo, activó todas sus neuronas. Se sintió mejor, capaz de echarse a Barcelona por montera.

De vuelta a lo que mejor sabía hacer.

Investigar, buscar, atar cabos, reunir indicios, calibrar sobre ellos.

El viejo inspector Mascarell.

Iba a levantarse cuando Ramón le llevó El Mundo Deportivo.

—Oiga, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Claro.

—¿Sabe que desde fines del año pasado ya se puede hablar por conferencia con México?

—Sí.

—¿Cómo encontraría usted a alguien que posiblemente esté allí?

Ramón le hablaba de usted. Él en cambio le tuteaba. Una extraña circunstancia.

Tanto como su pregunta.

—Habrá algún tipo de servicio de información, digo yo.

—Es lo que pensaba, pero… —Hizo un gesto ambiguo.

—¿A quién tienes en México?

—Ni siquiera sé si está allí. Un primo mío, el único que tengo, se marchó al acabar la guerra. Sé que estuvo en un campo de refugiados, en Francia, como tantos, y sé que muchos salieron de allí en distintos barcos para irse al exilio mexicano.

—Otros muchos acabaron en los batallones de trabajo, y murieron en las trincheras francesas de la Segunda Guerra o, según se dice y cada vez con más pruebas, en los campos de exterminio de los nazis.

—Ya, pero si mi primo consiguió escapar…

Miquel Mascarell pensó en su propio hermano.

Su despedida, aquel día, en la escalera de su casa, en la calle Córcega.

Pronto haría diez años.

—Intentaré averiguar algo de eso —le prometió a Ramón.

—Pues gracias, en serio.

Le entregó un billete de veinticinco pesetas.

—Caray, ¿ha cobrado la jubilación? —Lo recogió el dueño del bar cambiando su expresión seria por otra de renacido buen humor.

—He de irme. —Se encogió de hombros—. Pero un día hemos de ir al fútbol juntos.

—¡Venga, va!, ¿cuándo?

—La semana de los tres jueves.

—No, en serio. Usted antes era forofo. Me lo dijo hace unos meses, cuando empezó a venir por aquí.

—Demasiada pasión. —Se encogió nuevamente de hombros.

—Hombre, maestro, es que para eso está el fútbol, ¿no? ¿Adónde iríamos a gritar si no? Desde luego en casa mi mujer no me deja.

—Ramón, que tengo prisa.

—¡Vaya por Dios!

Le acompañó a la barra y recogió el cambio. Cuando pisó la calle volvió a mirar distraídamente arriba y abajo, a la caza de cualquier signo sospechoso, un paseante ocioso o un coche dispuesto a seguirle.

Nada.

—De acuerdo. —Suspiró—. En marcha.

6

Los padres de Leonor Miralles vivían relativamente cerca, así que decidió no comenzar a tomar taxis u otros transportes públicos. Caminó, igual que en los viejos tiempos. Un paso tras otro. Y mientras, la cabeza dando vueltas, hablando consigo mismo, haciéndose preguntas. En las películas el detective iba armado, mujeres hermosas pululaban a su alrededor, no le importaba disparar o enzarzarse a puñetazos con sus rivales. Antes de dar con la respuesta final, solían machacarle. Pero luego la música subía y el bien acostumbraba a ganarle al mal. Ésa era la magia del cine, lo hermoso de aquella fantasía pagada con unas pesetas que abrían la puerta de los sueños. El cine incluso hermanaba a los Benignos Sáez y a los Miquels Mascarell de aquella nueva Barcelona, renacida poco a poco, paso a paso, como tantas otras veces a lo largo de su historia.

Si en 1714 no habían podido con ella…

—¿Perdón?

Miró a la mujer situada a su lado en el semáforo.

—Disculpe, hablaba solo.

La mujer frunció el ceño.

Y aceleró el paso al ponerse el semáforo en verde.

Fue al llegar a la otra acera cuando él buscó el amparo de la pared más próxima y se apoyó en ella.

La tortilla de patatas, el pan con tomate, el café…

Se estaban peleando en su estómago.

—Maldita sea… —rezongó.

Pero no era la comida, era el peso del remordimiento mordiéndole las entrañas, oculto, a la espera de devorar toda su resistencia, minar su moral.

Patro.

Su joven Patro.

Lo que representaba Benigno Sáez para ella era difícil de explicar. No se trataba de un viejo cliente. Era algo más. Se trataba de un sádico. De un hombre enfermo que todavía se excitaba con juegos, violando a la República, pagando por liberar sus más bajos instintos. Y ese hombre antes olvidado, de pronto irrumpía en su casa, o mejor dicho, en la casa de Patro, el lugar en el que había nacido, crecido y vivido siempre, soportando muertes, hambres y fríos en la guerra y una larga posguerra erizada de dificultades. El mismo hombre que le pedía a él buscar una tumba y le pagaba por ello.

Dinero.

Lo triste, lo amargo, era que el precio de haberle echado a patadas habría sido su ruina, su más que probable vuelta a la cárcel, con cualquier excusa. Y de esa cárcel, por breve que fuera, ya no habría salido con vida.

Lo sabía.

Pero imaginarse a Patro sola, en la mercería de la señora Ana, con la cabeza llena de ideas y espanto…

Desde su llegada a Barcelona, dieciséis meses antes, había tragado mucha mierda, muchos «¡Arriba España!», muchos «¡Viva Franco!», muchos brazos en alto, retórica, mentiras, demagogia, propaganda. De no haber sido por Patro no tenía ni idea de lo que habría sido de sí mismo. Patro y aquel dinero llovido del cielo en el cierre del caso de Celia Arteta. Eso lo había hecho todo más soportable.

Por lo menos de puertas adentro.

Porque cada vez que caminaba por Barcelona se derrumbaba.

Un poco, y un poco más, y un poco más…

Todas las ciudades tenían nombre de mujer. «La» ciudad. Y a

una mujer ultrajada quizá se la amase más.

Continuó caminando sin evadirse de sus pensamientos.

La casa de los Miralles era un edificio del Ensanche, en Consejo de Ciento con Aribau. Destilaba nobleza, balcones adornados con relieves, una entrada hermoseada con celosías y lámparas que ni la guerra o los bombardeos habían conseguido quebrar. En otro tiempo esa misma entrada permitía el acceso de los carruajes. Ahora desembocaba en un patio interior con dos o tres coches de importación. La portería era grande, un espacio luminoso y egregio. La mujer que la presidía parecía inexpugnable. Un bastión de primera línea, poderosa, con mucho pecho, caderas robustas. Salió con agilidad de su sacrosanto templo y le cortó el paso observándolo de arriba abajo.

—Los señores Miralles.

La llave mágica. La mujer se apartó y él tomó el ascensor que lo condujo hasta el tercer piso, el quinto en realidad contando el entresuelo y el principal. Una vez fuera del camarín tomó aire y pulsó el timbre de llamada.

Allí estaba él.

Dando el primer paso del caso de Pau Cabestany Sáez.

La puerta se abrió a los pocos segundos, sin necesidad de insistir. Una mujer menuda, no más de metro cincuenta y cinco, facciones agradables y vestida como si acabase de llegar de la calle o fuese a salir en un minuto, le dirigió una mirada curiosa. Su sonrisa era dulce, tanto como sus ojos pequeños y ligeramente tristes.

—¿Señora Miralles? —se atrevió a intuir.

—Sí.

—¿Podría hablar un momento con usted?

No le dio tiempo a responder. Por detrás de ella apareció un hombre más alto, más viejo, calvo, con bolsas bajo los ojos y una

papada que unía el final de su rostro con el pecho prescindiendo del cuello. Vestía un batín que le llegaba por debajo de la cintura y que anudaba con un cinturón del mismo color y textura. Se apoyaba en un bastón de madera, negro y brillante. Su mirada no fue tan plácida como la de su esposa.

—¿Quién es, Enriqueta? —se hizo oír.

—¿Señor Miralles?

—Sí. —Se colocó junto a la mujer, casi sepultándola por su envergadura.

—Buenos días. —Intentó parecer lo más afable posible—. Me llamo Miquel Mascarell. No quisiera importunarles pero… me gustaría hacerles unas preguntas sobre unos sucesos acaecidos hace unos años. Sé que…

—¿Qué clase de sucesos? —le interrumpió el hombre.

—La muerte de Pau Cabestany Sáez —se lo dijo sin ambages.

La mujer lo acusó.

Se llevó una mano a los labios.

—¡Pau! ¡Oh, Señor!

Su marido fue menos expresivo.

—¿Y por qué…? —vaciló frunciendo el ceño—. ¿Es usted policía?

Lo peor de una investigación eran las explicaciones. Cuando era inspector, le bastaba con mostrar la placa. La diferencia resultaba abismal.

No tenía placa. No tenía nada.

Sólo persuasión.

O una mentira.

—No, no soy policía. —Fue sincero.

—Entonces no entiendo…

—¿Para qué quiere hablar de Pau? —intervino de nuevo ella.

—Su madre murió hace unos días.

El hombre permaneció igual, ajeno, inconmovible. Todo lo contrario que su mujer. Enriqueta Miralles se llevó por segunda vez la mano a la boca. Sus ojos se dilataron.

—¡Pobre señora Consuelo! —exhaló.

—No sabíamos nada de ellos desde que sucedió lo que sucedió —se justificó su marido.

—¿Podría pasar? Les robaré tan sólo unos minutos. Por favor.

Intercambiaron una mirada, fugaz, de simple apoyo. Luego él dio media vuelta, sin decir nada, y apoyándose en el bastón pero caminando con viveza, a base de pasos cortos pero rápidos, se internó por el pasillo que partía del recibidor rumbo a las profundidades de su piso. Su mujer esperó a que el visitante cruzara el umbral de la puerta. La cerró y completó la fila.

Lo primero que le llamó la atención fue la oscuridad.

El barroco papel pintado, las cortinas granates, las ventanas casi cerradas de la sala.

Un mundo en sombras.

Lo segundo, al pasar por delante de la única puerta abierta, a la izquierda del pasillo, la presencia de una mujer joven, veinticuatro o veinticinco años. Una mujer guapa, de mirada turbia, casi insultante, un puro desafío.

—¿Quieres vestirte, Margarita? —le recriminó su escote la dueña de la casa al verla.

—Me estaba cambiando —su voz era un flagelo—. No sabía que tuviéramos visita.

Los ojos de Miquel y los de la joven se cruzaron una fracción de segundo.

Afilados los de ella.

La dejaron atrás y una vez en la sala el hombre se dejó caer en una butaca, resoplando, de nuevo en silencio. La piel tenía ya la forma de su cuerpo. A su lado, al alcance de la mano, coronando

un mueble bajo de caoba, un enorme aparato de radio destacaba con su presencia sobre un conjunto ornamental basado en el abigarramiento. Muebles, cuadros, columnas de alabastro coronadas por floreros sin flores, mesitas, cristalerías visibles en aparadores cargados de espejos, lámparas formadas por miles de lágrimas… Un piso con clase. Añejo, decimonónico, pero con clase.

Y muy grande.

—¿Quiere sentarse? —Enrique Miralles le ofreció una silla.

La obedeció. Ocupó la silla. En la mesita que quedaba a su derecha vio unas fotografías, todas y cada una con su correspondiente marco de plata trabajado con esmero. Reconoció a la pareja, muchos años atrás, más joven, cuando la vida era distinta y las esperanzas posibles. En unas estaban solos y en otras les acompañaban dos niñas, una mayor, la otra más pequeña.

La mayor era Leonor, la novia de Pau.

La menor, la joven que acababa de ver en el pasillo.

El último retrato de Margarita Miralles era de por lo menos muchos años antes.

—¿A qué viene hablar ahora de ese muchacho? —rompió finalmente su silencio el hombre.

—Les parecerá tardío, me consta, pero antes de morir, su madre expresó el deseo de que su cuerpo fuera localizado para ser enterrado junto a ella. Saben que fue asesinado y enterrado en alguna parte por el hombre que le mató, ¿verdad?

—¿Y ha esperado todos estos años para buscarle? —su interlocutor no ocultó su sorpresa.

—Marcelino, por Dios —quiso suavizar su tono ella.

—Quién sabe lo que pasa por la cabeza de una madre en la hora de la muerte —evadió una respuesta que no tenía—. Ella se lo pidió a su hermano Benigno, y él me lo ha pedido a mí.

—¿Y qué quiere que le digamos nosotros? —Su tono desabrido

mantuvo aquella carga de indiferencia—. Pau y nuestra hija eran novios. Apenas si llegamos a conocer a los Sáez. Él ya era viudo, lo mismo que la señora Consuelo. Después de morir el muchacho perdimos el contacto, no había razón alguna para mantenerlo. Luego falleció nuestra hija y…

Enriqueta Miralles bajó la cabeza.

Como si fuese algo reciente.

Y él, instintivamente, pensó en Roger.

Como tantas veces, también, igual que si su muerte fuese algo reciente.

Su hijo, enterrado en algún lugar, cerca del Ebro, donde había caído.

—Aquel día ustedes se fueron a Masnou.

—Sí.

—¿Vieron a Pau?

—No, ya no le vimos. Supimos de su muerte bastante después. Casi lo imaginábamos, pero la certeza no llegó hasta varias semanas más tarde.

—¿Y su hija?

—Estuvo con nosotros. No la dejamos volver a Barcelona. Todo era confusión. Luego, con los bombardeos… Nos quedamos en Masnou. Allí nos creíamos a salvo, pero Leonor…

No quiso que la emoción los arrastrara al abismo.

—¿Quién les habló de la muerte de Pau?

—Su madre. Ella adoraba a nuestra hija.

—¿Cuánto duró el noviazgo?

—Un año —le tocó el turno a la señora Miralles—. Pero él no subió aquí hasta tres meses antes de morir, cuando la relación se hizo formal. Era un muchacho muy educado, mucho. Pensamos que formaban una estupenda pareja y que iban a ser muy felices.

—¿Conocían a sus amigos?

—No.

—¿Y el nombre de Bernat Juncosa? ¿Les suena?

—Fue el hombre que le asesinó, sólo eso.

—¿Nunca les habló de qué hacía o con quién, aparte de salir con su hija?

—Cenó aquí algunas veces, y también comió en dos o tres días festivos. Conversábamos de temas diversos, el futuro, el trabajo… Las cosas íntimas, o privadas, imagino que eran cosa de ellos.

El primer camino se cerraba allí. Una puerta opaca. No tenía más preguntas porque sabía que la pareja tampoco disponía de más respuestas. El inmenso pajar de su búsqueda se espesaba cubriendo el breve horizonte de sus esperanzas.

Aquello ni siquiera era un trabajo policial.

Buscaba… una tumba.

El resultado de un crimen acaecido en unas horas en las que media España asesinaba a la otra media.

—Lamento haberles causado este quebranto —se excusó poniéndose en pie.

—¿Dónde murió Pau? —le secundó apoyándose en su bastón el padre de Leonor y Margarita Miralles.

—Al pie del Tibidabo. Fue enterrado en alguna parte, en los campos que se abren al final de la avenida de la República Argentina.

—Esa tumba no aparecerá nunca.

—Es posible.

—Entonces tiene un trabajo bastante ingrato por delante, señor Mascarell.

Desandaban lo andado. La puerta de la habitación de Margarita, la hija pequeña, continuaba abierta. No la vio en persona, pero sí reflejada en el espejo de su armario. Con la persiana subida, bañada por la luz del día, se dio cuenta de dos

cosas.

La primera, que ya no lucía aquel generoso escote.

La segunda, que tenía los ojos rojos por haber estado llorando.

La muchacha le dio la espalda.

Cuando llegaron al pasillo les estrechó la mano a sus padres, intercambiaron apenas unas pocas palabras más y enfiló la escalera para desaparecer de su mundo.

7

Hizo la guardia en la esquina, sin apartar los ojos de la puerta del edificio, intentando no caer en turbios pensamientos ni dejarse arrastrar por una creciente depresión que le amenazaba desde hacía rato, cada vez que se daba cuenta del lío en que se estaba metiendo. Como policía sabía que una vez iniciada una investigación, del tipo que fuese, era imposible detenerse u olvidarse de ella. Había que seguir, seguir hasta dar con un muro o con la verdad. En algún lugar de Barcelona, Benigno Sáez de Heredia, el hombre del parche en el ojo, el hombre que pagaba por alimentar con sexo sus propias desviaciones humanas, el hombre que encarnaba lo peor de la nueva España, esperaba sus respuestas bajo el formidable peso y la influencia de su poder.

Era un pez atrapado en una red. O daba con un agujero o acabaría en una sartén.

Y no le habría importado demasiado en el caso de estar solo.

Pero no lo estaba.

Margarita Miralles salió del edificio unos cuarenta y cinco minutos después. Si hubiera echado a andar en dirección contraria, le habría costado interceptarla, porque lo hizo con el paso vivo y acelerado. Pero para su suerte se encaminó hacia el lado de la calle en el que esperaba él. No tuvo más que salirle al paso, rompiendo el ensimismamiento con el que se movía.

La joven tuvo un sobresalto momentáneo, hasta que le reconoció.

—¿Usted? —Frunció el ceño.

—¿Puedo hablarle un momento?

—¿Qué quiere? —Mantuvo la distancia y la duda en su expresión.

—Saber por qué ha llorado al escuchar lo que les he contado a sus padres.

No quiso negarlo. Sus ojos se empequeñecieron aún más. Dos caños angostos por los que le transmitió muchas cosas confusas, animadversión, duda, resquemor, desaliento, furia…

—¿Cómo sabe que he llorado?

—La he visto reflejada en el espejo de su habitación, ¿recuerda?

—¿Y qué?

—¿Saben algo sus padres que no hayan querido contarme?

—¿Ellos? —Soltó un bufido de sarcasmo—. ¿No les ha visto? Su vida se detuvo el día que murió Leonor. No saben nada de nada. Se encerraron en sí mismos y tiraron la llave.

—Y usted, ¿sabe algo?

—Pues claro.

—¿Quiere contármelo?

—¿Para qué? ¿Para ayudar y darle una satisfacción a ese hombre?

—¿Quién…?

—El tío de Pau, por Dios. Ese hombre —remarcó la primera palabra de la segunda frase.

—Yo sólo hago un trabajo, señorita. En estos tiempos…

—Un trabajo para un maldito cabrón… —Se mordió el labio inferior deteniendo, o más bien conteniendo sus impulsos. Su pecho subía y bajaba con apremio.

—Es poderoso —la previno él.

—Más de lo que ya lo era entonces, lo imagino. ¿Usted también obedece y calla?

—No, yo trabajo y pienso.

—¿Y eso qué significa?

—Me contrató para buscar esa tumba, nada más.

—Mire, señor…

—Mascarell, Miquel Mascarell.

—Pues mire, señor Mascarell, yo no tengo demasiado tiempo, ¿sabe? —Le echó un vistazo a su relojito de pulsera—. Voy a llegar tarde y es lo último que puedo permitirme tal y como están las cosas. Lo siento pero…

—¿Va a trabajar?

—Sí.

—Sólo serán cinco minutos. Por favor.

—Lo que yo pueda contarle no le ayudará a encontrar esa tumba.

—Podemos hablar mientras caminamos. ¿Toma un tranvía, un autobús, el metro…? Puedo llevarla en taxi.

—Voy a pie.

—Si no echa a correr, puedo seguirla. Ya no tengo edad para carreras.

Margarita Miralles se cruzó de brazos y le desafió con la mirada. Era guapa, iba correctamente peinada, con bucles en la frente y a un lado. Tenía los ojos vivos y expresivos, una boca seductora, un óvalo facial delicado. Su rostro todavía poseía el influjo de la primera juventud, la más próxima a la adolescencia. Había en él algo de niña, como le sucedía a Patro. Una niña que se resistía a crecer pero que lentamente iba siendo sepultada por la edad y el paso del tiempo, los vicios de la vida y los pequeños cambios que marcaban el crecimiento rumbo a la madurez. Vestía con discreción pero la ropa no ocultaba sus formas, en cierto modo exuberantes, pecho alto, curvas sinuosas, piernas estilizadas, manos muy cuidadas. Desde luego no trabajaba en una fábrica. Si en el pasado los Miralles habían sido ricos y ahora formaban parte de una clase media forzada por las circunstancias, por lo menos ella mantenía su porte y su dignidad. No llevaba

anillos. Ninguno. No estaba prometida ni mucho menos casada.

—¿Quiere entender algo, señor? —su voz se hizo afilada, casi metálica—. Pau era el novio de mi hermana. Y de eso hace doce años. Murió él, murió ella, y la historia se acabó. Todo fue muy rápido. Demasiado. En aquellos días yo no era más que una jovencita sin importancia. ¿Qué quiere remover ahora? ¿De verdad busca el lugar en que fue enterrado él?

—Sí.

—¿Por qué a última hora les entran remordimientos a los Sáez?

—Según parece, la madre de Pau le pidió a su hermano que les enterraran juntos.

—¿Y ya está?

Miquel se encogió de hombros.

—Pau sólo tenía de los Sáez una cosa: el apellido, nada más. Él era… sensacional, la mejor persona que he conocido. Romántico, idealista, soñador… Lo único que hizo mi hermana en vida fue conseguir que se enamorara de ella. Leonor ni siquiera supo valorar su suerte.

—¿Por qué dice que Pau no tenía nada de los Sáez?

—¿Sabe usted algo de él?

—No.

—Pero conoce a su tío, claro.

—Sí.

—¿Se parecen en algo un huevo y una castaña?

—¿Tan diferentes eran?

—Por Dios… —La mueca fue de amargura—. Pau aborrecía a su familia, lo que representaban, todo aquello que defendían. Él poseía integridad, tenía principios. Cuando supimos que había muerto y nos dijeron que le había matado un anarquista… ¿Cómo iba a matarle un anarquista, por Dios?

—No la entiendo.

—¿Con quién luchó usted?

—Con nadie.

—¿Qué hizo en la guerra?

—Era inspector de policía. Me mantuve leal a la República, fui detenido cuando Barcelona fue ocupada, sentenciado a muerte, indultado y luego hice trabajos forzados durante más de ocho años, hasta el año pasado.

—¿A su edad?

—Sí.

Le miró con otros ojos, aunque sin bajar la guardia ni apartarse de su amargura, cada vez más presente, emergiendo de las profundidades de su ser como un corcho desde el fondo del mar.

—¿Qué iba a contarme acerca de la muerte de Pau?

—Simplemente que la idea de que le matara un anarquista es absurda, aunque para los Sáez eso lo justificaba todo.

—¿Por qué?

—¡Pau se habría ido a matar facciosos, maldita sea! —bajó la voz pero no la crispación al decirlo—. ¡Él era tan anarquista, socialista, comunista o… lo que sea como los demás!

—Pero si su familia…

—¡Ellos sí, él no! Si ese día fue a luchar, que lo hizo, seguro, fue para defender a Barcelona. ¡Y si ese anarquista le mató realmente, no tiene sentido! ¡Es algo que de todas formas yo nunca creí! ¡La perfecta excusa de los Sáez para convertir a Pau en un mártir! ¡Pau no estaba del lado de su madre y su tío! ¡Pau era legal!

Legal.

La palabra lo taladró.

Y de pronto vio muchas cosas claras.

Diáfanas.

La forma de hablar de Margarita Miralles, su pasión y vehemencia, la defensa de Pau, la leve animadversión hacia su hermana muerta, la amargura latente en el fondo de sus pupilas…

—¿Qué edad tenía usted entonces?

—Trece años.

—Entiendo. —Suspiró.

—¿Qué es lo que entiende? —se envaró ella.

—Algo habitual. La hermana pequeña enamorada del novio de la mayor.

Los ojos de la joven emitieron un brillo apagado.

Una luz rápidamente diluida.

—Déjeme en paz. —Reanudó su camino.

—Por favor…

La retuvo atrapándola por un brazo. Margarita Miralles miró su mano. Luego a él. No hizo nada. Sólo esperó que la soltara.

—Yo no sé nada, señor Mascarell —exhaló agotada—. Mi hermana conoció a Pau, se enamoraron, lo subió a casa y sí, me enamoré de él. Era diferente, una bocanada de aire fresco, en todos los sentidos. Loco, extravagante, bueno, humano, tierno, generoso, honrado… ¿Quiere más? Y no era pasión de adolescente. Era la realidad. Mi hermana sólo quería casarse, tener hijos, formar «una familia» —canturreó la expresión—. Pau en cambio tenía sueños, creía en el futuro, buscaba… no sé, algo más. Algo que Leonor no podía darle pero que en esos meses él ignoraba porque el amor suele cegar. —Por primera vez se le llenaron los ojos de lágrimas—. Hablando con él me di cuenta de qué forma aborrecía a los suyos, a sus beatas tías, a su santa madre, a su tío el fascista meapilas. ¿Ahora me dice usted que le busca para enterrarle junto a su madre? ¿Cristianamente tal vez? ¿Doce años después? Por Dios… No me haga reír.

—Sean cuales sean los motivos, él está enterrado en alguna

parte, sin más. Todos merecemos un mejor descanso eterno.

—Entonces que tenga suerte.

—¿Llegó a conocer a sus amigos?

—No.

—¿Le habló de ellos, dijo algún nombre…?

—Supongo, pero los he olvidado.

—¿Ricard Capdevànol, Manel Molins…?

—Lo siento.

—¿Y su hermana? ¿Le comentaba algo?

—¿Ella? —Su tristeza se adornó con una mueca de sarcasmo —. Bastante se cuidaba de tenerlo atrapado. A mí no tenía por qué contarme nada. Era la hermana pequeña, la cría. Pau, sin embargo, me trató siempre de una manera especial. Nos reíamos mucho cuando estábamos juntos. Sólo fueron unos meses, pero acabaron siendo maravillosos. Mi mejor recuerdo de aquellos días porque después llegó la guerra, el hambre, el frío… Nos quedamos en Masnou y… —Dejó de hablar envolviéndose en un suspiro.

—¿Cómo supieron lo de Pau?

—Leonor consiguió que papá la dejara venir a Barcelona cuando las cosas se calmaron. Aquí supo de su desaparición.

—¿Y si estaba en el frente?

—Habría dado señales de vida. No se habría ido sin más. Sin decírselo a su madre y a su tío, tal vez, pero sin decírselo a mi hermana no. Él la quería. Era su puerta de escape para huir de los Sáez. Más tarde supimos la historia, lo de ese tal Bernat Juncosa. Para entonces las cosas ya estaban empezando a torcerse.

—¿Y si no murió?

Margarita Miralles mantuvo ahora la serenidad en su rostro.

—Entonces, ¿dónde está? ¿Cree que pudo perder la memoria y andar vagando por ahí desde esos días?

Parecía absurdo.

Era absurdo.

—Señor Mascarell, Pau nunca se hubiera ido sin más. Era de los que daban la cara. Le mataron. No sé por qué, pero le mataron. ¿Bernat Juncosa? Tal vez, pero no por ser faccioso. Durante estos años he sentido que todos le habían olvidado. Todos. Mi propia hermana le lloró lo justo. Antes de morir de tuberculosis ya salía con otro. Ella era así. Yo no. Que ahora le estén buscando, después de tantos años, me parece… no sé, absurdo, increíble, esperpéntico… Ponga la palabra que mejor le parezca.

Reprimió por última vez las lágrimas.

—Lo siento —dijo Miquel.

—Voy a llegar tarde. —Se apartó de su lado—. Que tenga suerte, señor.

Ya no la retuvo.

No era necesario.

8

Había desayunado tarde y la tortilla de patatas le danzó un buen rato por el estómago, peleándose con el café y el pan con tomate. Una buena señal de inquietud corporal. Sin embargo, y dada la hora, optó por comer algo en otro bar de apariencia humilde antes de enfrentarse con su siguiente testigo del pasado. De los dos amigos de Pau, quedaba uno, Manel Molins, herido en el frente, mutilado de guerra, aunque no del lado vencedor. No tenía ni idea de con qué iba a encontrarse, pero lo imaginaba. Un hombre ya maduro, perdidos y olvidados los sueños de juventud, obligado a vivir con la derrota, masticando su propio odio mientras vivía bajo el yugo de los que un día habían subvertido el orden establecido, superviviente único de un mundo en el que habían caído sus amigos, dejándole solo.

Iba a ser duro.

Así que prefirió comer algo, por disciplina, y de paso buscarle un sentido a las palabras de Margarita Miralles.

El giro inesperado de los acontecimientos.

¿Sabía Benigno Sáez que su sobrino no comulgaba con sus ideas? ¿Se lo había ocultado deliberadamente al pedirle que buscara su tumba? ¿No le daba importancia, puesto que a fin de cuentas Bernat Juncosa era un anarquista?

Se removió inquieto en su silla mientras esperaba la sopa.

De buenas a primeras, algo ya no encajaba.

Y eso, en una investigación, siempre era malo.

Lo peor.

Implicaba problemas, cambios, giros inesperados, sorpresas.

O Pau Cabestany había mantenido engañados a su madre y a su tío, fingiendo ser lo que no era, o Benigno Sáez lo sabía y,

simplemente, no se lo dijo al encargarle aquel maldito «trabajo».

Se llevó una mano a los ojos y paseó una distraída mirada por su entorno.

Todos los bares de Barcelona debían de ser futboleros. Una fiebre. De pronto el Barça se convertía en una religión, un acto de fe, una especie de nuevo ejército no armado dispuesto a la conquista de la España de Franco. Eso o la resistencia final disfrazada de deporte. Por detrás del mostrador dos grandes banderas presidían el local. Las de Cataluña estaban prohibidas. Las de un equipo de fútbol no. También había retratos de futbolistas y escenas de algunos partidos importantes, así como portadas enmarcadas. La de El Mundo Deportivo con la última liga, seis meses antes, por ejemplo. Y por ser lunes, después de una victoria del equipo y de mantener el liderato, el ambiente vibraba de una manera especial. Había gritos, entusiasmo.

Felicidad.

La vida a través de un escapismo.

—La sopa, señor.

La tomó despacio, para que se le asentara bien en el estómago. El bar estaba lleno. Se hablaba de los goles al Alcoyano. Intentó aislarse pero le resultó difícil. Tenía que decidir de qué forma enfrentarse a Manel Molins. Si le decía que buscaba la tumba de su amigo Pau por encargo de su tío… Pero si le decía que era policía, el resultado no sería mejor. Lo peor para los vencidos era la desconfianza. ¿Quién era sincero con un desconocido? Lo único que le quedaba era la astucia.

Tenía que encontrar un motivo.

Apuró la sopa. Llegó la tortillita. Un solo huevo, sin patatas. La devoró en tres bocados y pidió la cuenta.

Manel Molins vivía en la planta baja de un edificio viejo y carente de otra cosa que no fueran sus paredes lisas y sucias. A un

lado, como único adorno, se veía el trazo negro del yugo y las flechas. Una marca de fábrica. Una huella indeleble. Pagó el taxi y esperó a que se marchara antes de llamar a la puerta. La casa, a pocos pasos de la carretera de Sants, rezumaba humildad. Si Molins había sido amigo de Pau, parte de su círculo, probablemente vivía en otro lugar al estallar la guerra. Las circunstancias siempre determinaban los presentes de una vida. Lo amargo era cuando éstas habían cercenado ya el futuro y no quedaba nada.

Nada salvo los recuerdos y la miseria.

Le abrió la puerta una mujer sesentona, encorvada, cabello blanco, delantal, pantuflas, prematuramente envejecida. Le miró con ojos de espera, ojos amigables, ojos doloridos pero inocentes, ojos de madre.

—¿Está Manel, señora?

Los ojos vibraron por el miedo.

Un desconocido llamaba a su puerta y preguntaba por su hijo.

—¿Quién…?

—Es para hablar de un amigo suyo que murió hace años, Pau Cabestany. Si me hace el favor…

Vaciló una vez más, luego reaccionó.

—Pase, pase.

El piso no sólo era pequeño, era angustioso. Sin apenas muebles, sin cortinas, sin nada que no fuera el signo de su precariedad. Olía a comida aprisionada en cada pared. Un olor superpuesto que formaba capas de amargura. Tras un breve pasillo, se encontró en un comedor diminuto que sólo contenía una mesa y tres sillas además de un aparador con el espejo roto. Las ventanas daban a un triste patio huérfano de macetas o vida, vacío.

—Si quiere sentarse… Le aviso enseguida.

Tomó asiento. La mujer desapareció y luego escuchó unos murmullos ininteligibles, próximos aunque no reconocibles, una voz de hombre, el apremio en el tono de ella. Lo único que identificó fue una frase final: —¡No lo sé, sal!

Manel Molins tenía la edad que probablemente tendría Pau Cabestany si todavía viviese. Su estado era deprimente, desgraciadamente revelador. Le faltaba el brazo y la pierna del lado izquierdo, así que se movía apoyado en una sola muleta. Su cuerpo formaba una diagonal con respecto a ella. Doce años daban para mucha práctica. Se detuvo frente a él y le observó lleno de resquemor, calibrando todas las posibles eventualidades. Miquel intentó parecer, ante todo, cordial.

Amigable.

—Perdone que no le dé la mano —se excusó—. Me caería, ¿sabe?

Humor negro.

—Le ruego me perdone esta intromisión, espero lo comprenda cuando le refiera el motivo de mi visita.

Manel Molins dejó la muleta apoyada en la mesa, se sujetó en el borde y se dejó caer sobre otra de las sillas. Su madre no ocupó la tercera. Era cosa de hombres. Se retiró sin decir nada más.

—Me llamo Miquel Mascarell —se presentó—. Necesito información sobre un amigo suyo, Pau Cabestany Sáez.

—¿Pau? —Alzó las dos cejas, batido por la sorpresa de lo inesperado.

—Le recuerda, ¿no?

—Por Dios, claro que le recuerdo. Era mi mejor amigo. ¿Para qué quiere hablar de él a estas alturas?

—Es un asunto relacionado con su herencia.

—¿Qué herencia?

—La madre de Pau murió hace unos días y él era su único hijo.

De hecho sólo queda vivo un familiar de los Sáez, su tío Benigno.

Ya no abrió la boca. Intentaba digerir la información. Tampoco es que entendiese mucho. Manel Molins estaba muy delgado, aunque se le notaba fuerte. Nariz aguileña, ojos hundidos en las cuencas, mandíbula afilada, labios rectos, sin apenas carne, escaso cabello en la cabeza. Vestía una camisa y unos pantalones. Un imperdible sujetaba la manga en ausencia del brazo. Otro la pernera en ausencia de la pierna. Iba sin afeitar y eso le confería un aspecto quizá patibulario.

—Vera, señor Molins, lo que sabemos acerca de la muerte de Pau es… cuando menos confuso. No hay tumba, no hay cadáver, únicamente unas informaciones de hace doce años, en los días más amargos del comienzo de la guerra.

—¿Lo llama guerra?

—Sí.

Manel Molins apreció la diferencia.

—Pero Pau murió aquella noche.

—¿Está seguro?

—Pues… claro, ¿por qué?

—¿Y si no hubiese muerto?

—Oiga, han pasado doce años. Naturalmente que murió.

—Pudo haber huido.

—Él no.

—¿Por qué no?

Reapareció el silencio, la cautela sazonada con miedo. Miquel pensó en el yugo y las flechas de la fachada de la casa. A los esclavos se les marcaba con fuego. Ahora las caras de Franco y los lemas de la «victoria» llenaban las casas y calles de Barcelona. Imposible cerrar los ojos.

—Puede hablar tranquilo —intentó relajarle aportando un atisbo de confianza—. Fui y soy republicano. Estuve preso hasta

hace un año y medio. Perdí a un hijo en la batalla del Ebro.

—¿Y cómo sé que eso es verdad?

—Míreme a los ojos.

Manel Molins lo hizo, unos segundos. Acabó dejándose caer hacia atrás, para apoyar la espalda en la silla. No se relajó del todo, mantuvo la guardia, pero al menos respiró con mayor comodidad.

—¿Qué sabe de Pau, señor Mascarell?

—No mucho. Que no tenía nada que ver con su familia, por ejemplo.

Asintió una, dos veces, despacio.

—¿Y usted trata de determinar si está vivo, porque si no la herencia de su madre pasará directamente a manos de ese hijo de puta?

—Sí.

Manel Molins volvió la cabeza, luego estiró el cuello para vislumbrar las proximidades del pasillito de su piso. Una vez cerciorado, bajó la voz y se inclinó de nuevo hacia delante.

—Sufre de los nervios —dijo.

—Perdone.

—¿Quién le ha hablado de las ideas de Pau?

—La hermana de su novia.

—Ya. —Esbozó una primera y tímida sonrisa—. No la conocí, pero Pau me habló de ella. Un bicho.

—Sigue siéndolo.

—¿Y guapa?

—También.

—Leonor no era gran cosa. Atractiva sí, pero por lo demás… Pau perdió la cabeza por ella y contra eso no hay quien pueda. Ricard y yo se lo dijimos y casi le perdemos.

—Sé que el 18 de julio Pau, Ricard y usted se vieron unas

horas, y que luego él regresó a su casa. Más tarde volvió a salir y lo último que se sabe es que se le vio con su asesino, Bernat Juncosa.

—Aquel día… Todo fue muy extraño. Las noticias que llegaban de cualquier parte, la confusión, el miedo, la incertidumbre… Nadie sabía qué sucedía en realidad, ni quién era amigo o enemigo. Cuando empezó el lío Pau, Ricard y yo discutimos sobre qué hacer. No lo teníamos muy claro. Defender la legalidad, defender Barcelona, eso sí, pero ¿contra qué? Había soldados contra soldados, guardias civiles contra guardias civiles… El más radical, el más deseoso de luchar, era Pau. Estaba fuera de sí, muy exaltado. Echaba sapos y culebras por la boca. Supongo que viniendo de donde venía, con una familia como la suya, era el que más temía el triunfo de la insurrección militar. No teníamos armas, así que Pau propuso conseguirlas. Ricard era el más tranquilo de nosotros. Le pidió calma, ver qué pasaba y actuar en consecuencia. Según él, Barcelona no caería, como así fue. Yo por mi parte estaba entre los dos, pero más de acuerdo con Ricard que con Pau. Y no era miedo, era sentido común. Me sentía frustrado, eso sí. Era igual que ver la llegada del fin del mundo. Al final Ricard y yo tomamos una decisión: esperar, no liarnos a pegar tiros sin más. Pau se enfadó mucho, se molestó y discutimos. Él quería asaltar a algún guardia civil y quitarle las armas. Le dijimos que eso era absurdo sin antes saber quién estaba de cada lado.

—¿Mencionó a su familia?

—No hacía falta.

—¿Su tío…?

—Cuando murió su padre, su tío quiso hacerse cargo de él, adoptarlo, más o menos, y tomar las riendas de todo, ya que su mujer había muerto sin darle hijos. Quedaban las tres hermanas y Benigno Sáez. Pau era el único varón, el heredero. Pero Pau no era

de su cuerda, misa diaria, honor, rectitud y todas esas cosas. Tenía un carácter libertario, una visión muy amplia de la vida y del futuro. Los Sáez vivían en una cárcel, sometidos a sus ideas decimonónicas y una concepción absolutamente anticuada de la realidad.

—¿Sabía Benigno Sáez lo que pensaba su sobrino?

—Pau no era tonto. Nadaba y guardaba la ropa. Por un lado, no quería enfrentarse a su tío. Por el otro, prefería contemporizar, y no por cobardía, más bien por astucia. Después de todo los Sáez eran ricos. ¿Por qué renunciar a ello? Pau y su tío habían tenido algún roce que yo sepa, enfrentamientos previos por tal o cual cosa, pero nunca una pelea grave y seria. Supongo que con la guerra habrían llegado a la confrontación, pero ya no hubo tiempo.

—¿Por qué regresó Pau a su casa después de no convencerles a ustedes de que buscaran armas?

—Dijo que tenía algo que hacer.

—¿Qué?

—No lo sé, pero sonrió. Eso sí lo recuerdo muy bien. Sonrió maliciosamente y nos dijo: «Ya veréis, ya». Fue la última vez que le vi, así que no supe la razón de sus palabras ni el porqué de esa sonrisa.

—¿Pudo ir a su casa a buscar algo?

—Es posible.

—¿Un arma?

—¿En su casa? No.

—¿Qué hicieron Ricard y usted cuando él se marchó?

—Nada, comentamos un poco las cosas. Ricard se sintió mal por la reacción de Pau, aunque llevaba ya un tiempo un poco raro, muy exaltado, feliz pero… Desde que empezó a salir con Leonor le veíamos menos, claro. Ya ni iba al fútbol, con lo forofo que era.

Después de lo de Montserrat, Leonor fue una liberación para él.

—¿Montserrat?

—Montserrat Calders, su primera novia, la de toda la vida, desde los dieciséis años.

—¿Rompieron cuando apareció Leonor?

—Un poco antes. Pau no era de los de jugar a dos bandas. En eso era muy legal y correcto. Simplemente se cansó de ella. Montserrat era muy obsesiva, celosa, quería casarse cuanto antes. A nosotros nos metía en muchos líos porque decía que éramos una mala influencia para Pau. Fue Montserrat la que le presentó a Bernat Juncosa. Trabajaban juntos.

—¿Cuándo fue eso?

—Más o menos unos cuatro o cinco meses antes de que estallara la guerra.

—Entonces… ¿Montserrat y Pau seguían viéndose?

—Ella estaba dispuesta a recuperarle. Se hacía la encontradiza, cambió un poco, iba de chica buena, amiga comprensiva, siempre a la espera de que él reaccionara o en guardia por si rompía con Leonor, que era su esperanza. Pau era muy buen tipo, en el fondo sentía lástima. Tanto daba que ella hubiera sido un incordio o se le notase que seguía enamorada de él. Viviendo cerca el uno del otro no había forma de quitársela de encima.

—¿Y Bernat Juncosa se hizo amigo de Pau?

—Sí.

—¿Y de Ricard y usted?

—No —fue categórico.

—¿Por qué?

—No conectábamos. —Hizo un gesto ambiguo plegando los labios—. No todos los amigos de uno o de otro lo eran de los demás. Cada cual tiene su pequeña parcela. Yo tenía amigos en el trabajo, Ricard también. No vi a Juncosa más allá de cuatro o cinco

veces.

—¿Cómo era?

—Muy radical. Quería poner bombas en todas partes. Estaba loco y para mí era muy mezquino, no sé, un bicho raro. Lo malo es que influyó mucho en Pau. Él nadaba entre aguas, era un Sáez, se había enamorado de Leonor, creía en unos ideales que estaban lejos de ser los que anidaban en ese momento, con España partida en dos y tanta confusión política. Tal y como estaban las cosas, Pau se radicalizó más y más con Juncosa cerca. Y no digo que no tuviera razón, pero no paraba de decir que los militares y los curas la liarían, como siempre, y que era hora de pasar a la acción, cosas que antes de aparecer Juncosa no pensaba.

—Entonces Bernat Juncosa y él compartían una ideología.

—Sí.

—¿Por qué habría de asesinarle pues?

—No lo sé.

—¿Cree que fue realmente lo que sucedió, que le mató como se ha dicho?

—Ni idea.

—Bernat Juncosa también murió, poco después, en el frente.

Manel Molins se encogió de hombros. Parecía perder energía, ceder a un súbito abatimiento. Bajó la cabeza y miró el lugar en el que ya no estaba su pierna. Toda su vida se había derrumbado, primero con la guerra, después con su fatalidad. Ni siquiera era un héroe. Para los vencedores se trataba de un rojo que pagaba y purgaba sus pecados. Incluso vivía por la misericordia del nuevo régimen.

Hizo un último esfuerzo para mantenerle vivo.

—¿Juncosa tenía familia, amigos…?

—Pregúntele a Montserrat.

—¿Dónde la encuentro?

—Su casa quedó destruida en un bombardeo, así que ya no vive allí. Hace poco, un año más o menos, oí decir que era taquillera de un cine.

—¿De cuál?

—No lo sé. Me lo comentó un conocido y él vive en la parte alta, por encima de la Diagonal, bueno, la avenida del Generalísimo. Pudo ser de su barrio, pero también del centro, quién sabe.

Había ciento veintisiete cines en Barcelona. Lo acababa de leer apenas una semana antes.

—¿Cómo es ella?

—No la veo desde el 36, pero era menuda, vivaracha, cabello muy negro, nariz grande, ojos morunos, boca pequeña, labios en forma de corazón, coqueta… No puede haber cambiado mucho físicamente, aunque quién sabe en el aspecto anímico. Las cosas son muy distintas hoy.

Su voz se hizo crepuscular.

No miró su pierna ausente, dirigió la vista hacia el patio batido por el sol.

Miquel pensó en Roger. ¿Hubiera preferido tenerle vivo igual que Manel Molins?

Sí, claro que sí.

Medio hijo siempre era más que ningún hijo.

—Gracias. —Se rindió a la evidencia de que su visita había terminado.

9

Se sintió cansado nada más salir de la casa de Manel Molins. Cansado más mental que físicamente. Al cerrarse la puerta se llevó consigo la mirada agotada de la madre del tullido. Cada hogar guardaba su propia tragedia. Probablemente no hubiera uno sin heridas en forma de muertos, detenidos o exiliados.

Roger estaba enterrado en algún lugar próximo al Ebro. Su hermano tal vez en aquella América que había acogido a tantos republicanos. Tal vez. También podía haber caído de camino a Francia, bombardeado o víctima del frío. O en uno de los campos de refugiados donde los gabachos se decía que les habían tratado como a perros.

Buscar la tumba de un desconocido le estaba haciendo enfrentarse a sus propios miedos y fantasmas.

El pasado siempre acababa volviendo.

«¿Y ahora qué?», se dijo.

No tenía ganas de ponerse a recorrer cines en busca de una taquillera. No tenía ganas de continuar investigando. Y tanto le daba si alguien al servicio de Benigno Sáez le seguía. Al diablo con él. Quería regresar a casa, con Patro.

Sentir su compañía.

Sin embargo, al llegar a la carretera de Sants, se detuvo.

Allí, al otro lado de la calle, había vivido siempre Mateu Galvany.

Mateu.

Tenía diez años más que él y fue su maestro e instructor en la policía. El hombre que lo sabía todo y se lo enseñó todo, con el que primero se pateó las calles de Barcelona y aprendió el oficio. Hubiera llegado a comisario de no ser por aquella bala, la que le

destrozó la pierna y lo dejó cojo para siempre. Una bala disparada al azar por un estúpido, un chorizo de mala muerte que aquel día llevaba una pistola encima. La última vez que le había visto, allá por el 35, se encontró con una sombra del hombre que fue. Mateu Galvany cargaba con el peso de un resentimiento que le devoraba, obligado a ser un jubilado de oro.

Habían pasado trece años.

Y estaba delante de su casa.

Podía seguir caminando, coger un taxi y en quince minutos abrazar a Patro.

También podía detenerse, perder unos minutos.

Mateu Galvany seguía sabiéndolo todo de la Barcelona que fue su campo de juego antes de su desgracia.

Vio un taxi cerca.

Le dio la espalda y caminó en dirección al edificio, una casa de tan sólo tres plantas. La maldita bala que apartó del servicio a Mateu no debía de ser muy distinta de la que años antes le hubiera matado a él de no ser por la rápida acción de su compañero, empujándole para no ser alcanzado por aquel otro idiota. Cayó escaleras abajo y se rompió una muñeca. Un precio menor. Su por entonces superior logró desarmar al hombre y apresarle.

¿Cómo era posible que llevase trece años sin saber siquiera si estaba vivo o muerto?

¿Era casual que, de pronto, estuviese allí, frente a su casa, o el destino seguía jugando con él de una forma misteriosa, justo cuando le necesitaba o creía necesitarle?

No había portería. Subió a la primera planta. En los años de compañerismo sólo estuvo allí tres o cuatro veces. La mujer de Mateu era toda una señora, muy alta, muy elegante, con carácter. Sin embargo nunca salieron los cuatro, Quimeta, él y ellos dos.

Nunca. El trabajo era el trabajo. La amistad, la intimidad, otra cosa. Bastantes horas pasaban juntos como para, encima, continuar viéndose al término de la jornada laboral. La mujer de Mateu era de las que marcaban distancias.

Llamó al timbre de la puerta y esperó.

Cuando ésta se abrió le reconoció.

Y también él.

Transcurrieron unos segundos, entre la sorpresa y el desconcierto.

—Coño, Miquel.

—Hola, Mateu.

Diez años de diferencia podían ser muchos años. Con una guerra de por medio, todavía más. Mateu Galvany no parecía un hombre de setenta y cinco, sino un anciano de noventa. Había empequeñecido, los escasos cabellos blancos que todavía adornaban su cabeza parecían vivir alterados y revueltos, en una perpetua lucha por el espacio y la supervivencia. Llevaba una bata y se apoyaba en su bastón, el mismo que le recordaba de entonces, porque era de caña, de color claro, diferente a los habituales. Calzaba unas gafas aparatosas y probablemente llevaba dos o tres días sin afeitarse. Del policía que tanto solía impresionar en su tiempo quedaba únicamente un pálido reflejo, un residuo, más en la mirada, acerada, que en el porte, camino de la rendición suprema.

—¿Qué haces aquí?

—Pasaba por delante de tu casa…

—Y te has dicho: vamos a ver si ése continúa vivo.

—Más o menos.

Seguían igual, uno a un lado de la puerta y su visitante al otro.

—Coño, Miquel —volvió a decir.

—¿Vamos a recordar los viejos tiempos aquí?

—Si has venido a recordar los viejos tiempos ya te estás largando —le advirtió.

—Entonces hablemos de los nuevos.

—Peor.

—¿Qué nos queda?

—Tú sabrás. Vamos, entra.

Miquel cerró la puerta y su anfitrión arrastró su pierna inútil por el piso hasta llegar al comedor y la galería. Una vez allí se sentó en un sillón y esperó a que el recién llegado lo imitara. No lo invitó a hacerlo. Sólo aguardó a que se pusiera cómodo. Luego volvieron a observarse, reconociéndose más y más, poco a poco. La única muestra de calor del dueño de la casa procedió de sus ojos. La del aparecido, de su sonrisa cauta.

—Ya veo que la guerra no pudo contigo —dijo Miquel.

—¿Guerra? ¿Qué guerra? ¿Te refieres al glorioso alzamiento nacional?

—¿Cómo es que no te fusilaron?

—¿Para qué? Yo ya estaba muerto. —Se tocó la pierna.

—Un muerto que habla demasiado.

—Eso sí, pero de puertas adentro, en el fondo tan cagado como todos. ¿Y tú?

—Me condenaron a muerte, me indultaron y acabé en el Valle de los Caídos. Salí hace poco más de un año.

—Joder, Miquel. ¿Por qué no te largaste antes de que llegaran ellos a Barcelona?

—Quimeta estaba enferma. No quise dejarla.

—¿Murió?

—Sí, poco después.

—Mi mujer también, hace cinco años. Vivo con mi hija, que también es viuda de guerra, perdón, viuda de un rojo maricón que, a Dios gracias, en el infierno debe de estar tan campante

guardándome un buen sitio a su lado.

—No seas bestia.

—¿Y tu hijo?

—Cayó en el Ebro.

—Cagüen Dios… —Movió la cabeza de arriba abajo mientras apretaba las mandíbulas—. Y tú y yo aquí, ya ves. Hay que joderse… Dos residuos.

—Ya veo que sigues tan animado como siempre.

—¿Y qué quieres?

—Alguien ha de quedar para ver caer a ese cabrón de voz aflautada.

—¿Tú crees que caerá? —Soltó un bufido—. Esto es España, amigo. Hitler se suicidó antes que le capturaran los rusos, a Mussolini le mataron los mismos italianos, pero nosotros… ¿Cuántos siglos llevamos tragando mierda, con militares y curas mandando, intocables?

—Nada dura cien años.

—¿Y qué? Aunque dure diez, o veinte, eso ya es una generación perdida. Por lo menos. La guerra se cargó lo mejor de este país. Estamos huérfanos. ¿Quieres un vaso de agua?

—No.

—¿Dónde vives?

—En Valencia con Gerona.

—¿Solo?

—No.

Temió la siguiente pregunta, pero Mateu Galvany no se la hizo. Sostuvieron sus respectivas miradas hasta que, despacio, muy despacio, su antiguo superior y amigo esbozó una ligera sonrisa revestida de emotividad.

—¿De veras pasabas por aquí, has visto la casa y has pensado…?

—Sí.

—¿Y qué hacías por este barrio?

—Trabajo en un caso.

—¿En un caso? ¿Tú? —se sorprendió—. ¿En calidad de qué?

—Un hombre me paga para que busque algo. Quizá te suene el nombre. Benigno Sáez de Heredia.

La tenue sonrisa desapareció de los labios de Mateu Galvany.

—No jodas, Miquel.

—¿Qué querías, que le dijera que no y me buscara un lío? Sé que es un pez gordo.

—Es más que eso: es un hijo de puta. Se mueve en las altas esferas, tiene negocios, posiblemente también mucho dinero, eso ya no lo sé porque lo último que oí de él fue que estaba con el agua al cuello por unas malas inversiones, vete tú a saber. ¿Qué quiere que le busques?

—El lugar en el que enterraron a su sobrino la noche del 18 al 19 de julio del 36.

—¿Estás loco?

—Yo no.

—¿Sabe quién eras?

—Por eso vino a buscarme.

—Benigno Sáez es de los que piensan que el mejor rojo es el rojo muerto. Hagas lo que hagas, aunque le cumplas, acabará yendo a por ti. Está loco. ¿Sabes cómo perdió el ojo?

—No.

—Una fulana se lo abrasó.

—¿No lo perdió en la guerra?

—Eso habría querido él, pero ni hablar. Fue una puta. Una puta a la que estaba zurrando o algo así. Por supuesto que la mató. En defensa propia, dijo el cabrón. Me lo contó Lluch. ¿Te acuerdas de Lluch?

—Sí.

—También se lo cargaron.

—Ya, quedamos pocos.

—No queda nadie, Miquel. Nadie —reapareció el tono sombrío y ceniciento—. Si ser viejo es una putada, ser viejo en estas condiciones es… ¿Sabes dónde estaría yo si no fuera por mi hija?

¿Dónde estaría él de no haber sido por Patro?

—Lo imagino.

—Es una buena mujer. Lástima que esté sola. Yo no duraré mucho y entonces…

—¿Qué edad tiene?

—Cuarenta y siete. Quizá podrías arreglarte con ella.

—Tú siempre tan sensible.

—Y tú tan cauto.

—Cuéntame más cosas de Sáez.

Mateu Galvany se pasó la lengua por los labios secos. Hablaban en un presente abstracto pero veían el pasado en sus mentes de manera inevitable. Hablaban y buscaban razones para intentar creer en algo pero sus propias realidades, el espejo en el que cada cual se veía reflejado, les gritaban la ausencia de futuro. Hablaban y el calor de su vieja amistad recuperada se enfriaba con el peso de los recuerdos y la carga de los años.

—Coño, Miquel —dijo su amigo por tercera vez.

10

De camino a casa, en el taxi, hizo un primer balance del día.

Un día que había empezado en paz, como cualquier otro, con Patro, y de pronto…

Benigno Sáez era un hijo de puta peligroso. Punto uno. Su sobrino Pau, al contrario que él, era un joven de izquierdas. Punto dos. Doce años después de su muerte, no quedaba apenas nadie que pudiera recordar demasiado, y aún menos el lugar en el que su asesino solitario pudo enterrarle. Punto tres.

No había más.

Si para Benigno Sáez encontrar la tumba de su sobrino era una obsesión, pagaría su fracaso.

Y tenía que pensar en Patro.

Pagó el taxi y se guardó el cambio en el bolsillo. Le había dado a Mateu Galvany quinientas pesetas. Primero, su orgullo pareció poder más que la realidad. Luego, con su hija ya en casa, las aceptó. María Galvany se parecía a su madre, pero lo mismo que su padre, los años la habían tratado mal. Cuando se marchó les prometió regresar, llevar comida y hacer una cena. Por los viejos tiempos, aunque a Mateu le pesaran. Y porque seguían vivos, más allá de la guerra, la represión y el odio latente en una España que volvía a andar con un parche en el ojo.

Como Benigno Sáez de Heredia.

La garita acristalada de la portera seguía vacía. Llegó a su rellano y ni siquiera tuvo tiempo de introducir la llave en la cerradura. Patro debía de estar asomada al balcón o pendiente de cualquier ruido en la escalera. Abrió la puerta y se echó en sus brazos temblando.

—¡Miquel!

Se dejó abrazar y la abrazó.

Sintió su calor, el vigor de aquel cuerpo joven y vivo.

—Tranquila —le susurró—. No me he ido a la guerra.

—Calla.

Siguió pegada a él, de arriba abajo. Miquel cerró los ojos un momento.

A veces bastaba con capturar un instante.

—Vamos dentro —acabó pidiéndole—. Sólo falta que los vecinos nos vean aquí en medio.

—Que se vayan a…

—Por favor.

Logró ponerla en movimiento, aunque no le soltó. Continuó con las manos unidas alrededor de su cuello. Nada más cerrar la puerta volvió a detenerle, le besó y él naufragó, como siempre naufragaba, en aquel universo mitad desconocido, siempre reencontrado, que identificaba y marcaba su extraño amor.

Cuando falleció Quimeta, cuando iba a ser fusilado, cuando trabajaba en el Valle de los Caídos, día tras día, cada vez que pensó en la muerte…

—Estoy cansado. Déjame que me siente.

Patro le miró desde apenas unos centímetros. Puso una mano en su mejilla, ya algo rasposa.

—En el fondo te gusta ir de un lado a otro haciendo preguntas, ¿verdad?

—No lo sé. Supongo que sí —fue sincero—. Pero este caso…

—Ya lo llamas caso.

—¿Cómo quieres que lo llame?

—Trampa. Es una trampa. Llevo todo el día dándole vueltas a la cabeza y sé que, hagas lo que hagas, pase lo que pase, tú saldrás mal de esto. Y si a ti te sucede algo yo…

—Cálmate, ¿quieres?

—Tengo tanto miedo…

Más besos, rápidos, nerviosos, más caricias, más calor cargado de ternura.

«Ya ves, Quimeta», pensó.

Pero Quimeta no estaba allí.

No en ese momento.

Patro cedió en su ímpetu, atemperó su nerviosismo, llenó sus pulmones de aire y lo expulsó despacio a medida que su corazón recuperaba la normalidad. Miquel consiguió ponerla en movimiento. Fueron a la habitación para que él se pusiera cómodo. Mientras lo hacía, ella le contempló de la misma forma como solía hacerlo él tantas veces.

Con Quimeta todo había sido tan distinto…

—¿Estás bien? —quiso saber ella.

—Sí.

—¿Qué has hecho?

—No mucho. Preguntar aquí y allá.

—¿Y?

—Nada. Tengo un par de pistas para mañana, eso es todo.

—Me he vuelto loca todo el día, ¿sabes? Hasta he limpiado cuanto ha tocado ese…

—No seas tonta.

—Tú no le tuviste encima haciendo…

No acabó la frase.

Tragó saliva y musitó:

—Perdona.

Miquel se sentó a su lado en la cama, ya con la ropa de estar por casa. Tomó sus manos, de nuevo frías, como siempre que estaba alterada.

—No, perdona tú. ¿Crees que no me hierve la sangre, que no me importa?

—A veces pareces tan calmado, tan reflexivo y…

—Es deformación profesional.

—Yo siento la necesidad de gritar.

—Lo sé.

—Desde que ha venido ese hombre y me ha revuelto el estómago y el pasado…

—No dejaré que te suceda nada. —La besó en la frente.

Un beso paternal.

—También le he dado vueltas a la cabeza a otras cosas —desgranó ella.

—¿He de echarme a temblar? —Le dirigió una sonrisa cómplice él.

—Es sobre lo que hemos hablado esta mañana, lo de tener un hijo y todo eso.

—Yo ya no creo que esté para fuegos artificiales.

—¿Y tú qué sabes? Sigues siendo un hombre.

—Eso es porque tú eres mucha mujer.

—No, en serio. —Hizo un mohín de disgusto—. ¿Por qué no nos casamos?

Se quedó mirándola como quien ve un espejismo.

Sediento y moribundo, en mitad del desierto.

—¿Estás hablando en serio?

—Tú eres viudo y yo, soltera.

—Patro, cariño, ni siquiera sé lo que puede quedarme de vida.

—¿Y eso qué tiene que ver? Vivimos juntos, te quiero.

—Estás loca.

—¡Te quiero! ¡Eres lo mejor que me ha sucedido en la vida! ¡Me salvaste en el 39 y volviste a hacerlo el año pasado! Yo… ¡Yo no era nadie hasta que tú le diste sentido a todo!

—Cariño, nos necesitamos, y eso no es lo mismo que…

—Necesidad, amor… ¡Claro que es lo mismo! ¿Por qué eres

así? —Se llenó de dolor—. ¿Por qué, por qué, por qué?

—Así, ¿cómo?

—Descreído.

—No soy descreído. Vivo de milagro. En parte gracias a ti. Pero sigo pensando que eres demasiado joven para atarte a un viejo como yo. —Detuvo su protesta—: Sí, Patro, viejo. Lo soy. Tarde o temprano te enamorarás de alguien, y cuando lo hagas has de ser libre. Yo lo entenderé.

—O sea que piensas que te dejaré, sin más.

—Sería lo normal.

—Eres el único hombre que puede tocarme, ¿no lo comprendes? Cualquier otro me daría… asco. —Se estremeció.

—No si estás enamorada.

—No sé cómo puedes hablar así.

—Te hablo desde la lógica.

—Desde la guerra no hay lógica que valga. Cada cual hace lo que puede y tiene lo que se gana o le dejan. Tú lo has dicho muchas veces: somos supervivientes. Y los supervivientes se unen entre sí para vivir.

—¿Tanto te ha afectado la visita de ese hombre?

—Sí.

—¿Tanto como para que de pronto me hables de casarnos?

—Ya hace tiempo que en la escalera hay rumores, comentarios… Esas cosas.

—¿Y?

—Tú eres un hombre, y vives conmigo desde hace apenas quince meses. Pero yo nací aquí, la gente me conoce desde que era una niña. De pronto no soy una mujer decente. No se creen que seas un realquilado con cuyo dinero me las apaño. Pero ya sabes que no es sólo por el qué dirán, aunque la del principal sea de la Sección Femenina y parezca más cura que los curas con su

lengua desatada. Es por nosotros. Por ti y por mí, a no ser que por respeto a tu esposa prefieras no hacerlo, ser fiel a su memoria.

—Si yo hubiese muerto antes que ella, habría deseado que fuera feliz.

—¿Lo ves? Por lo que me has contado, era una mujer estupenda.

—Sí. —Bajó la cabeza.

Dejaron de hablar, como si ya no tuvieran nada que decir. Las manos de él seguían aprisionando las de ella. El silencio de la habitación, como tantas otras veces, los acunó y les insufló paz y serenidad. Aquél era su refugio.

Su isla.

Dejaron transcurrir el tiempo, segundo a segundo.

Ella llevaba siempre aquella gargantilla colgada del cuello, la que él le regaló la mañana del 25 de julio de 1947, después de pasar su primera noche juntos tras huir de los asesinos que querían matarle.

Eso también parecía haber sucedido una eternidad antes.

—¿Qué dice la del principal?

—¿Qué dice? Basta con ver el ideario de la Sección Femenina. Me lo dio hace ya semanas mientras me miraba llena de suspicacias. ¿No lo leíste?

Lo recordaba.

Auténticas perlas.

«Gracias a la Falange, las mujeres van a ser más limpias, los niños más sanos, los pueblos más alegres y las casas más claras», «Las mujeres nunca descubren nada; les falta el talento creador reservado por Dios para inteligencias varoniles», «Todos los días deberíamos dar gracias a Dios por habernos privado a la mayoría de las mujeres del don de la palabra, porque si lo tuviéramos, quién sabe si caeríamos en la vanidad de exhibirlo en las plazas»,

«La vida de toda mujer, a pesar de cuanto ella quiera simular, o disimular, no es más que un eterno deseo de encontrar a quien someterse», «No hay que ser una niña empachada de libros que no sabe hablar de otra cosa. No hay que ser una intelectual», «Disimula tu presencia física en el trabajo, seamos hormiguitas graciosas y amables…».

Pero más allá del ideario básico surgían esperpentos todavía peores en lo íntimo, aniquiladores de la condición femenina en un retroceso hacia la prehistoria. Los más claros eran los que abordaban el tema del sexo: «Si tu marido quiere dormir, no le presiones ni estimules la intimidad. Si es él quien te pide la unión, accede humildemente teniendo en cuenta que su satisfacción es más importante que la de la mujer. Si las prácticas sexuales que te demanda son inusuales, sé obediente y no te quejes. En el momento culminante, un pequeño gemido por tu parte es suficiente para indicar cualquier goce que hayas podido experimentar».

Y eso lo había diseñado una mujer, Pilar Primo de Rivera.

Sí, la del principal debía de ser un halcón vigilando las buenas normas de la vecindad, y ellos merecedores de toda sospecha.

Por otra parte cierta.

—Voy a hacer la cena. —Patro soltó una bocanada de aire—. Descansa un rato y te aviso.

La dejó ir. Perdió el contacto de sus manos, de su cuerpo, y la vio cruzar el umbral de la puerta. Se quedó inmóvil unos segundos, contemplando el hueco por el que había desaparecido, y pensó en tumbarse en la cama, cerrar los ojos.

No lo hizo.

Llevaba todo el día con Roger en la cabeza.

Agujas asaeteándole la mente.

Todo el día con su hijo y con aquel hombre, aquel soldado que

en enero de 1939 le había hablado de su muerte, de cómo le enterró, dónde, cuándo, y le entregó la última carta, inconclusa. La carta con sus últimas palabras. La carta que guardaba allí, en la mesilla de noche, y que tantas veces solía leer porque era lo único que conservaba de su vida anterior.

Casi se la sabía de memoria.

Abrió el cajón, la cogió y volvió a leerla una vez más.

Queridos padre y madre:

No sé cuándo leeréis estas líneas, porque aquí las cosas parecen ir bastante mal. Mucho me temo que estaré en Barcelona antes de lo previsto, pero no desfilando triunfador, sino con el rabo entre las piernas. Hacemos lo que podemos. Somos valientes. Pero ellos están mejor armados y mejor comidos, y no sé qué es más importante ahora mismo. Quizá podría considerárseme un derrotista. Vosotros sabéis que no lo soy. La realidad es la que impone sus reglas y a ella me atengo.

En esta noche tranquila, como si la guerra no existiera, pienso mucho en vosotros. Cuando uno ve la locura de cerca, y cuando además toma parte en ella, se da cuenta de lo que de verdad importa. En estos últimos días he reflexionado mucho acerca de lo que sucede, y de mí mismo como soldado y como persona. Ojalá no fuera lo primero y sí, únicamente, lo segundo. ¿Sabéis?, en todo este tiempo he disparado muchos tiros. Muchos. Pero aún no sé si le he dado a alguien. ¡Soy un soldado que no sabe si ha matado a algún enemigo! Y ni siquiera sé si a eso puedo llamarlo suerte o no. Sé que peleo por lo que es justo, por la democracia que nos quieren robar, por la libertad que ganamos, y sé que el enemigo nos quiere arrebatar eso, imponer su voluntad, devolvernos al pasado bajo el peso de una dictadura. Pero el enemigo no creo que sean muchos de los desgraciados que tenemos delante. El enemigo son Franco, Queipo de Llano y todos

los uniformados cargados de medallas y estrellas que ostentan la bandera de su poder absoluto. El enemigo son aquellos que hablan de la patria y el honor con la boca llena, pero de su patria, y según su honor. Una patria excluyente en la que no cabemos todos, sólo los que ellos quieren. Y son también los que utilizan a Dios como si fuera algo de su propiedad. Yo era religioso, por lo menos en cierta medida, aunque no practicaba demasiado, por costumbre, y ahora creo que odio a Dios, si es que existe, porque si alguien lucha por él como lo hacen ellos y lo consiente es que ese Dios es una mierda. Y no te escandalices, madre. Tú aún crees en el cielo y el infierno, pero el que está en el infierno sin haberse muerto soy yo. Dejadme que por lo menos diga lo que pienso.

Hace tres días vi morir a un compañero. Se llamaba Ignacio. Se encontraba en el lado republicano al estallar la guerra. Toda su familia está en el otro bando, así que puede que sus hermanos fueran los que le mataron. Era el ser más inocente del mundo. Le tocó estar en un sitio, pero pudo haber estado en el otro. Ayer en cambio fue herido un camarada, Agustín, y se resistió a ser evacuado. Decía que podía disparar con un solo brazo. Su odio al fascismo y las sotanas es absoluto. Así que pienso que cada uno tiene su historia, pero también su propia guerra. Una es la de todos, la otra es la personal. Lo malo es cuando se mezclan.

Yo estoy bien de salud. Más delgado, pero todavía fuerte. Lo malo de la guerra es que es asquerosa, madre. A veces, cuando me rebozo en barro, me echo a reír yo solo, recordando lo maniática de la limpieza que eres.

La carta que no pudo terminar porque al día siguiente…

Recordó a Tomàs Abellán hablándole, sentados en la calle, en el bordillo, masticando un pedazo de pan con queso que él quiso compartir con el padre de su amigo, tan muertos de hambre…

Tenía todas y cada una de aquellas palabras hundidas como

dagas en su cabeza.

—¿Eran amigos?

—Luchamos juntos desde el 37. Codo con codo.

—¿Estaba con él cuando murió?

—Sí, sí, señor. Yo le enterré.

—¿Usted?

—No quise dejarlo allí tirado. Me la jugué, pero era lo menos que podía hacer con él. Estábamos ya en retirada y otros compañeros optaron por irse. Yo aproveché el agujero de un obús para meterlo dentro y cubrirlo. Puedo decirle dónde está, por si algún día…

Algún día.

—¿Cómo murió?

—Me gustaría decirle que atacando a los facciosos, matando enemigos y todo eso, pero… Usted ya sabe que era un tipo estupendo, ¿verdad? No hace falta que le mienta.

—No, no es necesario.

—Fue una bala perdida. Ni siquiera sé de dónde vino. Pudo incluso ser de nuestro lado. Estábamos parapetados, reorganizándonos, o al menos eso era lo que se decía en mitad de aquella huida. Lo único que sé es que se desplomó entre nosotros.

—¿Sufrió?

—No, no, señor. La bala le atravesó el corazón. Entonces los demás se retiraron y yo hice lo que le he dicho. Por dignidad. No creo que ellos, los facciosos, se hubiesen molestado en enterrarle. Roger habría hecho lo mismo conmigo, me consta. Las pasamos canutas, de todos los colores. Hicimos tantos planes para cuando acabara la guerra…

—¿Y el lugar en el que está enterrado…?

—Sabía que pasaríamos por Barcelona, así que memoricé el sitio y más tarde hice un plano.

Lo sacó del bolsillo de su uniforme. Un plano tosco, con apenas unas referencias: el río, unos árboles, una montaña, unas rocas… Tal vez suficiente.

Suficiente si seguía vivo y un día era capaz de tanto en medio de la negra España que se avecinaba.

Un imposible.

Tomàs Abellán se desvaneció de su mente y se quedó otra vez con la carta entre las manos. El último testimonio del hijo perdido.

¿Un imposible?

Él, Miquel Mascarell, seguía vivo.

Vivo y buscando otra tumba.

—Roger… —susurró.

El mapa hecho toscamente por Tomás Abellán también estaba en la mesilla de noche.

Había tenido que aparecer un hombre como Benigno Sáez para que reaccionara.

Asombroso.

—Deberías ir de una vez —escuchó la voz de Patro.

No se había dado cuenta de que estaba allí de nuevo, apoyada en el quicio de la puerta, recortada como un ángel sobre el contraluz del pasillo.

—Lo sé —suspiró.

—Dolerá, pero…

—Sí.

—Iría contigo, claro.

—Claro.

—La cena…

—No, ven.

Patro regresó a su lado.

Miquel dejó la carta junto al mapa, en la mesilla.

El nuevo abrazo hizo que se olvidaran de la cena.

Día 2

Martes, 12 de octubre de 1948

11

No utilizaba despertador. Lo aborrecía. Tampoco era necesario que se levantara cada mañana a una hora precisa. Aun así, solía amanecer temprano, por inercia. Una vez abría los ojos saltaba de la cama, salvo que Patro se le enroscara, perezosa, reteniéndole unos minutos a su lado.

Pero Patro ya no estaba en la cama.

Por eso se extrañó al ver la hora, un poco tardía.

¿Era porque había vuelto «a trabajar»?

¿Estaba más cansado?

Se levantó, puso los dos pies en las pantuflas y se estiró lo más que pudo, desperezando los músculos y apartando los últimos restos del sueño pegado a sus párpados. Luego se dirigió al lavadero, para asearse, pero antes pasó por la cocina.

Patro preparaba el desayuno.

—Buenos días.

—Buenos días, gandul.

—Encima.

—Vamos, vístete, precioso.

Unas veces le llamaba «precioso», otras «guapo», otras cualquier lindeza que se le ocurriera. Una caja de sorpresas. Imposible aburrirse a su lado.

Parecía haber recuperado algo de su buen humor.

Fue al lavadero y se aseó. No se metió dentro para hacerlo al completo. Cada vez le costaba más entrar o salir de la pica, aun con la ayuda de Patro. Se secó con la toalla y se afeitó, despacio, porque a más arrugas más dificultad. En la esquina de Córcega con Balmes, cuando vivía allí, iba al barbero. Un ritual. Ahora las cosas eran distintas. Trataban de evitar cualquier ostentación. Utilizaban

las cartillas de racionamiento en el barrio y cuando compraban comida empleando el dinero que se llevó de casa de Rodrigo Casamajor en julio del 47, lo hacían siempre en tiendas lejanas y dispares, para no despertar sospechas. Lo malo era cambiar billetes grandes. Y desde luego no quería ir a un banco para hacerlo.

Aquella pequeña fortuna de la que sacaban sólo lo justo para vivir mejor, permanecía oculta en el fondo del armario, en la misma caja de zapatos donde la encontró aquel día.

Debía de ser cosa de su buena estrella.

Se vistió en la habitación. Camisa, corbata, un traje de apariencia discreta, zapatos… Al entrar por segunda vez en la cocina Patro ya salía con una bandejita llena de alimentos, pan, un poco de mantequilla, unas magdalenas, la botella de leche, el café…

—Podía haber desayunado abajo, en el bar de Ramón.

—Pues vas a hacerlo aquí.

—Bien.

—No me gusta que pases mucho rato en el bar. Luego la ropa te apesta a tabaco.

—Sí, señora.

—Nunca me han gustado los bares —insistió.

Se sentó a la mesa. Incluso en bata, Patro era guapa. Irresistible. Seguía muy delgada, le hacían falta dos o tres kilos, para redondear sus formas, pero no conseguía ganarlos. Los nervios. La calma de sus existencias no lograba deshacer aquellos nervios que fluían igual que un río subterráneo por debajo de su piel.

—Hoy tampoco vas a dejar que te acompañe, ¿verdad?

—¿Para qué quieres acompañarme?

—Para no quedarme aquí sola todo el día. Es fiesta,

¿recuerdas?

Lo había olvidado. Doce de octubre. Día de la Hispanidad. Día de la Raza.

¿Qué raza?

Todavía se hablaba del «descubrimiento» de América. Pobres indios. Pobres salvajes «descubiertos». La España de la caverna reivindicaba sus logros «históricos».

Una lengua, un Dios.

—Siempre trabajo mejor solo. No quiero que te mezcles en nada.

—O sea que tienes miedo.

—Yo no he dicho eso.

—Lo intuyes.

—Patro…

Untó mantequilla a su rebanada de pan con tanto ahínco que la dobló. Los ojos desprendieron una docena de chispas sin control. Miquel optó por no decir nada más.

Masticaron y bebieron en silencio unos segundos.

—Por lo menos ven a comer —le pidió ella.

—Lo intentaré.

—Eso es tanto como decir que no vendrás.

—No sé dónde estaré a la hora de comer.

—Te coges un taxi y listos, ¿no?

—Investigar algo no es como ir a un trabajo con un horario fijo.

—Mejor me lo pones. El horario lo fijas tú. Cuando dices que se acabó, se acabó.

—Creía que estabas contenta.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Me has llamado «precioso» —quiso contemporizar.

—Estoy contenta y enfadada a la vez. Anoche…

—Te prometo que…

—No, déjalo —le interrumpió—. Puede que tengas razón. A fin de cuentas eres más listo que yo. Todo eso de casarnos… Bah, olvídalo.

—¿Y ya está?

—Sí, ¿qué pasa?

—Esas cosas no se olvidan, cariño.

—Yo no quiero forzarte a nada, ni siquiera para que me hagas «una mujer decente» —se columpió en las últimas tres palabras.

—Eres increíble.

—Huy, sí. Patro la fantástica.

—Vivo en tu casa en lugar de hacerlo en una pensión, o peor aún: en un asilo. Me lo has dado todo. Llegué a Barcelona pensando únicamente en morir aquí. A veces siento que ni siquiera merezco…

—Todos merecemos un poco de paz y felicidad, especialmente después de lo que pasamos.

—¿De verdad quieres casarte?

—Si estás enamorado, sí. Por lástima, no.

—No seas absurda.

—Era una puta. —Se le acabó el buen humor.

—No digas eso.

—Pues bueno, pero lo era. Y yo sí te quiero, Miquel. Si no lo entiendes es problema tuyo. Te quiero. Ya conocí a hombres más jóvenes, y también más viejos, como Sáez. Los conocí y te aseguro que no valen la pena. Eres la única persona buena y decente con la que me he tropezado en la vida. El amor no es sólo algo físico. También cuenta lo que hay aquí —se tocó el corazón—, y aquí —hizo lo mismo con la frente—. Me conociste con dieciocho años, vendiéndome para comer en aquel amargo invierno. Desde que

era niña fui guapa, ¿y qué? He sido más feliz en este año y pico que en toda mi vida anterior. ¿Tanto te cuesta de entender? Siempre me dices que eres viejo, que un día me enamoraré de otro… ¿Ésa es tu confianza en mí? ¿Ésa es tu experiencia? ¿Tan poco te crees?

En ocasiones era más adulta que él.

Y ésa era una de ellas.

—Has dicho que era más listo que tú.

—Pero no tienes ni idea de sentimientos.

—Nunca creí tener que volver a necesitarlos.

—Los sentimientos están dentro, siempre.

—No te enfades, va. Bastante tengo con lo de Sáez.

—Precisamente porque Sáez ha irrumpido en nuestras vidas te lo digo.

—¿Así que el detonante ha sido él?

—Ya lo había pensado alguna vez.

—Entonces confía en mí.

—¿Cuándo no lo he hecho?

—Yo también te quiero.

—Háblale a tu mujer. Dile que deje de aparecer por tu cabeza.

No supo qué decir.

Tragó el pedazo de pan que tenía en la garganta y casi se le atravesó en ella. Bebió un sorbo de café.

El último.

Le supo amargo.

De no haber sido por Benigno Sáez y su encargo, habrían salido a pasear, al parque, lejos del maldito desfile y su parafernalia de uniformes y música militar, y por la tarde al cine, y de noche habrían cenado en cualquier parte, igual que una pareja más.

Sáez los había hecho retroceder en el tiempo.

El muy hijo de puta.

—Será mejor que me ponga en marcha —inició la retirada.

—Sí, señor inspector.

La abrazó por detrás y hundió el rostro en su cabello. Olía bien. Siempre olía bien. A vida.

—Gracias —le dijo.

—¿Por qué?

—Por recordarme que sigo vivo.

Volvió a besarla, con fuerza, como si quisiera penetrar en su cabeza. Sus manos apretaron aquel cuerpo cálido durante unos segundos.

Luego se fue, dejándola envuelta en su silencio.

Nunca le gustaba verla llorar.

12

Compró *La Vanguardia* en el quiosco antes de subirse a un taxi y darle la dirección de la hermana de Bernat Juncosa que constaba en los papeles entregados por Benigno Sáez. Vivía por la zona de Vallcarca. Mientras el conductor, poco expresivo, le llevaba con parsimonia, deteniéndose en todos los semáforos, ojeó el periódico. Los tres textos de la portada rezumaban patrioterismo barato, demagogia, un insulto para cualquier intelecto. Había dos fotografías, una de Buenos Aires arriba y otra de la Puerta de Alcalá de Madrid abajo. Sobre la de Buenos Aires, el general Perón. Sobre la de Madrid, Franco. Bajo el título «Una hispanidad operante», el primer texto decía: «A uno y otro lado del Atlántico dos inexpugnables bastiones anticomunistas se levantan: la Argentina y España. Queremos actualizar, en la conmemoración del Día de la Hispanidad que hoy se celebra, reduciéndolo a concretos términos palpitantes, el símbolo de la fuerza que hoy representan en el mundo la raza hispanoamericana. A este lado del Atlántico, Franco al frente de una España que, como él mismo dijo en alguna ocasión, "en cada momento de resurgimiento de nuestra historia hemos llevado al mundo colgado de nuestros pies". Del lado de allá, Perón con la nación argentina simbolizando la defensa de la civilización occidental, espiritual y cristiana. Todos los pueblos de habla española se aprietan hoy, en la evocación de la gesta inmortal, en el apretado abrazo que, simbolizando la raza, se dan a través del Atlántico España y la Argentina, Franco y Perón».

Junto a las fotografías de los dos dictadores, dos textos más. El de Perón decía: «Como miembros de la comunidad occidental, no podemos sustraernos a un problema que, de no resolverlo con

acierto, acabará con un patrimonio espiritual formado durante siglos. Hoy, más que nunca, debe revivir don Quijote y abrirse el sepulcro del Cid Campeador». Y el de Franco: «Nuestro Imperio es la obra espiritual de nuestro genio, el de la inteligencia del trabajo, de la justicia, de la proyección universal de nuestra cultura, de la aportación a la obra común de la civilización. No el Imperio que se teme y se odia, sino el que se desea, se busca y se ama».

En la página tres, bajo otro titular que insuflaba patrioterismo, «Gesta fecunda e inmortal del 12 de octubre», continuaban las loas y el fluir de babas acerca de la onomástica y de la nueva España.

Tan extraño…

Nunca había habido una nueva España. Era la misma de siempre, desde los Reyes Católicos.

Un país que se odiaba a sí mismo.

Un país que nunca sería auténtico hasta que sus pueblos no aprendieran a respetarse.

Cerró el periódico, lo dobló en cuatro partes, longitudinalmente, y se lo metió en el bolsillo, aunque Patro siempre se enfadaba con él diciendo que así deformaba todos sus trajes.

Bueno, todos… Tenía cuatro, dos para el invierno y dos para el verano. En el entretiempo bastaba con un jersey para compensar, y no era el caso. Seguía haciendo calor.

Raquel Juncosa vivía en una casita de una sola planta situada al final de una calle sin asfaltar, empinada, con la que el taxista prefirió no arriesgarse. Le pagó la carrera e hizo el resto a pie, unos treinta metros. No era mucho pero sí lo suficiente como para llegar arriba jadeando. Según los pocos datos aportados por Sáez, vivía con su madre, su marido y un hijo pequeño, de pocos años. Su otro hermano, el menor, había cruzado la frontera en el 39

para ir a luchar contra los nazis y morir como otros muchos republicanos en el campo de Mauthausen, del que, poco a poco, se empezaban a saber cosas gracias a los Juicios de Núremberg. Ni Franco ni su hermetismo, ni la censura ni el bloqueo, podían silenciar las noticias que llegaban de Europa siguiendo el camino del boca a boca o a través de las radios en la claridad de las emisiones nocturnas. En Núremberg, entre 1945 y 1946, todas las vilezas del fascismo habían quedado expuestas a la luz pública.

Llamó a la puerta con los nudillos, porque no había timbre, y esperó una respuesta que no tardó. Por el hueco asomó el rostro de una mujer cuarentona, despeinada, que vestía un delantal sucio y tenía las manos muy rojas, como si estuviese lavando la ropa.

—¿Raquel Juncosa?

—Soy yo. —No ocultó la alarma que le producía verle.

Siempre el miedo a lo desconocido.

—Me llamo Miquel Mascarell. Me gustaría hablar con usted unos minutos, si no le es molestia.

—¿Hablar? ¿De qué?

—De su hermano Bernat.

—Mi hermano murió en el 36.

—Lo sé. Por favor…

No se apartó de la puerta. No había colegio, así que por detrás de ella apareció un niño de unos nueve o diez años, con cara de pillo, cabello casi al cero, pantalones cortos, botas sucias.

—Hace unos días vino un hombre —vaciló la mujer.

—Lo sé, y sólo puedo decirle que es distinto. Él no era como yo.

—No, desde luego. Él me amenazó.

—Yo no voy a hacerlo. Pero he de hacerle unas preguntas, ¿entiende? Puedo pagarle algo por su tiempo.

—¿Ah, sí? —Se le iluminó la mirada—. ¿Cuánto?

—Cincuenta pesetas. —Fue generoso.

Fue la mejor llave. Le franqueó la puerta al momento. Miquel entró en la casa, más bien casita. Cuando llegaron al comedor vio un pequeño patio, y en él a una anciana sentada al sol, dormida, o por lo menos con los ojos cerrados porque tenía la cabeza en alto, apurando aquella bendición. Raquel Juncosa le habilitó una silla. Luego quitó todo lo que había encima de la mesa, ropa y algún que otro objeto, amén de un muñeco sin brazos ni ojos.

—Mi marido está trabajando —le informó—. Hoy, con el desfile…

—Siento molestarla.

—Por cincuenta pesetas…

Por si acaso las sacó de su bolsillo y las depositó encima de la mesa. El billete se quedó allí, quieto, a la espera de ser recogido por su nueva dueña.

—El hombre que vino a verla…

—Era joven, como de treinta años, moreno, rostro afilado. Muy poco agradable.

No hablaba de Benigno Sáez.

Así pues, tenía un lacayo.

Un policía se habría identificado.

Eso lo hacía más peligroso.

—¿Le contó algo a él?

—Lo mismo que pueda contarle a usted, ¿qué quiere que le diga? Bernat era mi hermano, pero no nos pasábamos el día haciéndonos confidencias. Para mí era casi un extraño. Siempre fue un chico conflictivo. —Se dio cuenta de que su hijo seguía allí y cambió de tono para ordenarle—: Vete a jugar, Jorgito.

—Mamá…

—He dicho que te vayas o tu padre te dará una tunda.

La amenaza surtió efecto. Jorgito puso cara de pena pero se marchó, arrastrando los pies. Salió al patio.

—¡No molestes a la abuela! —le previno su madre.

Luego se concentró en su visitante.

—Usted dirá.

—Necesito saber cosas de su hermano Bernat, cómo era, con quién se relacionaba, qué hacía.

—¿Qué hacía? —Soltó un bufido—. Meterse en líos, eso hacía. Yo no sé de dónde salió, mire qué le digo. Mi otro hermano era un idealista, yo fui la práctica, pero Bernat… Bernat era un caso, un sinvergüenza. Hubiera acabado otra vez en la cárcel de no haber sido por la guerra, y esta vez no habría salido en unas semanas o unos meses.

—¿Robaba, estafaba…?

—Me robó a mí. ¡A su propia hermana! No tenía miramientos. Iba a la suya. Y encima estaba loco. Se creía un héroe, un revolucionario, un auténtico líder. Se pasaba el día hablando de Rusia, de que si allí todo era estupendo, de que sí allí existía la verdadera dignidad humana, de que si allí… A mí me daba igual Rusia, Alemania, Italia… Yo vivo aquí, ¿sabe? Mire a lo que nos llevó tanta historia, tanta República, tanta muerte… La gente quiere vivir en paz, comer todos los días. No hay otra cosa. —Frenó su ímpetu oral de pronto y le miró con aprensión—. ¿Usted es policía?

—No.

—Lo parece.

—Sólo hago un trabajo. Pregunto y ya está.

—Aquel hombre me dijo que Bernat mató a alguien el 18 de julio de 1936.

—Se llamaba Pau Cabestany Sáez, sí. ¿Le suena el nombre?

—No.

—¿Cuándo se imbuyó Bernat de esas ideas revolucionarias?

—En la cárcel. Pasó de ser un vulgar delincuente a convertirse en un revolucionario. Era muy influenciable y allí conoció a alguien, no sé su nombre. Cuando salió no hablaba de otra cosa que de poner bombas, matar fascistas… Decía que el mundo, y sobre todo España, necesitaba una regeneración, empezar de cero, igual que se golpea una alfombra para quitar el polvo. Estaba loco, loco perdido. Pero era guapo, seductor, enamoraba, convencía, y con aquel pico de oro… Madre del Amor Hermoso, la de muchachas que le iban detrás. Lo más absurdo del caso es que mucho hablar de revoluciones y comunismo y de darle comida al pueblo pero él amaba el dinero más que a ninguna otra cosa.

—Eso no cuadra mucho con su ideología.

—Es lo que le digo. Anarquista o no, decía que el dinero es poder, y que con él se compraban armas, bombas… Hablaba de robar bancos para ser rico. Una extraña forma de entender las cosas, ¿no cree?

—¿Tenía amigos?

—Liaba a todo el mundo, y primero le adoraban, oh, sí. Luego, cuando uno a uno se daban cuenta de cómo era… Pero él a lo suyo. Tanto le daba. Se había hecho su propio mundo y vivía en su película. Su egoísmo no le permitía mirar más allá. Yo… —movió la cabeza de lado a lado, con pesar—, siento hablarle así, ya sé que no parezco una buena hermana, pero es que me las hizo de todos los colores. De todos. No puedo decir que le eche de menos. A Sergi sí, él era un ser maravilloso. A Bernat no.

—¿Le suena el nombre de Montserrat Calders?

—No.

—Trabajaba con Bernat. Ella le presentó a Pau Cabestany.

—Aunque me la hubiese mencionado, o a él, después de tantos años… Bernat siempre solía ir con nuestro primo Guillem. El

18 de julio salieron juntos.

—Tengo su dirección.

—Primo o no, yo hace mucho que no le veo, tres o cuatro años. Tampoco nos llevamos muy bien. Otro loco. Y de Martina no sé nada.

No tenía ese nombre en los papeles de Benigno Sáez.

—¿Martina?

—La novia de Bernat.

Si no estaba en esos papeles significaba que Sáez no la tenía controlada, y que Raquel Juncosa no se la había mencionado a su lacayo.

¿Una pequeña ventaja?

—¿Sabe dónde podría encontrar a Martina?

—En aquellos días vivía en una calle muy pequeña llamada Lirio, debajo de San José de la Montaña. Después de la guerra y de la muerte de Bernat no volví a verla.

—¿Conoce su apellido?

—Guardans. Martina Guardans. En la planta baja había una tienda de costura, creo. La calle es tan pequeña que no tiene pérdida.

—¿Recuerda lo que sucedió el 18 de julio?

—Como todo el mundo.

—¿Vivían juntos?

—Sí, claro, con nuestros padres.

—¿Qué hizo su hermano?

—Cuando llegaron las noticias del alzamiento se puso como loco, pero no de pena, al contrario. Dijo que era lo mejor, lo que necesitaba España, el detonante para barrer con todo. Estaba seguro que de la guerra saldría un nuevo orden, ni República ni régimen militar: una vuelta a los orígenes porque ya nada sería igual. Nos peleamos. —Suspiró—. Yo estaba llorando, asustada, y

él gritaba y gritaba, ansioso de salir a la calle. Dijo tantas cosas… Dijo que primero había que apoyar a la República, pero luego, dar el golpe de gracia, y eso sólo podía hacerlo el anarquismo. Dijo que la izquierda no servía para mandar, que discutía demasiado consigo misma y eso le llevaba a perder energía. Dijo tantas cosas…

—¿Cuándo salió de casa?

—A media tarde.

—¿Y cuándo volvió a verle?

—No recuerdo… Uno o dos días después. Llevaba una escopeta y estaba sucio, como ebrio de sangre. Apareció, feliz, contento, abrazó a nuestra madre, me abrazó a mí, dijo que por fin tenía la llave de nuestro futuro a salvo y que en cuanto acabara la guerra nos daríamos cuenta de quién era él.

—¿Dijo eso?

—Sí.

—¿A qué se refería?

—No lo sé. No le hice caso. Que si no nos iba a faltar de nada, que si besaríamos el suelo que pisaba, que si le perdonaríamos todas las trastadas… El 23 se fue al frente y ya no regresó. Allí lo mataron al poco.

El niño jugaba en el patio, sin levantar mucho la voz. La abuela continuaba igual, convertida en una estatua, cara al sol, cabeza alzada, un tótem arrugado y solemne.

—¿Podría hablar con su madre?

—No. —Se envaró.

—Me gustaría…

—Ella no va a decirle nada, señor. Ya no anda muy centrada, confunde las cosas, y cada vez que recuerda a sus dos hijos muertos… Entiéndalo. Dos hijos. ¿Sabe lo que es eso?

Otra vez Roger.

Allí, en su cabeza, como si de pronto le llamara.

—Sí, lo sé. —Se rindió a la realidad.

Camino cerrado. Bernat Juncosa había matado y enterrado a Pau Cabestany en secreto, salvo por aquel único testigo también muerto, Pere Collado.

Miró a la anciana.

—¿Le contó todo esto al hombre que vino a verla?

—Casi.

—¿Casi?

—No era muy agradable, ni fue lo que se dice amable. Respondí a sus preguntas, le dije lo que sabía, o sea nada. Quería descubrir dónde enterró Bernat a ese joven y si pudiera haber alguien que lo supiera. Le dije que no y al final se fue. —Dirigió una apremiante mirada al billete de cincuenta pesetas—. No cuesta demasiado portarse bien con la gente, ¿no cree?

—No, no cuesta nada. —Se puso en pie para iniciar la retirada.

El billete pasó por fin a manos de Raquel Juncosa.

Miquel miró por última vez al patio.

La anciana tenía de pronto los ojos fijos en él.

13

Cuando llegó a la zona en que el tráfico volvía a estar presente, miró a derecha e izquierda a la caza de un taxi. No vio ninguno.

Echó a andar en dirección al viaducto de Vallcarca.

—Miquel.

—¿Sí, Quimeta?

—¿Por qué vas en taxi?

—Porque estoy mayor y me canso. Porque por algo me han dado un dinero. Y porque no siempre hay un tranvía que pare cerca o te deje cerca de donde vas.

—Te estás volviendo tú muy comodón. Antes caminabas.

—Antes no tenía los años que tengo.

—Excusas.

—Eso, tú dame ánimos.

—Eres tú el que me lleva siempre en la cabeza.

Eso era verdad.

Se preguntó quién debía dejar en paz al otro. ¿El vivo? ¿El muerto? Los lazos que unían a las personas eran singulares. Algunos se cortaban fácilmente. Otros no. Llevaba a Quimeta tan adentro que a veces le quemaba.

Eso y la culpa.

—¿Y por qué has de sentirte culpable?

—Quimeta…

—Cásate con ella, hombre. Se lo merece. Y tú también. Además, cualquier día os buscarán un lío por vivir juntos como vivís. No están los tiempos como para jugársela.

—Desde luego… Parece mentira.

—¿Parece mentira qué?

—Siempre fuiste muy avanzada tú.

—Y tú un anticuado.

—Ya.

—Te sacrificaste por mí. Habrías podido huir a Francia con tu hermano. Sabías que te matarían y aun así te quedaste, sólo para verme morir una semana después.

—No me mataron.

—Por eso mismo. Tienes una segunda oportunidad. Esa chica lo ha pasado tan mal como tú, y aunque no le alabo el gusto, ya ves, te quiere.

—No es amor.

—¿Y qué, si es necesidad? ¿Quieres morirte en un asilo, solo, amargado?

—Quimeta, en vida eras un ángel, pero muerta eres insoportable.

—Tú en vida eras un hombre juicioso. Ahora te has vuelto un resentido que incluso habla con los muertos.

—Sólo contigo.

—Es que si hablaras con más… Mira, ahí viene un taxi. El señor estará contento. Como es rico…

Levantó la mano y el coche se detuvo a su lado. El conductor bajó la banderita roja y puso en marcha el taxímetro. Le dio la dirección. Calle Lirio. Luego se quedó mudo para que el hombre no le hablara del tiempo.

Quimeta se había ido.

Suspiró.

Quimeta, Roger… ¿Se estaba volviendo loco?

¿Por qué la aparición de Benigno Sáez y aquel encargo absurdo habían revuelto tanto sus vidas, la de Patro, la suya?

¿El detonante?

¿De qué?

Quizá fuese la hora de enfrentarse a todo lo que había

quedado pendiente en aquellos meses, desde su regreso a Barcelona y desde el momento en que aceptó la propuesta de Patro para irse a vivir con ella y compartir algo más que una casa.

La calle Lirio era más que pequeña. Era minúscula. La tiendecita estaba en la parte de la derecha si se miraba en dirección al Tibidabo. A su lado, la puerta de la casa, con sólo una planta por encima. No había portera, claro. Subió el tramo de escalera, con los peldaños combados por el paso del tiempo, y llamó a la única puerta.

Dos veces.

Nada.

Regresó a la calle y entró en la tiendecita. Era un día festivo, pero allí había dos mujeres remendando ropa junto a varios cestos en los que se amontonaban diversas prendas de todos los tamaños. Un negocio familiar. La vivienda quedaba al fondo. Las dos mujeres levantaron la cabeza al verle aparecer. Una era mayor; la otra, joven. La mayor estaba enlutada de pies a cabeza. La joven era redondita, un cúmulo de circunferencias superpuestas. La mayor le observó muy seria. La joven le sonrió.

—Buenos días.

—A la paz del Señor —respondió la enlutada.

—Estoy buscando a Martina Guardans. ¿Vive todavía aquí arriba? —Señaló el techo.

—Sí, sí señor. ¿Para qué la quiere?

—He de hablar con ella.

—Martina trabaja hoy —le tocó el turno a la joven—. Es dependienta en una pastelería, aquí cerca, en la calle Verdi. Bajando a mano izquierda.

—Gracias. Han sido muy amables.

Nada más salir a la calle escuchó el reproche de la mujer mayor.

—¿Por qué le has dicho eso? ¿Quién te manda a ti meterte donde no te importa? ¡Ni siquiera sabemos quién es!

—¡Ay, madre!

Las dejó discutiendo. Cruzó la Travesera de Dalt y caminó el breve tramo que le separaba del comienzo de la calle Verdi. La pastelería se encontraba a unos doscientos metros y tenía una buena clientela. Detrás de los mostradores, sirviendo torteles, pasteles y otras delicias, vio a tres mujeres, todas de parecida edad. Se dirigió a la que tenía más cerca mientras un par de parroquianos le observaban sospechosamente por si quería colarse.

—¿Martina Guardans?

—Es ella.

Ella era la que estaba más alejada, una joven de unos veintiocho o veintinueve años, como Patro, aunque no tan guapa. Tenía el cabello del color de la caoba y unos ojos morunos, labios grandes, sonrisa franca. Envolvía pastelillos con el arte de quien cada día hace lo mismo decenas de veces.

No quiso guardar turnos y repitió su aproximación cauta al mostrador.

—¿Señorita Guardans?

—¿Sí?

—¿Podría hablar con usted?

—¿Conmigo? ¿De qué?

—Estoy llevando a cabo una investigación, nada serio, no se preocupe. Reconstruyo lo que le pasó a una persona el 18 de julio del 36.

—¿Y para qué me quiere a mí? —Se había puesto pálida.

—Usted conoció a uno de los implicados. Por favor…

Los clientes les miraban. Imposible prescindir de ellos.

—Ahora no puedo, señor. Ya ve cómo estamos. Además, la

dueña es muy estricta. Sólo con que me vea hablar con usted si sale… —Dirigió una temerosa mirada a una puerta situada a su espalda—. Cuando termine…

—¿Y a qué hora es eso?

—Dentro de un rato, una hora más o menos. Cuando la gente ya se va a comer, depende de la clientela que tengamos.

—De acuerdo, gracias.

Le sonrió, para tranquilizarla, y abandonó la pastelería. Una vez en la calle miró arriba y abajo. Guillem Juncosa, el primo de Bernat, tampoco vivía muy lejos, en la calle Bretón de los Herreros según los papeles de Benigno Sáez. Un paseo a pie.

No le vendría mal un poco de ejercicio.

Así que renunció a coger un taxi.

—¿Estás contenta?

Quimeta no le respondió.

Tomó Verdi hasta Biada, cruzó Menéndez Pelayo y luego Santa Ágata hasta la vieja calle Salmerón, ahora Mayor de Gracia. El edificio que buscaba era también viejo, de tres plantas y sin portera. Comprendió que no estaba teniendo lo que se dice un buen día cuando nadie respondió a su llamada.

Primero Martina Guardans. Ahora Guillem Juncosa.

Volvió a la calle sin saber muy bien qué hacer.

El primo de Bernat Juncosa podía pasar el día fuera, no aparecer hasta la noche. Y recorrer los cines en busca de Montserrat Calders no era posible hasta la tarde, cuando iniciaban las sesiones, la mayoría a partir de las tres.

—¡Señor Mascarell!

Volvió la cabeza y se encontró con ella.

Remedios.

La portera de su vieja casa, en la calle Córcega. La casa en la que había vivido toda la vida hasta su detención en el 39.

Seguía pareciendo mayor, y seguía con el cabello recogido en un moño, las ropas negras, de viuda eterna, el cuerpo menudo y el gesto tranquilo. Igual, como si el tiempo se le hubiera detenido encima, o en el interior de su cuerpo. La última vez que la había visto fue a su regreso a Barcelona, aquel 21 de julio del año anterior, cuando, después de ir al cementerio, quiso subir a su viejo piso y se encontró con los nuevos vecinos impidiéndoselo.

Uno de los peores momentos de su vida.

—Hola, Remedios.

—¡Qué alegría verle! ¡Después de aquel día…!

—¿Siguen viviendo en mi piso aquella pareja?

—¿Los Argumí? Sí, sí, ahí están. Después de irse les hablé de usted, y de su mujer, y entonces la señora se arrepintió mucho de no haberle dejado entrar.

—Bueno, ya no importa.

No había vuelto a pasar por aquel tramo de la calle Córcega, entre Balmes y Enrique Granados. No podía.

—¿Sabe que tengo una carta para usted?

Reaccionó despacio.

Lo envolvió un repentino sudor frío.

—¿Una carta?

—La guardé, por si algún día volvía. ¿Qué podía hacer? La trajo un hombre en mano. Le dije que no sabía dónde vivía, pero que le había visto hacía unos meses. Eso fue… en primavera, sí, en abril de este año. La sigo conservando, claro.

—¿Y sabe…?

—Viene de México. Es todo lo que me dijo aquel hombre.

México.

Tantas veces había imaginado que…

—Remedios, ¿está segura de lo que dice?

—Pues claro. El que la trajo insistió mucho en que usted la

recibiera.

—¿Cómo era ese hombre?

—Unos treinta años, alto, delgado…

No era su hermano, y sin embargo…

—Mire, yo estoy aquí haciendo unos mandados —dijo Remedios—. Cosas de médicos y del seguro, ya sabe. Pero si me da su dirección, por la tarde o antes de la noche le mando a mi hijo a que se la lleve.

—Se lo agradecería mucho.

—Mejor así, ¿no? —Le puso una mano en el brazo y se revistió de dolor—. Imagino que volver a su casa debe de causarle un gran quebranto.

—Sí. —Fue sincero.

—Pues no se preocupe. Esta misma tarde o noche la tiene donde viva ahora. ¡No sabe qué alegría me da verle! ¡Y está muy bien, parece más joven!

La última vez salía del infierno.

Ahora vivía en una especie de cielo.

—Éstas son mis señas. —Se las anotó en un pedazo de *La Vanguardia* con el lápiz que siempre solía llevar en el bolsillo—. Y aquí tiene veinticinco pesetas para que su hijo venga en taxi.

—¡Que no, que no hace falta, de verdad!

—Cójalo, Remedios. Me hace un gran favor y encima de que su chico perderá un tiempo…

Aceptó el billete. Se lo guardó junto con la nota.

¿Y por qué no iba ya a buscar él mismo la carta?

¿Cómo aguantaría la impaciencia hasta que llegase a casa, después de dar tumbos y más tumbos por Barcelona persiguiendo a un fantasma?

—He de dejarle. ¡Me ha gustado mucho verle, señor Mascarell! ¡Y sobre todo encontrarlo tan bien, de verdad!

—Gracias, Remedios.

—Dios le bendiga.

Pensó que Dios tenía cosas más importantes que hacer, y bendiciones más urgentes que echar.

La portera de su vieja casa se alejó, encorvada, con su paso rápido y nervioso. Casi al mismo tiempo una mujer de mediana edad entró en el edificio del que él acababa de salir.

Logró vencer su nerviosismo, atemperar su ansiedad e ir tras ella.

—Disculpe, señora. —La alcanzó al pie de la escalera—. He llamado al piso del señor Guillem Juncosa pero no hay nadie. ¿Sabría decirme si volverá más tarde, a la hora de comer, a la de cenar…?

—No, no sabría decirle. —Pareció ofendida por el hecho de que él pensara que lo conocía todo de su vecino—. Pero puede preguntarle usted mismo. Trabaja en el quiosco de aquí cerca, en la confluencia de Vía Augusta con la Rambla del Prat.

Por lo menos no estaba lejos.

—Gracias, y perdone.

—No hay de qué, señor.

Ella subió escaleras arriba.

Él echó a andar a buen paso por Bretón de los Herreros, en dirección a la avenida Príncipe de Asturias.

14

En el quiosco había dos personas, un hombre mayor y otro más joven, como de treinta y muchos años. Se imaginó que el primo de Bernat Juncosa era este último y fue directamente a él. No había ningún cliente comprando prensa en ese momento.

—¿Guillem Juncosa?

Se parecía un poco a su prima Raquel. Un ligero aire, el tono de los ojos, la línea de la boca, la nariz. Le dirigió una mirada suspicaz, tanto, que fue como si estuviera a punto de echar a correr.

Miquel le sonrió de manera afable.

—¿Sí?

—Me llamo Mascarell, Miquel Mascarell. —Le tendió una mano franca y amigable—. ¿Podría hablar con usted unos minutos?

—¿Acerca de qué?

—De su primo Bernat.

La expresión se le petrificó, así que contuvo cualquier gesto delator.

—¿Mi primo?

—Sí.

—Pero si murió hace ya más de doce años…

—No le robaré demasiado tiempo, se lo aseguro. Ahora parece que no hay mucha clientela.

—¿Y qué quiere que le diga?

—Por favor…

Guillem Juncosa se dirigió a su compañero, el hombre mayor.

—Señor Villavicencio, este caballero desea hablar conmigo. ¿Puedo…?

—Sí, hombre, sí —rezongó el presunto dueño del quiosco—. Pero no te vayas lejos, no sea que al salir de misa esto se llene. —Apuntó en dirección a la parroquia de Santa Teresa del Infante Jesús.

—Gracias.

Salió de detrás del quiosco y se reunió con Miquel a unos tres metros del mismo. Estaba serio, con el rostro ensombrecido y mordiéndose la boca por dentro. Cuando se detuvo se cruzó de brazos.

Quizá si le decía que era policía…

No, decidió que no. El lacayo de Benigno Sáez ya lo había intentado con él, y presumiblemente sin demasiado éxito. Sus bazas debían ser otras.

De entrada, la sinceridad.

—Sé que hace unos días un hombre vino a preguntarle lo mismo.

Guillem Juncosa no dijo nada.

—Escuche —bajó la voz sin renunciar a su tono más emotivo y le obligó a enfrentarse a sus ojos—. Los dos tenemos un problema, y le aseguro que cuanto antes lo resolvamos, será mejor para ambos.

—Yo no tengo ningún problema, señor.

—Sí lo tiene. Alguien muy poderoso está buscando algo, y no parará hasta que consiga respuestas o dé con ello. Si son las adecuadas, si logra su objetivo, perfecto. En caso contrario… no es un buen enemigo.

Su interlocutor se movió nervioso.

—Usted sabe de qué le estoy hablando, ¿verdad?

—No sé, supongo.

—El hombre que vino a verle quería saber cosas de su primo, lo que hizo el 18 de julio del 36, dónde enterró al joven que mató

aquella noche.

—¿Y qué quiere que le diga yo?

—¿Qué le contó a él?

—Nada, ¿qué quería que le contase?

—Inténtelo conmigo.

—Pero si…

—Inténtelo conmigo. —Lo detuvo—. Si ese hombre vuelve, puede que no sea tan amable.

—Tampoco es que lo fuera mucho.

—¿Le amenazó?

—Veladamente.

—Yo estoy tan en sus manos como usted. Y puede hacerme mucho daño. No le pido que me ayude a mí. Le pido que se ayude a sí mismo. Cuénteme lo que sepa y le juro que no le diré que usted ha sido mi informante.

—¡Cómo quiere que le diga que…!

—Aquella noche usted y Bernat estuvieron juntos.

—¿Y qué?

—Cuando Bernat mató a Pau Cabestany, estaba solo.

—Sí, nos separamos.

—¿Volvió a ver a Pau?

—No.

—¿Y a Bernat antes de que se marchara el 23 al frente?

—Bueno, sí, pero…

—Hábleme de esa noche, por favor.

—Oiga, ¿sabe lo que me está pidiendo?

—Sí.

—¿Quién es usted?

—Nadie. Salí hace unos meses de la cárcel. Fui indultado. Antes era policía, leal a la República. El tío de Pau Cabestany vino a verme para que investigara y no pude negarme. No quiero volver

a prisión, ¿entiende? Ni creo que usted quiera meterse en problemas por callar algo que sucedió hace tantos años.

—Maldita sea… —gimió abrazándose a sí mismo.

—También estuvo en la cárcel, ¿verdad?

—No demasiado. Me libré haciendo otra vez el servicio militar con los nacionales. No me probaron delitos de sangre.

—Dígame lo que hizo Bernat.

Trató de resistir unos segundos más. Fracasó. El quiosco seguía huérfano de clientes, a la espera de que terminara la misa y sus asistentes se desparramaran por las calles. Movió la cabeza, arriba, abajo, a los lados. Siguió mordiéndose los labios por dentro, haciendo muecas.

—Júreme…

—Se lo juro. Esto me viene tan grande como a usted. Cuanto antes acabe, antes nos dejará en paz ese hombre.

—¿Y para qué busca ahora esa tumba? ¿Qué fiebre le ha dado después de tantos años?

—Dice que se lo prometió a su hermana, la madre del joven que mató su primo. Ella murió hace muy poco. Le pidió que su hijo fuera enterrado su lado.

—Coño…

—Mire, he hablado con su prima Raquel, y con la novia de Bernat —mintió sobre esta última—. Sé que él era un anarquista nato, algo loco, y que el 18 de julio se echó a la calle, como tantos otros, dispuesto a matar fascistas —bajó la voz aún más, igual que si las piedras tuvieran oídos—. Sin embargo, no entiendo por qué tenía que matar a Pau Cabestany cuando por lo visto eran amigos y estaban del mismo lado.

—Pau era un buen tipo. —Ofreció la primera brecha en su resistencia el quiosquero.

—¿Le conoció?

—Sí, claro. Se hizo amigo de Bernat, o Bernat de él, no sé. Nos vimos bastante aquellas últimas semanas. Solíamos discutir mucho, de la situación, de qué pasaría si había tiros, de comunismo, de anarquismo… Éramos jóvenes, ¿comprende? Jóvenes y soñadores.

—¿Apreciaba Bernat a Pau?

—Sí.

—¿Estuvo usted con ellos el 18 de julio?

Guillem Juncosa llegó al límite.

O se cerraba en banda o se abría.

—¿Tan peligroso es ese hombre?

—Sí, se lo aseguro. Si no le llevo respuestas me matará o me devolverá a la cárcel. Y a todos los que tuvieron que ver con la muerte de su sobrino.

No tuvo que añadir más.

—Sí —lo soltó envuelto en una larga bocanada de aire—, Pau, Bernat y yo estuvimos juntos.

—¿Qué pasó?

—Pau había discutido con dos amigos suyos. Cuando nos encontramos venía de su casa. Queríamos pelear, ayudar a que Barcelona no cayera en manos de los rebeldes, pero no teníamos armas. Nos unimos a un grupo en el puerto y asaltamos el viejo barco prisión *Uruguay*. Allí conseguimos las armas. Estábamos muy excitados, muy… no sé, como idos. Nos podía la adrenalina, oiga. Y no éramos los únicos. La excitación, las ganas de luchar… Estábamos sedientos de sangre. No sé si fuimos héroes o imprudentes, pero fue lo que sucedió. Usted también estuvo aquí, ¿no?

—Sí.

—¿Tuvo que pelear?

—No. Cumplimos órdenes. Aunque lo hubiéramos hecho

llegado el caso… ¿Qué hicieron después de conseguir esas armas?

—Subimos Ramblas arriba, plaza de Cataluña, paseo de Gracia… Sobre las cinco de la madrugada nos enfrentamos finalmente al enemigo. No éramos más que un puñado de obreros ayudando a cuatro compañías y una escuadra de las fuerzas de seguridad, pero les zurramos a base de bien. Los rebeldes arriaron velas, se retiraron ante nuestro empuje y se encerraron en el convento de las Carmelitas, en la calle Lauria. A mí entonces me hirieron en un pie. No fue gran cosa, pero sí lo suficiente para impedirme caminar con normalidad. Pau y Bernat siguieron solos y ésa fue la última vez que vi a Pau.

—¿Quién le habló de su muerte?

—Bernat, claro.

—¿Qué le dijo?

—Que había sido una bala perdida asaltando el cuartel de Pedralbes.

—¿Pedralbes?

—Sí.

—Bernat mató a Pau al pie del Tibidabo, al final de la avenida de la República Argentina.

—Pero no comprende que eso no tiene ningún sentido. ¡Eran amigos, estaban del mismo lado!

—Hubo un testigo. Un tal Pere Collado.

—¿Y qué dice?

—También murió.

—Oiga, amigo: todos están muertos. ¿Qué espera? ¿De qué forma va a dar con la verdad, y aún menos con el lugar en que Pau fue enterrado? ¿No comprende que esto es de locos?

—Raquel me ha dicho que su hermano, antes de irse al frente, estaba muy feliz. Dijo que por fin tenía la llave de su futuro a salvo y que en cuanto acabara la guerra se darían cuenta de quién era

él, que no les iba a faltar de nada, que besarían el suelo que pisaba y le perdonarían todas sus trastadas.

—A mí también me lo dijo.

—¿Le contó el motivo?

—No, sólo hablaba y hablaba. Yo estaba fastidiado por lo de mi pie, por no poder hacer nada y verme obligado a quedarme en casa cuanto todos se iban a combatir. Bernat siempre hablaba mucho, y cuando cogía una perra con algo… Lo atribuí a la excitación de la guerra y el entusiasmo que había por todas partes. A mí me dijo que seríamos ricos.

—¿Nada más?

—Nada más. Se hacía el misterioso. Repetía una y otra vez «ya verás, ya» y se reía. Nada del otro mundo. Podía llegar a ser muy ganso. Revolucionario y anarquista pero ganso.

—¡Guillem!

Volvieron la cabeza al mismo tiempo. Más allá del quiosco, los feligreses de la última misa de la mañana abandonaban el templo.

Hora de trabajar, vender periódicos. Quedaban apenas un par de minutos.

—¿Bernat le contó qué hizo con el cadáver de Pau?

—No.

—¿Algún indicio de dónde pudo enterrarlo?

—Ni siquiera supe que lo había enterrado. Tampoco tenía mucho sentido, ¿no? Bernat no era religioso ni nada de eso. Si ya es raro lo de que le matara, más lo es lo de esa sepultura.

—¿Cree que pudieron enfadarse por algo, una disparidad de criterios, y que su primo en un arrebato…?

—No, hombre, no.

—¡Guillem!

—¡Voy, señor Villavicencio! —Se dirigió a Miquel con la mano derecha por delante—. Lo siento, pero he de irme.

—Gracias por su ayuda.

—Haga lo que tenga que hacer, pero no me meta en líos, por favor. Le he contado la verdad, lo que sé. No hay más.

—Haré lo que pueda.

—¡Guillem, ya!

Media docena de parroquianos rodeaba el quiosco. Guillem Juncosa echó a correr para cubrir la breve distancia que le separaba de su puesto de trabajo.

La pastelería en la que trabajaba Martina Guardans también estaría atendiendo a los últimos clientes del festivo día barcelonés y nacional.

15

La pastelería estaba echando el cierre cuando se asomó a la calle Verdi después de apretar el paso en el último tramo, de subida. Llegó jadeando y arrepintiéndose de no haber cogido un taxi.

—Quimeta… —rezongó.

Si se moría de un infarto se reuniría con ella antes de lo previsto.

Martina Guardans fue la última en salir. Mientras las demás dependientas se despedían entre risas, sacó la cabeza por la puerta y al verle no ocultó un mohín de disgusto. Miquel prefirió no darse por aludido. Se acercó a ella con la mejor de sus sonrisas. Sin el uniforme, el delantal blanco y el gorrito, la mujer ganaba en imagen. Vestía con discreción pero sus ojos morunos y los labios grandes, ahora retocados, eran como faros en la noche atrayendo miradas. El resto apenas si contaba en una primera instancia.

—Usted —dijo ambiguamente.

—Me llamo Miquel Mascarell. —Le tendió la mano—. Siento molestarla, de verdad, pero se trata de un asunto de la máxima urgencia.

—Antes me ha dicho que investigaba algo acerca de una persona.

—Así es. ¿Puedo invitarla a comer para hablar más tranquilamente?

—¿A comer? —Le miró con una luz de sospecha, como si acabara de proponerle irse a la cama—. No, no, no puedo. He de ir a casa. Me esperan.

—Entonces, ¿hablamos de camino?

—Bueno —vaciló—, aunque no entiendo qué…

Las compañeras ya se marchaban. Todas calle abajo. Le miraban sin disimulo, haciéndose preguntas mentalmente antes de quedarse a solas y formularlas verbalmente. Se despidieron de ella igual que si no fueran a verse al día siguiente, suponiendo que tuvieran fiesta por la tarde con motivo del día de asueto.

—Adiós, Martina.

—No te olvides de eso.

La mujer respondió a sus despedidas y recordatorios y se quedó con él.

—¿Vamos? —le propuso Miquel.

Echaron a andar calle Verdi arriba. La distancia hasta la calle Lirio no era muy grande, así que convenía no perder el tiempo.

—Verá, Martina, la persona de la que estoy reconstruyendo sus últimos pasos aquel 18 de julio es Pau Cabestany, el amigo de su novio Bernat.

—¿Pau Cabestany? —se asombró.

—Sí.

—¿Y qué quiere que le diga yo?

—Lo que pueda, lo que sepa, lo que recuerde.

—Bernat murió al poco de empezar la guerra.

—Lo sé.

—¿Y para qué quiere saber cosas de Pau y de Bernat?

—La madre de Pau ha muerto recientemente y ha pedido ser enterrada junto a su hijo. Según se dice, Bernat mató a Pau la madrugada del 19 de julio y lo enterró en alguna parte, al pie del Tibidabo. Me han pedido que encuentre esa tumba.

—¿Habla en serio?

—Sí.

Caminaba a buen paso, y seguía siendo de subida, aunque ligera, no muy pronunciada. Miquel sintió el plomo de sus piernas, lastrándolo.

Intentó reducir la marcha.

—Por favor…

—Oh, lo siento. Perdone —se excusó Martina Guardans.

—No importa, es que… bueno, ya no estoy para alardes.

—¿Por qué le han encargado eso a usted?

—Antes de la guerra era un buen investigador.

—Pues mire, señor. De entrada déjeme decirle que lo de que Bernat matara a Pau es absurdo. Eran amigos. Bernat estaba algo loco, tenía ideas raras, lo reconozco. Yo entonces era muy joven y no me daba cuenta. Ahora sí. Pero de eso a que matara a un amigo, que además estaba del mismo lado…

—Raquel me dijo lo mismo, y Guillem.

—¿Ha hablado con ellos?

—Sí.

—Pues ya somos tres.

—Hubo un testigo. Un miliciano llamado Pere Collado.

Bajó la cabeza, la movió de lado a lado y chasqueó la lengua.

—No sé lo que vería ese hombre, pero yo conocía a Bernat, puede que mejor que nadie porque éramos novios.

—Me lo han descrito como una persona ambiciosa, egoísta, radical, siempre proclive a meterse en líos…

—Eso es verdad, ¿y qué? De ahí a matar a un amigo… Mire, en aquellos días a mí me decían que lo dejara, que no era agua clara, que con él lo pasaría mal. Y ya ve, yo me enamoré. No se puede luchar contra eso. Era diferente, atrevido, emprendedor y soñador, nada que ver con los demás. Me atrapó su forma de ser, su buen humor, su agresividad contra el mundo en general y también su ambición. ¿Por qué no? Era ambicioso.

—Lo cual no cuadra con ser anarquista.

—¿Por qué no? Decía que un pobre no podía ser anarquista, porque si no tenía dónde caerse muerto, menos podría fabricar

una bomba o comprar un arma. De ahí su ambición. Me fascinaba su instinto, su rapidez mental.

—¿Cuál era la relación con Pau?

—Le seguía como un corderito, o incluso como un hermano mayor. Pau era hijo único y su familia… Bernat se convirtió en su inspiración y mayor influencia. Las semanas previas a la guerra estuvieron muy unidos. Yo también le cogí cariño. Se le veía muy perdido al pobre.

—¿Cuándo supo lo de la muerte de Pau?

—Primero me lo contó Guillem, después el propio Bernat. Me dijeron que había sido una bala perdida. Tiempo después me llegó el rumor contrario, lo de que había sido Bernat.

—Dice que Pau seguía a su novio como un corderillo. ¿Se afilió a algo, a la CNT…?

—No, no, eso no. Temía a su familia, sobre todo a su tío. Pero estaba plenamente de acuerdo con las ideas de Bernat y las del anarquismo en general.

—¿Qué recuerda del 18 de julio?

—Yo iba a cantar en Montjuïc, con mi Orfeón. Ya sabe que al día siguiente se inauguraba la Olimpíada Popular para protestar por los Juegos Olímpicos de Berlín. Estábamos ensayando, como todo el mundo. También iba a formar parte del gran coro que iba a dirigir el maestro Morera con cinco coblas cantando «Juny» y «Els Segadors». Barcelona estaba llena de atletas, pero también de coros, coblas, folcloristas y visitantes, veinte mil o más. Era una fiesta. —Su rostro se llenó de breves ensoñaciones—. Yo estaba muy ilusionada. Tenía una buena voz. Para mí era el día más importante de mi vida. Imagínese, cantar en Montjuïc en los actos de la inauguración de la Olimpíada Popular al día siguiente, con miles de personas de público. ¡También iba a estar Pau Casals!

—Así que el inicio del conflicto…

—Fue muy triste. Pasamos de la alegría y la fiesta a… todo aquello. Triste y amargo. En mi caso ya no volví a cantar. Se acabó. Primero la guerra, el hambre y el frío. Después…

—¿Cuándo volvió a ver a Bernat?

—Creo que el 21, con la ciudad ya asegurada y los grupos armados tratando de organizarse para ir al frente. Estaba… tan cambiado, tanto. Tenía la adrenalina a tope, el ánimo exultante, los ojos casi fuera de las órbitas. Pero más allá de la furia provocada por la guerra, él mismo estaba feliz. Me abrazó, me besó y me dijo que cuando todo acabara nos casaríamos y tendríamos lo que siempre habíamos soñado, la vida asegurada.

—¿Dijo eso?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé. Yo también le pregunté a qué se refería y lo único que me dijo, mientras me cogía y se ponía a bailar, fue que confiara en él. Dijo que la suerte es de quien la busca y que a veces hay que actuar para conseguirla.

—¿Le extrañó ese comportamiento?

—Yo estaba muerta de miedo por lo que se nos venía encima, señor. En aquellos días todos nos volvimos locos. Pero fue la última vez que vi a Bernat, por eso lo recuerdo tan vivamente. Se despidió de mí el 22 y se fue el día 23.

—Su hermana también me ha hablado de eso. A ella le dijo que tenía la llave de su futuro y besarían el suelo que pisaba al acabar el conflicto, perdonándole sus trastadas. A su primo Guillem le dijo que serían ricos. Todos lo atribuyeron a su euforia bélica, pero no tiene mucho sentido.

Martina Guardans no abrió la boca.

Estaban ya muy cerca de la calle Lirio.

—¿Cree que ese comportamiento pueda estar relacionado con

la muerte de Pau?

—¿Por qué? —Ella se sorprendió de la pregunta.

—Porque antes de ese día Bernat nunca hablaba de ser rico.

—Antes de ese día nadie pensaba que pudiéramos acabar matándonos unos a otros.

—Puede que usted fuera demasiado joven. —Suspiró él.

—¿Luchó usted?

—He estado muchos años preso.

—Lo siento.

—¿No volvió a tener noticias de Bernat? —Apuró sus últimos minutos con ella.

—Me mandó una carta desde el frente.

—¿Sólo una?

—Sí.

—¿La guardó?

—Sí —repitió con apenas un soplo de voz.

—¿Podría enseñármela?

Martina Guardans le dirigió una mirada de resquemor. Había en su intensidad un poco de todo, recelo, duda, amargura, inquietud…

—Por favor… —insistió Miquel.

—Una carta es algo privado, ¿no cree?

—Escuche —trató de ser lo más convincente posible—, el tío de Pau está empeñado en dar con la tumba de su sobrino, para cumplir con la última voluntad de su hermana. Él es quien me ha pedido que la busque. Y es un hombre peligroso, muy peligroso. No sabe nada de usted, pero sí de Raquel, de Guillem… Si no le doy algo, por pequeño que sea, puede actuar de otra forma. De lo que yo consiga depende que algunas personas sigan viviendo en paz, porque ese hombre es un loco, y un loco peligroso, ¿entiende? Usted, yo, Bernat, Guillem… todos estábamos en el

bando contrario y sabe que seguimos estándolo, de corazón, resistiendo bajo esta falsa paz. —La detuvo en la esquina de su calle—. Ya ve que le hablo con el corazón. Si alguien me oyera volverían a encerrarme, y esta vez para siempre. Sólo le pido leer esa carta, y lo hago por el bien de todos, incluida usted.

—¿De verdad cree que puede encontrar esa tumba?

—No lo sé. Pero él la está buscando.

—¿Por qué habría de enterrarle Bernat, fuera una bala perdida o no?

—¿Piedad?

—¿Con gente armada por todas partes, en medio de un campo? No creo. Bernat no estaba tan loco.

—¿No le comentó nada acerca de ello?

—No. Lo de la bala perdida y nada más.

—¿Ningún detalle, indicios… algo que se le escapara?

—Ya le digo que no. —Se mostró irritada.

Iba a perderla, y necesitaba ver la carta, simplemente para no dejar cabos sueltos, porque en sus años de inspector de policía sabía que la mayoría de los casos se resolvían por los pequeños detalles, por la insistencia, por el instinto, por no dejar nada al azar o sin investigar pensando que no valía la pena.

—Leo la carta en un minuto y me voy. Si hay algo muy íntimo, muy personal, lo tapa usted.

Martina Guardans miró la hora. Se le había hecho tarde. Puso cara de disgusto.

—Espéreme abajo, ¿de acuerdo? Mi marido no sabe que guardo esa carta.

—Bien.

La vio alejarse, entrar en el edificio y desaparecer en sus entrañas. Él caminó despacio, pasando por delante de la tiendecita, y la esperó en el diminuto portal. La ex novia de Bernat

Juncosa no tardó en reaparecer. Llevaba en la mano una carpeta de color marrón, un tanto vieja y con garabatos en su cubierta. Desplazó las dos gomas elásticas que la cerraban y de su interior, lleno de papeles, extrajo la carta, metida dentro del sobre.

—No hay nada íntimo ni privado —le dijo—. Pero léala rápido, por favor. Si baja mi marido…

Miquel miró el sobre, con las señas y el remite, que procedía del frente. Luego extrajo la hoja de papel, escrita por las dos caras con una letra irregular. El primer párrafo era el habitual de toda carta que procede de un ser lejano. Decir que se está bien y desear que lo estén las personas que esperan en la distancia. Luego hablaba del camino, las tierras desconocidas por las que había transitado, el primer combate, la gloria de los héroes, porque todos los que combatían al fascismo eran héroes…

Una carta pasional, y apasionada.

Nada de Pau Cabestany.

Nada de ese futuro maravilloso del que le había hablado a Martina, a Raquel, a Guillem.

Pero sí había un párrafo especial.

Un párrafo con esos pequeños detalles.

Aquí tengo dos nuevos amigos, dos compañeros con los que en estos pocos días ya he forjado una noble amistad. Y es que en estas circunstancias puedes llegar a ser más amigo de un desconocido en unos días que en Barcelona durante años de correrías. Aquí vas de mano de la vida pero tienes a la muerte de cara. Uno se llama Juan Pou, aunque todos le llamamos Juanito porque tiene cara de niño malo. El otro es Ferran Todó, un atleta que iba a competir en la Olimpíada Popular y ya no regresó a su casa de Badalona. Se quedó en Barcelona, luchando, y se vino con nosotros para combatir en el frente. Tendrías que vernos, Martina. No nos parecemos en nada, pero nos hemos hecho inseparables y

es lo que cuenta. En una guerra tu compañero es tu seguro de vida. Si seguimos juntos y sobrevivimos, seguro que acabaremos siendo como hermanos. Y yo voy a sobrevivir, desde luego. Nadie va a poder conmigo. No hay ninguna bala fascista que lleve mi nombre. He de regresar porque lo que nos espera es muy grande, mucho, mucho, mucho.

De nuevo aquella esperanza.

«Lo que nos espera es muy grande, mucho, mucho, mucho».

—¿Sabe quiénes son esas dos personas, Juanito Pou y Ferran Todó?

—No.

Le devolvió la carta. Ella la guardó con mimo, primero dentro del sobre, después en la carpeta. La cerró echando un vistazo a su espalda, como si su marido fuera a aparecer para sorprenderla con aquel retazo de su pasado.

Miquel pensó instintivamente en aquella otra carta, la que le llevaría el hijo de Remedios a casa de Patro.

Todas las cartas atrapaban momentos especiales para reaparecer en los futuros de las personas a las que iban dirigidas.

—Gracias por su ayuda, Martina.

—Espero que dé con lo que busca.

—Yo también, por el bien de todos.

—Que Dios le acompañe, señor.

Se retiró en dirección a su casa, con su marido, su familia.

Quizá él era de las pocas personas que todavía no se había adaptado al presente, la nueva paz, el silencio.

Adaptado o… conformado.

16

Se sentó a una de las mesas interiores de una tasca situada cerca de la plaza de Lesseps, al final de Pérez Galdós. Mientras esperaba que le sirvieran, intentando no pensar demasiado en la carta de México pese a los nervios, abrió *La Vanguardia* por la página de los cines y la dobló sobre la mesa.

Montserrat Calders era taquillera en uno de ellos.

¿Cuál?

Tenía toda la tarde para buscarla, paciente.

Cada vez le quedaban menos eslabones, aunque de pronto surgían dos más, inesperados: Juanito Pou y Ferran Todó.

«… en estas circunstancias puedes llegar a ser más amigo de un desconocido en unos días que en Barcelona durante años de correrías».

Sí, las guerras hacían extraños compañeros de cama.

Sacó el lápiz del bolsillo y examinó el periódico buscando un espacio en blanco. No lo había. La información era abigarrada, sin apenas un espacio en blanco. Todo lo más quedaba un hueco en el anuncio de Profidén de la página 2 y otro en el de Biorene de la 18, pero demasiado pequeños para lo que necesitaba. Los papeles de los bolsillos tampoco eran grandes. Los de los nombres y direcciones facilitados por Benigno Sáez no mostraban espacios en blanco. El sobre tampoco le servía. Así que le pidió al camarero una servilleta de papel.

¿Qué tenía?

Tres personas decían que Bernat Juncosa no podía haber matado a Pau Cabestany. Pero seguía habiendo un testigo, Pere Collado. Y a fin de cuentas, ¿importaba eso mucho? Él buscaba una tumba, no un asesino. Si Bernat, en definitiva, le había

enterrado, lo otro era irrelevante.

Tan irrelevante como que Bernat fuese un loco, anarquista y desmesurado personaje o como que Pau le idolatrase como amigo y espejo.

¿Había muerto Juncosa sin decirle a nadie, a nadie, dónde estaba enterrado el cuerpo de Pau?

—Tenga, señor.

—Gracias.

—En un minuto tendrá su comida.

Desplegó la servilleta de papel y, toscamente, hizo un mapa de Barcelona con las principales vías en forma de rayas que iban de un lado a otro. Luego comprobó los cines de la cartelera. Había leído lo de los 127 cines existentes en la ciudad, pero allí no había ni la mitad.

Llevaba un año y cuatro meses allí y en ocasiones todavía caminaba perdido, tanto…

Demasiado.

Fue colocándolos en su mapa, con puntos e iniciales. Por lo menos los que conocía o recordaba su ubicación.

El taxi iba a costarle un buen dinero.

Dividió Barcelona en sectores; primero dos, uno por encima de la Diagonal, donde había menos cines, y otro por debajo, donde quedaba la mayoría; a continuación, en la parte inferior, trazó más divisiones: por un lado la zona de la plaza de Cataluña y aledaños, hasta la Gran Vía, y por el otro las Ramblas. La duda, dependiendo de la suerte, era por qué parte empezar.

Y encomendarse todavía más a esa suerte, confiando en que, justamente ese día, Montserrat Calders no tuviera su jornada libre.

—Señor…

Le trajeron la comida. Había desayunado irregularmente, a

causa de la discusión con Patro, y el día había sido movido. Tenía hambre. Apuró la sopa con apetito y disfrutó del pescado, un lujo. Pagando, la vida siempre era mejor. Hasta devoró el pan de acompañamiento. Para beber, agua. Por último, un café. Necesitaba sentir los nervios en tensión. Lo peor de cualquier investigación era lo que venía a continuación: seguir una pista débil yendo de un lado a otro de la ciudad. De la primera novia de Pau sólo tenía la sucinta descripción de Manel Molins: menuda, vivaracha, cabello muy negro, nariz grande, ojos morunos, boca pequeña, labios en forma de corazón y coqueta. De eso hacía doce años. Montserrat Calders podía haber cambiado tanto que le resultara irreconocible.

Examinó el mapa lleno de puntitos e iniciales.

Pensó en Patro, sola en casa, preocupada, con la cabeza llena de malos pensamientos y el fantasma de Benigno Sáez atormentándola con su recuerdo.

El hombre que había pagado por ella para envolverla en una bandera y…

No se dio cuenta de que tenía el vaso de agua en la mano hasta que lo rompió.

Casi sonó como un disparo.

—Señor, ¿se ha hecho daño? —El camarero acudió con rapidez.

—No, no.

—Debía de estar en mal estado, con alguna grieta. Lo siento, de veras. ¿Tiene algún corte?

Examinó la palma de su mano como si despertara de un sueño.

—Nada, ya ve. Gracias.

—Le traigo otro vaso y más agua.

—Ya había terminado. No importa, de verdad. Se lo agradezco mucho.

Abonó la cuenta, salió de la tasca y comprobó la hora.

Demasiado temprano para empezar a buscar a su taquillera.

Pero no para algo en lo que pensó de pronto.

Levantó la mano y detuvo un taxi. Cuando se aposentó en su interior le indicó su destino, que no estaba precisamente lejos.

—Lléveme al final de la avenida de la República Argentina, por favor.

—Marchando.

Fue un trayecto breve. El taxi lo dejó justo en la esquina de la avenida con el paseo de San Gervasio. Por delante se abría ya el campo, la falda de la montaña, primero suave y mucho más arriba ya empinada para encaramarse hacia la cumbre coronada por el parque de atracciones del Tibidabo. Algunas casas, pocas, la mayoría nobles, incluido un palacio con aires de castillo, salpicaban los bosques por la parte de la izquierda. A la derecha de donde estaba quedaba el paseo del Valle de Hebrón, con los últimos edificios de Barcelona a un lado y un muro semiderruido al otro, frontera final tras la cual la tierra ganaba protagonismo. El tranvía, el 26, circulaba perezoso en ese momento rumbo a Penitentes.

Subió por el camino, despacio, levantando el polvo del suelo, hasta llegar a un campo de fútbol pedregoso situado a unos trescientos metros del asfalto. Desde él oteó el panorama, la ciudad silenciosa, la tierra que lo rodeaba. En alguna parte, según los indicios, Pau Cabestany reposaba un sueño eterno que su tío quería alterar para llevarlo a otra tumba.

¿Dónde pudo cavar aquella fosa Bernat Juncosa, con sólo las manos y la culata de su escopeta?

¿Y por qué, por qué, por qué?

¿Por qué, después de matar incomprensiblemente a su amigo?

Al otro lado del campo de fútbol, en el que en ese momento

correteaban unos niños detrás de una pelota aprovechando el día festivo, divisó un pequeño, muy pequeño bosquecillo. Se encontraba justo en la curva por la que al otro lado circulaba el tranvía.

Por encima del campo, un poco más elevada, subiendo un terraplén, la única presencia «local» la constituía una casa de payés, muy humilde, una sola planta, sencilla. Unos niños bajaban de beber agua en su pozo.

Caminó hacia ella.

Se encontró con una mujer sentada a la puerta, pelando judías tiernas con un barreño a los pies. Más allá, después del pozo, un hombre trabajaba la tierra con el cuerpo doblado hacia delante. La mujer le observó curiosa.

—¿También quiere agua? —le preguntó.

—No, no, perdone. —Su sonrisa fue cálida—. Es que estuve por aquí hace años y recordaba…

—Esto no ha cambiado mucho.

—Lo sé —mintió—. Fue el 18 de julio, ¿sabe? El del 36.

—Ya. —Se quedó seria.

—Por aquí hubo combates, ¿no?

—Algunos tiros, como en todas partes.

—La mañana siguiente, de madrugada, no sé si antes de amanecer o ya amaneciendo, un hombre mató al hijo de un amigo mío. —Tuvo que emplear la expresión «amigo» por más que le repugnase sólo la idea—. Luego lo enterró por aquí.

—¿Lo enterró?

—Sí.

—¿Y por qué lo enterró?

—No lo sé. Usted…

—Si lo que quiere saber es si vimos algo, pues no. Las cosas no estaban como para sacar la cabeza, ¿entiende? Mi marido y yo nos

encerramos en casa y nada más. Ya estaba enfermo —miró en su dirección—, y yo…

—¿Luego no se encontraron con ninguna tumba?

—No, claro. —Le observó como si estuviera loco—. Habríamos dado parte.

No había nadie más viviendo por allí. Eran los únicos y privilegiados testigos posibles. Dos personas de campo viviendo en la frontera de la ciudad. Un pequeño anacronismo. La casa debía de llevar allí mucho tiempo, mucho, antes de que Barcelona, en su crecimiento, llegara hasta sus puertas.

Otro niño apareció en la cumbre del repecho.

—¿Puedo beber agua?

—Sí —dijo la mujer.

Miquel Mascarell miró el pozo.

—¿Todos vienen a beber aquí?

—Sí, señor.

—¿No le molesta?

—Son niños. Mientras sean educados y lo pidan…

Dos buenas personas. Una jauría de pequeños amantes del balompié asaltaban diariamente su pozo, su casa, y ellos les permitían saciar su sed con un único requisito: que fueran educados. En verano, con el campo de fútbol a rebosar, la cola debía de ser formidable.

No, aquella gente no tenía por qué mentir.

Ellos eran ellos y el mundo el mundo.

A los humildes aún les quedaba la dignidad.

—Gracias, señora. Buenas tardes.

—Buenas tardes, señor. —Continuó con sus judías tiernas.

No podía bajar por el terraplén, así que dio la vuelta, alcanzó el campo de fútbol y caminó por su lado en dirección al bosquecillo. Nada más internarse por él se encontró con un caminito y a ambos

lados, sin siquiera llegar a su corazón, con algunos preservativos usados entre la maleza. Un refugio secreto para amantes sin cama. Lástima que los preservativos estuvieran tan cerca del lugar en el que jugaban los niños…

No se internó mucho más. Había zarzas, telas de araña y en algunos momentos una naturaleza casi inexpugnable a pesar del senderito que conducía a una especie de ruina central, unas piedras que formaban un círculo. Las divisó desde unos metros y tuvo suficiente.

Era hora de ir a por Montserrat Calders.

Salió del bosquecillo, regresó al campo, al camino principal que conducía al asfalto, y en diez minutos volvió a estar en la confluencia de la avenida de la República Argentina, el paseo del Valle de Hebrón y el de San Gervasio. Un tranvía bajaba de Penitentes en ese momento y lo alcanzó en la parada. El 26 pasaba por la plaza de Lesseps y el Roxy era el cine más cercano, si no iba descontado.

Comenzaría por él.

Revestido de paciencia, por supuesto.

El Roxy, uno de los cines de reestreno y por lo tanto con dos películas y el No-Do, realizado siempre a la mayor gloria del dictador, ofrecía a los ociosos de la jornada festiva *El cisne negro*, con Tyrone Power y Maureen O'Hara, y *Cantaclaro*. Los carteles de las dos películas le saludaron con intención y reclamo. La taquillera no. Era una mujer mayor que despachaba las entradas con aire aburrido. Después, a pie, bajó por la antigua calle Salmerón, como la llamaban los que la habían conocido así, y pasó primero por el Selecto y luego por el Principal. En el Selecto, además de las dos películas, *La espía de Argel* y *Siempre en mi corazón*, se anunciaban sus variedades. Veinte artistas más la orquesta, con Blas Wilson, Amparito Sautillo y su espectáculo

Musical exprés. Llegó hasta el Bosque, a un paso del quiosco, ya cerrado, en el que trabajaba el primo de Bernat Juncosa. En su fachada el que le sonreía era Jorge Negrete con *Gran casino*. La otra película era *Un hombre fenómeno*.

A partir de aquí ya tomó un taxi.

—Vamos a recorrer los cines de Barcelona, señor —le previno —. Comenzaremos por el Verdi y luego ya le diré.

—Si está buscando una película mejor le iría comprando un periódico —quiso estar a la altura el taxista.

En el Verdi presentaban las mismas películas que en el Principal de Gracia y el Bosque. Siguió por el Alondra, el Aristos, el Montecarlo, el Fantasio, el Kursaal, el Alcázar, el Publi, el Oriente, con su techo desplazable… Cines de estreno y de reestreno con las colas habituales de los días festivos y con gente de pie en el interior de las salas a la espera de un sitio libre.

Una hora después había recorrido una docena de cines.

Dos horas después, casi el doble.

Ninguna taquillera se parecía a la mujer descrita por Manel Molins. Como mucho, dos le crearon dudas, así que las despejó por la vía directa, preguntando, después de guardar la cola correspondiente ante ambas taquillas.

—¿Se llama usted Montserrat Calders?

Una y otra le miraron con aire de sospecha. La respuesta fue negativa.

Dejó el taxi en el centro, en la plaza de Cataluña, para recorrer a pie sus alrededores. Allí estaban el Comedia, el París, el Cataluña, el Pelayo, el Vergara, el Capitol, el Principal Pa lacio…

¿Y si era la taquillera de un cine más alejado del centro, como el Rex, el Moderno, los de la carretera de Sants…?

Los cines de barrio.

La búsqueda continuó siendo infructuosa hasta que, ya

rendido, con dolor en las piernas y los pies molidos, bajó al subterráneo de la plaza de Cataluña para mirar en el Avenida de la Luz.

A unos pocos metros de la taquilla se envaró.

Y al llegar a ella la vio.

Menuda, ya no tan vivaracha porque estaba muy seria, cabello negro, nariz grande, ojos rasgados, de un intenso poderío con raíces andaluzas tanto o más que árabes, la boca muy pequeña con los labios en forma de corazón.

O era ella o alguien que se le parecía mucho.

—¿Montserrat Calders?

—Sí. —Frunció el ceño.

—Querría hablar con usted de algo importante, si no le es molestia.

—¿Ahora?

—Puedo esperar a que termine o haga una pausa o… no sé, lo que prefiera.

—Aquí no hacemos pausas, señor. Y termino tarde, pero entonces viene a buscarme mi marido y no… ¿Para qué quiere hablar conmigo?

—Usted fue novia de Pau Cabestany.

Sus ojos se dilataron un poco.

—Sí, ¿por qué? —musitó desde el otro lado del cristal que la protegía y separaba de los que le compraban las entradas.

—Me han pedido que busque el lugar en el que está enterrado.

—¿En serio? —No pudo creerlo.

—Sí.

—¿Y quién le ha pedido algo tan extraño?

—Su tío.

Le cambió el semblante. Fue igual que si una mano invisible le

hubiese robado el color.

—Entiendo —susurró.

—¿Podría concederme unos minutos?

—Ahora no, imposible.

—¿Mañana?

—Oiga, yo no puedo ponerme a hablar de un ex novio delante de mi marido, entiéndalo.

—Mire, le aconsejo que hable conmigo. Si lo hace el tío de Pau será muy distinto, ¿me comprende?

La palidez se le acentuó.

—¿Qué quiere saber?

—Quiero que me hable de Pau, de Bernat Juncosa, nada más. Por favor.

—Apártese.

Había una pareja detrás de él. Les cedió el lugar. Compraron dos entradas y volvieron a dejarlos solos. Montserrat Calders estaba nerviosa. Se mordió el labio inferior y le hundió aquellos ojos oscuros con resquemor.

—¿Mañana? —insistió Miquel.

—Está bien —se rindió.

—¿Dónde?

—Vivo en la calle Jaime Fabra, en el Paralelo. Suelo ir a la compra a eso de las nueve. ¿Qué tal en el mercado de San Antonio? ¿En la esquina de Manso con Urgel y la ronda de San Pablo?

—Gracias, señora.

No le respondió. Seguía inquieta, quizá por tener que hablar de un antiguo novio estando ya casada, quizá por tener que recordar un pasado que no le seducía rememorar.

El cine Avenida de la Luz ofrecía pases continuos desde las once de la mañana, aunque lo suyo no eran las películas, sino los

documentales, los dibujos y los programas especiales. Todas las noches se anunciaba *Las rocas blancas de Dover*. Por la tarde dibujos de las factorías de Walter Lantz y Walt Disney. Montserrat Calders tenía el turno de tarde-noche. Si hubiera sido al revés, el de la mañana hasta primera hora de la tarde, jamás habría dado con ella porque a lo peor no se le hubiera ocurrido que hubiera cines con horario matinal.

Suerte.

Detalles.

Caminó por la Avenida de la Luz. Se resistió a tomar una oblea, cuyo aroma llenaba todo aquel espacio comercial subterráneo que iba de la calle Vergara a la plaza de Cataluña, y salió de nuevo a la superficie para, ahora sí, tomar el taxi que le llevaría a casa.

Con Patro.

Con la carta de México.

Con su esperanza.

17

Los nervios, el acelerón del corazón, las palpitaciones, se le desataron ya antes de que el taxi se detuviera en la esquina de Gerona con Valencia. Un ahogo imparable le subió por el pecho hasta casi darle la sensación de que iba a reventárselo. Le dio al taxista una más que generosa propina por el simple hecho de no tener que esperar el cambio. Luego echó a correr hacia su casa.

La portera estaba allí, en su cubículo acristalado.

—Buenas noches —le deseó la mujer.

—¿Han traído una carta para mí?

—Sí, se la he dado a la señorita Patro.

La llamaban «señorita».

Les habían visto pasear del brazo, sabían que formaban una pareja, que no vivían juntos por azar ni porque él fuese un realquilado.

Pero la seguían llamando «señorita».

Tal vez sí una boda repararía aquel extraño oprobio vecinal.

El maldito «qué dirán», tan humano, tan cruel.

—Gracias.

La dejó atrás e inició la ascensión. Los números danzaban ante sus ojos. Tercer piso, segunda puerta. La primera vez que había estado allí, en enero del 39, buscando a Patro, se había enfrentado a dos niñas, sus dos hermanas, María y Raquel. De eso hacía una eternidad. De las dos ya sólo quedaba una. Y Patro.

Patro.

Intentó introducir la llave en la cerradura, jadeando, y erró por dos veces. A la tercera fue la vencida. De haber vuelto a fallar, no habría necesitado una cuarta, porque Patro ya estaba allí, en el recibidor, tras llegar a la carrera por el pasillo. Lo mismo que el día

anterior, se le abrazó con todo el cuerpo pegada a él, vibrando como sólo ella sabía hacerlo en momentos de ternura o indefensión.

—Miquel…

—Tranquila, todo ha ido bien. —Le acarició la cabeza.

La carta. La carta.

No quiso apartarla, al contrario, agradeció todavía más aquel abrazo liberador.

—¿Has encontrado alguna pista?

—Un par de nombres en una carta, la negativa de todos a aceptar que Bernat matara a Pau, el mismo misterio acerca de su tumba… No sé, sigo pensando que es un esfuerzo baldío, aunque…

—No vas a dejarlo.

—No con el aliento de Benigno Sáez en el cogote. Escucha —ya no pudo más—, han traído una carta…

—¿Cómo lo sabes?

—Me encontré con la señora Remedios, la portera de la calle Córcega. Me ha dicho que la tenía desde hace meses y le he dado nuestras señas.

—Es de México.

—Sí.

—¿Crees que…?

—No lo sé. Dámela, por favor.

—Está en el comedor. Vamos, ven. Pareces cansado.

—Luego te lo cuento.

La carta estaba sobre la mesa, intacta. Parecía haber hecho un largo viaje porque el sobre tenía arrugas, los bordes doblados. Nada más verla se le encogió el alma.

Tuvo que apoyarse en la mesa.

—¿Qué te pasa? —se alarmó Patro al ver su congestión.

—Es la letra de Vicenç —apenas si pudo balbucear.

El pecho iba a estallarle.

—¿Tu hermano? ¿Seguro?

—Sí.

Se dejó caer en una de las sillas. Tomó el sobre. Temblaba. En enero haría diez años de aquella última vez, en la escalera de su casa de la calle Córcega, cuando Vicenç le pidió que se fuera con él y con Amalia, y con los Soler. Todos rumbo al exilio. Diez años sin saber si habían muerto en la carretera, en un campo de refugiados, a manos de los nazis o…

—Cálmate, ¿quieres? Te haré una tila.

—No, ven, siéntate a mi lado. Leámosla juntos. No me dejes.

No quiso romper el sobre a la brava. Todo formaba parte del mismo ritual, el continente y el contenido. Alargó la mano, abrió uno de los cajones del aparador y tomó un cuchillo. Rasgó el sobre por la parte de arriba y extrajo la hoja de papel. Parecía que tomase una reliquia, por el cuidado, el exquisito modo en que desdobló las tres páginas escritas en ambos lados con la letra menuda y preciosista de Vicenç, mucho mejor que la suya, deformada por su trabajo policial y las prisas con las que a veces redactaba informes o rellenaba formularios.

Lo último que hizo fue pasar la mano libre por los ojos, porque sus pupilas despedían chispas y la humedad amenazaba con desbordarlas de un momento a otro.

Luego leyó, en voz alta:

Miquel, no sé si estas líneas llegarán algún día a tus manos. Yo las escribo con la esperanza de que así sea. Ni siquiera sé si estás vivo o muerto, si pudieron contigo o si lograste sobrevivir al Valle de los Caídos. ¿Que cómo sé que estuviste ahí? Luego te lo cuento. Tampoco sé si sigues preso o… No sé nada pero necesito escribirte. El fin de la guerra nos separó y mató los sueños, pero los dos solíamos defender la vida con ahínco. Tengo muy presente

en mi memoria nuestro adiós, y me consta que, en el caso de que vivas, estarás solo, porque a Quimeta, entonces, le quedaba ya muy poco de vida, ¿verdad? No puedo imaginarme siquiera cómo debe de ser tu vida. No puedo imaginarme a Barcelona, a Cataluña, a España entera bajo la bota del fascismo. Es superior a mis fuerzas. Aquí en México las noticias que nos llegan son contradictorias. Siempre se dijo que el régimen iba a caer pronto pero…

Ni siquiera sé cómo explicártelo todo, cómo seguir esta carta.

Te escribo porque, además de la esperanza de que llegue a ti, algo me dice que sí estás vivo. No me preguntes por qué. Tú eras el intuitivo de los dos, el que gozaba de ese sexto sentido tan único y gracias al cual fuiste un gran policía. Pero yo, aquí, también lo he desarrollado. Y quiero creer que me dice la verdad cuando te imagino vivo, en casa, resistiendo, siempre resistiendo porque eres un Mascarell y los Mascarell somos indestructibles, ¿no es así?

Si esta carta llega a ti, además, lo habrá hecho gracias a la entrega de muchas personas. Jamás me atrevería a echarla al correo. No sé si aún vives en tu casa. No sé si la censura abre la correspondencia que llega del extranjero. Pero me consta que si supieran que tienes un hermano vivo y que logró escapar lejos del fascismo, tal vez te ocasionaría problemas. Mejor no arriesgarse. Por eso la daré a un amigo que viajará a París, y éste, a su vez, la dará a otro amigo que lo hará hasta Perpiñán, donde un tercer conocido se encarga cada mes de cruzar los Pirineos llevando cartas como ésta. Nada me haría más feliz que llegara a tus manos, porque significaría que estás vivo y así sabrás que Amalia y yo también lo estamos, ¿puedes creerlo?

Aquellos días de enero del 39 conseguimos llegar a la frontera aunque ni te cuento las penalidades que sufrimos. Los fascistas

nos bombardeaban desde el aire, no había qué comer, el hambre y el frío causaron estragos entre nosotros. Pero resistimos. No quisimos morir en esa España que nos han robado por las armas. Cuando llegamos a la frontera los franceses tardaron mucho en abrirla, y luego nos llevaron a campos de refugiados donde nos trataron peor que a animales. Más que de refugiados eran de concentración. Una vergüenza. Amalia, los Soler y yo estuvimos en el campo de Argelès. Allí, la señora Soler no lo resistió y murió a los pocos días. Su marido no la sobrevivió demasiado. Entró en una profunda depresión y también falleció. Nos quedamos Amalia y yo, solos, convertidos en guiñapos humanos. Una noche llegamos a hervir arena de la playa para cenar algo caliente. Se dice que éramos medio millón de personas, muchas ni siquiera combatientes, sólo seres humanos que escapaban de la barbarie fascista. Pero a los franceses les importó poco. Nos sentíamos aislados, el mundo nos daba la espalda. Muchos, para salir del campo, se apuntaron a la Legión o a los Batallones de Marcha o a las Compagnies de Travailleurs Étrangers. Ahora sabemos dónde terminaron: muertos en la Segunda Guerra Mundial o exterminados por los nazis.

Amalia y yo tuvimos suerte. Se habían formado grupos de ayuda, el SERE, Servicio de Emigración para Refugiados Españoles, y el JARE, Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles. Los dos estaban enfrentados, cosa por otra parte natural siguiendo nuestras buenas costumbres, pero su labor fue clave para la supervivencia de muchos de nosotros. Sería largo contarte cómo conseguimos colarnos en uno de los primeros barcos que partieron del puerto de Sète, bajo el auspicio del SERE. El nuestro fue el *Ipanema*. De esta forma abandonamos Francia, pasamos cerca de las costas españolas, de Barcelona, cruzamos el Atlántico y llegamos al puerto de Veracruz, en México. En los meses

siguientes fuimos miles, Miquel. Miles. Lo mejor de la España republicana. Primero, y pese a que el presidente Lázaro Cárdenas nos abrió los brazos, tuvimos dificultades. Los mexicanos creían que les invadían de nuevo los «gachupines» y los «abarnoteros», de tan triste recuerdo en su memoria. Pero nosotros no íbamos «a hacer las Américas» robándoles pan y tierras para hacernos ricos a su costa. Nosotros huíamos y éramos unos pobres diablos. Frente a los que nos temían, estaban los que nos consideraban una chusma roja, una derecha tan dura como la nuestra, pero menos belicosa. Había Camisas Doradas, fascistas, y Camisas Rojas, izquierdistas. Había ligas estudiantiles, sindicatos, estridentistas… Pero no pasó nada. Lo cierto es que en pocos meses estábamos integrados y se nos aceptó. Todos creíamos que el exilio sería por unos meses, luego unos años. Ahora nos damos cuenta de que será casi eterno, o lo suficientemente largo para que gentes como nosotros no conozcamos ya la certeza de un regreso. Yo primero trabajé en una imprenta, luego conseguí levantar una pequeña empresa y… No puedo quejarme, Miquel. Es otra vida, pero es nuestra, lejos de Barcelona y de España pero nuestra. Sin embargo echo de menos muchas cosas. Te echo de menos a ti. Mi número de teléfono está más abajo. Después de once años de tener la línea interrumpida sabemos que en diciembre pasado volvió a restablecerse la conexión entre México y España. Ojalá puedas llamarme. Ojalá. Sería señal de que estás vivo y has leído esta carta.

No sé qué más contarte.

Ni qué decir, que no suene triste ni frívolo ni…

El SERE y el JARE nos facilitaron listas de caídos en la guerra o tras ella. Durante mucho tiempo las leí, buscándote, con la alegría de que no estuvieras en ellas aunque como puedes imaginarte no eran muy de fiar ni estaban todos porque sabemos de los

fusilamientos en masa y las muchas fosas comunes que jalonan la geografía española. Lo único que sé es que tú, finalmente, aparecías en una, como preso, y que estabas en el Valle de los Caídos. Eso fue hace tres años. Desde entonces… nada. Pero si Franco no te mató pese a ser un policía leal a la República, y en 1945 seguías vivo en esa monstruosidad fascista, mis esperanza son aún mayores. Ahora, gracias a este sistema para el envío de cartas, sé que es todo lo que me queda para dar contigo.

Esto es todo, hermano. Te quiero. Amalia te manda muchos besos. La vida nos separó, pero nuestras mentes jamás serán holladas. Nos pertenecen.

Un fuerte abrazo de tu hermano,

VICENÇ

Se echó a llorar un segundo antes de que Patro le abrazara con todas sus fuerzas.

Día 3

Miércoles, 13 de octubre de 1948

18

Esta vez se levantó antes que Patro, y lo hizo en silencio, despacio, para no quebrar su sueño y porque no quería una nueva escena ni que le pidiera acompañarle. La noche anterior había sido hermosa pero dura. Hermosa por saber que Vicenç estaba vivo. Dura porque se sintió agotado y se refugió en su compañera como un niño en brazos de su madre. Todos los fantasmas del pasado emergieron luego, durante el sueño.

Y seguía pendiente de aquella extraña investigación.

Dos noches antes había vuelto a leer la carta inconclusa de Roger en el frente, antes de morir. La pasada la de Vicenç. De repente volvía todo, se hacía realidad y dolor, mezcla de llanto y alegría.

Odió a Benigno Sáez.

Lo odió pero se levantó de la cama dispuesto a seguir.

Se vistió y salió del piso sin hacer ruido.

Patro le mataría.

Bajó al bar y se sentó a la barra, para ir más rápido. Ramón se le acercó de inmediato.

—¿Qué hay, maestro?

—La tortillita de patatas y un poco de pan.

—¿Y café?

—Y café.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Dispara.

—¿Usted cree que la pintura tiene mercado, salida…?

—¿Qué clase de pintura? ¿Casas?

—No, hombre. Cuadros.

—Pues… no sé, hay pintores famosos y ricos y otros muertos

de hambre, digo yo.

—Es lo que le cuento al hijo de mi prima María, que se ha empeñado en pintar. El mes pasado se reunieron un grupo de artistas y han hecho un club o algo así, no sé muy bien de qué va eso. Lo llaman Dau al Set. Ya me dirá. Encima con esos nombres…

—Si quiere pintar, que pinte. ¿A ti qué más te da?

—¿Qué más me da? El único de la familia que tiene un negocio soy yo, y como pase hambre lo tendré aquí de camarero.

—¿Es bueno?

—Ni idea. Pinta cosas raras.

—Pues cuanto más raras, mejor. Mira Picasso.

—Dau al Set, Dau al Set… —rezongó poniendo cara de no entender nada—. Un grupo de excéntricos, eso es lo que son.

—Ramón… ¿Vas a traerme el desayuno o me voy a otro bar?

—Marchando —reaccionó diligente—. Aquí tiene los periódicos.

La portada de *La Vanguardia* era para Franco y su «Día de la Raza» en Sevilla. También se hacía mención de él en Barcelona, con dos fotos, una de la Guardia Civil desfilando y otra de la ofrenda floral al pie del monumento a Colón. El viaje del ministro de Asuntos Exteriores a la Argentina y dos imágenes de Santiago de Compostela y de Córdoba completaban la abigarrada primera página. *El Mundo Deportivo*, más en su línea, hablaba de la visita del Barcelona a la Cruz Alta, el campo del Sabadell, y del Español, que recibía en Sarriá al Celta. El resto de la portada, entre otras muchas informaciones, era para el triunfo del Barcelona en balonmano, el del Club Natación Barcelona en el VIII Trofeo Barcelona, el próximo reto pugilístico entre Martí III y Segura para el título regional de los ligeros y la buena actuación del atleta Sillón, que en salto de pértiga había rebasado los tres metros y noventa centímetros.

Dejó los periódicos. No estaba para relajarse y mucho menos para perder el tiempo.

Cuando Ramón le llevó el pedido lo aprovechó. El parroquiano más próximo estaba a un par de metros.

—Oye, ¿me hablaste de que tu primo tal vez estuviera en México y me preguntaste cómo encontrarlo?

—Sí. —Se acercó a él bajando la voz.

—Un pariente mío me localizó en las listas de presos de guerra. Hay organismos que se ocupan de los exiliados; el SERE, por ejemplo. Tendrías que ver la forma de comunicarte con ellos y preguntarles si saben algo. Ellos controlan a los exiliados que llegaron allí.

—¿Qué es eso del SERE?

—Un servicio de ayuda a refugiados.

—¿Y cómo hago yo eso?

—Dame un par de días, que resuelva yo un tema, y te ayudo, ¿de acuerdo?

—Oiga, se lo agradecería mucho —le dijo con todo respeto.

—Haremos lo que podamos.

—Pues venga. Gracias. Y hoy invita la casa.

—Que no, Ramón, que a cada cual lo suyo.

—Usted deje aquí el dinero que yo no se lo cojo.

Lo dejó sin más, aunque luego volvió la cabeza y le guiñó un ojo.

Abandonó el bar diez minutos después, temeroso de que Patro bajara a buscarle. Tomó un taxi en la esquina de Valencia con Bruch y le pidió que le llevara al mercado de San Antonio, por la parte de la calle Manso y la confluencia de las dos rondas, la de San Pablo y la de San Antonio. Hizo el camino en silencio, tratando de centrarse en lo que iba a hacer, primero con Montserrat Calders, después en sus siguientes pasos dentro de aquel extraño

laberinto que guardaba la tumba de Pau Cabestany. Le costó olvidarse de Vicenç, la carta, la alegría y el desasosiego. Le costó olvidarse de Patro, al acostarse, cuando le llenó de besos y caricias y…

—No la pierdas —oyó la voz de Quimeta.

—Ahora no, por favor —le suplicó.

—¿Me dice algo, señor? —preguntó el taxista.

—No, no, hablaba solo. Perdone.

—Eso es malo. —El hombre sonrió.

—Dígamelo a mí.

Bajó en la esquina del mercado de San Antonio y comprobó la hora. Faltaban cinco minutos para las nueve de la mañana.

Quince minutos después la primera novia de Pau Cabestany seguía sin aparecer.

Podía volver al cine por la tarde, o husmear por la pequeña calle de Jaime Fabra, donde le había dicho que vivía, pero si la mujer no aparecía la señal era inequívoca: se lo había pensado mejor.

Empezaba a impacientarse cuando la vio llegar, con el paso vivo, por la misma calle Manso.

—Gracias por venir —fue lo primero que le dijo cuando ella se detuvo frente a él.

—Mi hijo se ha puesto enfermo. He tenido que… —No quiso darle más explicaciones e hizo una mueca de desagrado—. Mire, señor, ni siquiera sé que hago aquí.

—Ayudar.

—¿Ayudar a quién, al tío de Pau? Menudo era ese hombre. Le vi sólo una vez, pero tuve suficiente. ¿Que no entiende que fuimos novios antes de la guerra, luego se acabó, cada cual siguió por su camino y cuando supe que había muerto ya era otra historia?

—Los primeros amores no se olvidan.

—Pero ¿qué quiere que le diga yo?

—Quiero que me hable de Pau, de Bernat Juncosa, de qué pudo suceder aquel día para que uno matara al otro.

—¿Vamos a quedarnos aquí de pie? —Montserrat Calders miró arriba y abajo con cierto resquemor.

—¿Quiere tomar algo? Allí hay un bar.

—No, no, pero caminemos, por favor. Demos la vuelta al mercado.

Fue la primera en dar un paso. Miquel se colocó a su lado.

—¿Quién es usted?

—Nadie. El señor Sáez me pidió que buscara el lugar en el que fue enterrado su sobrino. La madre de Pau murió y pidió que les enterraran juntos.

—Por Dios…

—Usted y Bernat trabajaban juntos. Se lo presentó a Pau.

—Fue algo casual, pero intimaron rápido, sí. Bernat era todo un personaje, con mucho don de gentes, mucha labia y aquella aureola de rebelde… Haber estado en la cárcel, lejos de estigmatizarle, le aportaba un toque de personalidad y magia. En el fondo, Pau era un inocente idealista. —Le miró de soslayo—. ¿Quién le ha hablado de Bernat y de mí?

—De usted, Manel Molins. De Bernat, mucha gente, su hermana Raquel, su primo Guillem, su novia Martina…

—Vaya, se ha movido mucho.

—Para el señor Sáez es una cuestión vital. —Retomó el interrogatorio—: Me han dicho que cuando Pau y usted rompieron, siguió persiguiéndole.

—No fue exactamente una persecución. —Se puso roja.

—Seguía queriéndole.

—Era una cría. —Se encogió de hombros—. Fuimos novios «de toda la vida», ya sabe lo que es eso. Crecimos juntos, nos

enamoramos, éramos felices… Todo parecía escrito. Y de pronto él…

—¿Cambió?

—Sí.

—Y usted no se resignó.

—Pensé que cuando despertara, cuando comprendiera que esa otra chica no era la que le convenía, volvería a mí. Así que estaba en guardia. Además, vivíamos cerca el uno del otro y frecuentábamos los mismos ambientes y teníamos las mismas amistades. Quise recuperarle con calma, que volviera a enamorarse de mí. La guerra lo estropeó todo. De entrada porque a él le mataron.

—Le mató Bernat.

—Eso oí decir con el paso del tiempo.

—¿Por qué lo haría, si eran amigos y estaban del mismo lado?

—Si lo hizo, tuvo que ser por algo que desconozco, una pelea… qué sé yo.

—¿Vio a Bernat antes de que se marchara al frente?

—No.

—Por lo tanto no tiene ni idea de qué hizo con el cuerpo o dónde lo enterró.

—No, ni idea.

—¿A quién se lo diría Bernat?

—Si no se lo dijo a su hermana o a su primo o a su novia… Yo sólo le conocía por el trabajo, no teníamos ninguna intimidad o confianza.

—¿Pudo fingir Pau algo que no sentía?

—¿A qué se refiere?

—Al parecer, Pau no era de la cuerda de su tío ni de su madre. Como usted ha dicho, estaba del lado de Bernat. Sin embargo, al estallar la revuelta, quizá recordase que era un Sáez y entonces…

—Pau no —fue categórica—. Realmente era un soñador, un idealista dispuesto a luchar por aquello en que creía. Por eso estaba enamorada de él. Era diferente. No sé lo que pasó aquel día y aquella noche, pero si Bernat mató a Pau tuvo que ser por algo… no sé, inimaginable.

La palabra se hundió en su cabeza.

«Inimaginable».

—¿No le tenía miedo a su tío?

—Sí, mucho, pero era cauto. Tampoco quería disgustar a su madre, que lo idolatraba. De niño era un mimado. Por suerte cambió después. Cuando conoció a Bernat, sus amigos, Manel, Ricard, perdieron peso en su vida. Pau quedó fascinado por Bernat, las cosas que decía, su energía…

—Lo han definido como una persona egoísta, amante del poder pese a hablar siempre del anarquismo.

—Todo en Bernat era un puro contrasentido. Una de sus frases favoritas decía que el fin justifica los medios. Era capaz de lo bueno y lo malo. Los Sáez tenían dinero, eran el enemigo, pero le fascinaban. Que Pau fuera un converso representó un gran éxito para sí mismo. Pero Bernat nunca hacía nada, ni se metía en nada, si no era para sacarle un provecho o un beneficio. Se lo repito: si le mató fue por algo.

—El hombre que los vio a los dos, después de matarle, manifestó que Bernat le había dicho que Pau era un fascista.

—Entonces mintió. Pau era íntegro. Es lo que le he dicho: tuvo que ser por algo inimaginable.

—Pero saber la causa no nos dirá dónde pudo enterrarle.

—Tal vez sí, señor. No hay secreto que esté guardado al cien por cien, ni nada que dure eternamente. Quizá la respuesta esté donde menos se lo espera.

Sin darse cuenta, habían dado la vuelta al mercado. Volvían a

estar en la misma esquina de su encuentro.

Montserrat Calders miró la hora.

—Me temo que… —empezó a decir.

—He terminado, no se preocupe. Le agradezco de veras su tiempo y su sinceridad. ¿Cuántos hijos tiene?

—Dos.

—Felicidades.

—Gracias.

Una vida reconstruida.

Aunque a veces, más de la cuenta, el pasado siempre volviera a llamar a la puerta.

Esperó a verla desaparecer por el mercado antes de ponerse a buscar un nuevo taxi.

19

En la Federación Catalana de Atletismo le recibió un hombre joven, uniformado, que llevaba gafas y una espantosa corbata y estaba sentado detrás de un mostrador con el emblema de la entidad deportiva. Algunas fotografías de atletas, sorprendidos en plena gesta, decoraban la recepción. Allí había hombres y mujeres corriendo, saltando, lanzando pesos o jabalinas, casi todos desencajados por el esfuerzo, la mayoría delgados, pura fibra. Con tantos miles de jóvenes muertos por la guerra, no había mucho donde encontrar savia nueva, el potencial que apuntara al futuro. Un enorme vacío que costaría una generación, quizá dos, antes de ser llenado. El atletismo también requería un esfuerzo y un tiempo que no todos podían dedicarle cuando lo más perentorio era el trabajo, comer cada día, abrigarse en invierno.

—Buenos días. —Se acodó en el mostrador—. ¿Dónde podría conseguir información de un atleta que estuvo más o menos en actividad hace un poco más de una década?

El hombre le miró a través de sus gafas.

—¿Un poco más de una década? —El tono fue evidente.

—Sí, antes de la guerra.

La palabra «guerra» seguía levantando ampollas y produciendo sarpullidos, pero la empleó a conciencia. Eran pequeños desafíos, gritos de independencia.

—¿En qué modalidad competía?

—No lo sé. Era de Badalona.

—¿Y su nombre?

—Ferran Todó.

—Suba al primer piso y pregunte allí, señor. Me temo que con tan pocos datos…

Podía ir a la redacción de un periódico deportivo, por si algún veterano tenía memoria. El tal Todó, a lo peor, jamás había destacado en nada. Aun así, lo lógico era la Federación.

Hizo lo que le decía el de las gafas y subió al primer piso. Se encontró con otro mostrador y otro hombre de corbata más discreta, éste sin uniforme. Por lo visto, allí las secretarias eran mujeres pero los recepcionistas pertenecían al género masculino. Él prefería lo primero. Se llevaba bien con ellas. La conversación fue un calco exacto de la primera.

—Pregunte ahí. —El hombre le señaló una puerta situada a unos cinco metros.

Miquel llamó con los nudillos.

—Adelante.

Abrió la hoja de madera y se encontró en un despacho no muy grande. Detrás de una mesa abarrotada de papeles, carpetas y listados, vio a un tercer hombre, éste mayor, como de cuarenta o cuarenta y un años, cabello peinado hacia atrás, traje oscuro y pajarita. Se quedó mirando a su visitante con expresión neutra.

—¿Sí?

—Busco información sobre un atleta catalán, de Badalona, que estuvo más o menos activo a comienzos de los años treinta. —Actuó con tacto.

—¿Y para qué…?

—Estoy escribiendo un libro.

Eso le impactó. Un libro era un libro. Proporcionaba notoriedad.

Aun así…

—Bueno, no es que podamos dar según qué libremente. —Hizo un gesto ambiguo.

—¿Puedo pasar?

—¡Oh, sí, desde luego! ¿De qué atleta se trata?

—Ferran Todó.

No había oído hablar de él. Su cara fue lo bastante expresiva.

—¿En qué modalidad…?

—Tampoco lo sé. Sólo me han hablado de él y quería conocerle. Iba a competir en la Olimpíada Popular del 19 al 26 de julio de 1936.

El hombre de la pajarita se quedó blanco.

—O sea que era…

—Un rojo, sí.

—Pues en este caso me temo…

Le puso un billete de cincuenta pesetas encima de la mesa.

Podía salir de allí en globo, o denunciado.

Pero eran cincuenta pesetas.

El hombre las miró como un niño miraría un caramelo.

Se levantó, cogió el billete, se lo guardó y caminó hasta un archivador de madera lleno de cajones. Buscó el que pertenecía a la letra T y lo abrió. Miquel contuvo la respiración. Se estaba quedando sin pistas, sin nada con lo que continuar investigando, aunque todavía le quedaba la mujer de Pere Collado, su mejor baza, y visitar la casa de Consuelo Sáez, la madre de Pau.

Una casa vacía, pero que sin duda tendría huellas, ecos.

—Ferran Todó murió en 1937 —le arrancó de su latente abstracción el funcionario de la Federación.

Otro golpe.

Otro muerto.

—¿Tiene sus señas?

—Sí.

Regresó a la mesa con la ficha federativa de Todó y, tras coger una hoja de papel y una pluma estilográfica, se la anotó con minuciosidad, con una letra llena de curvas. Luego le pasó la hoja.

Estaba serio.

Sobornado y serio.

—Espero que…

—Descuide. Buenos días —le deseó Miquel.

Cuando el taxista supo que la carrera iba a ser hasta Badalona, se alegró mucho. Un buen pellizco. Incluso se atrevió a decirle: —¿Quiere que le espere?

—Puedo tardar un poco, y el contador correrá igual.

—Eso sí, claro. —Ya no insistió más.

Era de los habladores, pero pronto comprendió que su cliente no y tras intentarlo dos o tres veces acabó enmudeciendo. Salieron de Barcelona por la Gran Vía, la nueva avenida de José Antonio, y enfilaron la pequeña ciudad costera cruzando el río Besós. El atleta muerto en el 37 vivía en una calle muy pequeña, la de Santa Ana, cerca de las vías del tren y la estación. El taxista tuvo que preguntar dos veces hasta orientarse debidamente. Le dejó en la esquina de ella con la calle del Mar. También le agradeció la propina.

La casa era pequeña, de dos plantas, y Todó había vivido en la superior. Llamó a la puerta y le abrió un hombre mayor, setenta años o más, que se quedó mirándolo por encima de sus gafas. Podía ser el padre del deportista muerto.

—¿El señor Todó?

—¿Cómo dice?

—¿No viven aquí los Todó? —Temió lo peor.

—La señora Todó, sí, pero sólo ella y sus hijos. Yo soy un realquilado. Me llamo Quim, Quim Tortosa.

—¿Y está la señora?

—No, pero vuelve enseguida. ¿Es algo urgente? ¿Quiere esperarla? Los chicos están en el colegio. Ella ha ido a por un mandado. Pase, pase.

Le obedeció. Llegó hasta un comedor abigarrado de figuritas

navideñas que, al parecer, la dueña de la casa pintaba a mano con destino a los belenes de diciembre, y el realquilado le quitó las cosas de una silla para que pudiera sentarse. Una vez acomodado, el anciano no supo muy bien qué hacer.

Como si temiera que el desconocido visitante pudiera robar alguna de las figuritas.

—No me ha dicho si quiere verla por algo urgente.

—Sólo quiero hacerle unas preguntas acerca de su marido.

—Ferran, oh, sí —asintió con la cabeza—. Una buena persona, y un gran atleta. Ella me lo dijo.

—¿Hace mucho que vive aquí?

—Siete años. Ya soy de la familia —lo proclamó con orgullo—. Murió mi mujer y no quería irme a uno de esos cementerios de elefantes que son los asilos. El chico y la chica ya me llaman abuelo.

—Me alegro.

—¿Hizo usted la guerra?

—Era inspector de policía en Barcelona.

—Caramba, caramba. —Lo valoró con expectación.

Miquel temió un interrogatorio exhaustivo. Tuvo suerte. La puerta del piso se abrió en aquel momento y se incorporó. El señor Tortosa fue al encuentro de la señora Todó para decirle que tenía una visita. Les oyó cuchichear un instante. Luego ella entró en la estancia con cara de preocupación.

—¿Señor…?

—No la molestaré mucho, señora. Y perdone mi irrupción en su casa. Lo cierto es que estoy buscando a un amigo de su marido y he pensado que tal vez usted podría…

—Mi marido murió hace once años —se impregnó de un toque de angustia.

—Lo sé, lo sé. Pero es lo único que tengo para dar con él.

Sirvieron juntos en el frente. Juanito Pou.

—Vaya, Juanito. —Suspiró como quitándose un peso de encima.

—¿Le recuerda?

—Claro. Eran muy amigos, sí. Amigos de toda la vida, aunque ciertamente no tenían mucho en común, eran muy diferentes. Ferran muy disciplinado, amante del deporte, y Juanito en cambio… Menuda pieza. Pero se querían.

—¿Sabe si está vivo?

—La última vez que le vi lo estaba. —Su rostro había recuperado cierta serenidad, pasado el susto producido por la sorpresa—. Claro que eso fue acabada la guerra, en el 40 o el 41, no estoy segura. Tras eso le perdí la pista.

—Pero sirvieron juntos en el frente.

—Sí.

—¿Dónde vivía?

—Antes de la guerra aquí cerca, en una casa que se vino abajo. Pero cuando le vi después, en esa única ocasión, me dijo que estaba en Barcelona, en una calle del Raval, la de Santa Elena. Se me quedó grabado en la memoria porque mi madre se llama Elena.

—¿Sabe el número?

—No.

Conocía la calle. No era muy larga. Podía buscar.

Como siempre.

Buscar siguiendo pequeños indicios.

Paciencia.

Un asco.

—¿Para qué quiere ver a Juanito Pou?

—Él y su marido combatieron con otro hombre, un tal Bernat Juncosa. En realidad de quien necesito saber cosas es de él.

—Lo mencionó en alguna de sus cartas, sí.

—¿Tiene cartas de su marido?

—Claro.

—¿Podría…?

Le recordó a Martina Guardans.

—Son cartas privadas, señor —se puso a la defensiva.

—Puede leerme usted los párrafos en los que aparezca Juncosa, por favor.

Vaciló. Miró a su realquilado, que ahora asistía igual que una estatua al diálogo. Luego volvió a enfrentarse a su visitante.

—¿Es usted policía?

—Lo fui. Ahora ya no. Me han encomendado un trabajo, eso es todo. Hemos de sobrevivir, ¿no? —Señaló las figuritas que ella pintaba a mano como forma de subsistencia.

Se puso un poco roja.

—Ahora vuelvo. —Salió del comedor para internarse por el pasillo, seguramente rumbo a su habitación.

—Es una buena mujer —dijo su realquilado.

—Lo imagino.

—Cayeron los mejores, ¿verdad?

—Sí.

—Yo perdí a dos hijos.

Probablemente el nudo en la garganta fuera mutuo.

Por todas partes, por todas, había restos, mitades, fragmentos de seres humanos reubicados y decididos a sobrevivir, tal vez para poder recordar.

Aunque los recuerdos jamás liberasen.

Muy al contrario.

Se alegró de que la señora Todó regresara. Llevaba dos cartas en la mano.

—Son las únicas en que me hablaba de ese hombre, Juncosa.

—Gracias.

Se sentó en otra silla, después de quitarle los trapos que había encima, y buscó las referencias a Bernat Juncosa en aquellas hojas de papel que constituían el último legado de su marido muerto, como la carta de Roger lo era de su hijo. Tenía los ojos brillantes pero contenía sus emociones.

—Hacía mucho que no… —divagó mientras pasaba la mirada por ellas—. Sí, aquí… —Leyó—: «Hay gente muy maja, cariño. Gente en la que puedes confiar y te hacen sentir seguro, acompañado en estos días tan duros. Juanito y yo nos hemos hecho amigos de uno que se llama Bernat Juncosa. Es todo un personaje, hablador, fanfarrón, pero muy divertido. Está loco. Dice que ya ha matado a cien facciosos pero es como todos. Pelea pero trata de sobrevivir. Dice que no puede morir porque ha de volver a Barcelona y hacerse rico. Un anarquista rico. Nos dice a Juanito y a mí que le cuidemos y nos llevará con él para que no nos falte de nada. Habla de una revolución y parece un líder, pero en el fondo es tan normal como nosotros. Llevamos unos días…». —Dejó de leer y agregó—: Esto es todo en ésta.

—¿Y la otra?

—No hay apenas nada. —La desplegó y situó su mirada en el párrafo correspondiente—. Es el día en que mataron al tal Juncosa. —Leyó—: «Hace una semana murió Juncosa, el compañero de que te hablé en otra carta. Ya ves, él que tanto hablaba del futuro, y tan seguro estaba de tantas cosas. Él, que decía que le esperaba una mina de oro, murió en brazos de Juanito. Cuando me lo dijo no podía creerlo. Esto es lo peor de hacer amigos aquí. Que te los maten. Entonces te entra una rabia… un odio… Te vienen ganas de salir a pecho descubierto y atacar, atacar, atacar a esos hijos de mala madre que nos quieren robar la libertad…». —Suspiró y ya no siguió leyendo.

«Él, que decía que le esperaba una mina de oro.»

—Gracias, señora Todó. Ha sido muy, muy amable. Si puedo hacer algo por usted…

La mujer se encogió de hombros.

Miquel paseó una mirada por las figuritas. Sobre un anaquel estaban las ya terminadas. Niños Jesús, Marías, Josés, ángeles, pastores, vacas, burros, ovejas, reyes magos…

—¿Puedo comprarle una de esas figuras?

—Yo no las vendo.

—Pero puede que alguna se le rompa.

—Eso sí, aunque me la descuentan.

Le puso veinticinco pesetas en la mesa.

—Dígales que se le ha roto este rey negro. —Lo tomó con la mano derecha.

Logró emocionarla.

—Espere, le daré una hoja de papel para que la envuelva. —Se incorporó otra vez sin soltar las cartas de Ferran Todó.

Volvieron a quedarse solos el realquilado y él.

—Es una buena mujer —insistió el hombre—. Y una estupenda madre, oiga, que se lo digo yo.

20

La calle de Santa Elena ocupaba un solo tramo entre otras dos, Riereta y Carretas. Comenzó por la acera de la izquierda, preguntando casa por casa si allí vivían los Pou. Pasó de portal en portal, memorizando los dos en los que no encontró a nadie para regresar después, y tuvo una suerte relativa. La última portería de ese la do fue la buena. Era una casa de tres plantas, tan vieja como todo el barrio, y en la primera una jovencita de unos trece o catorce años, muy desarrollada, le dijo que la señora Pou vivía en el segundo.

La señora Pou no era precisamente la esposa de Juanito Pou, sino una mujer menuda y arrugada, prematuramente envejecida, de unos sesenta y muchos años. Se quedó mirándolo con rostro neutro sin decir nada.

—Hola, ¿está Juanito? —la saludó con un deje de franca camaradería.

—No, está de viaje —su voz era frágil, quebradiza.

—Vaya por Dios —lo lamentó de veras—. Con lo que me ha costado dar con ustedes…

—Es que antes vivíamos en Badalona.

—Sí, lo sé. Me ha dado estas señas la señora Todó.

—¡Francisca! ¿Cómo está?

—Bien, bien, y los chicos lo mismo. Le manda recuerdos.

—¡Ay, sí! —suspiró afectada—. No digo que estemos mal aquí, pero una echa de menos el lugar en que nació y vivió siempre, ¿no? Cosas de Juanito, que si Barcelona esto, que si Barcelona lo otro… ¿Para qué le busca?

—Éramos amigos. Hace mucho que no le veo.

—Pues mire que lo siento, porque además no sé cuándo

regresará y…

Dejó de hablar cuando una mujer que bajaba del último piso, el tercero, pasó por el rellano silenciosamente, como un gato, sin hacer el menor ruido previo. Ninguno de los dos la había oído. El saludo entre las vecinas fue más que frío.

Glacial.

—Buenas.

—Buenas.

La aparecida continuó su camino bajo el peso de su grave seriedad. La madre de Juanito Pou apretó las mandíbulas y eso fue todo. Volvió a concentrarse en su visitante.

—Le decía que…

—Que no sabía cuándo regresaría Juanito.

—¡Ah, sí! Pues eso, que no lo sé. Tiene negocios fuera de Barcelona y va de un lado a otro. Yo confío en que, como mucho, por Navidad…

—¿No puede localizarle?

—No, ya le digo que va de un lado a otro. Su última carta procedía de Huelva, ya ve.

—Sí que viaja lejos.

—Desde luego.

Camino cortado. Le tendió la mano y se despidió de ella.

Las dos personas que habían compartido con Bernat Juncosa sus últimos días de vida eran inaccesibles, una por muerta, la otra…

Llegó a la calle y se encontró con la mujer que había bajado la escalera tan silenciosamente, saludando a la madre de Juanito Pou de forma harto seca.

Le esperaba.

—¿Le ha dicho que está de viaje? Mentirosa… —Se cruzó de brazos como si el tema le pareciera de lo más ofensivo y agregó—:

¡Desde luego…!

—¿Quiere decir que no es así? —Miquel fingió toda la inocencia que pudo.

—¿De viaje? ¡Ja! ¡Permítame que me ría! Menudo es su hijo… ¡Un tarambana, un sinvergüenza, un estafador y un vivalavirgen! ¡Como que está en la cárcel, señor, en la Modelo! ¡En la cárcel por chorizo y por… bueno, no me haga hablar! Y encima se las da de digna, siempre con mentiras, siempre con «mi hijo tal» y «mi hijo cual». Si yo le contara… Ni que los demás fuéramos tontos, por Dios. En fin… supongo que bastante pena tiene ella.

—¿Lleva mucho tiempo preso?

—¿Esta última? Yo hace como un año que no le veo. Ya me dirá.

—Pues gracias por la información, se lo agradezco.

—No hay de qué.

No hubo más. La vecina se fue calle abajo y Miquel se quedó solo, en un cruce de sentimientos e ideas.

Seguía restando aquella última esperanza ahora que sabía dónde estaba Pou.

Y le quedaban dos posibilidades finales: Collado y la casa de Consuelo Sáez.

No tenía ni idea de si cualquiera podía ir a la Modelo de visita, si los presos disponían de un día en concreto para ello, o si sólo eran aceptados los familiares. Tampoco estaba en disposición de dar ninguna excusa plausible para que le dejaran llegar el preso. Todo ello sin olvidar que él quisiera colaborar.

La frase de aquella carta le quemaba la razón: «Él, que decía que le esperaba una mina de oro».

¿A qué se refería Bernat Juncosa diciendo eso? ¿Tenía que ver con la muerte de Pau? Había un antes y un después en el proceder del asesino del sobrino de Benigno Sáez, un antes anarquista y

visceral y un después en el que todos los que habían estado con él o recibido noticias suyas hablaban «de algo más», de un futuro diferente, de un sueño relacionado con el dinero y el poder.

Dinero y poder.

¿El dinero y el poder de los Sáez?

¿De qué forma podía hacerlos suyos Bernat Juncosa?

Buscó un bar con teléfono público y lo encontró en el Paralelo, cerca de la ronda de San Pablo. Extrajo los papeles de Benigno Sáez y buscó su número de teléfono. Lo marcó con aquel sentimiento de aprensión incalificable. Miedo, resquemor, duda, animadversión, desprecio…

—¿El señor Sáez, por favor?

—Un momento, ¿de parte de quién?

—Miquel Mascarell —pronunció alto y claro el nombre en catalán.

—Aguarde, señor.

La voz femenina desapareció de la línea y él se tomó su tiempo rebuscando por los recovecos de su mente detalles pasados por alto en su investigación, palabras sueltas, ecos, siempre alertados por su instinto, como una alarma de seguridad dispuesta a ser disparada.

Benigno Sáez no tardó en hacerse audible.

—¿Señor Mascarell?

—He de pedirle algo —fue al grano—. Confío que pueda…

—¿Qué es? —le cortó el hombre del parche en el ojo.

—¿Puede mover sus hilos, o contactos, o lo que sea, para que pueda ver a un preso de la Modelo en cuanto sea posible?

—Sí, ¿por qué? ¿Quién es ese hombre?

—Se llama Juanito Pou y está detenido por algún delito común, robo, estafa… Sigo una pista, muy débil, pero pista al fin y al cabo. Ese tal Pou combatió con Bernat Juncosa y le vio morir.

Probablemente no me diga nada, pero no me gusta dejar cabos sueltos.

—Cuente con ello. Llamaré esta misma tarde. Telefonéeme esta noche.

—Gracias.

—¿Cómo va la investigación?

Era inevitable que lo preguntara.

—Todos han muerto o hablan de oídas. Si Juncosa mató a Pau y le enterró, probablemente se llevara su secreto a la tumba.

—¿Por qué habla en condicional?

—Su hermana, su primo, su novia… Ninguno cree que él asesinara a su sobrino. Eran amigos.

Benigno Sáez no dijo nada.

Dos, tres segundos.

—¿Señor Sáez?

—Pau podía conocerle, de acuerdo, pero una amistad se rompe cuando hay que tomar un posicionamiento ético. Mi sobrino era un Sáez. Juncosa, un anarquista peligroso.

—¿Cómo sabe que Pau simpatizaba con sus ideas, con el pronunciamiento…?

—Mi sobrino era un Sáez, por Dios. ¿Cómo se le ocurre preguntar eso?

O seguía engañándose a sí mismo, o lo sabía y se negaba a aceptarlo, o mentía y en este caso…

—Alguien me ha dicho que Pau simpatizaba con la causa de Juncosa —insistió pese a todo.

—¡Falacias! —El disparo verbal le atravesó el tímpano—. ¡Ni se le ocurra…! ¡Mascarell, tenga cuidado con lo que dice! ¡Le contraté para que buscase una tumba, nada más!

—Sólo le cuento lo que sé, lo que me han dicho.

—¿Es que no se da cuenta? ¿Por qué habría de matarle

Juncosa si eran tan amigos o hubieran compartido la misma ideología? ¡Se lo dijo a Collado: «He matado a un fascista»! ¡Y le enterró porque era un Sáez, para no dejar rastros ni huellas, para protegerse cobardemente, como lo que era, un vil asesino rojo y comunista!

Rojo y comunista.

—De acuerdo, perdone —se rindió.

—No deje de investigar, apriételes las tuercas, ¡alguien ha de saber algo y tienen que decírselo a usted! ¿Me ha entendido, Mascarell?

Le entendía.

Mucho más allá de lo que expresaban sus palabras sacudidas por la tormenta.

—Sí señor.

—Llámeme esta noche —fue su despedida.

Cortó la línea con algo más que sequedad.

Probablemente con un golpe del auricular sobre la horquilla.

21

Había dejado a la esposa de Pere Collado para el final como guinda, justo por ser la única persona que estaba cerca del solitario testigo del asesinato de Pau Cabestany. Primero había necesitado hacerse un cuadro mental y personal de los dos implicados. Ya lo tenía. Ahora sólo quedaba cerrar el círculo. El presumible lacayo de Benigno Sáez no había conseguido nada a pesar del poder y lo que pesaba el nombre de su inquisidor amo. Sáez fue a buscarle a él por ser diferente, inspirar confianza, ser «uno de ellos».

Rojo y comunista.

Ella, Soledad Muro, era la viuda de un miliciano tan rojo y comunista como cualquier otro, porque para los rebeldes, todos eran lo mismo.

En un mundo dividido entre derecha e izquierda, no había lugar para el centro.

La dirección facilitada en los papeles de Benigno Sáez decía que los Collado vivían más allá de la Barceloneta, en tierra de nadie. Más que vivir, cabría decir malvivir. La zona estaba muy degradada, calles sin un ladrillo, de tierra, llenas de surcos de carretas, con casas mantenidas en pie por milagros del azar o una presunta piedad divina, y también barracas, con paredes remendadas o construidas directamente a base de desperdicios. Era la «otra Barcelona», la de la miseria y el abandono, la de los derrotados morales tanto como físicos. Allí no quedaba margen para la esperanza. Eso era una utopía. Allí existía la pura y dura subsistencia diaria, un presente oblicuo, que moría cada noche para esperar un mañana que nunca llegaba.

No hacía calor, pero el hombre que le abrió la puerta iba en

camiseta y sudaba, como si estuviese haciendo un trabajo muy pesado. Se quedó mirándolo, primero a la cara, después al traje. Calibró lo evidente: se trataba de alguien más o menos serio, tal vez importante. Eso le hizo poco menos que cuadrarse. Tenía los ojos brillantes, rojizos, como si a pesar de la hora hubiera estado bebiendo.

—¿Qué desea, señor?

—¿La señora Soledad?

—¿Sole? —Volvió la cabeza y gritó—: ¡Menchu, aquí piden por tu hermana! —Luego se encaró de nuevo con él—: Un momento, ¿eh?

Se apartó de la puerta y le tomó el relevo una mujer con el cabello hirsuto que llevaba un delantal con el que se secaba las manos. Era regordeta, mejillas sonrosadas, por no decir del color de la fresa ya que su piel era muy blanca, cuerpo rotundo y como de cuarenta y cinco o cuarenta y seis años. Ni su aspecto ni su tono fueron amigables.

—¿Qué quiere de mi hermana? —le espetó.

—Hablar con ella.

—¿Para qué? No hemos hecho nada.

—Es una investigación acerca de su difunto marido, no tienen por qué preocuparse.

La palabra «investigación», más que su tono calmado y contemporizador, fue lo que activó su tensión. La desconfianza aumentó pero también lo hizo el miedo. Demasiados años siendo pobres para esperar nada, y menos bueno o agradable.

—Sole no está —se rindió—. Trabaja en un bar, en el paseo Nacional, casi frente al muelle del Reloj. Se llama La Paloma Azul.

—Gracias, señora.

—No hay de qué.

Se marchó sintiendo sus ojos en su espalda, fijos, taladrándolo,

preguntándose si, pese a todo, su visita iba a acarrearles problemas.

El bar La Paloma Azul estaba donde le había dicho la hermana de Soledad Muro, señora de Collado. Se coló dentro y sintió la punzada del hambre al aspirar los aromas que envolvían su ambiente. Era la hora de comer pero no había muchos parroquianos en las mesas o en las barras. Vio a dos hombres, ninguna mujer, así que se acercó al camarero que tenía más cerca.

—¿Sole, por favor?

El camarero le miró con la misma desconfianza no exenta de respeto con que le habían mirado el cuñado y la hermana de la mujer que buscaba. Calibró todas las posibilidades en un par de segundos.

—Soy un amigo —quiso tranquilizarle antes de que le mintiera.

—Un momento.

El hombre desapareció en la parte de atrás, posiblemente la cocina o el almacén. Tardó muy poco en volver. Le seguía una mujer bastante parecida a su hermana, piel blanca, cabello hirsuto, entrada en carnes y apenas un poco más joven, como de cuarenta años. Cada paso que dio aproximándose a su visitante lo inundó de sensaciones que abarcaron un amplio espectro de sentimientos, desde el miedo a la duda, desde la incertidumbre a la resignación. Miquel la esperaba casi en la puerta, apartado del resto, para poder hablarle de manera tranquila.

—¿Quiere verme, señor?

—Sí.

—Usted dirá.

—Vengo de su casa, no tema. Sólo quiero hacerle unas preguntas acerca de su marido.

Las pupilas temblaron, se empequeñecieron.

—Sé que hace unos días vino un hombre a verla, para hacerle

las mismas preguntas que voy a hacerle yo —habló despacio, con voz amigable, intentando transmitirle paz y serenidad—. Pero hay una diferencia. A él quizá le mintió por miedo. A mí puede decirme la verdad porque estamos del mismo lado.

—¿Y qué lado es ése?

—Queremos que esto pase cuanto antes, olvidarnos de ello y volver a nuestra vida.

—No le entiendo.

—Hago un trabajo, eso es todo. Pero el hombre que vino a verla es peligroso. Es mejor que no juguemos con él.

—Le diré lo mismo que le dije: yo no sé nada. ¿Qué voy a saber? ¡Me hizo preguntas de cosas que sucedieron hace doce años, santo Dios!

—A veces los recuerdos son como los sueños, van, vienen, desaparecen… Pero todos dejan huella. Ayúdeme, pero sobre todo ayúdese a sí misma. Si ese hombre vuelve no será en plan amigable.

Soledad Muro se estremeció.

Sus ojos se inundaron de amargura.

Miquel sacó un billete de cincuenta pesetas.

Desde luego, entre taxis y propinas, estaba empleando bien el dinero entregado por Benigno Sáez.

—El otro hombre también me dio dinero.

—Míreme a los ojos, señora.

Lo hizo.

—¿Qué ve? —le preguntó Miquel.

—No sé —vaciló ella.

—Dígame si los de esa persona eran iguales a los míos.

—No.

—Tiene una vida. Difícil, me consta, pero una vida. Y también una familia. No se arriesgue a perderlo todo. Sólo le pido hablar.

Una persona importante está buscando algo, y no parará hasta encontrarlo o…

—Pero ¿es que no entiende que aquellos días fueron muy confusos y que Pere no estaba como para sentarse a la mesa, como si no sucediera nada, y empezar a hablarme de algo? —se desesperó.

—Tomó parte en los combates por Barcelona.

—¡No mató a nadie!

—Vio morir a ese joven.

No tuvo que decirle más. El lacayo de Sáez la había interrogado bien, apretándole las tuercas, asustándola hasta el límite. Si quería algo necesitaba ganarse su confianza, serenarla.

—¿Es que nunca se terminará esta maldita guerra? —La mujer se llevó una mano a la boca.

—Puede que no, señora —fue sincero—. Nunca acabará mientras queden cadáveres, de uno y otro lado, enterrados en zanjas, cunetas y campos de toda España. Dígame qué vio su marido.

—No…

—Se lo contó. Lo sé. Se lo dijo al que vino a verla. Yo únicamente quiero oírselo repetir a usted.

—Sólo que escuchó un disparo, se acercó y se encontró con uno de la CNT y a sus pies un cadáver, nada más —se rindió.

—¿Le dijo dónde estaban?

—En un descampado, al pie del Tibidabo.

—¿Algún dato, un indicio acerca del lugar?

—No.

—Continúe —tuvo que seguir insistiendo y tirándole de la lengua.

—Le dijo que era un fascista. Un maldito fascista que se hacía pasar por uno de ellos. El muerto tenía un disparo en la cabeza.

—¿En la cabeza? —Se envaró.

—Sí.

—¿Algo más?

—Ayudó al de la CNT a cargarle el cadáver a la espalda.

—¿Lo cargó y se lo llevó?

—Iba a enterrarle.

Conocía la respuesta, pero aun así insistió.

—¿Por qué?

—Porque era una persona importante y el de la CNT no quería dejar huellas. Dijo que era un Sáez. Mi marido no tenía ni idea de quiénes eran esos Sáez, claro. Sus palabras fueron: «Son gente importante. No quiero dejar rastros por si vienen mal dadas. Si vais a la Rabassada no tardo más de una hora en daros alcance. No quiero estar solo».

—¿Cuándo supo su marido que el asesino se llamaba Bernat Juncosa?

—Más tarde, cuando se unió al grupo de milicianos.

—¿Cuándo le contó esto su marido?

—Al llegar a casa y hablar de todo lo sucedido… se puso a llorar. Dijo que íbamos todos a la guerra, que nunca sería igual. Estaba asqueado porque él no era violento. Pere era un santo, ¿sabe? —Ahora sí lo atravesó con una mirada de fuego—. Una buena persona que nunca le había hecho daño a nadie, que tuvo que coger un arma e irse a pegar tiros. Ese joven, el muerto, fue el primero que vio, y vino muy conmocionado. Me dijo que tenía la cara ensangrentada porque la bala le había entrado por la nuca y le había salido por delante. —Se estremeció—. Luego el que le mató se unió a ellos, sí, como le había dicho, pero ya no tuvieron ningún combate. Me comentó que ese hombre, el de la CNT, Juncosa, parecía muy contento. Feliz incluso. Quería matar facciosos, nada más. Matar, matar, matar. Pere me dijo que si

todos estaban tan locos como él, mal íbamos. Y desde luego mal fuimos… —Rompió a llorar—. A mi marido me lo mataron, ¿sabe? Le interrogaron, le torturaron y le fusilaron como a un perro. ¡No había hecho nada! Pero le fusilaron y… y ni siquiera sé dónde está. ¡No lo sé! Hay otros que hicieron más y están vivos y él, que no era nadie, un desgraciado… ¿Y ahora vienen a por más, aquel hombre, usted? ¿Vienen con cincuenta pesetas a comprarme lo poco que me queda, mis recuerdos de aquellos últimos días con él? Por favor, por favor… ya basta, por favor…

Se vino abajo.

Se hundió por completo.

Algunas personas les miraban. El camarero y el hombre de la barra también. Miquel temió abrazar a Soledad Muro, por si se ponía a gritar.

Le puso una mano en el brazo y se lo presionó.

Con la otra le deslizó el billete de cincuenta pesetas en uno de los bolsillos de su bata.

—Lo siento, Soledad.

Ella subió y bajó los hombros en un gesto de impotencia.

—¿El hombre que vino a verla era joven, como de treinta años, moreno, rostro afilado y muy poco agradable?

—Sí —exhaló recobrando un poco el equilibrio.

—¿Hay algo que no le dijera a él?

—No.

—¿Algún comentario de Pere, un pensamiento…?

—No. Bueno…

—¿Sí?

Respiró profundamente. Los hombres del bar volvieron a lo que estaban haciendo, aunque alguno todavía les observó de reojo. Soledad Muro, viuda de Pere Collado, se revistió de una expresión diferente, amarga pero con un deje de dulzura, al

decirle aquello.

—Pere me comentó que cuando vio alejarse bajo la primera luz del amanecer al de la CNT cargando al muerto por el campo de fútbol, como un espectro o un ángel de la muerte, en medio de aquel silencio, se sintió muy solo. Él jugaba al fútbol. Le encantaba. Y de pronto aquello se le antojó una especie de símbolo. El campo, la guerra, el amanecer, el silencio… Tanto que pensó en volver a casa, conmigo, y encerrarse bajo tierra hasta que todo hubiera pasado. Sí, eso lo recuerdo bien. Muy bien.

Un campo de fútbol.

—¿Le habló de esto al otro hombre?

La respuesta fue un pellizco en su razón.

—No, eso no, ¿por qué?

22

Masticó despacio el bocadillo preparado en el bar, degustándolo, sentado en el paseo Nacional, frente a los muelles al otro lado de los cuales estaba el mar. Un mar invisible para los barceloneses salvo en algunos puntos, como Colón o las playas, situadas a su izquierda. Las playas de la Barceloneta en las que se bañaba de niño, unas libres, otras de pago. Los muelles y sus almacenes formaban una barrera gris y oscura, infranqueable. Barcelona era un puerto de mar, no una ciudad con mar. El Mediterráneo se divisaba desde las partes altas. Una franja azul, siempre quieta, plácida, pero también lejana. Un mar que conducía a todas partes.

Lugares lejanos, prohibidos.

Miquel se llenó de recuerdos.

De cuando iba con sus padres a la playa. De cuando iba con Quimeta a la playa.

¿Cuándo dejó de hacerlo?

¿Fueron los años, el trabajo…?

Le dio el último bocado al pan con salchichón. La boca se le volvió a llenar con aquel sabor fuerte y espectacular. Iba a quedarse con hambre, pero tenía que seguir. Optó por no comer en el bar donde trabajaba Soledad Muro. Prefirió llevarse el bocadillo y hacer lo que estaba haciendo.

Comer solo, en la calle, sentado en un bordillo del paseo.

Reflexionando.

Bernat Juncosa había matado a Pau Cabestany por la espalda, a traición, de un disparo en la nuca. Un asesinato premeditado y a sangre fría, no con motivo de una discusión acalorada, cara a cara.

¿Por qué?

¿Qué sucedió para que un amigo matara al otro… o más bien le ajusticiara?

Después se unió a los milicianos de la Rabassada, feliz según Pere Collado.

Feliz.

Había matado a su amigo y estaba feliz.

Finalmente… el campo de fútbol.

El mismo campo por el que había caminado el día anterior, bajo la casita de los payases, junto al pequeño bosquecillo que lo amparaba por el lado donde el paseo del Valle de Hebrón doblaba hacia el barrio de los Penitentes.

Pau Cabestany no podía estar lejos de ese campo de fútbol de tierra.

Había hablado con los padres y la hermana de Leonor Miralles, la novia de Pau, con Manel Molins, Raquel y Guillem Juncosa, Martina Guardans, Montserrat Calders y Soledad Muro.

Ya conocía a los dos implicados directos, Bernat y Pau.

Sabía quiénes eran.

Le faltaba el motivo y, lo más importante, encontrar el lugar en el que reposaban los restos del sobrino de Benigno Sáez.

A falta de Ferran Todó, le quedaba el entorno de Pau.

Su madre muerta.

Su casa.

Comprobó la dirección antes de incorporarse y buscar un taxi. Cuando se acomodó en él, contempló el paisaje. Si hubiera tomado taxis en sus tiempos de inspector, tal vez ahora no estaría tan cansado. O tal vez sí. Siempre le había gustado caminar. Pisando las calles se aprendía mucho. Uno no podía entender a la gente sin mezclarse con ella. Los asesinos, los ladrones, rara vez llevaban escrita en la cara la palabra «asesino» o «ladrón». Había chorizos profesionales, con el estigma a cuestas. Pero ésos eran

los habituales. Muchas veces interrogaba a testigos y le decían que el sospechoso siempre «había sido una persona normal».

Subió por Vía Layetana hasta la plaza de Urquinaona y luego el taxi enfiló por paseo de Gracia hasta la Diagonal, la nueva avenida del Generalísimo Franco. Consuelo Sáez había tenido su casa en la parte alta, cerca de la plaza de Calvo Sotelo. Cuando bajó del vehículo contempló el edificio, noble, señorial.

Con portería.

Con portera.

Benditas porteras, con ojos y oídos, chismosas, que lo sabían todo, queriendo o sin querer, de sus vecinos.

Si un día desaparecieran, los policías lo pasarían mal.

La mujer le salió al paso sin necesidad de que él la buscara. Las activaba un radar especial. Su vivienda quedaba situada por detrás de la escalera, con tres escalones que formaban un semicírculo rumbo a las profundidades y ocultaban su puerta. Como la mayoría, igual que si esto fuese un sello o una marca de identidad, era mayor, sesentona, pero se la notaba activa, nerviosa, ojos vivos, gestos rápidos, movimientos secos. Muy delgada, con el cabello recogido en un moño, lucía una bata que venía a ser una suerte de uniforme.

Se le plantó delante, fiel celadora de la paz de sus convecinos.

—Buenos días —la saludó él cortésmente.

—Buenos días, señor. ¿Por quién pide?

—Me llamo Miquel Mascarell, soy agente de seguros.

—Ah.

—En realidad intento averiguar algo acerca de una señora que vivía aquí y falleció recientemente.

—¿La señora Cabestany? —Le cambió la cara—. ¡Oh, sí, una pena, pobre mujer!

—Bueno, yo la tengo como Consuelo Sáez de Heredia.

—En la escalera era la señora Cabestany. —Puso cara de preocupación—. ¿Y usted es… agente de seguros?

—Sí. —Sonrió abiertamente—. Estamos investigando detalles de su muerte y de las personas de su entorno. Como puede imaginarse hay una herencia.

—Pero eso es cosa de notarios, ¿no?

—Los seguros no. Van por otro lado. De momento yo sólo recopilo información. Quién sabe, hasta usted puede que se lleva algo. No sería el primer caso en el que una mujer sola deja bienes a una vecina, la portera, la Iglesia…

—Oh, ella a la Iglesia, seguro. Era una mujer muy beata. De las de misa diaria. No faltaba nunca, oiga. A las nueve de la mañana. Misa y comunión. En este sentido, una santa, una buena mujer. —Contrajo el gesto—. Cuando las personas se mueren, ¿quién va a hablar mal de ellas, no le parece?

—Todo el mundo tiene defectos.

—Eso sí, claro.

—Ella, con el dinero…

—Un poco agarrada, sí. De la Virgen del Puño. Hay que reconocerlo sin que eso quite lo otro —comenzó a hablar sin necesidad de que le preguntara, arrastrada por su vehemencia—. Y mire que tenía, ¿eh? Bueno, toda la familia, porque su hermano… Si viera el piso… Es casi un palacio. Su marido también la dejó en muy buena situación. Era un gran señor.

—Le guardó luto.

—Por supuesto. Seria y recta. De principios. Por desgracia llevaba ya unos años muy malos, desde que le mataron a su hijo.

—Pau, ¿verdad?

—Sí, Pau. Ella lo adoraba. Imagínese: su único hijo. Lo era todo. Su muerte la sumió en la amargura. No se recuperó. No había semana o mes que, en un momento u otro, no me lo recordara.

Que si hoy sería su cumpleaños, que si hoy su santo, que si hubiera hecho diez años de tal cosa o quince de tal otra… Vivía por y para el recuerdo de Pau, como antes vivía por y para cuidarle.

—Usted también debe de recordarle si lleva mucho tiempo aquí.

—¿Yo? Casi cuarenta años —lo proclamó con orgullo hinchando el pecho y alzando la barbilla—. Y claro que me acuerdo de Pau. ¡Menudo era de niño! Era un chico muy majo, loco, divertido, y de mayorcito ya, muy buena persona, educado, cortés, siempre con una palabra amable en los labios, jamás un exabrupto… Yo creo que nunca le vi enfadado. ¡Bajaba la escalera saltando los escalones de seis en seis! Los vecinos a veces se quejaban, aunque aquí hay pocos, porque sólo tenemos dos puertas por rellano. Luego le perdonaban. Se hacía querer. Decían que un día se mataría. Pero no, nunca se cayó. Parecía un mono. Su madre siempre fue muy reservada. Bueno, tampoco le hacía falta contar muchas cosas, ya lo hacía bastante Tere por ella.

—¿Tere? ¿Quién es Tere?

—Teresa, su criada.

—No estará ahora en el piso, ¿verdad?

—No, ¿cómo iba a estar en el piso si la señora ha muerto? ¿Qué iba a hacer, sola, sin el trabajo de cada día?

—Limpiar.

—¿Para qué? El señor Sáez, el hermano de la señora Consuelo, ya vino para empezar a disponer de las cosas de su hermana.

—¿Llevaba mucho tiempo Tere con la señora?

—¡Huy, sí, más de veinte años! —Reflexionó—. Tomó el puesto en lugar de una prima suya, que se murió, y eso fue más o menos cuando se me casó mi hija Matilde. Veintidós o veintitrés años.

—Me gustaría hablar con ella.

—¿Para qué?

—Ya se lo he dicho: cosas del seguro. Cualquier persona que estuviera cerca de la señora Consuelo puede beneficiarse y he de contactar con todas ellas antes de un plazo determinado. ¿Tiene usted sus señas?

—Sí, por supuesto.

Miquel sacó el lápiz de su bolsillo junto con los papeles entregados por Benigno Sáez. La mujer le dio el nombre completo de Tere, Teresa Mateos Maldonado, y sus señas. No tuvo que mirar nada. Memoria de policía. Lo anotó y volvió a guardárselo todo.

—Tere es muy buena —mantuvo el tono de sus confidencias—, ya lo verá. Trabajadora, seria, una mujer muy válida, y mire que para estar tantos años con la señora… ¡Incluso en la guerra! Bueno, al menos comía, porque no todo el mundo puede decir lo mismo en esos años. Como arriba no hablaban mucho, en cuanto salía… ¡La de horas que nos pasábamos aquí mismo dándole a la lengua! —Se rió feliz—. Pero tenía la casa como los chorros del oro. Llegaba cada mañana a las siete, para tenerlo todo a punto cuando despertase la señora Consuelo, y no se marchaba hasta las nueve de la noche, una vez cenada y acostada. Así todos los días, invierno y verano, lloviese o hiciese sol, sin faltar nunca, porque aunque estuviese enferma, Tere cumplía. Así que lo que yo le diga, oiga. No sé qué hará ahora, después de tantos años, la pobre. Si va a verla dele recuerdos míos.

—Se los daré, descuide.

—Yo creo que encontrará pronto otra casa, porque será mayor, pero vale el doble que cualquier jovencita de esas que sacan el plumero, hacen plas-plas y ya se creen que han quitado el polvo. Además cocinaba muy bien. Y sabía comprar. En esta escalera, si no fuera porque los hay que tiran más de la mano que

de la manga, ya la habrían llamado.

Tenía lo que quería, sin necesidad de hablar con algún vecino o vecina.

—Ha sido usted muy amable.

—Bueno, se hace lo que se puede.

—Ojalá la señora Consuelo se haya acordado de usted en el testamento o esté entre los beneficiarios de su seguro.

—¿Yo? Ande, ande, quite. —Hizo un gesto con la mano—. ¿Cómo va a acordarse una señora como ella de alguien como yo, la portera de su casa?

—Hay personas que lo merecen.

—No digo que no, pero los ricos… Ellos son de otra pasta, ¿me comprende? Y tampoco es que fuera muy, muy rica, pienso yo, no sé. Pero no les faltaba de nada. Ni a ella ni a su hermano. La señora vivía con discreción, ya le he dicho que era algo… agarrada.

—¿Venía mucho el hermano por aquí?

—No, no demasiado. Dos, tres veces al año. Tere me dijo que, en el fondo, no se llevaban muy bien, discutían constantemente, se recriminaban cosas. Pero, bueno, ¿qué hermanos se llevan bien? Siempre hay algo. Y encima un señor como él, tan pomposo e importante, y una señora como ella, tan poquita cosa aunque también tan terca y testaruda.

—¿Alguna pelea seria?

—¡Ay, no sé! —Puso cara de susto—. No creo.

—¿Y en los días previos a su muerte o después de ella…?

—El señor vino más a menudo antes del fallecimiento, sí, porque ya estaba enferma. Luego… lo normal, para hacerse cargo de las cosas, el papeleo… ¿Qué quiere que le diga? Pasaba por aquí, me decía «buenos días» o «buenas tardes», y eso era todo. Hombre, muy agradable no era, y con ese parche negro en el ojo… Ya me dirá.

Un pozo de información.

Siempre podía volver si surgían nuevas preguntas.

—Le daré a Tere sus recuerdos —inició la retirada.

—Sí, por favor.

—Encantado de hablar con usted, señora.

—Oh, no hay de qué. —Se puso como una gallina clueca—. A su servicio, caballero. Espero que todo le salga bien.

La dejó cuidando su templo.

Aquel vestíbulo, aquella escalera, los vecinos, la casa.

Su siguiente taxi lo cogió en la plaza de Calvo Sotelo.

23

Teresa Mateos, Tere, vivía cerca del cementerio del Este, en Pueblo Nuevo. Otro largo recorrido en taxi. Cuando subió al nuevo vehículo reparó en un detalle: se le estaba despegando del guardabarros la señal blanca con la vocal en negro que indicaba su día de fiesta semanal, muestra inequívoca de que su día de fiesta era ése y había colocado encima un parche falso para camuflarlo. Se lo hizo notar.

El hombre se puso blanco y bajó del taxi para que no se le desprendiera la señal o un guardia urbano reparara en ello.

—Gracias —le dijo al volver al volante.

—No hay de qué.

—No están los tiempos como para hacer un día de fiesta a la semana, sobre todo cuando se tienen cuatro hijos.

—Le entiendo.

Quince minutos después, cuando bajó del taxi, el conductor volvió a asegurarse de que la letra A con el fondo blanco siguiera bien pegada sobre la I que correspondía al miércoles.

Medio mundo seguía haciendo lo que podía mientras el otro medio, con mejor o peor intención, trataba de impedírselo.

La casa de Tere no era muy distinta a otras en las que había estado durante aquellos tres días. Discreta, humilde, vieja y con deterioros en sus tres plantas. La criada de Consuelo Sáez vivía en la primera. Tuvo que llamar a la puerta tres veces antes de que ella le abriera. Y cuando lo hizo se encontró con una mujer básicamente alterada, ojos muy abiertos, la mano que sujetaba la parte alta de su bata blanqueada por la presión, el cuerpo tenso.

—¿Quién es usted? —se sobresaltó al verle.

—¿Teresa Mateos?

—Sí.

—Me gustaría hablar con usted sobre unos asuntos relacionados con la difunta señora Cabestany. Si es posible…

La respuesta se demoró un par de segundos. Era como si le costara centrarse o no consiguiera acabar de reaccionar. Cuando lo consiguió mostró su primera extrañeza.

—¿La señora…?

—Sí, por favor.

—¿Por qué quiere hablar… conmigo?

—Trabajo en la Mutua General de Seguros —recordó el edificio de la calle Balmes, esquina con la Gran Vía—. Era el agente de su señora. Necesito hacerle unas preguntas.

Si lo sabía todo de Consuelo Sáez, igual se estaba traicionando a sí mismo.

No lo pareció.

—¿No puede volver otro día? —reapareció su deje angustioso.

—Me temo que no, señora. Es algo urgente. No la molestaré mucho. Entienda que hay trámites que no pueden esperar. Quizá usted misma sea beneficiaria de algo.

Sembraba esperanzas falsas, y eso le incomodaba, pero no tenía otro remedio.

Tere no pareció darse por aludida.

Los nervios y el desasosiego le impedían centrarse en él y en su conversación, como si algo la atenazara.

—¿Puedo pasar? —insistió Miquel.

—Sí, sí, por supuesto… Pase —cedió.

Le franqueó el acceso al piso, tan humilde y discreto como la mayoría. Luego cerró la puerta y le precedió hasta el fondo, donde se encontraba el comedor. Todo estaba muy limpio y ordenado. Por el pasillo no vio nada, ninguna puerta abierta. Flotaba un silencio roto tan sólo por el siseo de las zapatillas de la mujer al

deslizarse por las baldosas. Miquel ocupó una silla sin que su anfitriona se lo dijese. Ella se quedó de pie.

—Por favor, siéntese —le pidió.

Probablemente había sido criada toda la vida, y toda la vida había aceptado órdenes, sin rechistar, incluso en su propia casa. Órdenes hasta de desconocidos como él que, por el simple hecho de ser un hombre o parecer relativamente importante, la obligaban a bajar la cabeza. Sintió un poco de lástima.

Por el motivo que fuera, estaba quebrantando su paz.

Tere se sentó en una silla, con la mano todavía blanca y el cuerpo agarrotado.

—Verá, señora —intentó que su voz fuera amable, para calmarla, aunque sin renunciar a su tono inflexible—. Quiero que me hable un poco de lo que sucedió con Pau Cabestany el 18 de julio de 1936.

—¿Cómo dice?

—No se lo preguntaría si no fuera importante.

—Pero eso fue hace muchos años.

—Entienda algo: el cuerpo del hijo de su señora no apareció. Se dijo que había muerto, pero sin cuerpo… Nosotros somos responsables de un seguro y nos basamos en hechos, en pruebas. Para dar curso al pago de ese seguro hemos de estar convencidos de que todo es legal.

Era un buen argumento. Se alegró de haberlo preparado en el taxi, para no verse obligado a improvisar.

—Pero ¿qué quiere que sepa yo de eso?

—Usted estaba allí, en la casa.

—Sí.

—Pau Cabestany y su madre discutieron, ella quería que se quedara pero él se marchó.

—Las cosas eran muy confusas.

—Haga un esfuerzo.

Por un momento, Tere pareció mirar más allá de él, a su espalda, en dirección al pasillo de su vivienda.

Por un momento.

—Mire… recuerdo que la señora lloraba, le pedía que no saliera, y Pau no quiso hacerle caso. Es todo lo que sé. Aquel piso es muy grande y yo me ocupaba de mis cosas, estaba en la cocina. Los gritos venían de la otra parte. Cuando el señorito Pau se fue, la señora estaba rota, deshecha. Tuve que calmarla, hacerle unas hierbas… No paraba de decir: «Me lo van a matar, Tere. Me lo van a matar».

—¿Por qué pensaba eso?

—Siempre pensaba lo peor de todo, era muy pesimista.

—Cuando supieron que el joven había muerto, ¿por qué no intentó buscar su cadáver?

—¿En plena guerra?

—¿Y después? Pudo haber removido cielo y tierra.

—No lo sé.

—¿Se confiaba a usted?

—Era su criada, señor. Las señoras no se confían jamás a sus criadas.

—Pero estaba sola, no tenía a nadie más salvo a su hermano Benigno, y él sabemos que no iba a visitarla más allá de dos o tres veces al año.

—Saben muchas cosas —suspiró.

—Es nuestro trabajo.

Volvió a desplazar sus ojos más allá de él.

Ojos temerosos, inquietos.

Había alguien más en la casa.

Alguien que se ocultaba de él o que ella escondía y protegía.

—¿Podría ir al retrete?

La pregunta fue demoledora.

—¿Cómo dice?

—¿Que si podría ir al retrete, por favor?

No le dijo dónde estaba la puerta. Se levantó.

—Venga.

Lo llevó hasta el lugar. La segunda puerta del pasillo. Miquel entró en aquel reducido, reducidísimo espacio. Apenas si podía extender los codos sin tocar las paredes laterales. El WC estaba roto y la cadena que colgaba de las alturas, desde el recipiente del agua, tenía dos nudos por encima de la lágrima de pasta blanca que servía para tirar de ella. A un lado había trozos de papel de periódico para limpiarse el trasero.

Orinó, algo que de todas formas necesitaba.

Entonces se dio cuenta del olor.

Olor a tabaco.

Alguien fumaba allí.

¿Tere?

La mujer le esperaba en el pasillo, apoyada en la pared y cruzada de brazos. Reaccionó al verle salir. Sin decir nada, regresaron al comedor.

No había querido dejarlo solo ni un segundo.

Y en el pasillo, el olor a tabaco, aunque leve, persistía.

Miquel miró a su alrededor. Ningún cenicero. Ningún rastro. Nada.

—Hábleme de los últimos días de su señora.

—Fueron muy tristes.

—Lo imagino. ¿Ella era consciente de que se iba?

—Sí.

—¿Su hermano vino entonces casi a diario?

—Sí.

—Imagino que hablaron mucho.

—Bueno, no sé… El señor Sáez ya parecía el dueño de todo. Iba arriba y abajo abriendo cajones, preguntándome cosas…

—¿Oyó de qué hablaban?

—¿Yo? No, no, por supuesto. —Enderezó la espalda igual que si la hubiese insultado—. ¿No creerá que escuchaba desde detrás de las puertas? Bastante tenía con ver su drama y cómo me iba a quedar sin trabajo.

—¿No la oyó pedirle a su hermano que buscara la tumba de Pau?

Alzó las cejas batida por la sorpresa.

—No.

—¿Le comentó algo la señora a usted?

—¿A mí? ¿Por qué iba a comentarme algo a mí? Yo era su criada, nada más.

—Pero después de tantos años… Una palabra, un anhelo, un suspiro hecho en voz alta…

—Pues no.

—¿Así que no sabía que le pidió a su hermano que encontrara la tumba de Pau, para que lo enterrara con ella?

Más que sorpresa, lo que la cubrió fue el desconcierto.

—¿Le pidió eso?

—Sí.

—¿Antes de morir?

—Eso nos consta. Fue su última voluntad.

Tere parpadeó.

Y por tercera vez sus ojos se apartaron de él para volar por el espacio vacío abierto a la espalda de su visitante.

—¿Sabe si le ha dejado algo en su testamento? —preguntó Miquel.

—No lo sé, pero no lo creo.

—¿Por qué?

—Porque está su hermano y él…

—Siga.

—No, nada. —Bajó la cabeza.

—Su hermano es codicioso, ¿verdad?

No hubo respuesta.

—Lo que me diga es secreto, Teresa. Nadie va a saber nada. Incluso nos tememos que el señor Sáez pueda haber influido en su hermana, o alterado su testamento, ¿me comprende?

Rescató su atención.

—¿Eso es posible?

—Sí. Pero estamos nosotros. Velamos por nuestros clientes aun después de muertos.

—El señor Sáez es codicioso, sí —se rindió—. Eso sí me lo confió la señora en más de una ocasión. Siempre que iba a verla, acababan discutiendo. No sé de qué —se apresuró en matizar—, pero imagino que era por dinero. La señora gastaba poco, no tocaba para nada su fortuna. Y él era un hombre importante. A mí… me daba miedo. Una vez le sorprendí registrando la habitación de la señora, y no ahora, muriéndose, sino hace unos años, en vida.

—¿Qué dijo él?

—Que si abría la boca me la cerraría para siempre.

—¿Se lo contó a ella?

—No. Se lo habría echado en cara a su hermano tarde o temprano.

—¿Y en cuanto a la herencia…?

Tere se encogió de hombros.

—Vamos, ¿qué sabe?

—La señora hablaba de dejar muchas cosas a la Iglesia —suspiró.

—No creo que a su hermano eso le gustase mucho.

—Para nada.

No tenía más preguntas, y sí una duda.

Una duda que tenía que resolver fuera de allí.

—Ha sido muy amable, y nos ha ayudado mucho, se lo aseguro.

Se sintió aliviada por el fin de la charla.

Tanto que se puso en pie de inmediato.

—No quiero problemas con el señor Sáez —suplicó.

—No los tendrá. Nuestros informes son confidenciales.

—Ni siquiera sabía eso del seguro.

—Bueno, la gente los hace y pasan los años… Suelen olvidarse de ellos. Pero al llegar la hora…

Caminaba por el pasillo.

Agudizó el olfato.

Volvió a recuperar el olor a tabaco, a fumador, quizá no impenitente pero sí ocasional.

No le dijo nada a Tere. Miró sus manos, sus dedos, al despedirse de ella en el rellano.

Ninguna huella, ninguna coloración amarillenta. Nada.

—Gracias por todo —repitió dirigiéndole una sonrisa tranquilizadora.

—No hay de qué, señor.

Comenzó a bajar el tramo de escalera.

La puerta se cerró a su espalda.

Entonces retrocedió, subió de nuevo, despacio, sin hacer ruido, y alcanzó el piso superior.

Se sentó en el último escalón y esperó.

24

El hombre salió a los diez minutos.

No llegaría a los cuarenta, vestía como lo haría cualquier obrero y calzaba una gorra que le impedía ver con claridad sus facciones. Era relativamente alto y estaba muy delgado. Metió las manos en los bolsillos del pantalón, de pana gruesa, y bajó la escalera a buen paso.

Miquel inició la persecución cuando él ya debía de salir por la puerta de la calle.

Mantuvo la distancia, sobre todo porque, por allí, no había mucha gente. Su perseguido, por suerte, no volvió la cabeza ni una sola vez. Se movía rápido, con movimientos vivos. Dejaron atrás el cementerio del Este y en los siguientes minutos la marcha no decreció en su intensidad. Miquel se dio cuenta de que si aquello duraba mucho más, tendría que rendirse.

El hombre no se detuvo hasta llegar al parque de la Ciudadela.

Lo hizo frente a la fuente.

Esperó.

Su perseguidor lo aprovechó para recuperar fuerzas, apoyado en un árbol, lejos de su alcance visual.

Fumaba un pitillo cuando aparecieron los otros tres.

Vestían como él, chaquetas vulgares, camisas arrugadas, pantalones de pana, zapatos que habían conocido muchos polvos y barros de no pocos caminos y gorras caladas por encima de la frente. Dos de los recién llegados lucían bigotes, uno llevaba un pañuelo al cuello. Apenas si intercambiaron un puñado de palabras. Luego se pusieron en marcha.

Salieron del parque y enfilaron en dirección al Arco del Triunfo. Desde él continuaron por la calle de Trafalgar. Por lo menos su

paso no era tan rápido. Aun así, Miquel ya jadeaba por el esfuerzo, preguntándose adónde se dirigían además de quiénes podían ser.

No se escondían, pero la presencia de una pareja de la Guardia Civil les hizo variar su rumbo a la altura de la calle Gerona. Cambiaron de acera sin dejar de caminar. Uno pasó su mano del bolsillo del pantalón al de la chaqueta.

Allí había algo que abultaba.

La joyería estaba en la plaza de Urquinaona. Primero pasaron por delante de ella, dos veces, una en cada sentido, despacio, como si absorbieran los detalles o memorizaran sus características. A continuación se apartaron y durante dos o tres minutos inspeccionaron ocularmente el entorno, los movimientos de los semáforos, el tráfico. Cuando completaron su labor reanudaron la marcha y llegaron al paseo de Gracia. Su siguiente parada fue un banco, subiendo a mano izquierda.

Repitieron sus gestos, pero ahora dos de ellos entraron en él.

Uno era el ocupante del piso de la señora Tere.

No transcurrieron más allá de cinco minutos antes de que salieran. Apenas si intercambiaron algunas palabras. Cruzaron la calzada y esperaron el tranvía de subida en el otro lado.

El 26.

El mismo que llegaba hasta Penitentes pasando por la avenida de la República Argentina y el paseo del Valle de Hebrón, cerca, muy cerca del campo de fútbol situado al pie del Tibidabo.

Miquel paró a un taxi.

—Siga a ese tranvía —le ordenó.

—¿Tan despacio?

—Sí.

El taxista lo examinó por el retrovisor. No le preguntó si era policía. A veces bastaba el tono de una orden para que en él fuera todo implícito. Mantuvo una distancia regular con el tranvía sin

necesidad de que se lo pidiera. A cada parada, Miquel se tensaba por si veía bajar a los cuatro hombres. El problema era si sólo lo hacían uno, dos o tres de ellos.

Decidió que, en tal caso, seguiría al hombre del piso.

Las paradas fueron sucediéndose, primero por el paseo de Gracia, después por Mayor de Gracia, finalmente por la avenida de la República Argentina, aunque no hasta el final.

Se bajaron en la segunda parada de la avenida, superada la plaza Lesseps, y caminaron apenas unos pasos hasta la siguiente esquina, a mano derecha. Miquel le pidió al taxista que subiera un poco más, para situarse fuera de su alcance visual. El hombre oculto en casa de la criada de Consuelo Sáez a la fuerza tenía que haberle visto, aunque fuera por una rendija de una puerta.

Los localizó escrutando un edificio.

Era bajo, y en ese momento un coche entraba por su única puerta, una especie de pasadizo profundo. Se trataba de un coche lujoso, nada menos que un Nash. En el interior iban un hombre ya entrado en años y una mujer relativamente exuberante. Pudo verla bien aunque sólo fuera por espacio de un segundo.

Estaba frente a La Casita Blanca, uno de los lugares de lenocinio más renombrados de Barcelona.

Una joyería, un banco, un prostíbulo…

Miquel se quedó perplejo cuando su instinto expandió por su cabeza aquella palabra.

Lo insólito.

—Será posible… —susurró.

Los cuatro hombres comentaron algo, rápido, sin entrar en discusiones. Siempre había uno mirando a derecha e izquierda. Siempre mantenían la guardia viva y la tensión en alto. Tuvo que ocultarse para que no le descubrieran. Uno era muy joven, apenas veintitrés o veinticuatro años, dos superaban los treinta y su

perseguido era el mayor, el jefe. En algunos momentos la voz cantante la llevaba él.

Retomaron la marcha, a pie.

Y Miquel fue tras sus pasos.

Su única duda era saber si algo de todo aquello guardaba relación con la tumba de Pau Cabestany.

Algo le decía que no, y sin embargo…

La nueva persecución se movió por aquella misma zona. Primero alcanzaron la avenida del Hospital Militar, que cruzaron perpendicularmente, y después, ya no lejos de la parte norte del Parque Güell, por un dédalo de calles ruinosas, con más barracas que casas y empinadas cuestas en las que él acabó de hundirse. Jadeaba, temía que las piernas no le respondieran y que el corazón le dijera basta. No había adoquines, sólo tierra reseca por la falta de lluvia en los últimos días. Guardaba la distancia con sus perseguidos, pero temía perderlos de un momento a otro por quedarse rezagado.

Iba a arrojar la toalla.

Y de pronto entraron en una casita de una sola planta, medio ruinosa.

Visto y no visto.

Miquel se apoyó en una pared para recuperar el aliento.

¿Y ahora qué?

Dejó transcurrir un minuto y se puso en marcha. O mejor decir que se obligó a reaccionar. La casita se sostenía en pie de milagro. No era una barraca, pero casi. Por delante y por los lados algunas mujeres se movían igual que fantasmas, con sus cestos, sus hijos de la mano, sus miserias a cuestas. No había hombres. Un mundo de mujeres, casualidad o no. La altura hacía que una buena parte de Barcelona se desparramara bajo sus ojos cansados con cierto aire de melancolía. Allí no había ruidos. El silencio formaba parte

de su discreción. De vez en cuando un niño alzaba la voz, o reía.

La risa de un niño siempre está cargada de esperanza.

Al lado de la casita vio un terreno abierto, un descampado. La valla se había venido abajo hacía mucho y apenas si quedaba algún cascote. Los habían robado. Las barracas se hacían con los restos de otras construcciones venidas a menos.

Oteó el panorama y se metió por el descampado.

Cuando llegó a la parte de atrás del lugar en el que estaban sus cuatro perseguidos, escuchó sus voces porque una de las ventanas tenía los cristales rotos.

—¿Tú qué dices?

—Yo voto por la joyería.

—¿Por qué?

—Organizamos un buen lío, y como es el centro, escapamos aprovechando el tumulto. Además, a un tiro de piedra de la Comisaría Central de Policía. Un golpe perfecto.

—¿Y por qué ha de haber tumulto? Si lo hacemos bien nos vamos sin liarla.

—También, no sé.

—Yo prefiero el banco. ¿Para qué llevarnos joyas si luego hemos de venderlas? Mejor dinero, contante y sonante.

—El señor Lucien nos hace un buen precio. Es como tener el dinero en la mano igualmente.

—¿Tú te fías de ese francés?

—Además, hay que pasar la frontera.

—Ya hemos asaltado otros *meublés*. ¿Por qué no seguir? Son fáciles, nadie se atreve a denunciar nada, y en una buena hora en La Casita Blanca hay mucho cliente.

—El dinero es importante, sí, para qué vamos a negarlo. Tal y como están las cosas… Pero también se trata del golpe de efecto, la repercusión. La gente ha de saber que estamos vivos.

—La gente cree lo que le dice la prensa. Y para ellos no somos más que delincuentes.

—La gente no es tan estúpida.

Hablaban los cuatro, y después de que cada uno expusiera su preferencia, lo hicieron al alimón, discutiendo, elevando ligeramente la voz.

—¡Hemos de hacerle daño al régimen!

—¡Coño, que a esta hora ya les habrán juzgado y condenado a muerte!

—¡Sí, eso es cierto! ¡Les van a fusilar, pues que vean que seguimos vivos! ¡Es un golpe de efecto! ¡Por ellos!

—¡Si sólo quieres dar un golpe de efecto vuela Colón, o una estatua de Franco o… qué sé yo! ¡Sólo digo que una cosa no excluye a la otra! ¡Necesitamos dinero! ¡Ahí arriba ya hace frío, y más lo hará en unos días, cuando nos caiga el invierno encima! Cuando nos muramos helados, ¿qué?

—¿Y si damos dos golpes?

—¿Primero uno y luego otro?

—No se lo van a esperar. Eso sí les hará daño.

—Pero es muy arriesgado. Nos convendría salir de Barcelona cagando leches.

—Al contrario. Vamos a quedarnos en la ciudad unos días. Tanto da que demos uno o dos. Creerán que queremos escaparnos y vigilarán las carreteras, cortarán caminos, se desplegarán como buitres. Y tanto da que nos separemos. Sería un riesgo. En cambio si nos quedamos… Cada cual se oculta en su casa o donde pueda, pero que esté seguro y a salvo. No hay que correr el menor riesgo. Pasado el peligro nos reunimos donde siempre y entonces sí, regresamos a la montaña.

El que hablaba parecía el jefe, el hombre que fumaba.

Se lo confirmó la pregunta de otro de ellos.

Y también le reveló algo más.

—¿Te ha dado algo tu madre?

—No tiene nada.

—Podía haberle robado algo a esa bruja para la que trabajaba.

—¿Con su hermano vigilando igual que un cuervo? Además, mi madre casi que la quería, y tampoco sirve para eso. Es honrada.

—Para lo que le ha servido…

—¿Y sobre lo otro? —le tomó el relevo una segunda voz.

—Nada. A saber dónde estará Pau Cabestany. Olvidaos de eso.

—¿Y ese hombre de la compañía de seguros que nos has contado que ha ido a verla hoy? ¿No te parece sospechoso? ¿De dónde ha salido?

—No lo sé.

—Mira, Fermí, las casualidades o son muy raras o no existen. Ese tal Benigno Sáez es un fascista hijo de puta. Desde que su hermana le contó lo de los diamantes y sabe la verdad debe de haberle dado muchas vueltas a la cabeza, muchísimas, y no creo que sea de los que se queden cruzado de brazos. Estará removiendo cielo y tierra…

—He dicho que os olvidéis de eso —el tono fue cansado pero categórico—. Vamos a concentrarnos en lo de mañana. Somos cuatro, hay tres posibles objetivos y parece que cada cual tiene una idea. Hemos de concretar y pronto, para ultimar los detalles. Se está haciendo tarde. Si hemos de dar dos golpes, yo voto primero por el banco, y después por la joyería. Están cerca uno de la otra y nadie va a creernos tan audaces. ¿Qué decís?

Se hizo el silencio.

Un silencio cargado de alternativas que formaban una fina llovizna sobre su cabeza.

Entonces apareció el perro.

Ladrándole, a un par de metros, enseñándole los dientes de

forma desaforada.

Miquel intentó pegarse a la pared.

Luego escapar.

El perro, negro, grande, casi se le echó encima.

Eso fue un momento antes de que los ocupantes de la casa se asomaran a la ventana y le descubrieran.

25

No pudo escapar.

De hecho, ni lo intentó.

El perro acosándolo, el cansancio lacerando sus piernas, la turbulencia del momento… Mientras uno de ellos se enfrentaba al animal, arrojándole una piedra que le dio en el lomo y le hizo gemir de dolor, los otros tres le atraparon. Ni siquiera le metieron en la casa por la puerta, lo hicieron por la ventana.

Cayó de bruces, protegiéndose con las dos manos.

Tanto daba. A sus años un golpe era un golpe.

El hijo de Teresa Mateos fue el que dio la alarma.

—¡Es el tipo que ha ido a ver a mi madre, el de la compañía de seguros!

—¿Te ha seguido? —Abrió unos ojos como platos el más joven.

—¡Mierda, Fermí, mierda! —se desesperó uno de los que llevaban bigote.

El otro se agachó, le agarró por la camisa y la corbata con un puño de hierro. Olía a sudor.

—¡*Cagüen* tu estampa! —Le echó el aliento a la cara.

—¡Hemos de irnos a toda leche!

Fermí fue el que puso un poco de paz y sentido común.

—¿Queréis callaros? —Hizo que los demás le miraran—. Si me ha seguido primero a mí y luego a todos nosotros, es que está solo.

—¿Y por qué ha de estar solo? —objetó uno.

—No es más que un viejo —masculló otro.

—¡Coño!, ¿y qué? —siguió exaltado el tercero—. ¡Solo, viejo…! ¿Qué más da?

El jefe del grupo se arrodilló junto al caído. Su compañero dejó

de sujetarlo con su mano de hierro. Le miró a los ojos. Miquel no apartó los suyos. El intercambio duró apenas cinco segundos.

—¿Quién es?

—Me llamo Miquel Mascarell.

Le cacheó en busca de armas. Una vez seguro de que no llevaba nada peligroso encima metió una mano bajo su chaqueta, le cogió la cartera, examinó sus papeles.

—Miquel Mascarell, sí —repitió—. ¿Y qué?

El más joven de los cuatro tomó la cartera de su mano y examinó el resto de los papeles. Encontró la otra documentación, la que siempre llevaba encima por precaución: su indulto de las cárceles franquistas y su permiso de salida del Valle.

—Eh, mirad esto —llamó la atención del resto—. Este tipo ha estado en el maldito Valle de los Caídos. Tiene la condena conmutada y…

—¿Preso? —le habló de nuevo Fermí.

—Sí.

—¿Por qué?

—¿A usted qué le parece?

—¿Leal a la República?

—Sí.

—¿Por qué no le fusilaron al acabar la guerra?

—No lo sé. Fui condenado y un día me conmutaron la pena por trabajos forzados.

—¿Y luego le indultaron?

—Ocho años y medio después, sí. Hace un año y pico.

—¿Por qué le indultaron? —Su expresión se llenó de dudas—. ¿Por chivato, colaboracionista…?

—Ya lo ha dicho ése. —Señaló a uno de ellos—. Por viejo.

—Esos cabrones no tienen piedad —aseguró el aludido—. Ni siquiera sienten lástima. Para ellos el mejor rojo es el rojo muerto.

—Es una historia muy larga.

—Cuéntela —propuso el hijo de Teresa Mateos.

—Salí porque alguien me quería vivo.

—¿Con qué motivo?

—Quería que investigara algo.

—¿Lo investigó?

—Sí.

—¿Y?

Se encogió de hombros.

—El cerdo ya está muerto —dijo—. Me tendieron una trampa.

—¿Lo mató usted?

—Sí —mintió.

—Tiene agallas —no fue una pregunta, fue una afirmación.

—No, pero era su vida o la mía.

Iba mirándoles a todos. Fermí era el más tranquilo y centrado. El joven, el más impetuoso. De los dos que llevaban bigote, uno mostraba una cicatriz aparatosa en la mejilla, ojos duros; el otro era belfo, con el labio inferior más grande y salido que el superior.

—Vamos, Fermí, ¿qué importa todo esto? —protestó el de la cicatriz saliendo de su abstracción—. ¿Qué hacemos con él?

—Matarle —dijo el joven.

—¿Vas a hacerlo tú?

—¡Coño, ya lo haré yo! —habló de nuevo el de la cicatriz—. ¡Nos ha oído!

—¡Queréis callaros de una maldita vez! —impuso su autoridad el jefe del grupo antes de apremiarle—: Vamos, hable. ¿Por qué me ha seguido?

No estaba muy seguro de qué decir, ni cómo.

—Fui policía en la República, inspector, aquí, en Barcelona, por eso me condenaron a muerte aunque luego no me ejecutaran —escogió sus palabras con tacto y las pronunció con una aparente

tranquilidad de ánimo—. Si quieren saber de qué lado estoy, es evidente que del suyo. Le he seguido por un extraño azar, una maldita casualidad.

—¿De qué está hablando? —siguió manteniendo el tratamiento, como si con ello estableciera también una distancia.

—Hace tres días, el lunes, vino a verme un hombre. Se presentó en mi casa. Se llama Benigno Sáez. Usted lo conoce bien. Yo apenas le recordaba de antes de la guerra, pero él sí sabía quién era yo y cuál era mi situación. Me pidió que encontrara la tumba de su sobrino Pau y no tuve más remedio que aceptar su encargo.

—¿Por qué se lo pidió a usted?

—Por lo que fui, porque era un buen policía, porque pensó que podría acercarme mejor a las personas implicadas en su muerte siendo un viejo republicano y el asesino, un anarquista de la CNT. Por eso me escogió. Negarme habría sido muy peligroso. No tuve opción.

—¿Usted está buscando la tumba de Pau Cabestany?

—Sí.

—Pero no le dijo eso a mi madre.

—No.

—Le mintió.

—Para investigar algo a veces hay que mentir. Cuando he comprendido que ella no sabía nada… Por otra parte, ¿qué podía decirle? No soy nadie.

—Todavía no me ha dicho por qué me ha seguido. Eso del azar y la casualidad…

—Instinto.

—¿Qué más?

—Nada más. Sólo instinto. Su madre estaba nerviosa, miraba una y otra vez en dirección al pasillo. Luego he olido a tabaco.

Alguien fumaba o había estado fumando. He comprendido que en la casa había alguien más, oculto. Al irme he esperado un rato y luego ha salido usted.

En alguna parte, no muy lejos, el perro seguía ladrando.

Los cinco hombres intercambiaron sus miradas, tensas y airadas las de los tres testigos de su conversación, reflexiva la del interrogador, paciente la de su prisionero.

—Pero ¿es que vas a hacerle caso? —se encrespó el joven.

—¿Quieres callarte, Matías? —Fermí apretó las mandíbulas.

—¿No te das cuenta? ¡Sáez busca a su sobrino! ¡Está detrás de…!

—¡Cállate!

El hijo de Tere se puso en pie, se enfrentó a su compañero, le cogió la cartera, que todavía tenía entre las manos, y luego se la arrojó a Miquel.

—Esto es serio, Fermí —le recordó el de la cicatriz—. Nos jugamos el pellejo, maldita sea. ¡Ha tenido que oírnos!

—No he oído nada —mintió Miquel—. Acababa de llegar, por eso el perro se ha alarmado.

—¿Cómo estamos seguros de eso? —amenazó el del labio belfo.

—¿Sabe por qué busca Benigno Sáez el cadáver de su sobrino? —preguntó Fermí.

—Me dijo que la madre de Pau, antes de morir, le pidió que lo encontrara para que lo enterrara a su lado.

—¿Le creyó?

—¿Por qué no? Tiene su lógica.

—¿Doce años después de muerto?

—Bueno, esa mujer, en la hora final…

—Y Benigno Sáez, que es un hijo de puta, de pronto se vuelca en complacer a su pobre hermana.

—Sí.

—O es usted tonto o se hace el tonto, amigo. Benigno Sáez despreciaba a su hermana. Él jamás mueve un dedo si no es en su propio beneficio.

—Yo no sabía eso. No le conocía apenas. Una vez, en el 35, le interrogué por un caso de asesinato en su fábrica. Eso fue todo. Por eso vino a buscarme. Lo único cierto es que si no hacía lo que me decía, yo acabaría de nuevo en la cárcel.

Fermí se cruzó de brazos y le dio la espalda.

Los otros tres esperaron.

—¿Qué hacemos?

—Matarle —insistió Matías.

—¿Tú, Alejo?

—¿Qué quieres que hagamos? Si no hay más remedio…

—¿Y tú, Pepe?

—A mí no me importa matar franquistas, de uniforme o no, pero a un viejo…

Alejo era el de la cicatriz. Pepe el del labio inferior desmesurado.

—Levántese —le pidió Fermí a Miquel.

Se guardó la cartera en el bolsillo interior de su americana. Ni siquiera le habían quitado el dinero. Lo único que importaba era su identidad y qué hacía allí.

Desde luego, el bulto en el bolsillo de la chaqueta del hombre que había estado siguiendo era el de una pistola.

—Venga.

—¿Qué vas a hacer? —inició un conato de desesperación Matías.

No le contestó. Miquel le siguió apenas cinco pasos, hasta salir de la estancia. En la casa no había apenas nada, parecía abandonada. Armarios vacíos, muebles con cajones abiertos, un

somier sin colchón…

Quizá un escondite. Tal vez un refugio.

Fermí abrió una puerta haciendo girar la llave en su cerradura.

Al otro lado había una habitación sin ventana, con otro somier asentado en cuatro patas, medio roto, como único y solitario mueble. Junto a una pared, dos mantas sucias, viejas y mohosas.

—Entre —le pidió.

Miquel cruzó aquel umbral.

Luego la puerta se cerró y la llave giró en la cerradura.

26

Recuperó parte de sus fuerzas tumbado en el somier, sobre las mantas que, pese a su estado, al menos le protegían de los hierros entrelazados y medio rotos. La única luz provenía de una bombilla cenital. Una bombilla de muy baja potencia. Ella y el suave deslizar del día hacia su ocaso le amodorraron a la hora del anochecer.

Patro iba a matarle.

Sonrió.

En lugar de pensar en que le matarían ellos, pensaba en que lo haría su compañera.

—Lo siento —le susurró a su imagen mental.

—Tú siempre te metes en líos y después… —Escuchó la voz de Quimeta.

Patro nunca le hablaba. Probablemente porque estaba viva y no necesitaba comunicarse con él igual que un fantasma.

—Ha sido un accidente.

—Van a matarte. No te dejarán vivo con lo que sabes.

—Yo no sé nada.

—Sabes que son del maquis, y que van a robar un banco y una joyería. Sabes que quieren asestarle un golpe al régimen por algo de un juicio, probablemente a compañeros suyos, a los que van a sentenciar a muerte. Y sabes que uno de ellos ha pronunciado una palabra muy precisa que tal vez lo cambie todo.

Diamantes.

Benigno Sáez, su hermana Consuelo, Pau Cabestany.

Diamantes y una tumba perdida.

—Si vas a quedarte conmigo será mejor que no me calientes los cascos. He de pensar.

—¿Pensar en qué?

—En cómo salir de ésta.

—Miquel…

—Por favor…

Se levantó del somier y se puso en pie. Estaba molido, lleno de agujetas. Volvía a tener ganas de orinar. Cuando caminaba mucho le sucedía lo mismo. También empezaba a sentir hambre.

—¡Eh! —Golpeó la puerta con una mano.

Nada.

Durante un rato los había oído discutir, a veces a gritos, otras en voz baja. No se ponían de acuerdo. Ahora llevaba una hora o más sin que escuchara el menor sonido.

—¡Eh! —Repitió su gesto.

Aplicó una oreja a la madera.

Silencio.

—¡He de orinar, por favor!

Dejó de insistir, se fue a un rincón y lo hizo allí, disparando el chorro contra la pared. Se formó un charco a sus pies, no muy grande, y luego regresó al somier. Las mantas olían fatal. Se frotó las manos contra las perneras del pantalón y en lugar de sentarse o tumbarse examinó la habitación.

Propinó unos suaves golpes a las paredes con los nudillos.

Eran consistentes.

Se resignó y, esta vez sí, se tumbó en el somier.

Cerró los ojos.

Hubiera dado lo que fuera por estar en casa, con Patro.

Si le mataban, ¿qué sería de ella?

El dinero no iba a durar siempre.

Tuvo que adormilarse en algún momento, a pesar de la tensión. No se dio cuenta de nada. Pasó de la consciencia a la inconsciencia atravesando el perezoso vacío de su mente. Luego se adentró en el onírico universo de lo irreal.

Libre.

Allí sí estaba en casa, con Patro, oyendo la radio.

Iban a cenar.

El estómago le rugía.

De pronto alguien abría la puerta sobresaltándoles.

Alguien…

La puerta era la de la habitación. El alguien, Fermí.

Lo primero que miró mientras saltaba del somier, asustado, fueron sus manos.

No llevaba una pistola. En la derecha, un pedazo de pan. En la izquierda, un vaso de agua, metálico, como los del frente.

Había dormido casi una hora. Eso significaba que al otro lado de aquellas paredes ya era de noche. El hijo de Tere se detuvo a un paso de él y le tendió la comida y la bebida. Miquel tomó ambas cosas. Continuó sentado.

Se observaron.

El rostro del aparecido era neutro.

—¿Qué edad tiene? —quiso saber.

—Sesenta y cinco.

—Debería estar jubilado.

—Lo estoy.

—¿No trabaja en nada?

—No.

—Así que Benigno Sáez solamente quería su olfato y su experiencia.

—Sí.

—¿No le parece extraño?

—No, ¿por qué?

—¿Se creyó lo de la tumba perdida y la última voluntad de su hermana?

Miquel bebió un sorbo de agua. Todavía no tocó el pan.

—¿Qué está tratando de decirme?

—Benigno Sáez es uno de los mayores cabrones de esta Barcelona, señor Mascarell. Mi madre trabajó muchos años para esa familia. La señora Consuelo no era más que una infeliz, pero él…

—Eso ya lo sé.

—¿Sabe lo que quiere en realidad?

—Si no es recuperar el cadáver de su sobrino…

—En realidad —insistió.

—No.

—¿Ni la menor idea?

—Le digo que no.

—Es usted un iluso.

Ahora sí mordió el pedazo de pan. Estaba muy bueno, crujiente. Le encantaba el pan.

—¿Qué habría hecho en el caso de dar con el lugar en el que está enterrado Pau Cabestany?

—Llamar a su tío, aunque a estas alturas ya sé que eso no es más que una utopía. He hablado con mucha gente y no hay ningún indicio, nada. Es una historia cerrada, con un asesino y un único testigo muertos. Por desgracia me temo que eso no le sirva de mucho a ese hombre.

—¿Le teme?

—Sí.

—Hace bien.

—Si no me matan ustedes, es probable que lo haga él.

Fermí se cruzó de brazos sin dejar de observarle, de pie, a menos de un metro de donde se encontraba sentado. Miquel le dio un segundo bocado al pedazo de pan.

—¿Qué hará si le dejamos con vida?

—¿Van a soltarme?

—No ahora, claro. Responda.

—Irme a mi casa.

—¿Se lo contaría a Sáez?

—¿Cree que estoy loco?

—Sabe quiénes somos, ¿verdad?

—Maquis.

—Sí, maquis. Los últimos luchadores de la España republicana. Los únicos que siguen enfrentándose a Franco y sus secuaces. Eso hace que podamos fiarnos de muy pocas personas.

—Yo sigo siendo republicano. Si fuera más joven igual me uniría a ustedes.

Fermí llegó a sonreír.

—¿Me está suplicando por su vida?

—Mire, no tiene lógica que me asesinen. Ninguna. Yo busco otra cosa.

—¿Qué ha oído antes, cuando nos espiaba por la ventana?

—Ya le he dicho que acababa de llegar. Bastante he hecho con seguirles durante tanto rato. No han parado de caminar. Estaba cansado. Bueno, aún lo estoy. Nada más aparecer yo ha salido ese perro de no sé dónde.

—Pero nos ha visto delante de esa joyería, en el banco, en el meublé…

—Sí.

—Y ha deducido que éramos maquis.

—Sí.

—¿Por qué no delincuentes comunes?

—Instinto.

Otro bocado. Calma. Si tenían la menor certeza de que había oído su conversación, el final sería inevitable. Su única garantía pasaba por mantenerse fiel a su papel de anciano buscando una tumba perdida y atrapado allí por un azar del destino.

—¿Sabe lo de los juicios?

—¿Qué juicios?

—Hoy es 13 de octubre.

—¿Y?

Fermí se apoyó en la pared. Miquel bebió un segundo sorbo de agua. El pedazo de pan no era muy grande, así que iba a quedarse con hambre. Pese al tono amigable del hombre, no bajó la guardia. Para ellos seguía siendo un peligro. No tenían por qué creerle. Y eran cuatro. Tres de ellos pidiendo su cabeza.

—Llevamos tres o cuatro años peleando duro —lo proclamó con orgullo—. La represión franquista es fuerte, pero nosotros lo somos más, aunque sea difícil vivir en las montañas, asestar golpes, sobrevivir en condiciones a veces infrahumanas. Nos llaman «bandoleros». —Sonrió—. Lo que hicimos el 19 de octubre de 1944 demuestra que no lo somos. Eso pasará a la historia.

—¿La invasión del Valle de Arán?

—La invasión del Valle de Arán —asintió—. Veo que es un hombre enterado a pesar de todo.

—Siempre hay alguien que sabe algo, lo cuenta…

—Todos nuestros hombres, bien equipados, con armamento pesado, metralletas Thompson y Stern, carabinas americanas Rock Oil, pistolas, fusiles ametralladores, bombas de mano y explosivos de plástico, que eran toda una innovación, agrupados en doce brigadas de trescientos a cuatrocientos hombres cada una. Realmente era lo que pensamos, la Operación Reconquista de España, planeada por el Estado Mayor de la Agrupación Guerrillera Española. La idea era recuperar las tierras comprendidas entre los ríos Cinca y Segre y la frontera francesa para, con posterioridad, declarar la zona bajo mandato de la República en el exilio y provocar un levantamiento popular en toda España.

—Que no se produjo.

—No. —Hizo un gesto de pesar—. De haber sido así, los aliados no habrían tenido más remedio que intervenir en nuestro apoyo. Pero la gente no reaccionó. No se produjo ese levantamiento general. Se perdió la oportunidad. La mejor de que habíamos dispuesto hasta ese momento. Franco envió un gran número de efectivos comprendiendo lo que estaba en juego. Guardias civiles, policía armada, batallones del ejército… Conquistamos pueblos, aldeas, alzamos la bandera republicana de nuevo, abrimos la frontera para que entrara material procedente de Francia… pero no pudimos tomar Viella, que era el principal objetivo de la operación. El ataque principal se complementó con otros ataques en distintos puntos y valles pirenaicos en las semanas previas. Roncesvalles, Hecho, Roncal, Canfranc, Andorra… Todo inútil. Al final, desbordados por el número de fuerzas con el que nos enfrentamos, tuvimos que retroceder. El 28 de octubre cruzamos la frontera.

—Pero ustedes han seguido.

—Vivimos unos días cruciales, amigo mío. —Su seriedad se agravó—. Volamos el monumento a la Victoria, el edificio de los talleres del periódico *Solidaridad Obrera*, ahora llamado *Movimiento Solidaridad Nacional*, vías férreas, torres eléctricas… Pero el año pasado la guerrilla urbana comunista había casi desaparecido, dejándonos solos a nosotros, el movimiento anarquista. Estos días se ha acordado la disolución y el abandono de la lucha armada por su parte. Stalin ha dado la orden y el Partido Comunista de España la ha acatado. Los socialistas van a seguir el mismo camino. Todo va a ser más difícil a partir de ahora. Estamos solos.

—¿Y lo de esos juicios? —Se llevó a la boca el último pedazo de pan.

—Entre enero y abril de 1947 cayeron muchos de los nuestros, comunistas, socialistas, anarquistas… Los han llamado «el grupo de los ochenta». Hoy ha empezado el juicio, mejor dicho, el consejo de guerra que los declarará culpables y los llevará al paredón. Pere Valverde, Ángel Carrero, Numen Mestre, Puig Puigdemunt… Hoy y mañana son, pues, días cruciales. Por supuesto que ningún periódico habla de ello, pero la historia sí lo hará. El régimen se cuida mucho de blindar sus acciones aunque la ignominia y la barbarie no puedan silenciarse para siempre. La única forma que tenemos de hacerles llegar nuestro mensaje, hacerles saber que estamos vivos y que seguiremos con nuestra lucha, es golpearles fuerte y duro. Más que nunca.

—¿Aun siendo pocos?

—No vamos a rendirnos. Mejor morir de pie que caer de rodillas. Tal vez algún día España reaccione.

—¿Y si España está harta de guerras? Llevamos siglos matándonos, por los reyes, la religión, las ideas de unos enfrentadas a las de los otros…

—¿Se imagina vivir siempre bajo una dictadura, con Franco y los curas diciéndonos qué hacer, cómo, cuándo?

Miquel bajó la cabeza.

Tenía más hambre.

Apuró el vaso de agua.

¿Y si llevaba muerto desde el 39 y no se había dado cuenta?

—No quiero llegar a viejo, como usted, sintiéndome derrotado —dijo Fermí.

Sostuvieron sus respectivas miradas.

En silencio.

Su carcelero recogió el vaso metálico.

—Intente dormir. —Se dirigió a la puerta dando por concluida la conversación.

Día 4

Jueves, 14 de octubre de 1948

27

Lo que le despertó fue la punzada en la cabeza.

Lo que le hizo abrir los ojos, el hecho de darse cuenta de que no estaba en su cama, con Patro al lado.

Lo que le hizo saltar del somier, por último, fue el susto, el zarpazo del miedo, al enlazar el presente con la presión vivida la noche anterior.

Seguía preso.

Preso, incomunicado, hambriento y sin tener ni idea de qué iban a hacer con él.

No había sueños felices, sólo realidades amargas.

Miró la hora. Había amanecido hacía rato. Bastante rato. Pese a la incomodidad y las agujetas provocadas por el esfuerzo de la tarde anterior, había dormido incluso más de la cuenta. Asombroso. Le dolía el cuerpo pero mucho más el ánimo.

Sintió un ramalazo de furia.

Patro sola, en casa, como una niña asustada…

Llegó a la puerta y la golpeó con todas sus fuerzas.

—¡Eh!

Lo mismo que la noche pasada, nadie respondió a su gesto.

Lo repitió.

—¡Eh, eh!

Aplicó el oído a la madera y casi dejó de respirar.

Del otro lado no le llegó el menor ruido.

Aquel silencio…

¿Seguían dormidos los maquis?

No. Nadie dormía hasta tarde la mañana que se disponía a robar una joyería y asaltar un banco.

Así pues…

Ellos se habían ido.

Estaba solo.

Podían volver o…

Orinó de nuevo en la esquina de la habitación y, aunque también tenía ganas de hacer algo más grande, se contuvo. Fue a su cama, quitó las mantas y levantó el somier. Las patas no eran muy altas, aun así pesaba lo suyo. Cargó con él y se abalanzó sobre la puerta.

Un golpe, dos, tres.

Esperó una reacción del otro lado que no llegó.

La confirmación de que estaba solo.

Machacó de nuevo la puerta por cuarta, quinta, sexta vez.

A la séptima, la madera empezó a romperse.

Le bastaron tres golpes más para echarla abajo.

Salió de la habitación ciego de furia, enfadado más consigo mismo que con los del maquis o el mundo en general. Primero se aseguró de estar solo. No había ni rastro de los cuatro hombres. En segundo lugar, localizó el retrete.

Casi vomitó al verlo.

Pero no tuvo más remedio que cumplir allí con sus restantes necesidades fisiológicas.

No era necesario que revolviese el lugar. Tampoco era cosa de echar a correr, porque no iban a volver, al menos en un buen rato si es que su centro de operaciones eran aquellas cuatro paredes. Fermí les había dicho que después de los golpes, tendrían que ocultarse, cada cual en su casa.

Eso le daba muy poco margen para hacer lo que tenía en la mente.

Antes de que el hijo de Teresa Mateos pudiera volver al piso de su madre.

Iba a salir al exterior cuando vio la nota.

Colgaba de un clavo que sobresalía de la puerta de la calle, por la que tenía que pasar a la fuerza salvo que hubiera saltado por una de las ventanas.

La arrancó y se la llevó a los ojos.

«Sabemos dónde vive porque sus señas estaban en sus papeles. No se meta en líos. Váyase a casa. ¡Viva la República! ¡Viva España libre!»

Sabían que escaparía, tarde o temprano.

Suspiró lleno de incertidumbres.

Abandonó su cárcel y regresó a la civilización, es decir, a las calles adoquinadas y el tráfico. No encontró un taxi hasta pasados diez minutos. Al meterse de cabeza en él, su conductor le dirigió una mirada sospechosa.

Le dio las señas de Tere y cerró los ojos.

El camino fue plácido. Ninguna pregunta. Sentía los ojos del taxista fijos en él a través del retrovisor, pero le dio igual. Necesitaba centrarse, ordenar sus ideas. Tal vez su futuro dependiera de las próximas horas.

Todo había cambiado.

—Cabrón… —susurró pensando en Benigno Sáez.

Al bajar del taxi se arregló un poco. El estómago le mandaba rugientes señales pero no tenía tiempo de aliviarlo. Subió al piso de la mujer y llamó a la puerta.

Cuando Teresa Mateos le vio se quedó blanca.

—¿Usted?

No le pidió permiso para entrar. Lo hizo. Pasó por su lado y ante todo se aseguró de que se encontraran allí solos los dos. Abrió todas las puertas del pasillo.

—¿Qué hace? Señor… ¡señor!

Se enfrentó a ella:

—Vamos a ir al grano, señora. De entrada siéntese.

—Pero…

—Siéntese —se lo repitió en un tono más seco y cortante aunque exento de dureza.

La mujer le obedeció. Demasiados años siendo criada, diciendo «sí» o «amén» a todo, como para pensar en enfrentarse a una persona, a un hombre, a quien fuera que pareciera superior.

—Mire, Tere, no soy agente de seguros, pero tampoco un asesino, un ladrón o un mal sujeto. No me conoce, de acuerdo. Lo único que puedo decirle es que investigo algo, y ese algo le atañe a usted. Sé que su hijo está en el maquis…

La madre de Fermí se llevó una mano a la boca.

—Tranquila —intentó serenarla Miquel—. Lo sé y no me importa. También sé que hoy él y sus compañeros darán un par de golpes y que dentro de un rato vendrá a ocultarse aquí. Le juro que por mi parte nadie sabrá nada. No sientan ningún temor. Quizá si fuera joven estaría con ellos.

—Pero ¿cómo sabe…?

—Ayer por la tarde Fermí estaba oculto aquí. Le seguí, estuve con todo el grupo, Matías, Pepe y Alejo.

—Entonces, ¿qué quiere usted?

—Hábleme de los diamantes.

Teresa Mateos se quedó aún más blanca.

Le tembló la mandíbula.

—¿Los…?

—Los diamantes, sí. Cuénteme lo que sepa, me iré y no volveré a molestarla, se lo juro. Y será mejor que hable conmigo o tendrá que hacerlo con el señor Sáez, ¿me comprende?

Vio todo el miedo reflejado en sus ojos.

Su hijo en el maquis, los diamantes…

—Vamos, por favor —la apremió para que no tuviera tiempo de pensar.

La mujer se hundió.

Literalmente.

Incluso perdió consistencia, se encogió, doblada sobre sí misma, empequeñeciéndose como si menguara a medida que aquellas fuerzas convergían en su ánimo.

—Todo… sucedió antes de que la señora muriera… —balbuceó con un hilo de voz—. Su hermano… El señor Sáez no paraba de preguntarle dónde… estaban los diamantes de la familia.

—¿Cuántos son?

—Siete —exhaló—. Siete piezas únicas, asombrosas… Bueno, yo jamás los he visto, pero…

—¿Y dónde estaban?

—La señora siempre le había dicho que los tenía guardados, ocultos, sobre todo en los días de la guerra. Pero en la hora de la muerte…

—Siga.

—Le mintió, ¿sabe usted? —Sus ojos eran en parte tristes en parte incrédulos—. La señora estuvo doce años mintiéndole porque los diamantes se los llevó el señorito Pau aquel día.

—¿El 18 de julio del 36?

—Sí.

Intentó mostrarse sereno. Le costó. Un chorro de luz penetraba en su cabeza, igual que si en una habitación herméticamente oscura se abrieran las ventanas de golpe.

—¿Por qué se llevó Pau esos diamantes?

—La señora y su hijo discutieron aquella tarde. Se pelearon. Pau gritaba que habría una guerra, y que en las próximas horas tal vez Barcelona caería del lado de los rebeldes. Le dijo que no quería que su patrimonio fuera a parar a manos de los traidores a la República, a hombres como su tío. Por eso se los llevó. La señora estaba desesperada, por él, sobre todo por él. Lloró

mucho. Estaba segura de que lo matarían, como así fue. Lo último que le dijo Pau fue que los diamantes servirían para la causa.

—¿Usted lo supo siempre?

—Yo callé. ¿Qué quería que hiciese?

—¿Y el señor Sáez…?

—Yo creo que la señora se murió antes por su culpa —se le quebró la voz al saltar dos lágrimas por las cuencas de sus ojos—. No paraba de preguntarle por los diamantes, quería saber dónde estaban. Hasta que ella se lo dijo. Yo… yo no es que la espiase, ni que me pasara el día escuchando sus conversaciones, se lo juro. Pero me temía lo peor. Pensaba que si la señora le decía a su hermano que me diese algo a modo de recompensa o herencia, y él luego no cumplía con ello… El señor Sáez es una mala persona. Muy mala. Por eso trataba de escuchar siempre sus conversaciones cuando aparecía él, sobre todo en esos días finales.

—¿Qué hizo el señor Sáez cuando supo que los diamantes se los había llevado Pau aquella tarde?

—Puede imaginarse. —Alzó las cejas reflejando todo su susto —. Montó en cólera. Se enfadó tanto… Todos estos años engañado, ¡un hombre como él! Los diamantes, bueno, todo lo de la señora, muerto Pau y las otras hermanas, le pertenecía. Yo creo que llevaba años deseando la muerte de su hermana, sólo para quedarse con ellos.

—¿Sabe que el señor Sáez está buscando la tumba de su sobrino?

—Lo imagino.

—Pero ¿de veras cree que siguen en los bolsillos de Pau?

—¿En… los bolsillos?

—El hombre que mató a Pau sabía que llevaba esos diamantes. Se lo dijo. Confió en él y le traicionó. Ahora entiendo que le

asesinó para robárselos. Era un tipo sin escrúpulos.

—Se equivoca.

—¿Cómo que…?

—Pau se los tragó.

Miquel se quedó sin aliento.

Un golpe directo en mitad de su razón.

—¿Que… se los tragó?

—Eran siete diamantes. No podía llevarlos en el bolsillo, como si fueran caramelos. Los envolvió uno a uno con migas de pan y se los tragó. Pensaba tragárselos cada vez que los expulsara… bueno, ya me entiende. Así estaban a salvo.

Tuvo que apoyarse en el respaldo de la silla.

Las ventanas acababan de ser abiertas del todo.

La luz inundaba finalmente aquella historia.

—La señora siempre quiso proteger a Pau —musitó de nuevo con escasa voz Teresa Mateos—. Lo hizo en vida, cuando era niño, cuando era un jovencito… Es duro perder un padre tan pronto, crecer sin él, y su tío no era la mejor influencia. Cuando se fue con los diamantes lo peor no fue eso, sino que se iba a luchar, con sus ideales, sus sueños… Tras la noticia de su muerte ella prefirió callar, ahora para proteger su memoria de las iras de su hermano. Sólo al morir no pudo más y se lo dijo. La señora le gritó en la cara que nunca vería esos diamantes. El señor casi… casi la mata…

Pau, Bernat…

De repente, todo tan claro.

Su cuerpo era un envase.

No había última voluntad de una moribunda, el deseo de descansar juntos, la buena fe de un ser humano dispuesto a complacerla como buen cristiano y hermano, sólo la codicia, la desesperación de un hombre al que difícilmente se le decía que no porque nadie se atrevía a enfrentarse a él.

—Señor… —Tere unió las dos manos en un claro gesto de súplica.

—Ya me voy, tranquila.

—Mi hijo…

—No se preocupe. Aunque con visiones distintas, los dos estamos del mismo lado.

—Gracias.

—Son días confusos en los que la línea que separa el bien del mal es muy delgada.

—¿Por qué busca usted esa tumba?

—Me lo encargó el señor Sáez.

—Entonces… —Tembló visiblemente.

—Trabajo para él, accidentalmente, pero no por él, descuide. Vino a buscarme y me contrató. Ni siquiera sabía lo de los diamantes. Eso fue por azar. —No le dijo que lo había oído en la casa de los maquis—. Me engañó, como a todo el mundo.

—¿Y si los encuentra?

Era una buena pregunta.

—No lo sé, pero si se trata de mi vida…

—Esa tumba no aparecerá, ¿verdad?

—No, no creo.

—Bien. —Asintió con la cabeza.

Miquel se puso en pie.

—Lo siento, Tere. Y perdone.

Caminaron por el pasillito y llegaron a la puerta. La madre de Fermí la abrió.

No hubo más.

Sólo el silencio, separándolos.

28

Bajó del taxi, entró en el vestíbulo y pasó por delante de la portera sin darle tiempo a que le preguntara nada, y menos por su aspecto. Subió lo más rápido que pudo. Cuando introdujo la llave en la cerradura temblaba.

Luego apareció Patro.

Llegó el abrazo.

Primero la calma, después la tormenta.

—¡No me hagas esto nunca más! ¡Nunca!, ¿me oyes?

—Vamos, cálmate.

—¡No me pidas que me calme! —Pareció a punto de ir a abofetearle pero en lugar de eso rompió a llorar y tuvo que sujetarla por miedo de que se venciera—. ¡Maldita sea… Miquel! ¡Maldita sea!

La estrechó contra su pecho, le acarició la cabeza, cerró los ojos.

—¡Creí que te habían matado! —gimió ella.

—No seas tonta…

—¡Y tú qué sabes! —se le rompió la voz al gritarlo.

La dejó llorar, así, sobre su pecho.

Quimeta no estaba en su cabeza.

No en esos momentos.

Entonces se dio cuenta de lo mucho que quería a Patro, de lo que significaba para él, de lo importante que era en su vida.

Su vida.

Sin ella no tendría ni eso, una vida que vivir.

Finalmente, la extraña pareja dejaba de ser extraña para ser algo de lo más natural y normal: un hombre y una mujer, sin importar que fueran dos restos, dos islas o dos pedazos de algo

roto unidos por el destino y las circunstancias. Patro ya no era la joven que se vendía por comida en el 39, ni por dinero en el 47. Su don, belleza y juventud, le pertenecían. Por fin poseía el equilibrio perfecto. Se había convertido en una mujer enamorada, plácida. Una mujer finalmente serena y tranquila, con una vida que compartir.

Y él ya no era Miquel Mascarell, el inspector de policía.

Era Miquel Mascarell, la persona, el ser humano, el hombre que seguía en el mundo de los vivos.

Buscó sus labios y la besó.

Por entre mocos y babas, lágrimas y suspiros. La besó.

—¿Dónde has estado? —Ella arrastró su desazón con cada palabra.

—Te lo contaré después de que me lave, me cambie de ropa y coma algo, por favor…

—Pareces salido del infierno.

—No, no he estado en el infierno. Todo lo más en el purgatorio, y ya ves, ha vuelto al cielo.

—Te odio.

—Yo te quiero.

—Ya.

—No te lo digo muy a menudo, ¿verdad?

—No me lo dices nunca.

—Pues te quiero.

—¿Qué te ha sucedido?

—Ahora no, luego. Prepárame algo de desayunar mientras me lavo.

No le dejó ir. Continuó abrazada a él, serenándose, recuperando un equilibrio emocional roto a lo largo de aquella larga noche de insomnio. Se le notaba en los ojos, en el cansancio, en su aspecto. Los segundos los envolvieron bajo un manto de

silencio que acabó por acompasar sus respiraciones. Miquel sentía el calor de su cuerpo.

—¿De verdad me quieres? —insistió más sosegada.

—Sí.

—Bueno.

—He de lavarme. Me siento sucio y estoy agotado.

Patro se separó de él, pero sólo para cogerle de la mano, como si no quisiera soltarle del todo. Caminaron juntos hasta la habitación. Allí Miquel, conteniendo algún que otro gesto de dolor, se quitó la ropa ayudado por ella. Al comienzo, quince meses atrás, cuando abandonó la pensión de la calle Hospital y fue a vivir a su casa, quedarse sin nada, desnudo en su presencia, le daba vergüenza, y más ante el hecho de que Patro se le antojase lo más hermoso que pudiera recordar. El contraste era evidente.

El tiempo, la vida cotidiana, todas sus noches, habían permitido que esas cosas fueran superándose.

Pero en ese momento volvió a sentirse tímido.

Inseguro, cansado…

—¿Quieres que te lave?

—No, deja. Prepárame el desayuno.

—¿Te caliento agua?

—No, no.

Le dio un beso fugaz, en la comisura de los labios, y lo dejó solo. Miquel se dirigió al lavadero, se subió al taburete y se colocó dentro, sentado en la pica donde se lavaba la ropa. No le importaba que el agua estuviese fría. Ocho años y medio en el Valle de los Caídos, más los tres de guerra, habían acostumbrado su cuerpo a peores inclemencias. Abrió el grifo, mojó el estropajo, lo frotó con la pastilla de jabón Lagarto y después procedió a limpiarse de arriba abajo. Para cuando terminó, su piel estaba enrojecida pero limpia. Salió del lavadero con cuidado, para no

caerse, se secó y regresó a la habitación. Patro le había dejado la ropa limpia sobre la cama, calcetines, calzoncillos, camiseta, camisa y su otro traje.

Cuando entró en la cocina se abalanzó sobre el pan, el pedazo de queso, el café…

—Ya veo que anoche no cenaste —dijo ella.

—No.

—¿Dónde estuviste?

—En una casa, encerrado.

—Dios…

—Aguarda. —Se llenó la boca con su primer bocado y lo acompañó con un primer sorbo de café.

Al momento se sintió vivificado.

En la guerra fueron tres años de hambre. En el Valle de los Caídos, ocho y medio de privaciones. Y ahora por una noche con el estómago vacío…

Patro seguía aguardando. También se había vestido.

—El 18 de julio del 36, Pau Cabestany hizo algo más que salir de su casa dispuesto a luchar por la defensa de Barcelona. Con él se llevó siete diamantes que pertenecían a su madre. Siete piedras que, por lo visto, valen mucho dinero. Y no se los guardó en el bolsillo: se los tragó.

—¿Cómo que se los tragó?

—Lo que oyes. ¿Dónde iban a estar más seguros y a salvo?

—¿Los llevaba en su estómago? —No podía creerlo.

—Sí. Y cuando los hubiera defecado, se los habría vuelto a tragar. Si Barcelona caía, servirían para salvarle, eran su garantía. Si vencían a los rebeldes, para financiar la compra de armas en la guerra o… vete tú a saber. Era un idealista, un maldito soñador capaz de algo tan romántico como eso, ¿puedes creerlo?

—¿Uno puede tragarse siete piedras como si tal cosa?

—Tampoco debían de ser como huevos, cariño. Se los tragó con pan. La forma en que salieran… Bueno, no sé. El caso es que lo hizo así.

—O sea que su tío no busca cumplir con la última voluntad de su difunta hermana.

—No. Quiere esos diamantes. Durante años pensó que seguían en poder de su hermana. Al ver que se moría, doña Consuelo le soltó la bomba: no había diamantes, su sobrino los robó y ella lo silenció durante doce años. Sáez se volvió loco. Si sus negocios van mal, como me han dicho, ha visto esfumarse una fortuna que creía suya, y delante de sus propias narices. Se puso a buscar la tumba, desesperado, pero su lacayo no consiguió nada. De entrada porque Bernat Juncosa era un rojo y un anarquista y ellos huelen a fascistas a kilómetros. Por eso vino a mí, su última esperanza.

—Entonces… ¿los diamantes siguen en el interior del cuerpo de Pau?

—Claro. Benigno Sáez no es tonto: sabe que Bernat Juncosa le mató por ellos, porque Pau confió en su amigo. Una temeridad. Si lo enterró tras asesinarle, fue precisamente para preservarlos. No se iba a poner a destripar el cadáver allí mismo, sacarle las tripas… La aparición de Pere Collado fue la guinda. Mejor prevenir. Tampoco era lógico irse a pegar tiros con los diamantes en el bolsillo. Podía morir, o perderlos. Por eso le enterró. Por eso estaba feliz. Por eso le dijo a su novia y a su hermana que cuando acabara la guerra sería el rey y tendrían de todo, que les había tocado la lotería y su futuro estaba poco menos que asegurado. Mucho anarquista, pero delante de una fortuna… Llegado el día, no tenía más que ir a la tumba, desenterrarle y coger las piedras.

—Es… alucinante —se mostró impresionada Patro.

—Una curiosa concatenación de circunstancias, sí.

—No, lo alucinante es que lo hayas descubierto.

—Tampoco ha sido tan difícil. Todo el mundo que conocía a Pau y a Bernat me ha dicho lo mismo, que uno era un joven inocente y el otro un loco egoísta con ganas de reventar el mundo entero pero al mismo tiempo amante del dinero. Una joya. Anarquista por necesidad pero con vocación de señor. Las dos caras de la moneda. Bernat había estado en la cárcel. Pau en cambio era el niño mimado de su madre. Bernat se las sabía todas. Pau era huérfano de padre y odiaba las ideas de su tío. Agua y vinagre. Pau se rindió a Bernat y éste desarrolló toda su influencia sobre él. La madrugada del 19 de julio le disparó por la nuca. Un asesinato, en toda regla. Un crimen de lo más vulgar: por dinero. Ganara quien ganase la guerra, si sobrevivía, Bernat tendría dinero para lo que fuera, comprar bombas u olvidarse de todo y disfrutar de la vida. Su mala suerte fue caer en el frente. Visto desde la distancia, los hechos son los hechos, aunque las teorías puedan cambiar un poco. Hasta es posible que doña Consuelo no le dijera la verdad a su hermano para que él la cuidara. Una salud quebradiza, necesidad de no estar sola…

—Te dije que Sáez era un cerdo hijo de mala madre. —Patro apoyó la cabeza en sus manos.

—Lo sé, y con este nuevo ingrediente las cosas se complican todavía más —fue sincero.

—Nunca vas a dar con esa tumba.

—Me queda una última pista.

—¿Cuál?

—Uno que estuvo con Bernat en el frente. Fue el que le vio morir. Está en la cárcel, en la Modelo.

—¿Y vas a ir a verle?

—Claro.

—Juncosa se llevaría su secreto al más allá. ¿Crees que le confiaría algo así a cualquiera?

—No lo sé, pero nunca cerré un caso dejando cabos sueltos o sin un testigo por interrogar. Ése era mi trabajo.

—Ya no lo es.

—Sáez me metió en esto. Vuelve a serlo, Patro. Sea como sea, hemos de salir del lío.

—Vas a volver a irte.

—Sí.

—Duerme un poco, descansa.

—He dormido toda la noche. Lo que estoy es dolorido, no somnoliento.

—Por favor, quédate —rozó la súplica.

—No seas niña. Sabes que he de hacerlo. Cuanto antes acabe, mejor.

Patro extendió una mano por encima de la mesa. Miquel se la cogió. Sus energías siguieron caminos de ida y vuelta.

Sus sentimientos quedaron atrapados en el contacto.

—¿Qué hará Sáez cuando le digas que no has conseguido nada?

—Por lo menos le contaré parte de lo que he hecho.

—¿Sólo parte?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Sabes quién me ha cogido esta noche?

—Me había olvidado de eso.

—El hijo de Teresa Mateos, la criada de doña Consuelo Sáez, pertenece al maquis. Lo he descubierto casualmente, pero me han pillado y me han encerrado en una casa. Por ellos he descubierto lo de los diamantes.

—¿El maquis? —Se puso pálida.

—Sí.

—¿Y cómo has escapado? —Se alarmó todavía más.

—Se han ido y me han dejado allí. Sabían que huiría echando la puerta abajo.

—Pero… ¿por qué?

—O me mataban o…

—Sigues siendo un luchador, ¿verdad? —lo comprendió ella.

—Sí, supongo.

—Rebelde hasta el fin.

—No lo sé, pero si fuera más joven tal vez sí me iría con ellos a las montañas.

—¿Y yo? —Lo expresó con dolor.

—He dicho si fuera más joven. Eso te incluye a ti porque no lo soy, la realidad es ésta y estamos juntos. Nosotros nos hemos ganado un poco de paz, aunque sólo sea de puertas adentro, como si esta España no existiera ni su mal olor penetrara por las rendijas.

—¿Robarías bancos y matarías a personas inocentes?

No le respondió.

No era la mejor de las preguntas, ni tenía respuestas para ella.

Pensó en lo que acababa de decir, en lo que la palabra «paz» representaba, en su significado dentro de una dictadura que actuaba con mano de hierro y a la cual se oponían ya muy pocos con las armas. La guerra ya no era física, sino moral. Guerra de los sentidos. En la calle muchas personas creían que la felicidad era el silencio.

Pero la paz no se imponía.

Se ganaba.

—He de irme.

—Por favor…

—Lo más probable es que todo se acabe hoy. Llamaré a Sáez y…

—¿Y si no te cree? ¿Y si piensa que has descubierto lo de los

diamantes y viene aquí?

—¿Por qué no confías en mí?

—¡Confío en ti!

Otro día sola. No era fácil.

—Te prometo…

—No me prometas nada. Sólo vuelve.

—Es lo que iba a prometerte.

—Entonces vete ya. Cuanto antes lo hagas, antes regresarás.

Le echó los brazos al cuello y le entregó su boca.

29

No entró en el bar de Ramón. Por un lado, ya había desayunado y no quería cháchara. Por el otro, no deseaba hablar por teléfono con oídos vueltos en su dirección ni sentirse incómodo. Caminó hasta encontrar otro teléfono público en un bar en el que nadie le conocía y buscó el número de Benigno Sáez en los papeles de su bolsillo. Era raro que los cuatro maquis no le hubieran registrado más a fondo, contentándose con asegurarse de que no iba armado y limitándose a comprobar su identidad. Para ellos todo había cambiado al descubrir que era un ex preso del nuevo régimen.

Marcó el de su despacho y la misma telefonista que el día anterior lo saludó con su tono afable y, profesional, cumplió con su cometido otra vez. Pidió por su jefe, le dio su nombre y esperó.

Benigno Sáez seguía teniendo prisa.

—Diga, Mascarell —la voz apareció igual que un trueno.

—Buenos d…

—¿Por qué no me llamó anoche como le dije? —le interrumpió abruptamente.

—No pude llamarle. Estuve investigando hasta muy tarde y llegué a casa de madrugada, agotado.

—¿Algo nuevo?

—No.

El frío pasó a través del hilo telefónico.

—No me gusta oírselo decir.

—Sigue siendo un misterio del cual no hay más testimonios.

—Ha de conseguirlo, ¿entiende?

Se sintió irritado. O no escuchaba, o no quería escuchar, o simplemente ya se había vuelto loco, como cuando estaba con

una de sus prostitutas.

Loco y cerrado a cualquier razón.

—Ese hombre de la Modelo es mi última pista.

—Sólo lleva tres días investigando.

—Ya no hay más personas a las que preguntar, ¿es que no se da cuenta?

—Me doy cuenta de quién pone interés y empeño en obedecerme y de quién no.

—Fui un buen profesional, señor Sáez.

—Los años pueden haberle cambiado.

—Sabe que no, o no hubiera venido a buscarme.

Otro silencio.

Se lo imaginó crispado, sentado detrás de una mesa, con su siniestro parche en el ojo, igual que un general dispuesto a mandar fusilar a sus hombres por cobardes, por no cumplir sus órdenes al pie de la letra.

—Le esperan en la Modelo —dijo de pronto, cambiando de raíz el sesgo de sus palabras—. Pregunte por don Gaspar Tortajada. Puede ir a cualquier hora. No tendrá ningún problema.

—Gracias.

—Llámeme si averigua algo.

—Bien.

—Hágalo, Mascarell.

Se estaba quitando la máscara, y eso le hacía más y más peligroso. La locura por la posesión de aquellos diamantes súbitamente escamoteados debía de atenazarle. De pronto su vida se concretaba en ellos.

Un perro rabioso.

—Descuide. Buenos días.

Debieron de colgar al mismo tiempo.

Miquel se quedó mirando el teléfono público. No fue necesario

que contara hasta diez. Sólo respiró. Un ratón en una ratonera, con un pedazo de queso al alcance de sus dientes, era mucho más libre que él. El ratón podía escoger no morder el queso, evitar que la trampa le matara. Era un animal, irracional, pero también poseía instinto.

Iba a salir a la calle cuando la vio.

No lo esperaba, así que…

Patro.

Semioculta detrás de un árbol de grueso tronco, tratando de atisbar en el interior del bar, tan poco discreta que hasta el más ingenuo de los caminantes se habría vuelto para mirarla.

No supo si sentir rabia o lástima.

Fue hacia ella, directo, y al llegar al otro lado del árbol la llamó.

—Sal.

No hubo movimiento. La imaginó mordiéndose el labio inferior.

—Te he visto. Sal.

Abandonó su parapeto. Por eso se había vestido antes de que él desayunara. Tozuda. Primero dirigió sus ojos al suelo, asustada, con la certeza de haber sido pillada con las manos en la masa. Pero casi a continuación le desafió con aquella intensidad de fuego tan suya, tan directa y fuerte.

—¡Quiero ir contigo!

—No.

—¿Por qué?

—Tú sabes por qué.

—¡No, no lo sé!

—No podría trabajar tranquilo, estaría pendiente de ti.

—¡Y si hay algún problema, el señor va y de cabeza! ¡Por eso no me quieres a tu lado! ¿Por qué no me rompes una pierna, y así me quedo en casa esperándote, igual que una buena mujercita?

—Tú no eres una buena mujercita. —No tuvo más remedio que sonreír.

—¡Ya lo sé!

—Entonces déjame, por favor. Sabes que es por precaución.

—¿No ves que acabarás mal? ¡El maquis, Sáez…!

—¿Quieres bajar la voz? —Se puso frente a ella dispuesto a ponerle una mano en la boca.

—¡Sáez te matará! —Apenas si le hizo caso aunque menguó su tono.

—No tiene por qué hacerlo.

—¿Por qué? ¿Porque eres honrado?

—Sabe que no haría nada, por miedo, por ti, porque ya no vale la pena —se desesperó—. ¡Te he dicho que confíes en mí! ¡Hazlo! ¿Tanto te cuesta? ¿Cuándo te he fallado?

—Ni que lleváramos toda la vida juntos. —Hizo un mohín de dolor.

Tan niña…

Tanto…

—Anda, vete a casa. —Se resistió a abrazarla en plena calle.

Patro no se movió.

Miquel levantó una mano para detener al taxi que en ese momento circulaba casi frente a ellos.

—Recuerda lo que te he dicho antes —le dijo a ella mientras abría la portezuela más próxima a él.

—Me has dicho muchas cosas —siguió enfurruñada.

—Ya sabes a qué me refiero.

Lo sabía, pero no quiso admitirlo.

Cerró la portezuela.

—A la plaza Urquinaona, por favor.

El taxi arrancó de nuevo y entonces Miquel volvió la cabeza. Patro seguía en la acera, inmóvil, observándolo desde la distancia.

Primero todavía pudo verle los ojos, el semblante. Después, al aumentar la separación, su compañera se hizo más y más pequeña.

Hasta que desapareció de su vista.

Entonces se relajó.

Quimeta había soportado muy bien sus años de matrimonio. Ella sabía que estaba casada con un agente de la ley, alguien para el que no había horas sino trabajo, servicios. Nunca le expresó una queja. Jamás un reproche.

—Yo era tonta. —Escuchó la voz de su esposa en su cabeza.

Ya la estaba echando de menos.

—No eras tonta.

—Oh, sí que lo era. No tienes ni idea de las horas muertas que pasé esperándote, preguntándome si no estarías herido, o muerto.

—Jamás me lo dijiste.

—Ya.

—Pues vaya momento has escogido para hacerlo.

—Acaba esto y vuelve con ella.

—Lo intentaré.

—Estoy en tu cabeza, ¿sabes? Veo tus pensamientos. Y te conozco.

—¿A qué lado de la plaza va, señor? —les interrumpió el taxista.

—Da lo mismo. Donde pueda parar.

—Pues no sé. Fíjese la de gente que hay ahí —se lo hizo notar.

El tumulto se agolpaba en la acera de la joyería.

Miquel apretó sus mandíbulas.

Había ido a comprobar…

—Aquí debe de haberse liado una buena —continuó el taxista —. Mire, fíjese, policía, guardia urbana, guardia civil… Han robado

algo, seguro. No sé dónde iremos a parar.

—Hay mucha gente desesperada.

—¿Desesperada? ¡Que trabajen! Lo que hay es mucho ladrón, mucho bandolero, todavía.

—Déjeme aquí. —Se sintió incapaz de responderle.

Pagó la corta carrera y se apeó del taxi. Tampoco hizo falta que se acercara demasiado a la zona. El escaparate de la joyería era visible desde allí, por entre las personas que curioseaban o trataban de atisbar algo más. Salían y entraban agentes mientras los de la urbana se esforzaban en hacer mover a los curiosos.

En la España de Franco esas cosas no sucedían.

Cuantos menos testigos hubiera, mejor.

No se detuvo, siguió caminando en dirección a la plaza de Cataluña y dobló a la derecha por paseo de Gracia. Desde la misma esquina vislumbró el segundo tumulto.

Frente al banco.

Así que lo habían hecho.

Dos golpes. Dos. La represalia de los juicios del «grupo de los ochenta».

En su fuero interno sólo pidió una cosa. Él, que ignoraba ya cualquier forma de religión porque había dejado de creer hacía mucho, mucho tiempo. Que no hubieran muerto inocentes.

No supo por qué, pero fue en lo primero que pensó.

Luego llegó el cansancio.

No continuó caminando. No quiso acercarse. Tuvo que apoyarse en uno de los árboles del paseo y acompasar tanto su respiración como la presión que agitaba los latidos de su corazón. Acabó sentándose en el banco de una de las farolas del tronco central.

El gentío se agolpaba al otro lado.

Dos mujeres pasaron cerca de donde se encontraba.

—… y luego han gritado «¡Viva la República!» y han echado a correr.

—No sé dónde iremos a parar.

—¿Cuándo acabará esto?

Las vio marchar.

Dos mujeres normales y corrientes, tal vez sin ideología, con una guerra a sus espaldas y el cansancio en sus huesos. Dos mujeres como tantas, que preferían la ceguera a la realidad.

¿Bendita ceguera?

«Eres un residuo», se dijo a sí mismo.

Pensó en Fermí, Matías, Pepe y Alejo.

En todos los que todavía luchaban en solitario, rebeldes, prácticamente ya sin esperanzas si, como le dijo el primero, comunistas y socialistas estaban abandonando en esos días la lucha armada dejándoles a ellos solos.

Un puñado de anarquistas que morirían siempre con las botas puestas.

Tenía que centrarse. Su guerra, ahora, era otra. Su guerra consistía en buscar un cadáver lleno de diamantes para que un hombre sin escrúpulos continuara siendo un vencedor más que moral de la contienda anterior.

Porque desde luego, los diamantes continuaban en el cuerpo de Pau Cabestany, era evidente. Ninguna de las personas con las que había hablado en aquellos días disfrutaba de otra cosa que no fuera lo justo para su subsistencia. Nadie era rico. La hermana, el primo y la novia de Bernat, la mujer de Pere Collado, los Miralles, Manel Molins o la ex novia de Pau. Todos sobrevivían. Nada más.

Y nada menos.

¿Le hablaba a Benigno Sáez del campo de fútbol para que excavara toda aquella zona a su alrededor?

Era capaz.

Se imaginó a Bernat Juncosa, cargando el cuerpo de Pau, aquel amanecer del 19 de julio de 1936.

—Maldito cabrón… —susurró.

Tenía una cita en la Modelo.

Una cita para cerrar el caso porque ya no había nada más.

Dejó el banco modernista de la farola y se asomó al paseo. El taxi que se detuvo a su lado lo conducía un veterano, un hombre viejo que mantenía en la comisura de sus labios los restos de un pitillo apagado, hecho a mano, con picadura, por lo retorcido, y con el extremo medio quemado. Su cara, sin afeitar, tenía todas las arrugas del mundo, y en cada una de ellas, una historia, una huella. Sus ojos sin embargo estaban vivos. Eran profundos.

—¿Adónde le llevo, jefe?

—A la Modelo.

—¿La sastrería o la cárcel?

Casi se echó a reír.

La vida solía tener esas cosas, el asombro del esperpento en el instante más inesperado.

De la Modelo de las Ramblas a la Modelo de las almas en pena.

—La cárcel —le dijo.

—Ya me parecía, porque la otra está aquí mismo, pero por si acaso…

Puso el coche de nuevo en marcha y le lanzó una última mirada de curiosidad, posiblemente preguntándose si era policía, abogado, juez, delincuente…

30

En la puerta de la calle Entenza había una buena cola. Llegaba hasta la esquina de Rosellón. Sobre todo la formaban mujeres, de todas las edades aunque primaban las maduras. Los hombres escaseaban, y los que guardaban la fila eran mayores. La gente que pasaba por la calle, preferentemente por la acera opuesta, les miraba con una mezcla de curiosidad y recelo. Cada cual cargaba con sus prejuicios. Las ventanas de la prisión, con sus rejas, escondían tragedias, pero para la Barcelona honrada, la biempensante, allí dentro anidaban las ratas, «los malos», los que la sociedad había apartado de la circulación para que ellos, «los buenos», pudieran estar tranquilos y vivir.

Cuando era policía, cuando detenía a los chorizos y a los asesinos, la cárcel siempre se le antojó un purgatorio, un lugar fúnebre en el que nadie se redimía, sino que se graduaba en la universidad del delito. Entraban como delincuentes y salían como profesionales.

Allí, nada había cambiado.

Recordó otros días, otras visitas, antes de que la vida les revolcase por el suelo de su desconcierto.

—Don Gaspar Tortajada, por favor.

El agente que custodiaba la puerta dejó de observarle con superioridad al escuchar aquel nombre.

Una llave poderosa.

—Pase y pregunte ahí. —Le señaló la garita del primer patio, a mano derecha.

Pasó y volvió a preguntar.

—¿Don Gaspar Tortajada, por favor?

Tuvo que repetirlo otras tres veces antes de que se encontrara

por fin en un despacho del bloque de oficinas. Cada paso le conducía a un agente de mayor graduación o a un hombre de paisano recién sacado de las filas de la Falange o de la guardia pretoriana de Franco. Los retratos del dictador y los crucifijos abundaban, salpicaban paredes y mesas. Era imposible no verlos, apartar la vista o ignorarlos. Miraban al testigo. Fijamente.

Al último celador le dio la información final.

—Vengo de parte del señor Benigno Sáez. Él ya sabe.

Gaspar Tortajada era un hombre de unos cincuenta y cinco años, breve envergadura, prominente barriga, ojos saltones y papada. Vestía un traje de buen corte. Un traje de la sastrería Modelo para un custodio de la cárcel Modelo. Le observó de arriba abajo. Tal vez Benigno Sáez le hubiera dicho quién era, qué hacía antes de la guerra y de dónde salía, porque no le tendió la mano.

¿Desteñían los rojos?

—Juan Pou Vergés, ¿verdad?

—Sí.

—¡Laureano! —llamó a un agente.

El hombre, joven, apenas veinte años, le saludó con marcialidad. Gaspar Tortajada fue tan seco como escueto.

—Viene a ver al recluso Juan Pou Vergés. —El dedo índice de su mano derecha se movió arriba y abajo al señalarlo—. Llévelo a visitas, pero que hablen tranquilos, en una habitación, el tiempo que haga falta y sin que les molesten, ¿de acuerdo?

—Sí, señor.

Ni siquiera se despidió de él.

Giró sobre sus zapatos y le dejó con Laureano.

La procesión por el interior de la cárcel fue breve. Ya conocía muchos de sus vericuetos, aunque en aquellos diez años algunas cosas habían cambiado. Por ejemplo, la seguridad era mayor. A los

presos comunes se sumaban los políticos. Los guardias también parecían más duros, más fuertes, más implacables.

Allí nadie sonreía.

Laureano abrió una puerta. No era más que una habitación vacía, destinada a interrogatorios, con una bombilla cenital, una mesa y dos sillas encaradas.

—Espere aquí. Voy a buscar al preso.

Se sentó en una de las sillas, de cara a la puerta. La mesa estaba muy castigada, tanto que al descubrir las manchas retiró las manos de su superficie instintivamente. Si eran de sangre, nadie se había molestado en quitarlas. Si eran de humedad o de cualquier otra cosa, su origen resultaba impredecible. Miró las paredes, desconchadas, con huecos tal vez resultado de la poca consistencia de sus muros o producto de golpes de los detenidos. También allí había manchas.

Empezó a ahogarse.

Ninguna ventilación.

Se aflojó el botón del cuello de la camisa y la corbata.

En ocasiones aún soñaba que estaba en habitaciones como aquélla, cuando le machacaban vivo, esperando su ejecución sumaria, o en el Valle de los Caídos.

Despertaba en la oscuridad de la noche y tenía que extender una mano, tocar a Patro, encontrar la seguridad y la calma en su cuerpo y en el aire que respiraba a su lado.

Un minuto allí era mucho tiempo. Cinco, una eternidad.

Finalmente Laureano reapareció con Juan Pou, Juanito.

—Siéntate y pórtate bien, ¿de acuerdo? —le conminó con voz grave para que quedara muy claro—. Vas a hablar con este señor y responderás a sus preguntas. ¿Lo has entendido?

—Hablaré con este señor y responderé a sus preguntas, sí —asintió el preso.

Miquel comenzó a comprender la realidad.

Le bastó con verle los ojos.

Juanito Pou era un saco de huesos, un hombre que más parecía candidato a interno en un manicomio que residente perpetuo en una cárcel. La expresión «niño malo», con la que le había definido Bernat Juncosa en su carta, ya no tenía ninguna base. Su piel, apergaminada, cubría su cuerpo amenazando rasgarse por el menor exceso. Casi era transparente. La atravesaban cientos de pequeñas venitas rojas entrecruzadas, muy visibles en la cara, donde competían con granos, eccemas e inflamaciones varias. Las pupilas flotaban en medio del blanco de sus ojos, la nariz era la prominente quilla del barco facial dominado por los promontorios de las mejillas y los dos valles que se extendían bajo ellas hasta la quijada formada por un cruce de huesos asimétricos producto de una vieja herida. La faltaban varios dientes y sus labios tenían costras. El escaso cabello aparecía de punta, tanto como los pelos que asomaban por sus fosas nasales y sus orejas. Las manos eran dos sarmientos. No tendría más de treinta y cinco años, pero parecía un hombre veinte años mayor.

Y estaba ido.

Quizá no al cien por cien, pero sí lo bastante ido como para que se sintiera derrotado aun antes de empezar.

Su última oportunidad.

—Me llamo Miquel Mascarell —se presentó.

—¿De los Mascarell de Montblanch?

—No.

—Ah. Bueno, tanto gusto. —El preso sonrió revelando la ausencia de al menos media docena de dientes en su boca.

—No soy policía —le advirtió de antemano—. Tampoco tiene nada que temer. Sólo estoy aquí porque necesito su ayuda.

—¿Ah, sí? —Levantó tanto sus dos dejas que casi se le pegaron a la raíz de su escaso cabello—. ¿Y quién le ha dicho dónde encontrarme?

—Su madre —mintió.

—¿Ha visto a mi madre?

—Sí, en su casa de la calle Santa Elena. Una estupenda mujer.

Juanito Pou le observó más detenidamente.

—¿En qué puedo ayudarle yo? —quiso saber.

—Quiero que me hable de alguien.

—No soy un chivato. —Se puso serio.

—No tiene que delatar a nadie, se lo aseguro.

—¿Seguro que no es policía?

—No.

—¿Cómo me lo demuestra?

—No puedo.

—¿A qué se dedica?

—¿Ha visto alguna película de Humphrey Bogart?

—Sí. —Volvió a sonreír con expresión estúpida.

—Pues más o menos soy como él. Estoy aquí por un asunto privado.

—O sea que yo no gano nada.

Arrastraba las palabras. A veces las farfullaba. Iba de un extremo a otro del arco emocional. Sonreía, fruncía el ceño, dudaba, disparaba frases que desprendían chispas de saliva frente a él…

—Puede que sí —se aventuró Miquel.

—Si le dejan hablar conmigo es que tiene contactos.

—Alguien me debía un favor. No soy una persona importante.

—Sáqueme de aquí y la canto *La Traviata*.

—Sabe que eso no es posible. Pero puedo pedir…

—Oiga —le detuvo—. Estoy enfermo.

—Si lo que me cuenta me sirve, y sobre todo, si es sincero, intentaré hablar con quien sea, hacer algo, se lo prometo —mintió sin pestañear, obligado por las circunstancias.

—¿Y de quién quiere que le hable? —bajó la voz igual que un conspirador.

—De Bernat Juncosa, ¿le recuerda?

Volvió a subir las cejas y a abrir los ojos. Su expresión cambió por completo, se hizo celestial. Incluso se echó hacia atrás y pareció extasiarse unos segundos con el océano de recuerdos súbitamente abierto ante él.

—¡Juncosa! —exclamó.

—Me alegro de que lo recuerde.

—¿Cómo iba a olvidarme…? ¡La hostia! —Volvió la cabeza temeroso, como si por decir el exabrupto fueran a caerle encima una docena de guardias. Luego, de nuevo serio de golpe, preguntó —: ¿Y para qué quiere que le hable de él? Murió en el 36.

—Pero lucharon codo con codo en el frente.

—Eso sí. —Nueva sonrisa, orgullosa, feliz—. Buen tipo, el Juncosa.

—Él, usted y Ferran Todó.

—¡Todó, sí!

—Buena gente.

—¡Los mejores!

Lo tenía donde quería. O por lo menos vislumbraba la posibilidad de extraer sus recuerdos del pozo de su memoria. Juanito Pou resultaba impredecible. Cada cambio de ánimo podía llevarle a un estado u otro, de la alegría a la depresión, de la tranquilidad a la desconfianza.

—Y luchaban por la legalidad.

—Sí, luchábamos… —Por segunda vez miró hacia atrás, en dirección a la puerta de la habitación—. Oiga, ¿quiere meterme en

líos?

—Yo soy republicano.

En ese instante le observó con seriedad.

Sereno.

Una sombra de tristeza revoloteó por sus ojos.

—Deme tabaco —le pidió.

—No fumo, lo siento.

—Coño.

—Tenga esto y cómprelo. —Le entregó un billete de cincuenta pesetas.

Juanito Pou lo hizo desaparecer de la mesa al instante.

Por tercera vez, se aseguró de que la puerta estuviera cerrada, con Laureano del otro lado.

—Juncosa, Todó y yo —suspiró envolviéndose en una sonrisa plácida y relajada.

—Juncosa fue el primero en caer.

—Sí, el primero.

—¿De qué hablaban?

—¿De qué íbamos a hablar? Eran los primeros días de la guerra. Nos poseía la fiebre. Pensábamos que sería cosa de coser y cantar, que como la legalidad estaba de nuestra parte habría una justicia… —Su calma se trastocó en una mueca de sarcasmo y su voz se hizo casi inaudible—. Justicia. La puta madre que parió a la justicia.

—Juncosa quería matar fascistas.

—Sí —resopló—. Un loco contagioso. Era divertido. Se nos pegó como una lapa y nos cayó bien.

—¿Hablaban de lo que harían acabada la guerra?

—Claro.

—¿Qué decía él?

—Bueno —alargó la e y la o de forma interminable—. Era el

tipo más soñador y fantasioso del mundo. Que si el anarquismo lo cambiaría todo, que si ya sería imparable el proceso, que si primero Franco pero después la República con sus malos hábitos… Y, por supuesto, que él sería el rey, el amo. Yo no sé de dónde sacaba tantas fantasías, el hombre. Dijo que nos daría trabajo a Todó y a mí, que viviríamos como príncipes. O sea que se pasaba del anarquismo al capitalismo en un abrir y cerrar de ojos. Increíble. Pero nos hacía reír, y en aquellos días reírse un poco estaba muy bien.

—¿Nunca perdía el buen humor?

—No. El tipo más feliz y risueño.

—¿Les dijo cómo tendría tanto dinero? —Se acercó un poco más a la pregunta que ya le ardía en la garganta.

—Bueno… decía que había heredado, más o menos. Se hacía el misterioso. Siempre con el «ya veréis, ya» o el «vosotros esperad, que un día…». Cosas así. —Sus ojos ya no estaban en la habitación, sino muy lejos, en algún lugar de la España de verano u otoño del 36—. Nosotros ni le creíamos, claro. Pero daba igual. Estábamos en el frente. Todo valía. Todo servía para darnos moral y creer en algo antes de que abriéramos los ojos.

—¿Eso de la herencia…?

Juanito Pou se encogió de hombros.

Se estaba quedando allá, sin regresar.

—¿No le preguntaron por ese dinero?

—Una vez nos dijo que lo tenía en un lugar seguro, donde nadie iba a encontrarlo nunca hasta que él volviera.

—¿Les contó lo que hizo el 18 y el 19 de julio?

La respuesta se demoró un par de segundos.

—No —acabó respondiendo.

—Mató a un hombre llamado Pau Cabestany.

—Ni idea.

—¿Nunca mencionó ese nombre?

—No. Todó y yo le conocimos el día 23, cuando nos íbamos al frente. Alguna noche hablamos de novias, la familia… Eso es todo.

—¿Y sus cosas? ¿Qué fue de ellas al morir?

—Yo tuve tiempo de registrarle los bolsillos, por si había algo de valor, para que su familia lo recibiera, pero no llevaba nada encima. Ni un chavo.

—¿Algún papel? ¿Un mapa?

—¿Un mapa?

—Sí, algo escrito: datos, cifras…

Juanito Pou empezó a pensar que el loco era él. Su mirada se hizo crítica.

—¿Cómo murió? —continuó Miquel.

—Estábamos en un caserío, con el enemigo al otro lado de un campo, a cien o ciento cincuenta metros de distancia. El oficial al mando, no sé si un teniente o un sargento, porque nos habían matado al capitán, ordenó rodear el terreno por ambos lados, un grupo por la derecha y otro por la izquierda, para hacer una tenaza y pillarlos en medio. A Juncosa y a mí nos dejó en el caserío, por si a los facciosos les daba por salir hacia delante o atacarnos. A los pocos minutos escuchamos los disparos y entonces al pobre idiota no se le ocurrió nada mejor que levantar la cabeza para ver qué pasaba. Lo veíamos igual a ras de tierra o desde la ventana, pero no, él tuvo que levantarse, sacar medio cuerpo por ella y entonces…

—¿Recibió un disparo? —le ayudó al ver que volvía a detenerse.

—En el pecho, sí. Un tiro mortal.

—Murió en el acto.

—No, tardó un par de minutos. Lo hizo en mis brazos. —Los colocó de forma que parecía tenerlo allí, en su regazo. Su mirada

también se crispó, invadida por la suave luz de los recuerdos—. Le salía la sangre por la boca y se le pusieron los ojos vidriosos al momento. Entonces me agarró por la camisa… y yo…

Miquel notó la tensión.

—¿Le dijo algo?

—Sí. —Su cara de loco se demacró todavía más—. Yo… traté de animarle. Le dije que se iría a la retaguardia, a un hospital, y que allí tendría a la más guapa de las enfermeras. Eso le dije. La más guapa. —Respiró con fatiga—. También le recordé que, como iba a ser rico al volver, se casaría con ella y… Le hablé de sus planes, de cómo cambiaríamos las cosas, de cómo crearíamos un reino anárquico que sería un modelo para el futuro… —Soltó una bocanada de aire—. Por lo menos le hice reír. Dijo unas tonterías y se me fue.

—¿Qué tonterías?

—Delirios, ya le digo. Supongo que cuando uno se muere suelta cualquier cosa que se le pasa por la cabeza. ¿Vio *Ciudadano Kane* cuando la estrenaron aquí en el 42? El tipo se muere diciendo «Rosebud», todo Cristo se pregunta qué es eso y resulta que era el nombre de su trineo. —Chasqueó la lengua—. Juncosa hundió sus ojos en mí y susurró algo así como «Maldita sea, tan cerca, tanto… A quince pasos del círculo de piedra. A quince… Junto al árbol torcido. Mierda, Pou. Mierda».

Miquel no escuchó los latidos de su propio corazón.

El tiempo acababa de detenerse.

—¿Dijo eso?

—Sí.

—¿Palabra por palabra?

—Coño, oiga, jamás lo olvidaré. —Se revolvió angustiado el preso—. Era el primero de nosotros que caía. Quiero decir el primer amigo. Ves caer a camaradas, a tipos que están a tu lado…

Pero Todó, Juncosa y yo estábamos juntos. ¿Cómo voy a olvidar algo así? Yo tenía el culo de un apretado… —Su expresión se tornó más vacua—. Y luego, cuando también cayó Todó y me quedé solo…

Los ojos se le hundieron tanto en las cuencas que parecieron taladrarle el cráneo, dispuestos a salirle por la nuca. Dos túneles inundados de sombras.

Flotó un silencio amargo.

Incluso para Miquel, a pesar de que tenía la clave final.

La tenía.

—Y total para nada… —exhaló Juanito Pou hundido en sí mismo—. Total para esta mierda…

Sintió pena por él.

Empatía.

—¿Cuál es su delito?

Tuvo que repetirle la pregunta, despertarle de su abstracción.

—Juanito, ¿cuál es su delito para estar aquí?

Lo consiguió.

Unos ojos de cristal tallado en roca se unieron a los suyos.

—Robo —dijo.

—¿Por qué?

—¿Ha pasado hambre?

—Sí, y mucha. Sobre todo en el 38, el 39…

—Pues ya sabe. —Chasqueó la lengua—. A veces uno está hasta los huevos, oiga.

—No es su primera condena.

—Es que hay que comer todos los días, ¿sabe usted? —Se llevó una mano a la boca para tocarse un diente que parecía un clavo mal puesto. Luego volvió la cabeza a un lado y soltó un escupitajo que se pegó a la parte baja de la pared de la derecha mientras repetía su lamento anterior—: Una guerra para esta mierda…

No supo qué decirle.

No existía consuelo para una verdad.

—Gracias por ayudarme —inició la despedida.

Juanito Pou miraba su salivazo con cierto recelo. De pronto era muy visible. Demasiado.

Un grito en mitad de las manchas de la pared.

—¿Le he dicho algo útil?

—Sí.

—¿Qué es?

—La resolución de un caso.

—No me diga.

Miquel se levantó de la silla.

—Gracias. —Le tendió su mano derecha.

—¿Hará algo por mí? —Se la ignoró el preso.

Sólo intentaba salvar el pellejo, como tantos, pero eso no se lo dijo a él. Tampoco quería mentirle más ni darle falsas esperanzas.

—Puedo prometerle algo.

—¿Qué es?

—Llevarle algo de dinero a su madre.

Fue extraño. A Juanito Pou se le llenaron los ojos de lágrimas. Entonces sí le estrechó la mano que todavía seguía tendida.

—Haber empezado por ahí, hombre.

Después fue a la pared y, con el zapato, borró la huella de su salivazo.

31

El taxista que le tocó en suerte a la salida de la cárcel sí era de los habladores. Y de los que poco le importaba que el cliente respondiera con monosílabos o callara.

Él, a lo suyo.

—Pues fíjese que a donde vamos, en mi juventud, cuatro casas, mire. Cuatro. Que se lo digo yo. Ahora todavía quedan algunas que recuerdan que eso antes era el campo. Al paso que vamos… ¿Ha visto esas casitas ajardinadas que van de la calle Gomis a la avenida de la República Argentina? Pues ya verá, ya. En unos años, ahí habrá pisos. ¿Y esas montañas de tierra del paseo de San Gervasio? Lo mismo. ¡Se van a comer el Tibidabo!

Miquel le dejó hablar.

Tenía un nudo en el estómago.

Y la mente acelerada.

¿Era posible que…?

«Maldita sea, tan cerca, tanto… A quince pasos del círculo de piedra. A quince… Junto al árbol torcido. Mierda, Pou. Mierda.»

¿Frente a la muerte, con el último aliento, ciscándose en su mala suerte, Bernat Juncosa había liberado su secreto?

—Pues todos esos terrenos son de los curas. Pregunte, pregunte. De los curas. ¿Esa valla medio derruida que recorre la acera en Valle de Hebrón? De ahí para arriba, de los curas. Deben de tener tanto que ni lo saben. Mire que si fuera mío…

Más allá de la confluencia de República Argentina, San Gervasio y Valle de Hebrón, la tierra del campo sustituía al asfalto o el adoquinado, así que el taxi le dejó en el límite urbano. El taxista hablador se despidió de él como si hubieran mantenido la mejor y más amena de las conversaciones.

—Muy bien, señor. ¡Gracias! Y tanto gusto, ¿eh? Quede con Dios. Muy amable. Buenas, buenas…

Lo vio alejarse y soltó un bufido de alivio.

No llegó muy lejos. A los pocos metros, paseo de San Gervasio abajo, lo paró una mujer.

—Prepárese, señora —susurró en voz alta.

Se olvidó del taxista y comenzó a subir el suave desnivel que conducía hasta el campo de fútbol y la casita que lo coronaba. Trescientos metros para tomárselo con calma. Cuando llegó a la explanada rectangular, pedregosa, llana aunque no simétrica y, por supuesto, sin líneas pintadas ni porterías, ya que su presencia la delimitaban unas piedras, cruzó hasta el bosquecillo situado detrás de la portería que daba a Valle de Hebrón. Unos niños, precisamente, discutían sobre si un disparo hecho por encima del portero había sido gol o no. Para los defensores, la pelota era alta. Para los atacantes, el problema era que el portero era bajito. No se ponían de acuerdo y la disputa llegaba a su clímax. Por lo visto el gol tenía su importancia.

Pura trascendencia.

Desde lo alto del terraplén, la mujer de la casa de payés le vio y le reconoció.

Miquel levantó una mano para saludarla.

Ella no hizo nada.

Sólo observarle, tal vez curiosa, quizá sorprendida.

El griterío de los niños se elevó al cielo formando una espiral de violencia infantil. El dueño de la pelota amenazó con llevársela. Otros protestaron por el chantaje.

No quiso mirarles.

Media España seguía peleándose con la otra media por un gol de más o de menos, y el dueño de la pelota era el que mandaba.

Se internó por el bosquecillo y encontró el camino que

serpenteaba entre las zarzas y las telas de araña. Sus constructoras eran gordas. Las arañas más grandes que recordaba haber visto en la vida, todas con su cruz a la espalda. Pasó de los restos de la civilización y el sexo oculto, basuras y gomas usadas, hasta divisar el círculo de piedras asimétricas. Para llegar hasta él tuvo que dar un rodeo que, en ocasiones, dado lo cerrado de aquella espesura, le apartó de la visión de las piedras. Una zarza le arañó la mano. Otra se le quedó prendida del pantalón. Sentía los nervios, el acelerón de su ansiedad. La respuesta final estaba allí, a unos pasos.

Tan cerca.

Si no hubiera visto aquellas piedras la primera vez…

Pensó en los payeses de la casita, los que daban agua a los niños del campo de fútbol.

Llegó al corazón del bosquecillo.

La mitad de las piedras ya no estaban allí, pero daba igual. Las restantes formaban las curvas de una circunferencia de unos cinco metros de diámetro. En el centro alguien había quemado algo. Restos de maderas, brasas… Oteó el panorama a su alrededor. Desde allí la naturaleza parecía aún más abigarrada.

«Maldita sea, tan cerca, tanto… A quince pasos del círculo de piedra. A quince… Junto al árbol torcido. Mierda, Pou. Mierda.»

Quince pasos.

¿En qué dirección?

Un árbol torcido…

Buscó una zona menos selvática y caminó quince pasos en perpendicular al viejo círculo de piedras, que no tenía ni idea de por qué o para qué estaba allí a no ser que el bosquecillo antes formara parte de unos jardines. La idea de rodear el círculo por el exterior, hasta encontrar el árbol torcido, era buena, pero difícil de poner en práctica por lo cerrado de las zarzas, las plantas y los

arbustos. Pese a todo lo intentó.

Se rasgó la parte baja de la pernera izquierda.

Otra vez la mano.

No tuvo más remedio que avanzar en zigzag, peleándose con la madre naturaleza. Había muchos árboles, muchos, algunos inclinados en mayor o menor medida.

Algunos casi torcidos.

Pero sólo uno era «el árbol».

Ése.

El que, de pronto, surgió ante sus ojos igual que un semáforo.

Se quedó boquiabierto.

Allí estaba la aguja en su pajar.

Hasta ese momento todavía pensaba que no era posible, que Bernat Juncosa, en la hora de su muerte, había dicho una estupidez, o que el árbol ya no estaría allí, y mucho menos la tumba.

Pero el árbol torcido sí estaba allí.

Y a sus pies…

Se agachó para apartar aquella casi impenetrable maleza.

La tierra no era plana. Mostraba una suave, casi imperceptible curva. Un metro de ancho por casi dos de largo. La naturaleza era todavía más exuberante en esa parcela. Hasta había flores.

Miquel puso una mano sobre la tierra.

Como si palpitara.

Como si pudiera atravesarla y llegar hasta el cadáver enterrado allá abajo.

—Hola, Pau —suspiró.

32

No tomó un taxi, ni el 26.

Caminó despacio, sumergido en sus pensamientos.

El éxito era lo de menos.

Ahora tenía que tomar una decisión.

Y no le resultaba fácil.

—Quimeta.

—¿Qué quieres?

—Nada, sólo hablar.

—Cuando estaba viva jamás me comentabas un caso. Eso era materia reservada. ¿Y ahora resulta que quieres hablar?

—Es que antes era mi trabajo, pero ahora se trata de algo más.

—Ya lo sé.

—Mañana a esta hora puedo estar muerto. Y si me mata a mí, también matará a Patro. Tiene a su lacayo. No les costará nada. Nos hace desaparecer —hizo un chasquido con los dedos de la mano derecha— y se queda tan tranquilo. Nadie nos echará de menos, y para cuando la portera sospeche…

—Sáez no sabe que tú has descubierto lo de los diamantes. ¿Por qué ha de matarte?

—Porque no es tonto. Se lo imaginará.

—Tú tampoco eres tonto.

—Ya.

—Siempre has sabido qué hacer, en todo momento.

—Eso era antes. Ahora…

—Ahora más. Tienes algo por lo que luchar.

—¿Crees que es por eso por lo que quiero vivir?

—Sí.

—Hace tiempo no me habría importado morir, reunirme

contigo.

—Pero sobreviviste, rebelde, tozudo. Y lo has dicho: eso fue hace tiempo. Todo ha cambiado.

Dejó atrás la calle de Craywinckel, el puente de Vallcarca, camino de la plaza Lesseps…

Andaba sin darse cuenta de nada.

Un pie delante del otro.

Sus pensamientos.

—Mira, Miquel, te lo dije, te lo repito, la vida te ha hecho un regalo. Tienes que decidir cómo lo aprovechas.

—¿Y la culpa?

—¡Oh, ya salió eso!

—Es una carga muy dura.

—Pero inútil, y absurda.

—No es absurda. Llevo años preguntándome ¿por qué yo?, ¿por qué tuviste que morir tú?, ¿por qué sobreviví?, ¿por qué han caído tantos y yo sigo?

—¿Y no crees que la respuesta está en ti mismo?

—Supongo.

—¿Habrías matado por mí?

—Sí.

—Hazlo por Patro.

Entró en un pequeño restaurante de Mayor de Gracia, ya cansado y con un poco de hambre pero sobre todo con la necesidad de reflexionar, mirar hacia dentro y hacia afuera, evaluar todas las alternativas. Quimeta seguía instalada en su cabeza. Loco o no, hablar con ella a veces le ayudaba. Era implacable. Su míster Hyde perfecto. Lo malo era que allí no podía exteriorizar sus pensamientos en voz alta.

Se sentó a una mesa con un mantel a cuadros rojos y blancos.

Pidió su habitual sopa, preguntó si tenían carne, le dijo el

camarero que sí, se quedó con lo mínimo, un pequeño bistec, bastante hecho. Como colofón preguntó si tenían algún periódico del día.

Carne.

Todo el mundo con su cartilla de racionamiento, pero con dinero ya podía pagarse una comida decente.

La vida seguía, y cambiaba, poco a poco.

El camarero le trajo *La Vanguardia*.

Nada de nuevo en portada. Franco, Franco, Franco. El dictador seguía en Sevilla, donde había llevado a cabo su «Consejo de Ministros». Pasó las páginas interiores en busca de cualquier noticia relativa al juicio de los ochenta maquis y, de nuevo, lo único que encontró fue el silencio.

Nunca se hablaba de esas cosas.

Todo lo más, en el momento de cumplirse una sentencia, se insertaba una pequeña nota advirtiendo de ello. Punto y final. Sin más explicaciones.

El silencio de los corderos.

—Piensa, Miquel. Piensa —suspiró.

Estaba en un callejón sin salida.

Benigno Sáez estaba loco, y era peligroso. Un hombre capaz de hacer lo que les hacía a sus prostitutas, obcecado hasta el límite por aquellos diamantes, violento por naturaleza… Si le decía que no había encontrado la tumba, era capaz de ir a la Modelo, hablar con Juanito Pou y sacarle su conversación a palos. Si Sáez pensaba que callaba para quedarse con los diamantes, aún sería peor.

—Mierda…

Ni siquiera se alegraba del éxito de su investigación.

Seguía siendo bueno.

Aunque para lo que iba a servirle…

La comida aterrizó en su mesa. Le devolvió *La Vanguardia* al

camarero y durante los siguientes minutos se dedicó a ingerirla. Tantas veces, en el Valle de los Caídos, había soñado con eso mismo, con estar en cualquier lugar de Barcelona comiendo lo que fuera o bebiendo algo tan ínfimo como una horchata.

Y ahora que disfrutaba de ello, casi ni lo apreciaba.

«La vida te ha hecho un regalo. Tienes que decidir cómo lo aprovechas.»

—Tú no eres culpable de seguir vivo. —Escuchó la voz de Quimeta en su cabeza.

Cerca de él vio a una parejita, un hombre y una mujer. Se miraban a los ojos como si de un momento a otro alguien fuera a separarlos y no pudieran volver a verse jamás. Compartían una caña. Una para los dos. El hombre trataba de cogerle la mano a ella, y ella la retiraba y miraba a su alrededor. Luego se lo recriminaba con la mirada. Imposible tocarse. Prohibido darse un beso en la calle. Cuidado. Curas, militares, agentes del orden… Quizá en el futuro consiguieran dar dos pasos hacia delante, pero ahora les tocaba vivir con el paso hacia atrás. La pareja no llevaba anillo. Su noviazgo perduraría años antes de que pudieran casarse. Tiempo de amor perdido, compartiendo una caña, devorándose con la mirada mientras sus manos se hurtaban unas a otras.

Sí, él tenía un regalo.

Y para defenderlo, debía olvidarse del policía que era.

Paciente, honesto, equilibrado.

Convertirse, simplemente, en un hombre.

Un hombre desesperado.

Acabó la comida, llamó al camarero y abonó la cuenta. Permaneció todavía sentado unos minutos, configurando su plan, su locura, su forma de seguir luchando sin apartarse al cien por cien de su ética o su…

Bah, ¿qué más daba?

La vida y el mundo eran como eran. No los había hecho él.

—¿Quieres que siga en tu cabeza? —le preguntó Quimeta.

—No, déjame solo, por favor.

—Cuídate.

—Sí.

—Y cuídala.

—Claro.

Salió a la calle y contempló la agitación del populoso paseo. Tranvías, automóviles, gentes, comercios, bancos…

Quimeta no existía.

Hablaba consigo mismo.

Era él.

Aunque sabía que ella le diría lo mismo.

Tomó la decisión final al encontrarse frente al rótulo que anunciaba un teléfono público. La imagen fue como una llamarada, o tal vez un golpe en mitad de su cerebro. Tenía muy pocos caminos, y aquél era el más temerario.

Se convirtió en una estatua de sal.

—Hazlo —se oyó decir a sí mismo.

Y se dispuso a llevar a cabo la llamada.

Compró la ficha, la introdujo en la ranura, marcó el número y esperó. Por tercera vez la voz femenina que precedía a la de Benigno Sáez se hizo audible en su oído.

Con una diferencia.

—El señor Sáez no está en su despacho, señor.

—¿Sabe si está en su casa?

—No lo sé, y no puedo darle el número…

—No importa. Lo tengo.

—¿Quiere que le deje un recado por si tampoco le localiza en ella?

—No es necesario, gracias.

Marcó el segundo número. Ya no era el de una oficina. Era el de la guarida del lobo. Sintió una especial animadversión al hacerlo. Otra voz femenina, ésta mucho más grave, se apoderó de la línea telefónica.

—Residencia Sáez, ¿dígame?

—¿El señor Sáez, por favor?

—El señor no se encuentra en casa en estos momentos —el tono fue de sumisión, respeto—. ¿De parte de quién?

—No importa, volveré a llamarle.

—Señor…

Colgó y salió a la calle.

Disponía de toda una tarde para hacer dos cosas: una llamada y una visita. El orden era lo de menos, aunque la visita…

Cuanto antes la realizara, de más margen dispondría.

Encontró una papelería no mucho más abajo, en la parte de la derecha de Mayor de Gracia, antes de llegar a la calle Asturias. Era muy grande. Compró una libreta y algo más sólido que el lápiz que llevaba siempre encima. Se hizo con una pluma estilográfica. Barata. Pero pluma al fin y al cabo. Hizo que la dependienta se la cargara, succionando con la gomita interior para llenarla de tinta, porque no quería llevarse el tintero toda la tarde arriba y abajo. Pagó los dos artilugios y, una vez en la calle, buscó un lugar en el que escribir con tranquilidad. No lo encontró, así que, pese a que ya empezaba a cansarse de nuevo, fue paseando hasta la plaza del Diamante, por la misma calle Asturias.

Allí se sentó en un banco, abrió la libreta, tomó la pluma y pasó los siguientes diez minutos redactando aquella nota, despacio, con letra muy clara.

Una carta que valía por una vida.

Un futuro.

Al terminar la leyó, una vez, dos. Era perfecta. No hacía falta

repetirla. Cerró la libreta sin arrancar la hoja, se guardó la pluma en el bolsillo de la chaqueta y se incorporó para buscar un nuevo taxi. No llevaba la cuenta del dinero gastado en transportes, comidas o propinas, pero no le importaba.

El dinero ya era lo de menos.

Además, era el de Benigno Sáez.

Lo que sobrara, si todo salía bien, se lo daría a la madre de Juanito Pou.

Encontró lo que buscaba en Menéndez Pelayo. Se sentó en la parte de atrás y le dio las señas de Teresa Mateos.

—Hace muy buen tiempo para estar en octubre, ¿verdad, señor? —tanteó la posibilidad de una conversación pasajera el hombre.

—No lo sé —fue tan seco como parco—. Yo vivo en Laponia y allí siempre está nevado.

El taxista no supo si creerlo o no, pero se calló.

Miquel volvió a contemplar Barcelona desde la ventanilla del taxi.

Su ciudad.

Su doloroso amor.

Maltratada, humillada, violada, pero suya.

Siempre hermosa porque la esperanza permanecía.

El taxista le dejó frente al portal. Fue generoso con la propina.

—¡Gracias, señor!

—En Laponia somos así.

No se sentía de especial buen humor. Más bien al contrario. Pero en momentos como aquél aparecía su vena irónica, su lado más oculto y absurdo. Si le quedaban unas horas de vida, no quería marcharse rabiando más de la cuenta. Necesitaba más de su frialdad que de su valor.

Era la tercera vez que subía aquella escalera.

La tercera vez que llamaba a aquella puerta.

La tercera vez que Tere, la criada de Consuelo Sáez, se encontraba con él al otro lado.

Su rostro se transmutó. Se convirtió en un espectro blanco.

—¿Usted? —gimió al borde del colapso.

—Tranquila. —Puso sus dos manos en forma de pantalla y se preparó por si ella retrocedía intentando cerrar la puerta.

—¿Qué quiere ahora? —se ahogó en su desfallecimiento.

—Cálmese, por favor.

—Es que no entiende… —Se echó a llorar.

—Tere —intentó serenarla—. Esto terminará muy pronto, se lo prometo.

No le hizo caso. Continuó con la cara hundida entre las manos.

Un hijo en el maquis, nervios, miedo, y un desconocido entrando y saliendo de su casa.

—Fermí no está, ¿verdad?

No hubo respuesta, sólo aquel llanto desbordado.

Miquel no tuvo que entrar para registrar el piso, como por la mañana. Ella estaba sola.

—Tere, por favor.

Fermí les había dicho a sus compañeros que se ocultaran en sus domicilios, pero él ya no podía. No después de su visita matutina, mientras ellos robaban la joyería y el banco. Su madre debía de haberlo alertado en aquellas horas, a lo largo del día.

Lo impensable era que regresara.

—Tere, sólo le pido una cosa. Míreme, por favor.

Consiguió que lo hiciera. Sus ojos eran de cristal.

—No me conoce, pero ha de confiar en mí —le pidió.

—Está bien.

—Si quisiera hacerles daño, la policía ya habría estado aquí.

Teresa Mateos asintió, tan desfallecida que daba la impresión

de ir a extinguirse de un momento a otro.

Miquel llevaba la libreta en la mano. Ni siquiera arrancó la hoja en la que había escrito su texto. Se la mostró a ella antes de entregársela.

—Esto es muy importante.

—¿Para quién? —Forzó una sonrisa revestida de amargura.

—Para todos, pero especialmente para mí, para su hijo y su gente.

La madre de Fermí tomó la libreta.

Temblaba.

—No tenga miedo. Lea la nota. Entienda por qué hago esto y si no puede, su hijo sí lo hará. Llévesela a él cuanto antes. Pero, por favor, no tenga miedo.

—No tengo miedo por mí —habló despacio, casi distante—. Aunque me cogieran no…

—Sé que no hablaría.

—Fermí cree en algo, ¿sabe?

—Lo sé. Por eso le pido que confíe en mí y le ayude.

—Sigo sin conocerle, señor.

—Aquí está mi vida. —Señaló la libreta con el dedo índice de su mano derecha—. Mi vida y la de la mujer que amo. Ahora está en sus manos y en las de su hijo.

—¿Y si no…?

—Inténtelo.

—No le prometo nada.

—Lo sé.

—Fermí quizá se haya ido.

—Lo sé.

El cansancio llegó al límite. La libreta le pesaba.

—Váyase —le pidió.

Miquel dio un paso atrás. El rellano, la escalera. El largo adiós.

—Gracias.
Teresa Mateos cerró la puerta de su piso.

33

Se ocultó en la esquina y contó los segundos.

Cada uno se hizo muy largo.

Cien, doscientos, mil.

Llegó a pensar que se equivocaba, que todo estaba perdido. Cinco minutos. Diez. El peso del fracaso pasó de su cabeza a su pecho y de ahí al fondo de su ser, arrastrándolo hacia abajo.

Todo perdido.

Quedaban Sáez y él.

Doce minutos. El reloj unas veces parecía quieto y otras enloquecía en su carrera. Y aunque subiera por cuarta vez al piso de la criada de Consuelo Sáez, no lograría nada. Sólo asustarla más y más. Colapsarla por completo.

Teresa Mateos protegía a su hijo.

Su hijo maquis que vivía en las montañas y bajaba a Barcelona para cometer sus delitos, aprovisionarse, dejar su huella rebelde en la España de la dictadura, jugando con su vida, retando a la muerte, sabiendo que difícilmente podría ganar.

Muy difícilmente.

Y a pesar de ello…

La madre de Fermí salió por fin de su casa.

Miró a derecha e izquierda.

Miquel se ocultó.

La mujer echó a andar, de espaldas a Barcelona, en dirección al Besós, oculta tras su mantilla, con su breve envergadura deslizándose por el suelo en una especie de carrera singular.

Llevaba la libreta bajo el brazo.

—Gracias —suspiró Miquel.

La vio alejarse y no se movió hasta que desapareció de su vista.

Entonces se relajó. Por lo menos lo suficiente. Quedaba el segundo acto previo al gran desenlace.

La llamada telefónica.

Media tarde.

Buscó un nuevo teléfono público y siguió la misma ruta que cuando había ido tras los pasos de Fermí, bordeando el cementerio del Este. Esta vez no tuvo que caminar demasiado. Volvía a dolerle el cuerpo, sentía las agujetas de la incomodidad de la noche pasada y el agotamiento por la larga persecución de los cuatro maquis y su detención. En la esquina de la calle Badajoz encontró un bar con el teléfono público anunciado en el exterior. Se coló dentro, pidió un café y esperó a que un hombre acabara de hablar por el aparato. Se extendió lo suyo. Cuando quedó libre introdujo la ficha y marcó el número de la oficina de Benigno Sáez.

Ahí estaba ella.

Debía de ser una mujer guapa. Su voz era hermosa.

Sáez nunca tendría a un adefesio cerca, aunque su criada…

—Un momento, por favor. ¿De parte de quién?

Le dio su nombre como si hablara de otra persona.

—Miquel Mascarell.

El hombre del parche en el ojo se hizo esperar.

Un largo minuto.

Hasta que el disparo llegó a su oído.

—Diga.

—Creo que lo tengo.

Lo suyo fue una bomba.

Estalló en silencio.

—¿En serio?

—Sí.

—Señor Mascarell… —¿Era emoción lo que desprendía su voz? —. No se arrepentirá en absoluto. Se lo aseguro. Yo… —Se calmó

un momento y agregó—: Pero ha dicho que… ¿lo cree?

—No me he puesto a desenterrarlo.

—¿Ha estado… en la tumba de Pau? —Volvió a crepitarle el tono.

—Sí.

—¿Dónde está?

—Escuche, señor Sáez. —Le tocaba a él dirigir el tráfico, y sabía que no le iba a resultar fácil. No con la ansiedad de su interlocutor y su maldita autoridad—. Tanto da que le diga dónde está esa tumba, porque se encuentra en mitad de un bosque. Hemos de ir juntos, y eso será mañana.

—¿Por qué no ahora? —Notó su envaramiento.

—Porque no nos dará tiempo. Yo estoy lejos, anochecerá antes de que lleguemos, ese sitio puede que se llene de parejitas a esta hora, y de noche, con linternas… ¿Qué quiere, llamar la atención? Todo eso sin olvidar que es un lugar bastante impracticable. —Se miró las dos rascadas de su mano—. Hay zarzas, arañas, matas casi insalvables… Créame. Comprendo su impaciencia. Pero se trata únicamente de una noche. Al amanecer…

Cruzó los dedos.

Cerró los ojos.

Benigno Sáez podía presentarse en su casa y llevárselos.

Los locos siempre son peligrosos.

—Dígame al menos dónde es.

—Al pie del Tibidabo, donde le mató Juncosa.

—¡Mascarell!

—¡No tengo un mapa! Me dieron unos indicios, rastreé la zona y tuve suerte. Tanto da que lo sepa. He de acompañarle.

—No juegue con esto, se lo advierto.

—Pero ¿de qué está hablando? ¿Quién quiere jugar? —intentó

que su voz transmitiera seguridad, pero también temor.

El temor que solía infundir Benigno Sáez.

—Ha de entender lo que significa para mí —mostró un primer atisbo de calma su interlocutor.

—Yo he cumplido, señor Sáez. Ha sido un milagro, algo insólito, increíble, pero he dado con Pau. Ahora sólo me guío por la lógica. Mañana, al amanecer, usted podrá desenterrar el cadáver de su sobrino y llevárselo a su madre. Es lo único que cuenta, ¿no?

Intentó imaginárselo.

En su despacho, en su trono, fuerte, seguro, poderoso.

Quizá antes estuviese con una de sus prostitutas. O lo celebrara esta noche.

—Es lo único que cuenta, desde luego —se relajó.

—Mañana…

—Le recogeré a las seis —no le dejó terminar.

Miquel arrugó su cara.

—No, no es necesario. Podemos quedar en…

—Tengo mi coche —volvió a detenerle—. Mañana a las seis en punto pasaré por usted.

No podía decirle que no.

Si no actuaba con todo su tacto…

—Está bien, señor Sáez.

—Hasta mañana, Mascarell. Y gracias. No se arrepentirá. Gracias.

Gracias.

Aún le gustaba menos su gratitud que su ira.

Colgó el auricular y regresó junto a su café.

Ya no tenía que pensar en nada, pero sí reflexionar.

Las voces de su cerebro acabaron, sin embargo, ahogadas por el silencio de su alma.

34

Era temprano. Y el anochecer muy plácido.

Cuando abrió la puerta del piso, Patro apagó la radio y echó a correr por el pasillo una vez más.

Se produjo el abrazo.

Las dos caricias.

—Miquel…

—Ven.

La tomó de la mano y juntos alcanzaron la sala-comedor. Una vez en ella se quitó la chaqueta. Lo primero que vio su compañera fue el roto de la pernera y las dos rascadas en la mano.

—¿Qué te ha sucedido? —Examinó los cortes por si eran profundos.

—Unas zarzas. Nada importante.

—Habrá que remendarte esto o mañana no tendrás qué ponerte. —Lamentó lo del pantalón.

—Siéntate, va.

Le obedeció. Sabía que hablaba por hablar, a la espera de que se lo contara todo sin necesidad de preguntarle. Ocupó una silla y él lo hizo enfrente, para continuar con sus manos unidas.

Miquel se lo dijo despacio.

—La he encontrado.

Patro abrió los ojos.

—¿Te refieres a…?

—Sí.

—¿De verdad?

—Sí —lo repitió con orgullo.

La conmoción fue evidente. Una sacudida. También lo notó en la presión de sus dedos, atenazando los suyos.

—¿Cómo es posible que…?

—He tenido suerte.

—¡No es suerte! —Abrió la boca como si le faltara el aire—. ¿Dónde está?

—En un bosque, cerca del lugar en el que Bernat Juncosa le mató.

—Entonces… ¿Se ha terminado?

Era la pregunta más difícil. Y no quería mentirle. Por lo menos no del todo. Sólo lo justo.

Cuanto menos supiera, mejor.

O trataría de impedírselo.

—Casi —fue cauto.

—¿Qué quieres decir? No tienes más que contárselo a Sáez.

—No es tan sencillo, cariño.

—¡No me vengas con «cariño»! ¿Qué pasa ahora?

—Hemos de ir juntos, él y yo.

Fue igual que si la golpeara.

—¡No! —gritó.

—Patro…

—¡No, no, no! —Dejó de entrelazar los dedos de sus manos—. ¿Es que no lo ves? ¡Si vas con él te matará! ¡Sacará a su sobrino de ese agujero y te meterá a ti!

—¿Por qué habría de hacerlo? —Mantuvo su serenidad y su mentira.

—¡Por los diamantes! ¡No es idiota! ¡A estas alturas ha de imaginar que sabes su secreto!

—¿Y si no lo imagina?

—¡No seas estúpido, por favor!

—Ya le he llamado.

—¿Y de quién ha sido la idea de ir juntos, de él o tuya?

—Él no puede ir solo, no conoce el lugar.

—Miquel… ¿te has vuelto loco? —Su belleza se quebraba a veces de una forma espantosa, igual que un hermoso castillo de naipes abatido por una suave ráfaga de viento. Y ésa era una de ellas.

—Te lo he dicho esta mañana y sigues sin escucharme: confía en mí.

—¡Eres tú el que no me escucha a mí! ¡Estás solo! ¡Lo estamos los dos! ¡Sáez es peligroso! ¿Cómo he decírtelo? ¡Peligroso y loco! ¡Ni siquiera tienes un arma!

—Vamos, por favor. —Intentó acercarse y abrazarla.

—¡No! ¡No me toques! —Saltó hacia atrás.

—¡He de acabar esto! —se desesperó por un momento antes de buscar la forma de recuperar su calma—. Ven, vamos a cenar tranquilamente, nos acostaremos temprano y mañana al amanecer te prometo que…

—Te matará —se rindió Patro.

—No.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque cuando esto acabe tengo algo que hacer, y pienso hacerlo.

—No quiero ni escucharlo. —Le dio la espalda.

—Entonces te diré lo que falta y puedes seguir de morros toda la noche.

—¿Qué falta? —Volvió a mirarle con una nueva sombra de duda en su expresión.

—Quiero que te vayas a casa de la señora Ana.

No hizo falta que se lo justificara.

—No pienso ir —impuso su sequedad a su amargura.

—Patro, ya vale. No discutamos más, por favor. No me estás ayudando en nada.

—¿Dices que no va a pasarte nada pero quieres que me vaya

para quedarte solo?

—Necesito estar solo.

—No me iré.

—De acuerdo, lo haré yo. Pasaré la noche abajo.

—¡En casa de la señora Ana no hay sitio! ¡Puedo dormir aquí e irme mañana temprano!

—¿Lo harás?

—¿A qué hora…?

—A las seis de la mañana.

—¿Vendrá aquí?

—Sí, para recogerme.

Apretó los puños de una forma que pareció atravesárselos con las uñas.

—¿Vas a dejar que vuelva…?

Miquel se pasó una mano por el cabello.

No podía más.

—Patro —exhaló.

—¿Qué vas a hacer, Miquel?

—No tengo otra salida.

—¿De veras quieres que confíe en ti?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque tengo mucho que perder, mucho por lo que luchar, y porque no dejaré que ese cabrón nos haga daño. Y ahora júrame que te irás media hora antes de las seis.

La última pugna.

El silencio final.

Los dos estaban exhaustos.

—Te lo juro.

—Ve y díselo. Dile que mañana a las cinco y media irás a su casa, que te dé una llave o esté atenta para cuando llames.

—¿Y si me pregunta?

—Nos hemos peleado… Nos pelearemos mañana… Qué sé yo.

—Siempre hay que hacerlo todo a tu manera, ¿verdad?

—No siempre, pero esta vez sí.

—A veces te odio.

—No emplees esa palabra.

—Eres un viejo testarudo.

—Vaya, ya soy viejo. Creía que sólo era un «hombre mayor».

De noche, se abrazaban, cerraban los ojos al unísono y se dormían. Ahora la distancia era enorme, y el frío que sacudía sus gestos, un invierno prematuro.

Patro dio media vuelta y salió de allí.

La oyó coger un jersey, las llaves de la puerta, salir dando un portazo.

Se quedó solo.

No perdió demasiado el tiempo. Pese al cansancio, el dolor físico y anímico, se levantó y fue a la habitación. En un minuto tenía la última carta de Roger en las manos.

Se sentó en la cama.

Y la leyó una vez más.

La carta, con el mapa de la exacta ubicación de su tumba, cerca del Ebro, donde había caído.

La lágrima casi le emborronó dos o tres palabras.

—Ya es hora, hijo —musitó—. Ya es hora, sí.

Oyó el rumor de la llave de Patro en la cerradura. Un rápido regreso. O quizá no, porque el tiempo solía detenerse en momentos como aquél, cuando retrocedía hacia el pasado y se detenía en su limbo irreal.

Tuvo el tiempo justo de guardarlo todo en la caja y fingir inocencia.

Tumbado en la cama.

Patro volvería a discutir, y él volvería a callar.

Por más que le pesara.

Callar, porque si Benigno Sáez estaba loco, él tal vez lo estuviese más.

Día 5

Viernes, 15 de octubre de 1948

35

Las voces le rompían los tímpanos.

El corazón.

Y le llenaban la cabeza de veneno, impotencia, horror…

Se mezclaban las arengas de Queipo de Llano en la radio con las declaraciones de unos y otros, Franco, Yagüe, Mola o cualquier loco con su veneno mortal. Las tenía grabadas en la mente, igual que dardos de fuego hundidos en su razón.

«Nuestros valientes legionarios y regulares han enseñado a los cobardes rojos lo que significa ser hombre. Y, de paso, también a las mujeres. Después de todo, estas comunistas y anarquistas se lo merecen. ¿No han estado jugando al amor libre? Ahora por lo menos sabrán lo que son hombres de verdad y no milicianos maricas. No se van a librar, por mucho que forcejeen y pataleen»… «Ya conocerán mi sistema: por cada uno de orden que caiga, yo mataré a diez extremistas por lo menos, y a los dirigentes que huyan, no crean que se librarán de ello: les sacaré de debajo de la tierra si hace falta, y si ya están muertos, los volveré a matar»… «¿Qué haré? Pues imponer un durísimo castigo para callar a esos idiotas congéneres de Azaña. Por ello faculto a todos los ciudadanos a que, cuando se tropiecen con uno de esos sujetos, lo callen de un tiro. O me lo traigan a mí, que yo se lo pegaré»…

Dejaba de escuchar a Queipo de Llano y se encontraba con Mola: «Es necesario crear una atmósfera de terror, hay que dejar sensación de dominio eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todo el que no piense como nosotros. Tenemos que causar una gran impresión, todo aquel que sea abierta o secretamente defensor del Frente Popular, debe ser fusilado»; con Franco declarando a la prensa americana: «Estoy dispuesto a exterminar,

si fuera necesario, a toda esa media España que no me es afecta»; a Yagüe justificando su matanza en la plaza de toros de Badajoz: «Naturalmente que los hemos fusilado. ¿Pensaban que me llevaría conmigo a cuatro mil rojos mientras mi columna avanzaba luchando contrarreloj? ¿Debía dejarlos en libertad a mis espaldas permitiéndoles que hicieran nuevamente de Badajoz una ciudad roja?»; al capitán Gonzalo Aguilera también hablando con un corresponsal estadounidense: «Tenemos que matar, matar y matar. Son como animales. Al fin y al cabo, ratas y piojos son los portadores de la peste. Nuestro programa para regenerar España consiste en exterminar a un tercio de la población masculina. Con eso se limpiaría el país y nos desharíamos del proletariado. Además, también es conveniente desde el punto de vista económico. No volverá a haber desempleo en España».

Voces.

Todas las que noche tras noche, cuando dormía desasosegado, le asaltaban, ensordecían, perseguían…

Las voces eran peores que ver a Franco en el No-Do o siempre en primera página de todos los periódicos. Las voces no callaban. Lo otro bastaba con no verlo, ir a orinar en el cine o cerrar los ojos frente a un quiosco o leyendo el periódico.

Abrió los ojos empapado en sudor.

Una noche de infierno.

Una noche como tantas, aunque ese día fuera diferente.

Patro no estaba a su lado.

Saltó de la cama asustado y no tuvo tiempo de ponerse en pie porque ella entró en ese instante en la habitación. Al verle sentado encendió la luz de la mesilla de noche. Estaba guapa, radiante, ya vestida. Probablemente tampoco había podido dormir. Pero en su caso las ojeras, la sensación de cansancio, le conferían un halo de niñez y delicadeza, no de agotamiento

sepulcral.

—Iba a despertarte —le dijo.

—¿Qué hora es?

—Pasan cinco minutos de las cinco y media. ¿No querías que me marchara a esta hora?

—Sí.

—¿Estás bien?

—Pesado.

—No has dormido nada, ¿verdad?

—A ratos. ¿Y tú?

No le contestó. Era la hora de la despedida. Ya no había nada que discutir. Patro le abrazó y le besó. Un beso fuerte que no sonó a «buenos días» sino a «adiós». Un beso húmedo con el que le regaló el aliento de su vida. Un beso apasionado capaz de convertir una roca en arenilla. Temió que ella se desmoronara, que rompiera a llorar, pero ya lo había hecho, ahogando la tensión en la almohada o a solas, una vez comprendido que no quedaba otra cosa por hacer.

No hubo más palabras.

Ni un «ten cuidado» ni un «vuelve» ni un «te quiero».

No era necesario.

La vio salir de la habitación, de su presente de futuro incierto, y luego oyó el sonido tenue de la puerta del piso al cerrarse con cuidado. Entonces se levantó, fue al lavadero para refrescarse un poco, asearse y peinarse y se vistió de inmediato. Necesitaba un café, pero ya no había tiempo.

A las seis menos cinco salió del piso y bajó la escalera.

No quería que Benigno Sáez volviera a pisar su casa.

Podía tragar toda la mierda que quisieran, pero por lo menos intentando mantener un resquicio de dignidad a flote.

Abrió el portal y nada más salir a la calle vio el coche,

esperándole en la esquina.

Negro, imponente, un Mercury de importación. Un vehículo para gente que pudiera permitírselo.

No tuvo que preguntarse quién sería el hombre que lo esperaba de pie, apoyado en la carrocería. Era joven, como de treinta años, moreno, rostro afilado, no muy agradable.

El lacayo de Sáez.

Caminó hacia él y antes de llegar a su destino Benigno Sáez salió del vehículo. Había alguien más en su interior, en el asiento de atrás, al otro lado, pero con la oscuridad de la noche no pudo verle bien. Pronto amanecería. No le gustó que fueran tres. Dos ya era malo, sobre todo porque el lacayo parecía cualquier cosa menos un secretario aplicado y eficiente, pero tres…

¿O realmente querían llevarse el cuerpo de Pau además de los diamantes?

—Buenos días, señor Mascarell.

Tuvo que estrecharle la mano.

Por última vez.

—Éste es Rodolfo —le presentó al hombre.

Cruzó una mirada con el lacayo.

Ojos fríos.

Los ojos del águila viendo al conejo al que va a matar.

—Será mejor no perder tiempo, ¿verdad? —lo apremió el tío de Pau Cabestany.

Rodolfo le abrió la puerta.

Y entonces Miquel descubrió quién era el tercer pasajero.

Patro.

—¿Qué hace ella aquí? —Se detuvo en seco.

—Oh, bueno… —Benigno Sáez le mostró sus dientes en una sonrisa falsa—. Llámelo precaución.

—¿Por qué?

—¿Adónde iba tan temprano? Hemos llegado antes, por si acaso, y al verla salir…

—Ella trabaja —dijo Miquel.

—Es lo que nos ha dicho, pero sé que no es verdad. —La sonrisa se congeló—. Ayuda ocasionalmente en una mercería y poco más. Así que prefiero no perderla de vista. Y será un placer que nos acompañe. Podrán regresar juntos.

Miquel seguía de pie, sin entrar en el coche. Patro estaba seria, blanca como la cera. Sus ojos lo decían todo. Sentada atrás, en medio de aquel lujo, daba la impresión de haber menguado.

—Oiga —se dirigió al hombre que movía los hilos de todo aquello—, yo he cumplido, he encontrado esa tumba. No entiendo…

—Vamos, suba al coche. —La sonrisa acabó desapareciendo.

—¡No! Déjela a ella en paz.

—¿Por qué, señor Mascarell? —Fingió una sorpresa que no sentía—. Sólo va a mostrarme el lugar en el que está enterrado mi sobrino, ¿no es así?

—¿Y si no quiero llevarle?

Benigno Sáez se colocó delante de él. Con el parche en el ojo, más que siniestro era esperpéntico. Un hombre tal vez roto, pero con cada pedazo multiplicando su odio hacia todo aquel que no comulgara con sus ideas o su ambición.

Y era desmedida.

Ahora que estaba tan cerca de ser colmada…

—No me haga perder el tiempo, Mascarell. —Suspiró con pesar—. En una hora o dos regresarán aquí y seguirán con sus vidas. Además, tendrá un buen dinero. Mire. —Sacó del bolsillo de su abrigo de tela suave un montón de billetes—. Se lo prometí, ¿no es cierto? Se lo prometí y yo soy hombre de palabra. Cómprele unas de esas nuevas medias que lo están

revolucionando todo, sin costura. Les encantan. Y esta noche llévela a cenar a un sitio bonito y elegante. Es guapa. —Miró a Patro—. Muy guapa. Le felicito. Es usted un hombre de suerte. Por una mujer así muchos pagarían lo que fuera. No lo eche a rodar por desconfianza ni me obligue a hacer lo que no quiero.

No tenía otra alternativa.

Después de todo, la clave estaba en el bosquecillo, en la maldita tumba de aquel inocente. Allí se jugaría la partida decisiva.

Rodolfo le puso una mano en el hombro, para obligarle a agacharse y entrar en el Mercury.

Una zarpa de hierro.

Le obedeció.

Miquel no quiso mirar a Patro.

36

El trayecto se hizo en silencio hasta la parte final, la avenida de la República Argentina.

Cuando llegaron al lugar en que moría la ciudad y empezaba el campo y la montaña, Rodolfo miró a Miquel.

—Ahí arriba hay un campo de fútbol. Está a trescientos metros. Podemos caminar o…

—Sube, Rodolfo —le ordenó Benigno Sáez.

El vehículo inició el camino. No era demasiado irregular, aunque había piedras y rodaduras hundidas en el polvo. Los faros barrían el suelo mientras ellos daban algunos tumbos en el interior del Mercury. La noche era agradable y el amanecer luminoso en un cielo sin apenas nubes. La zona por la que salía el sol era cárdena. Miquel vio la casita de los payeses.

Parecía que hubiese transcurrido una eternidad desde que estuvo en ella por primera vez.

—Es aquí.

El lacayo de Sáez detuvo el coche y apagó el motor. Primero le abrió la puerta a su amo. Después esperó a que sus «invitados» descendieran, sin perderles de vista. Ahora sí, Patro se refugió entre los brazos de Miquel.

Temblaba.

Y no porque hiciera frío. La temperatura era un poco fresca y nada más. Un veranito de San Martín antes de que el otoño descargara con fuerza o preludiara el invierno.

—Tenía razón, Mascarell —asintió Sáez paseando una mirada a su alrededor—. Ni un alma. La hora perfecta.

Rodolfo había abierto el maletero del coche. Cargó un pico y una pala al hombro y lo cerró. Se guardó las llaves en el bolsillo y

esperó a que su jefe diera la orden.

—¿Por dónde? —le preguntó a Miquel.

—Hay que atravesar el campo.

Al otro lado el bosquecillo ya se intuía.

Una masa oscura que minuto a minuto se iba haciendo más visible.

Caminaron por el campo, ahora vacío, sin niños persiguiendo una pelota ni gritos discutiendo un gol. Patro ya no le soltaba el brazo. Se agarraba a él por miedo a caer o a desfallecer. Miquel dirigió una mirada de soslayo a la casa que coronaba el terraplén, a su izquierda. Tal vez el hombre y la mujer les estuviesen viendo. O tal vez no.

Los cuatro se detuvieron al llegar al linde del bosque.

Fin de trayecto.

—Así que lo enterró ahí —masculló Benigno Sáez.

—Sí —dijo Miquel.

—Sigamos.

—Espere, aún necesitamos más luz. Este lugar está infestado de arañas y zarzas.

—No sea estúpido, vamos.

Se sentía cerca, tan cerca que…

A los tres pasos una zarza le desgarró el pantalón.

—¡Maldita sea! —tronó su voz en medio de aquel silencio—. ¡Rodolfo, ve delante con Mascarell y aparta esas zarzas!

El lacayo hizo lo que le decía. Primero le separó de Patro. Después lo situó a su lado. Paso a paso, con la pala, fue cortando o retirando las espinosas zarzas del camino de su amo. Algunas tenían púas de uno o dos centímetros. Patro, con falda, tuvo menos suerte.

Un gemido, dos…

El avance fue lento, pero la luminosidad se hizo mayor. La

cabeza de Miquel trabajaba a toda velocidad. Para ganar tiempo, primero los llevó al centro.

—¡El círculo de piedra! —exhaló Benigno Sáez.

Miquel se detuvo.

—¿Cómo… sabe eso? —pareció negarse a comprender lo evidente.

Se encontró con su sonrisa.

La última burla.

—Tomé precauciones —se limitó a decir.

—¿Hizo que nos escucharan en la Modelo?

—Había un micrófono debajo de la mesa, sí.

Pensó en Juanito Pou.

Cerró los ojos.

—Dijo que era su último cartucho y quise asegurarme. Círcu lo de piedra, árbol torcido… Sólo me faltaba el lugar. Y es éste.

—¿Qué le harán a ese pobre diablo?

—Nada, no tema por él. Usted lo ha dicho: no es más que un pobre diablo. No tiene importancia. —Soltó una pequeña carcajada—. ¿No me diga que se preocupa por él?

—¿Le extraña?

—Es usted un hombre peculiar, amigo mío.

Iba a decirle que no eran amigos, pero no fue necesario.

Ya había suficiente luz.

—¿En qué dirección está el árbol?

Miquel apretó los dientes.

Benigno Sáez ni se inmutó.

—Rodolfo.

Su servidor mantuvo el pico y la pala sujetos con la mano izquierda. La derecha extrajo una pistola del bolsillo.

Apuntó a Patro, a la cabeza.

—Basta de juegos, Mascarell. Terminemos con esto de una vez

—exclamó Sáez.

—Si le hace daño…

—¿Qué? —Lo desafió con su burla—. Dejémonos ya de juegos, ¿quiere? Usted ya ha averiguado lo de los diamantes. En primer lugar porque no es tonto, es un buen policía. Lo ha demostrado encontrando lo que Rodolfo no consiguió, moviéndose rápido y bien, profesional. Y en segundo lugar porque si ha hablado con todos los implicados sabe ya la historia, lo que hizo el necio de mi sobrino, lo que calló durante estos años la estúpida de mi hermana.

—Por eso tenía que encontrar la tumba por sí mismo. No podía acudir a nadie que fuera legal.

—Y usted resultó ser la persona adecuada. Lástima de la chica.

—Ella no…

—Ella sí, Mascarell. Está con usted.

—No le diré nada más.

—Puedo arrasar este bosque palmo a palmo. ¿Dónde está ese árbol?

El dedo de Rodolfo se tensó en el gatillo.

—Por ahí —señaló Miquel.

La mano bajó. A Patro se le doblaron las rodillas. Tenía los tobillos y las piernas ensangrentadas por las zarzas. No pudo acudir a su lado porque de nuevo el lacayo de Sáez le colocó junto a él.

El camino final.

Los cuatro se detuvieron frente a la tumba de Pau Cabestany.

Del amanecer de un 19 de julio de 1936 al amanecer de un 15 de octubre de 1948.

Como si ya nada, nada, fuera eterno.

El único ojo de Benigno Sáez estaba muy abierto.

No por reencontrarse con su pariente.

Sólo era ambición.

—Límpiala, Rodolfo. Pero antes átalos. No quiero sorpresas mientras trabajas.

Los bolsillos del hombre parecían pequeños almacenes. En uno la pistola, en otro las cuerdas, no muy gruesas, suficientes. Iba a atar primero a Patro pero un movimiento de Miquel delató su acción. O mejor dicho, su intento. Reaccionó como un peso pesado, o como lo que era, un viejo ex policía de sesenta y cinco años con los reflejos perdidos. A Rodolfo le bastó un golpe en el plexo solar para hacerle caer al suelo sin aliento.

—¡Miquel! —gritó ella por primera vez.

La bofetada se la dio Benigno Sáez.

—¡Cállate, puta!

Se calló, pero le salió la mujer que llevaba dentro. La mujer a la que un día había envuelto en una bandera para someterla y humillarla. La mujer que sacaba las uñas por su familia.

Él.

—¡Cabrón, hijo de puta…!

La mano engarfiada llegó hasta su rostro. Le arrancó el parche del ojo. Dejó al descubierto la herida, el vacío, la siniestra marca de aquel desgarro demoledor. Benigno Sáez volvió a golpearla, esta vez con el puño cerrado, en el estómago. Luego la agarró del pelo y la empujó a tierra.

Patro cayó de bruces.

Miquel ya no dijo nada.

Arrodillado en el suelo, con estrellas en los ojos, vio morir la poca esperanza que le quedaba. Su plan hacía aguas. Su última oportunidad pasaba de largo.

Estaban solos.

—¡Átalos, ya! —gritó Sáez mientras volvía a colocarse el parche.

Lo hizo sin problemas, sin ninguna resistencia. Primero Miquel. Después Patro, que jadeaba pugnando por llevar aire a sus pulmones. Con las manos a la espalda, arrodillado en tierra él, casi boca abajo ella, los dos se miraron a los ojos aferrándose a su imagen.

Quizá no fuera miedo, tal vez incredulidad.

Rodolfo se guardó la pistola en el bolsillo. Con el pico y la pala desbrozó no sólo la superficie del leve montículo de tierra, sino un pequeño radio a su alrededor. Se hizo trizas el traje, pero fue lo de menos. No tardó demasiado.

Pero cada minuto contaba, se hacía eterno.

Ya era casi de día.

Una luz tenue, dulce, de corte espectral y melancólico, que se filtraba entre las copas de los árboles convirtiendo el tupido paisaje en una postal de tintes fantasmales, arropó sus cuatro figuras cuando Rodolfo tomó el pico y lo abatió por primera vez sobre el montículo de tierra.

Miquel, Patro y Sáez miraban la tumba con la vista muy fija.

Cada cual por un motivo distinto.

Rodolfo removió la tierra con el pico varias veces, hasta convertirla en una masa informe y esponjosa. Lo hundía con brutalidad, descargándolo de arriba abajo con todas sus fuerzas, y luego lo hacía girar en su interior. Benigno Sáez no se lo impidió. No le dijo: «Cuidado, ahí está enterrado mi sobrino. No vayas a machacar su cuerpo». Eso era lo de menos. Allí lo único que moraba era un envase.

Un cuenco que guardaba siete diamantes.

Cuando acabó con el pico, tomó la pala y retiró la tierra ya suelta.

La arrojó a un lado.

A la sexta paletada tropezó con algo duro.

—¡Ahí está! —suspiró Sáez.

Dos paletadas más.

Unos restos humanos, podridos…

Pau Cabestany.

Rodolfo se arrodilló junto a la tumba. Su amo se acercó con la mirada absorta. No tuvo que ordenarle nada. Introdujo las manos en el cadáver y lo desgarró, abrió su caja torácica, buscó en el lugar donde antaño, una docena de años atrás, un ser humano tenía su estómago.

El ruido fue como si se rompiera un cartón muy grueso.

—¡Señor…! —Se quedó quieto por un instante.

Sacó la mano con la primera piedra.

Fue entonces cuando Miquel volvió la cabeza en dirección al bosque buscando algo.

Algo que, de una vez por todas, tenía que estar allí.

37

Rodolfo le entregó el segundo diamante.

El tercero.

El resto.

El último, el séptimo, tardó un poco en encontrarlo. Se vio obligado a destrozar más el cuerpo putrefacto de Pau Cabestany. Cuando finalmente lo consiguió, su amo los sostuvo en la palma de su mano, ya limpios.

Patro vomitaba. Miquel seguía con la cabeza en alto.

El bosque era impenetrable.

—Acabemos con esto de una vez. —La mano de Benigno Sáez se cerró sobre las piedras.

Ni una mirada de piedad dirigida al hijo de su hermana.

Rodolfo se levantó. Sacudió sus manos, se las frotó en los pantalones y recuperó la pistola de su bolsillo. Apuntó con ella a Miquel.

—Utiliza la pala, hombre —lo detuvo Sáez—. Siempre es mejor no hacer ruido.

Patro acababa de vomitar. Le colgaba un hilillo de babas de la boca. Pugnó por revolverse en el suelo sin conseguirlo. Miquel ni siquiera miraba a los dos hombres.

El bosque. El bosque.

Rodolfo ya tenía la pala sujeta con ambas manos.

—Déjela a ella —se enfrentó a Sáez—. No dirá nada.

—Lo siento, Mascarell. Y de todas formas, gracias. —Levantó su puño cerrado con los diamantes.

Su lacayo se acercó a Patro.

Ni siquiera se dio cuenta de nada.

No escuchó ni vio al hombre que surgió a su espalda, igual que

una sombra sólida apareciendo entre la maleza, ni supo que iba a morir hasta que la sangre de su garganta cercenada brotó como una fuente por delante de él e intentó bajar la cabeza para ver qué demonios le estaba sucediendo.

Tampoco soltó la pala.

Cayó al suelo, de bruces, junto a Patro, con una expresión de incredulidad en su rostro.

Los otros tres se materializaron entonces.

—Hola, amigo —lo saludó Fermí mientras limpiaba la sangre de Rodolfo del cuchillo con un pañuelo muy sucio.

Matías, Pepe y Alejo empuñaban sendas pistolas. Con ellas apuntaron a Benigno Sáez.

—Pero ¿qué…? —apenas si pudo balbucear.

Miró a Miquel.

—Todavía hay causas por las que luchar —le dijo él.

La incredulidad se hizo mayor.

—¿Usted… ha hecho esto?

—No. Ha sido usted mismo el que se ha cavado su fosa. Yo sólo he arreglado las cosas para que no me matara. Casi puede decirse que he actuado en defensa propia.

Benigno Sáez abrió los ojos con desmesura viendo a los cuatro maquis.

No tuvo que esforzarse demasiado en dar con la verdad.

—¡Van a matarle igual! ¡Maldito idiota! ¿Es que…?

El hijo de Tere pasó por delante de él con el cuchillo en las manos. Llegó hasta Miquel y le ayudó a incorporarse. Una vez en pie le cortó la cuerda que lo sujetaba. Alejo y Matías ayudaban a Patro. Pepe seguía apuntando al hombre del parche en el ojo.

Miquel y Fermí esbozaron una primera sonrisa.

—Gracias —dijo el guerrillero.

—No hay de qué.

—Tiene usted redaños —consideró.

—A la desesperada no hay más remedio —se limitó a responderle—. Pero empezaba a pensar que, pese a todo, no vendrían.

—No estábamos muy seguros de que no fuera una trampa. Llevamos toda la noche estudiando el terreno, nosotros y otros compañeros, ocultándonos a la espera de que llegaran. Primero, convencernos de que no había nadie más. Segundo, comprobar que esos diamantes estuvieran ahí. Tercero, ver cómo acababa todo.

—Casi llegan tarde.

—Casi. —Acentuó su sonrisa.

Patro parecía a punto de volver a caer al suelo. La sostenían entre Alejo y Matías. Lo miraba todo como si fuera un sueño, o una pesadilla de la que todavía no sabía si estaba despertando. Miquel se apartó del jefe de los maquis para acudir a su lado.

Cuando la tocó, ella se estremeció de arriba abajo.

Centró en él sus enormes ojos negros.

—Miquel…

—Todo ha terminado. —Le acarició la mejilla.

—Pero…

—Te pedí que confiaras en mí.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no sabía si vendrían y no podía dejar que nada nos delatara.

—Entonces…

La abrazó para que no continuara hablando.

Fermí se colocó delante de Benigno Sáez.

Abrió su mano con la palma hacia arriba.

—No. —Movió la cabeza de lado a lado el tío de Pau Cabestany.

—Puedo cortarle la mano.

—Me matará igual…

El maquis siguió con la mano abierta.

Hasta que Pepe golpeó a Sáez por la espalda y le hizo caer hacia delante, de rodillas.

Las siete piedras resbalaron entre sus dedos.

Intentó atraparlas de nuevo.

La bota de Fermí se lo impidió.

Le aplastó la mano contra el suelo.

Benigno Sáez empezó a llorar cuando el hijo de la mujer que había sido criada de su hermana recogió los diamantes.

Una pequeña fortuna para seguir manteniendo viva una causa.

—Váyanse —les dijo a Miquel y a Patro.

—Gracias.

—No, gracias a usted.

Miquel consiguió que Patro reaccionara.

Un paso, dos.

—¿Puedo preguntarle algo? —Se detuvo para mirar por última vez al maquis.

—Adelante.

—¿Vale la pena?

Sabían a qué se refería.

—Sí —dijo Fermí.

—Tarde o temprano morirán.

—Será más tarde que temprano, se lo aseguro. Esos hijos de puta no ganarán la guerra hasta que el último de nosotros esté muerto.

—¿Qué harán con él? —Miquel señaló la tumba de Pau.

—Merecería más —lamentó Fermí—, pero no podemos llevárnoslo a plena luz. Volveremos a cubrirle y que descanse en paz. —Miró su reloj e hizo un gesto autoritario recuperando su

seriedad militar—. Vamos, váyanse. Cuanto antes desaparezcamos todos de aquí, mejor. A nosotros aún nos queda trabajo.

Matías y Alejo ya tenían el pico y la pala en sus manos.

Buscaban el mejor lugar para cavar.

Miquel trató de reemprender la marcha.

No lo consiguió.

Patro se escapó de entre sus brazos y, de pronto, cubrió la breve distancia que la separaba de Benigno Sáez. No hizo nada, sólo quedarse frente a él, esperando.

Esperando a que levantara la cabeza.

Cuando lo hizo le escupió.

Por ella, por todas sus compañeras, por algo que ni siquiera pudo entender el hombre que una vez la había poseído como una bestia.

38

Miquel se orientó por el bosquecillo, protegiendo a Patro en la medida de lo posible. Tanto le daba salir por el lado del campo de fútbol como por otro. La mañana era azul, apacible y serena. El sol pronto volvería a calentar la vida, el mundo, a todo aquel que quisiera sentirlo en su piel.

Las zarzas volvieron a dejarles sus huellas, pero ya no les importó.

Patro ni se quejó.

A su espalda, de pronto, escucharon una voz.

Una voz rota.

—¡No!… ¡No, espere, puedo…!

Sonó igual que una campana sorda, ahogada por la distancia.

¡Clang!

Miquel estaba seguro de que iban a utilizar el cuchillo.

—¿Ya está? —musitó ella.

—Sí, ya está —dijo él.

Sintió la presión de su mano y casi estuvo a punto de detenerse para besarla.

El último árbol.

Salieron del bosquecillo. Un milagro de la naturaleza, un puñado de árboles apretados en la esquina de un descampado por cuya frontera, a un lado, jugaban los niños a diario para soñar que un día serían futbolistas, y al otro, circulaban los tranvías y el paseo del Valle de Hebrón culebreaba uniendo el final de la avenida de la República Argentina con Penitentes y la carretera de la Rabassada. Un oasis que a lo largo de doce años había sido además el sepulcro de un inocente.

Bernat Juncosa o Benigno Sáez, dos caras de la misma

moneda.

—¿Cómo estás? —Miquel llenó los pulmones con aquel aire vivificador.

—Quisiera correr.

—Pues no lo hagas. Espera…

Se agachó y con su pañuelo le limpió las heridas de las piernas. Algunas eran profundas. Demasiado.

—Será mejor que nos alejemos —acabó rindiéndose.

Llegaron al campo de fútbol y apretaron el paso. La casa de los payeses continuaba desierta. Dejaron atrás el Mercury de Benigno Sáez y enfilaron la senda que conducía a la ciudad. Cuando pisaron suelo firme, adoquinado, con Barcelona naciendo frente a ellos, el coche del muerto pasó por su lado con dos hombres en su interior. El que conducía era Alejo. A su compañero no le conocía. Fermí les acababa de decir que había más guerrilleros vigilando la zona.

Y era cierto.

No hubo ningún gesto cómplice entre ellos. Alejo bajó por el paseo de San Gervasio. Miquel y Patro no tuvieron que buscar un taxi, difícil a esa hora y en una zona tan apartada. El tranvía que bajaba de Penitentes hizo sonar su campanilla al llegar a la parada.

—Vamos —apremió a Patro.

Subieron a él y se sentaron antes de que el cobrador se les acercara para darles los billetes a cambio de su dinero. Patro ocultó las piernas bajo el asiento.

El tranvía volvió a arrancar.

Cogidos de la mano, con fuerza, como si al soltarse fueran a caer al abismo, se relajaron por primera vez en muchas horas.

39

Sólo al cerrar la puerta del piso, ya a salvo, se rindieron.

Primero el abrazo.

La calma.

Después la liberación, el aterrizaje tras el vértigo, la alegría de sentirse vivos.

Juntos.

—No vuelvas a hacerme esto… —gimió Patro una vez más al borde de las lágrimas.

—Era la única salida, cariño.

—¿Cómo sabías que vendrían?

—No lo sabía. Por eso no te dije nada. Esos malditos diamantes…

—Eres un loco.

—Ya.

—Un loco peligroso.

—A ver cuándo aprendes a confiar en mí.

—Le dijo el policía a la niña.

—¿Qué quieres? Cada cual tiene sus métodos.

—Y los tuyos siempre serán los mismos, claro.

—Espero que sea la última vez.

—Tú eres un imán para los problemas —logró burlarse ella.

—He de sentarme. Las piernas casi no me sostienen. Y tú has de curarte esos zarpazos.

Caminaron abrazados por el pasillo, hasta la habitación. Las gasas y el alcohol estaban en la cocina, pero ninguno de los dos quiso renunciar al contacto. Era la certeza de su realidad. Necesitaban sentirse el uno al otro.

Se sentaron en la cama, donde a veces solían abrazarse, o

hablar, o las dos cosas a la vez.

Miquel bajó la cabeza.

—¿Qué pensaría Pau Cabestany si supiera todo lo que provocó su acción?

—Pau, Bernat… La guerra sigue produciendo víctimas. Ésa es la cuestión.

—Ahora pasará la eternidad con su tío y ese hombre enterrados casi al lado.

—No creo que le importe. Murió hace doce años. No hay ningún más allá desde el cual nos esté viendo. Y en cuanto a lo de la eternidad… —Su gesto fue de resignación—. Algún día ahí habrá casas, ya lo verás. Arrasarán ese bosque y se encontrarán con tres cadáveres inexplicables. No hay eternidad que valga aunque ésta, la de España, sí se nos haga insoportable.

—La soportaremos juntos.

—Claro.

—Miquel.

—¿Qué?

—Te quiero mucho.

—Y yo a ti, pesada. —La abarcó con su brazo y la estrechó contra sí.

—Necesito dormir todo un día —suspiró ella.

—Vamos a lavarnos y nos tumbamos, ¿de acuerdo?

—Sí.

Pero no se movieron.

Miquel le besó la cabeza.

Miró la mesilla de noche.

Ya lo había decidido la noche anterior, suponiendo que viviera para contarlo. Ahora se lo dijo a su compañera.

—Hay algo que…

—¿Qué es? —Se apartó un poco para poder verle.

—Voy a ir a por mi hijo.

—¿Tú solo?

—Perdona —rectificó—. Vamos a ir a por mi hijo.

Ella sonrió con ternura.

—Bien —asintió.

—No sé si conseguiré llevármelo para enterrarle junto a su madre o si sólo podré dejarle unas flores, pero ya es hora de que lo haga.

—Yo lo esperaba, ¿sabes? Hace mucho tiempo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque era tu decisión y es tu hijo. Pero sé que muchas veces has mirado ese mapa que te dieron. Dependía de ti.

—Eres increíble.

—Sí, ¿verdad? —Acentuó la curva de su sonrisa.

De la tumba de Pau Cabestany a la de Roger Mascarell.

Todo un mundo.

Era el cuerpo de un rojo, de un soldado de la República. Las autoridades franquistas posiblemente no lo permitirían. No era cosa de dejar España llena de agujeros.

La guerra estaba repleta de pasado.

—¿Cuándo iremos? —preguntó Patro.

—Vamos a descansar un par de días, este fin de semana. Luego planearemos el viaje, ver la forma de llamar a México, todo eso.

Todo eso.

—Eres un buen hombre, Miquel.

—Y tú una santa.

Patro soltó la primera carcajada del día.

Libre.

—Voy a por las cosas para curarme esas rascadas. —Se puso en pie.

Miquel se dejó caer de espaldas sobre la cama.

Creyó que escucharía una voz.
Pero Quimeta no estaba allí.

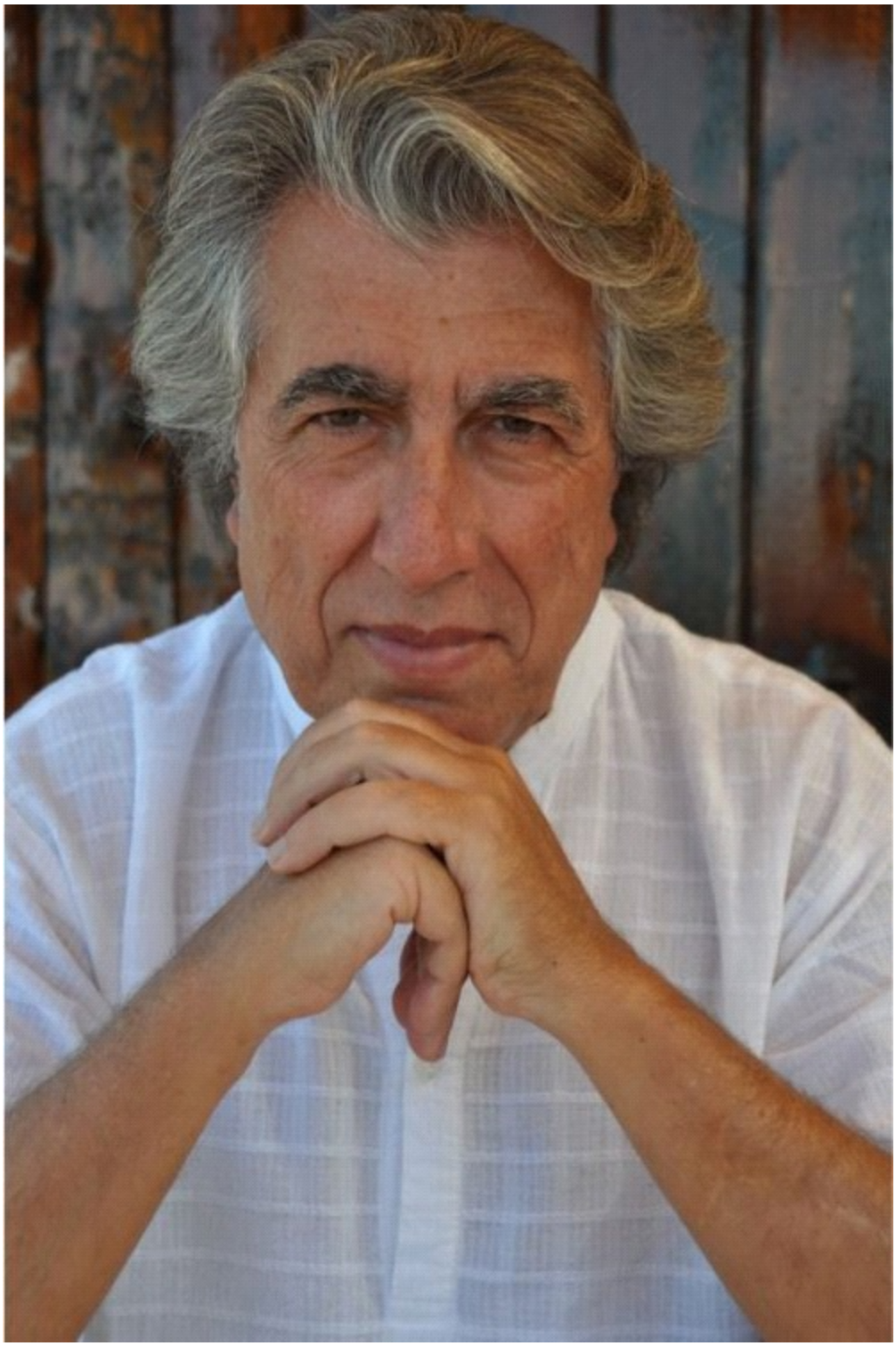
Agradecimientos

Lo mismo que en Cuatro días de enero (Plaza & Janés, 2008) y Siete días de julio (Plaza y Janés, 2010), este libro no hubiera sido posible sin los recuerdos, evocaciones y sabias lecciones de historia de Francisco González Ledesma. Mi gratitud y mi amistad eterna para él y su esposa.

El 13 y 14 de octubre de 1948 fueron juzgados, mediante un consejo de guerra, los militantes guerrilleros del llamado «grupo de los ochenta» apresados en 1947. Sentenciados a muerte, la condena se cumplió en febrero de 1949. Pese a la renuncia de la lucha armada por parte de comunistas y socialistas, lo cual dejó solos a los anarquistas, la actividad del maquis se mantuvo firme hasta comienzos de los años cincuenta, si bien líderes guerrilleros como Quico Sabaté o Ramón Vila, alias «Caraquemada», prosiguieron su guerra antifranquista hasta los años sesenta. Josep Lluís Facerías murió en 1953, Sabaté en 1960 y Vila en 1963, los tres acribillados a balazos. Otro maquis histórico de Cataluña, Marcelino Massana, sobrevivió exiliado en Francia hasta su regreso a España en 1979, donde murió dos años después.

Gracias a los dos únicos personajes reales de esta novela, los payeses que vivían en la casita que bordeaba el terraplén del campo de fútbol que todavía hoy subsiste en la actual plaza de Alfons Comín de Barcelona. Gracias por darnos siempre agua al acabar nuestros partidos. Y gracias a los espíritus que habitaban el bosquecillo contiguo al campo, lleno de zarzas y arañas enormes, siempre cómplices de nuestras «aventis» infantiles en torno a los restos de aquel círculo de piedras.

El guión de esta novela fue preparado en Medellín, Canarias, Barcelona y Praga entre septiembre y noviembre de 2009, sobre una idea surgida el 27 de septiembre en Girardota, Antioquia, Colombia, y escrito en diciembre de 2009 en Barcelona.



Jordi Sierra i Fabra (Barcelona, 26 de julio de 1947) es un escritor español, que destaca por la variedad de temáticas y registros en su narrativa. En los últimos 25 años sus obras de literatura infantil y juvenil se han publicado en España y América

Latina. También ha sido un estudioso de la música rock desde fines de los años 60. Ha sido fundador y/o director de numerosas revistas, como *El Gran Musical*, *Disco Exprés*, *Popular 1*, *Top Magazine*, *Extra* y *Súper Pop*, esta última ya en 1977, cuando había dejado la música por la literatura.

Autor precoz, comenzó a escribir a los 8 años y a los 12 escribió su primera novela larga, de 500 páginas. En 1970 abandonó los estudios para trabajar como comentarista musical profesional. En 2009 superó los 9 millones de libros vendidos en España. Tiene una extensa obra que en 2010 alcanza los 400 libros escritos y ha obtenido multitud de premios por su obra en castellano y en catalán, y a ambos lados del Atlántico. Muchas de sus novelas han sido llevadas al teatro y algunas a la televisión.

En 2004 creó la Fundación Jordi Sierra i Fabra en Barcelona, destinada a promover la creación literaria entre los jóvenes de lengua española. Cada año convoca un premio literario para menores de 18 años. El mismo 2004 impulsó la *Fundación Taller de Letras Jordi Sierra i Fabra para Latinoamérica* con sede en Medellín, Colombia, que atiende a más de cien mil niños y jóvenes cada año.